

CORAZÓN DE GUERRERO

— El Camino de los Miedos —



Gonzalo Cajaraville

PRÓLOGO

Mucho tiempo atrás...

El escudero Nils atravesó la entrada del búnker con desesperación. Corrió como una gacela hasta la posición de Askel, quien estaba recostado sobre un tablón de madera, improvisando una cama. El capitán aún se estaba quitando la modorra de encima, había pasado toda la noche en vela ideando la estrategia de la defensa. Tenía una gran responsabilidad a sus espaldas: no era fácil presidir la Resistencia del Sur y la esperanza de todo un pueblo.

El joven se dirigió a su superior de manera impulsiva olvidando todo protocolo.

—¡No están los caballos! —exclamó, espantado— ¡No están por ningún lado! —

repitió, fuera de sí. Estaba desencajado. Askel lo tomó por los hombros y lo zamarreó para que recuperara un poco la compostura.

—¡Tranquilízate! ¿Qué pasó con los caballos? —preguntó, preocupado el capitán.

—Salí a primera hora para hacer las rondas, como siempre, pero ya no estaban —dijo, e hizo una pausa con la mirada extraña, ocultando algo más.

El capitán lo miró fijamente y con un gesto le indicó que prosiguiera.

—La noche se robó el día —expresó. Y, con esas inexplicables palabras, se quebró como un chiquillo. Askel comprendió que algo grave estaba sucediendo, les hizo una seña a dos de sus mejores hombres y se dirigieron hacia el exterior del búnker. Una vez fuera se encontraron con un ambiente descomunal, inaudito.

Los árboles se sacudían por el viento en distintas direcciones, el torbellino cambiaba de sentido irregularmente. El follaje crujía y se desprendía de las copas como una lluvia de hojas secas, las cuales habían rebotado de vitalidad hasta el día anterior. El clima estaba enrarecido, y, tal como lo había anunciado Nils, no había rastro de los caballos. El palenque sobre el que los habían amarrado, lucía como un cementerio de cuerdas y riendas deshilachadas y maltrechas.

Pero el peor escenario estaba en los cielos. La oscuridad se había perpetuado más allá del alba, y el sol apenas irradiaba su luz, oculto y deslucido, tras una enorme luna carmesí, que parecía bañada en sangre. La aurora se extendía en el horizonte con tonos rojizos y púrpuras, tan escalofriante como amenazadora.

El capitán y sus colaboradores permanecieron unos minutos paralizados y en silencio, atrapados por la extraña anomalía. Finalmente, escaparon del estupor, cuando oyeron un gemido bestial y espeluznante, que sonaba como un grito del mismo infierno.

El más viejo de los soldados rompió el mutismo con voz ahogada.

—Los dioses están furiosos y nos harán pagar por nuestros pecados —dijo, afligido—. Hoy el juicio ha comenzado.

MANIFIESTO

— La Guardia Real —

Preámbulo

Por mandato del Trono del Sur y la bendición de los Dioses, se proclama el presente manifiesto como instrumento sagrado del deber, el honor y el propósito de la Guardia Real. Que este escrito sea reconocido en todo el territorio de Tibur como los principios para el Guerrero Real.

Origen y legado

La Guardia Real nació bajo las sombras del Día del Juicio. Su legado es continuar la tarea honorable de la Resistencia del Sur, haciendo frente al ataque del Norte, librando su embate en el Lago de los Dioses. Pero la tarea asume otro

gran desafío: custodiar la frontera con el Bosque Encantado donde un enemigo, poderoso y desconocido, forja una amenaza latente.

La Guardia Real reúne a los guerreros más honorables y valientes del Sur, quienes están dispuestos a entregar su vida por la libertad de su pueblo.

Fuego interno

El Guerrero Real debe ser fuerte como el acero. El valor de su corazón se mide en la entereza emocional. Su firmeza y resistencia permiten superar las adversidades y alcanzar la victoria.

Mandamientos sagrados

El Guerrero Real deberá cumplir seis mandamientos sagrados:

- ✧ Honrar el respeto, la igualdad y la camaradería.
- ✧ Luchar hasta la muerte por el rey y el pueblo del Sur contra todo enemigo.
- ✧ Custodiar las fronteras del territorio del Sur.
- ✧ Obedecer al superior sin cuestionar su justicia.
- ✧ Priorizar el bien común sobre el individual.
- ✧ Asumir el deber de por vida.

Atributos esenciales

El Guerrero Real deberá forjarse en tres atributos esenciales:

- ✧ *Valentía*, para no temer al enemigo ni a la adversidad del deber.

- ✧ *Destreza*, para pelear con precisión e inteligencia en el campo de batalla.
- ✧ *Lealtad*, para defender el bien del Reino por encima de cualquier otro interés.

Lema

“Pelea con corazón de guerrero y los dioses te acompañarán en la batalla.”

CAPÍTULO I

— El aprendiz —

1

Agatha desafiaba al viento como una flecha veloz. Sus crines flameaban y se enredaban con el aire húmedo del lago. El golpe de las pezuñas en la tierra mojada entonaba ese compás único del galope de un caballo, un sonido inspirador y sublime, tanto como la libertad misma.

Eros tomaba las riendas de la yegua con firmeza. Mientras su cuerpo daba brincos sobre la montura, le desbordaba la satisfacción de cabalgar aquel animal.

El sol del mediodía ya se había posado, lo que anunciaba que el entrenamiento con los grandes maestros estaría a punto de comenzar. Sin

embargo, apenas minutos atrás, habían partido del faro del Sur. El tiempo apremiaba.

A pesar de la demora, Eros decidió hacer una pausa antes de abandonar el Camino del Lago. Agatha se arrimó a la orilla y bebió agua fresca con intensidad. La yegua pertenecía a una de las razas más valoradas por la realeza por su gran musculatura y pelaje blanco con crin y cola plateadas. Era un espécimen único y bello.

El joven se acercó a ella y le acarició el lomo dándole algunas palmadas. La miraba con devoción, pero con un dejo de melancolía. El día de la gran ceremonia se acercaba y la despedida era inminente.

Durante ese instante, varias imágenes se le vinieron a la mente. Recordó la primera vez que la había montado: era apenas un aprendiz de espadachín con varios kilos menos de masa

muscular. En aquel entonces, Agatha había sido relegada de las primeras filas, la yegua tenía diez años y se recuperaba de una grave lesión en una de sus patas. Ya no sería tomada en cuenta para las próximas campañas, y, como otros caballos, fue designada como auxiliar de entrenamiento de reclutas, solo apta para las prácticas en los campos de aprendizaje.

No era su primer contacto con el animal, pues su padre, un criador de caballos, había vendido a Agatha a un caballero de la nobleza. Eros era apenas un niño, pero como contribuía en las tareas del establo, participó en los cuidados de la potra en sus primeros años de vida. Por lo que al reencontrarse con el animal sintió una unión inmediata. Desde entonces, se encargó de su protección y la yegua lo retribuyó con un alto rendimiento en los entrenamientos.

Dejando de lado aquellas memorias, tomó a su yegua y recuperó la marcha rumbo al castillo. Durante un kilómetro y medio avanzaron sin interrupciones hasta llegar al final del Camino del Lago, donde se abría una bifurcación. Hacia el sur comenzaba la Ruta Real, la senda con destino al castillo del rey Gregor. Hacia el oeste, el Camino de los Miedos. Ese pasaje hacía tiempo que ya no era transitado ni por el caballero más valiente. Alguna vez, esa vía había conducido hacia las Tierras Altas, pero la ira de los dioses había desatado la peor maldición sobre ese lugar.

Avanzaron por la Ruta Real durante varios minutos, contemplando el paisaje por enésima vez. El camino se encontraba perfectamente llano, ideal para el tránsito de carruajes. A ambos lados resaltaba la belleza de un extenso muro formado por árboles emperatriz, el favorito del

rey por sus copas elegantes. Durante la primavera, una hermosa flor brotaba de sus ramas cubriendo de un color morado intenso todo el follaje, el cual iba mutando a un color oxido con el devenir del otoño. Las copas de los árboles se unían en lo alto de manera que no se distinguía donde terminaba una y comenzaba otra, creando una especie de túnel natural formado por la espesa vegetación.

Atravesaron esa bella ruta hasta llegar a las puertas del castillo. Dos torres colosales se desprendían verticalmente como guardianes de roca custodiando la entrada. Un puente de madera conectaba la orilla de la laguna que circundaba el fuerte con la puerta principal, la cual estaba construida con madera de roble y gruesas vigas de hierro. Sobre el frente, se distinguía un enorme escudo con un dragón

enroscado sobre una gran espada, el símbolo que representaba al Reinado del Sur.

Cruzaron el puente y, mientras atravesaban la entrada, Eros hizo una reverencia a los guardias que estaban apostados a cada lado del ingreso. Uno de ellos, el caballero Jensen, un viejo amigo de su padre, le hizo un gesto para que se diera prisa. La jornada de entrenamiento ya había comenzado y Eros estaba llegando tarde.

A trote firme, dirigió a la yegua rumbo a la armería, donde desmontó de un salto. El viejo Bjorn tenía todo listo: una añeja armadura de mil batallas, una lanza un poco oxidada y las protecciones para el caballo. Con la mirada, interceptó los ojos de Eros y, con un gesto de fastidio, le entregó el equipo de entrenamiento con cara de pocos amigos, mientras gruñía algunas palabras.

—¡Jóvenes! ¿Quién los entiende? Llegas tarde otra vez —le remarcó bufando por lo bajo.

—Ya lo sé, no volverá a pasar —afirmó el joven al momento que tomaba las armaduras y le guiñaba un ojo.

—Estás a punto de convertirte en un guerrero, no lo estropees —le advirtió mientras se daba la vuelta y continuaba ordenando otros objetos.

Eros volvió a montar a su yegua y se dirigió a ella por lo bajo.

—Somos un equipo —susurró y le dio algunas palmadas en el lomo, solía repetir esa frase cada vez que asumían un compromiso juntos. Luego enfiló con prisas hacia el campo de entrenamiento.

Eros tiró de las riendas y mantuvo firme y al frente la lanza. Agatha comenzó a galopar en una explosión de energía, dejando una enorme polvareda a su paso. Con dientes apretados y concentración solo se enfocó en el objetivo. «Soy un guerrero, soy un guerrero», se repetía el joven.

Cuando el oponente ingresó en la zona de choque, realizó un giro brusco con el arma bloqueando su ataque, y luego impactó la punta de la lanza en la armadura. El movimiento fue preciso: el caballero salió despedido del caballo y rodó por el suelo.

Eros detuvo a la yegua, desmontó y corrió hacia donde había caído su adversario. Preocupado, lo ayudó a quitarse la máscara de hierro.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Eros, extendiéndole la mano.

—Sí, no te preocupes —lo tranquilizó Aron, uno de los más jóvenes de los aprendices, mientras se levantaba aún dolorido por la sacudida.

—Perdón, creo que fui muy duro —se excusó Eros. Más allá de las disculpas, sabía que, si su oponente hubiera podido dar ese golpe, sin dudas lo hubiera hecho también. De todos modos, sintió algo de culpa por la caída, había sido muy estrepitosa. Aun así, la maniobra había sido tan limpia y eficaz que despertó la atención de Sigurd, el caballero que estaba a cargo del entrenamiento.

El maestro guerrero se acercó a Eros y lo miró fijamente a los ojos. Su expresión siempre había sido implacable, rara vez se escapaba un gesto de aquel rostro de piedra. Sin embargo, una sutil

mueca de aprobación parecía abrir un vestigio de emoción.

—Buen golpe muchacho —dijo. El elogio inesperado le llenó el pecho de orgullo a Eros. Sigurd nunca regalaba halagos, sin dudas estaba impresionado con su rendimiento—. Se nota que trabajaste duro —continuó, mientras apoyaba su mano en uno de los hombros de Eros—. Recuerda que de nada servirá alcanzar un gran nivel si no puedes mantenerlo —le advirtió con severidad para luego continuar, un poco más relajado—. Fuiste el mejor de la unidad de aprendizaje y voy a recompensar tu esfuerzo —dijo e hizo una pausa para generar suspenso, disfrutando del gesto de intriga que se dibujaba en el rostro del joven—. Esta tarde podrás ocupar el puesto de vigía de la Torre del Homenaje.

—¡Será un honor, señor! —respondió, asombrado. No esperaba tal recompensa. Aún sin ser oficialmente un guerrero, iba a tener la posibilidad de asumir una responsabilidad propia de la Guardia Real.

—Te lo ganaste —concluyó con simpleza.

Sigurd convocó al resto del grupo. Los jóvenes se fueron acercando de a uno a paso lento. Se mostraban algo extenuados, el entrenamiento había sido muy intenso. Faltaban días para el reto final y los ejercicios eran cada vez más exigentes.

Se reunieron en un círculo, donde Sigurd se situó en el centro y tomó la palabra.

—¡Jóvenes aspirantes, futuros guerreros! —comenzó el discurso mirándolos a la cara. Su mirada penetrante parecía cautivar los ojos de aquellos jóvenes—. Están a punto de tener la oportunidad de sus vidas. Pertenecer a la

Guardia Real es el mayor honor que un hombre puede alcanzar —afirmó alzando la voz—. De ustedes depende convertirse en verdaderos guerreros o deambular por este pueblo como uno más del montón, lamentándose toda su vida por no haber cumplido sus sueños —concluyó categóricamente.

Tomó una medalla que colgaba del pecho de su armadura, donde lucía numerosas condecoraciones que representaban todo tipo de conquistas personales, entre batallas ganadas y grandes ascensos. Sigurd había sido un importante guerrero, uno de los más renombrados por la milicia. Retirado de aquella actividad, se dedicaba a formar futuros soldados transmitiéndoles su experiencia e inculcándoles el orgullo de defender las tierras del Sur.

Pero aquella medalla que sostenía en su mano no era una insignia más, era el distintivo que había ganado al convertirse en Guerrero Real, cuando era un aprendiz y mantenía las mismas ilusiones que los jóvenes que tenía frente a él.

—Esta medalla es la más importante de todas, si no fuera por esta conquista, ninguna de las demás hubiera sido posible —anunció mientras recorría el círculo exhibiendo el galardón a escasos centímetros de las narices de sus discípulos.

—. Ahora deben alcanzarla ustedes, no tienen permitido fallar. Redoblen sus esfuerzos, agudicen sus sentidos y, por sobre todas las cosas, procuren estar a la altura de las circunstancias —concluyó con determinación.

Hizo una pausa y retomó, más tranquilo, pero con firmeza.

—Este fue nuestro último entrenamiento. En el futuro los quiero ver en el campo de batalla, defendiendo este escudo con el alma. ¡Hasta pronto, aspirantes!

—¡Hasta pronto, señor! —exclamaron todos al mismo tiempo.

Sigurd dio por finalizada la jornada, y los reclutas se retiraron del campo de aprendizaje, dirigiéndose de manera relajada a la armería. Por detrás del grupo, avanzaba Aron a paso lento, dolorido y tomándose una de las rodillas. Eros aminoró su marcha para que el joven alcanzara su posición.

—Tuviste una mala caída, ¿cómo está tu pierna? —preguntó, preocupado por su compañero. Aron acumulaba malos rendimientos en las prácticas, y ahora la lesión sumaba un inconveniente más a sus aspiraciones.

—Fue un golpe muy fuerte, creo que me rompí la rodilla. No sé si estaré listo para las pruebas finales —respondió haciendo gestos de dolor.

—Aún faltan algunos días, seguro podrás recuperarte. No te desanimes —alentó a su colega.

—Eso espero, sino mi padre me matará —respondió débilmente, mirando hacia el suelo.

—Lo que importa es tu vocación, tus ganas de convertirte en un Guerrero Real, no lo que tu padre desee.

—Él pertenece a la nobleza, pero fue un guerrero frustrado. Ahora su sueño es que yo ingrese a la Guardia Real, ¡no puedo fallarle! —exclamó con culpa.

—Lamento que tengas que cargar con eso —le dijo Eros con sinceridad—. Deberías hacerlo por ti, tu padre debería apoyarte, apruebes o no —

dijo, y puso el brazo de su amigo sobre sus hombros para ayudarlo a caminar.

—No es tan simple. De todos modos, gracias, amigo —concluyó, apenado.

Al llegar a la armería, los esperaba el gruñón de Bjorn parado frente a la puerta. Estaba de brazos cruzados, y, como siempre, un poco enfadado.

—Tarde para llegar, tarde para irse —resopló, molesto.

Tomó las armas y las monturas que le entregaron los reclutas y las guardó de manera desprolija. Antes de que se retiraran los jóvenes, se dirigió a Eros.

—Si tu padre estuviera aquí estaría muy orgulloso de ti, muchacho —soltó, mirándolo con intensidad a los ojos unos segundos. Después de todo, detrás de su malhumor, parecía esconder algo de sensibilidad.

—Gracias —respondió el joven, sorprendido. No esperaba el gesto.

—Convertirse en Guerrero Real es un verdadero reto. Yo no pude lograrlo, nunca fui bueno con la espada, pero me conformo colaborando en la armería —expresó, con nostalgia.

—También es importante lo que tú haces, sin tu ayuda no podríamos entrenar —lanzó Aron, sumándose a la conversación. Bjorn lo miró con suspicacia.

—Eso no es cierto, mi trabajo lo puede hacer cualquier granjero. Pero lo que harán ustedes, sí es importante. En este reino no se valora la función de la Guardia Real como debería ser —dijo, gruñendo otro poco, y continuó—. Ustedes deberían oír las historias de las antiguas batallas, nuestro pueblo sufrió mucho. Hoy nos faltan

recursos y la crisis es dura, pero, al menos, la Guardia Real tiene controlado los ataques enemigos —explicó, sus palabras estaban cargadas de emoción. Eros y Aron tan solo se observaron en silencio mientras el viejo retomaba nuevamente, murmurando para sí mismo—. Algún día será todo como antes y volveremos a las Tierras Altas.

—Eso lo escuché muchas veces. No conocemos a nadie del Reinado del Oeste, no sabemos nada de ellos ¿por qué es tan importante? —preguntó Aron. Sin embargo, su atrevimiento fastidió al viejo.

—¿Cómo te atreves a hacer ese comentario? Pronto serás un guerrero, ¿qué tienes en la cabeza? —exclamó, provocando que el joven se quedara callado. Se extendió un silencio incómodo, hasta que Bjorn se tranquilizó un

poco—. Ellos son nuestra familia, es parte de nuestra historia, algún día volveremos a ser un solo reino. Pero mientras exista ese maldito hechizo, lo veo muy difícil.

—¿Te refieres al hechizo del Bosque Encantado?
—preguntó Eros.

—¡Exacto! Un territorio dividido por una maldición.

—Existen muchas historias al respecto, ¿cómo sucedió eso realmente? —indagó, interesado.

—Hace cientos de años, la lucha entre el Sur y el Norte era interminable. La crisis se extendió hasta que despertó la ira de los dioses. El colapso ocurrió en una de las batallas más salvajes. Como tantas otras, desatada en el bosque que nace a los pies del Lago de los Dioses. Ese lugar era el límite entre ambos reinos y, por tanto, el escenario principal de la mayoría de los enfrentamientos.

»Fue entonces cuando los dioses, cansados de tanta sangre derramada, impartieron justicia y lanzaron un maleficio sobre el bosque para dividir el territorio. El encantamiento no solo dejó la zona plagada de dragones, sino que también la maldijo para que todo hombre que ingresara al bosque se enfrentara a sus propios miedos. Solo quien pudiera superarlos tendría la posibilidad de escapar del ataque de las bestias al acecho. Pero quien se viera paralizado ante sus miserias, sin dudas, sería presa fácil y devorado por las criaturas. Ese episodio fue recordado como el Día del Juicio —concluyó el viejo con voz imponente. Luego, sin más, se sentó en una silla y simplemente abandonó la charla.

Los jóvenes, aún confundidos por el abrupto final del relato, entendieron que había terminado

la conversación, y se marcharon sin hacer comentarios.

Caminaron varios metros alejándose del campo de entrenamiento hasta un punto donde debían continuar en sentidos opuestos. Eros vivía en la granja que había heredado de su padre que se encontraba a las afueras del castillo, en la aldea de criadores de caballos. Mientras que Aron residía en el propio castillo junto a su familia. Su padre, un importante miembro de la nobleza, tenía varios privilegios y les proporcionaba una vida bastante acomodada.

Eros atinó a despedirse de su amigo, pero Aron se anticipó con un comentario inesperado.

—Te vi con la princesa en el Lago de los Dioses —lanzó, punzante, y Eros se quedó pasmado.

Tardó unos segundos en reaccionar y, cuando lo hizo, preguntó, nervioso.

—¿Tú y quién más sabe de esto?

—Tranquilo, solo yo los vi, y no lo hablé con nadie más. ¿Cómo lo lograste?

—¿Lograr qué?

—Vamos, despertar interés en la princesa.

—Solo somos buenos amigos, no hay nada más

—respondió Eros, incómodo—. Nadie se tiene que enterar de esto, ¿puedo confiar en ti?

—Seguro, seré una tumba. Pero aún no me contaste cómo la conociste. Tú no perteneces a la nobleza. Yo la he visto en muchas reuniones y jamás pude hacer más que darle un saludo formal.

—La conocí hace mucho tiempo, es una larga historia —respondió vagamente, sintiéndose acorralado.

—Ella es hermosa, te envidio, amigo. Por favor, cuéntame esa historia —insistió, aguardando con expectativa.

Sabiendo que no tenía escapatoria y que su amigo no cesaría de preguntarle hasta que le diera una explicación, miró hacia todos lados para asegurarse de que no viniera nadie y, con voz baja, comenzó a contarle la historia.

—Éramos niños de clases diferentes, pero el destino nos cruzó por casualidad. Ella amaba los caballos desde pequeña, y solía acompañar a su tío Niels a recorrer establos en busca de los mejores especímenes para la caballería real. Yo pasaba la mayor parte del tiempo en los corrales junto a mi padre. Él se había convertido en el principal proveedor de caballos de la realeza.

»Fue así como en los establos, jugando y riendo, surgió una amistad entre nosotros. Elena

estaba recluida a vivir entre nobles, casi no tenía trato con pequeños de su edad, conmigo pudo vivir algo diferente, y disfrutar parte de su infancia.

—Pero ya no son niños, y se siguen viendo a escondidas —señaló Aron, disfrutando de la conversación.

—Con el correr del tiempo —continuó Eros, ignorando la interrupción de su amigo—, crecimos y terminamos en caminos diferentes. Yo soñaba con ser un guerrero y estoy entregando mi vida a los entrenamientos. Elena, por su parte, se dedica a cultivar sus aptitudes como princesa. Hace tiempo que el rey desea ver a su hija casada con un buen príncipe, y fortalecer vínculos con otras familias reales. Algo a lo que ella viene resistiéndose, esperando a que llegue el hombre adecuado.

—¿Ese hombre eres tú? —preguntó Aron, con una sonrisa burlona.

—Ya te dije que solo somos buenos amigos. Además, está mal visto que una princesa tenga contacto con un plebeyo.

»Sin embargo, siempre mantuvimos el cariño que sentíamos cuando éramos niños. Por eso nos encontramos a escondidas en lugares seguros, y el Lago de los Dioses era el sitio perfecto, alejado y discreto. Al menos, lo era hasta ahora —terminó con un gesto risueño, relajándose un poco.

—Es muy peligroso lo que hacen —le recordó Aron, con semblante serio—, si llegaran a verte con ella, no sé qué sucedería.

—Ya lo sé, pero disfruto mucho su compañía. Nos gusta compartir el atardecer y charlar sobre nuestros mundos, tan diferentes. Aunque cada

reunión es una verdadera odisea para los dos. Elena debe tomar caminos alternativos, poco transitados, para mantener resguardada su identidad, lo que implica un riesgo permanente. Y yo me juego el pellejo, creo que terminaría bajo tierra si nos descubren —concluyó, hizo una pausa y retomó mirando al frente, con la vista perdida—. De todos modos, vale la pena correr el riesgo, es mi mejor amiga.

3

Eros se encontraba apostado en una almena del ala norte de la Torre del Homenaje. Aquella estructura formidable sobresalía por su prominente altura. Estaba construida en forma rectangular con las esquinas redondeadas, y se ubicaba en el centro del castillo.

Desde esa posición privilegiada la vista era majestuosa. Era el ocaso de una tarde otoñal y el sol comenzaba a descender lentamente. La ausencia de nubes permitía observar claramente los picos nevados de la cordillera del este, y, más a lo lejos, las aguas calmas del Lago de los Dioses y la espesa vegetación del Bosque Encantado, delimitando los confines del Reinado del Sur.

Más allá del bello paisaje, los puntos de vigía eran vitales para la defensa del imperio y, desde el torreón, se tenía una visión estratégica del frente del castillo.

Se desempeñaba como centinela por primera vez en su vida y estaba entusiasmado por cumplir con su labor. En los pisos inferiores de la torre se hallaban los aposentos del rey y la cúpula de la nobleza, el gran salón y los almacenes más importantes. Jamás había estado tan cerca de la

realeza, a excepción de la princesa, claro. Sentía orgullo de haber llegado tan lejos, y lamentaba que su padre no pudiera estar vivo para presenciarlo.

Mientras reflexionaba en silencio, mantenía la vista al frente, atento, custodiando el territorio y supervisando cualquier movimiento que pudiera resultar sospechoso.

De pronto una voz, cálida e inesperada, se oyó a sus espaldas, sobresaltándolo.

—¿Cómo estás, guerrero? —murmuró una mujer. Eros se volteó y observó a la joven. Se trataba de la princesa Elena, la única hija del rey Gregor.

—¡Hola! No te esperaba aquí. Creo que no es buena idea que nos vean hablando juntos —dijo algo nervioso. Miraba a ambos lados para

asegurarse de que nadie los estuviera observando.

—Tranquilo, salvo los centinelas, nadie sube aquí arriba —respondió con seguridad. Hizo una pequeña pausa, pensativa, y añadió—. Bueno, casi nadie, yo lo hago a veces también. Me gusta la vista de esta torre, me encanta mirar al horizonte y pensar, me ayuda a ordenar las ideas —concluyó con una sonrisa.

—No sabía que tenías esa costumbre, nunca me lo habías contado.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, una princesa está llena de enigmas —respondió con una sonrisa socarrona—. En cambio, tú —hizo una pausa y reanudó más incisiva—, lo tienes todo muy definido. Estás a punto de unirme a la Guardia Real, ¿y después?

—¿Después qué? ¿Cuál es el punto? —preguntó confundido.

—Después de que te envíen a la batalla, ¿qué pasará? Miles de soldados mueren en las campañas. ¿Por qué tú? Tengo miedo de perderte, eres el único amigo verdadero que tengo —concluyó con la voz entrecortada.

—No debes preocuparte, seré un buen guerrero y sabré cuidarme. Sé que es peligroso, pero este es mi destino —dijo con solemnidad, luego retrucó con ironía—. Tú también tienes todo definido, algún día te casarás con un príncipe y eventualmente serás una gran reina, ¿y después?

Elena se quedó callada unos segundos. Las palabras de Eros la ponían incómoda y no quería hablar al respecto.

—Ven, te mostraré algo —le dijo, cambiando de tema, y le hizo un gesto para que la siguiera. Él

dudó un instante, era su primer día como centinela y no quería abandonar su puesto. Tras unos segundos de debate interno, decidió acompañar a la princesa de todos modos.

Ambos recorrieron el pasillo del ala norte, hasta llegar a una de las esquinas. Allí, la torre tenía un diseño semicircular y disponía de una garita con forma de bóveda, donde cabían al menos dos personas. La princesa le indicó que se ubicara frente a la ventana, para luego arrimarse a su lado. Aquel punto de vista era completamente diferente al anterior. Se podía contemplar la cordillera este en toda su extensión, de sur a norte, hasta esfumarse en el horizonte. El paisaje era asombroso, Eros nunca había tenido la posibilidad de observar las montañas desde esa posición, la altura de la torre ofrecía una perspectiva singular.

Elena se acercó un poco más, y murmuró por lo bajo.

—Esta es mi vista favorita, ves el pico más alto —pronunció suavemente mientras señalaba hacia las altas cumbres—. A veces imagino que puedo montar un dragón y llegar hasta esa montaña. Un dragón blanco, como el de los cuentos legendarios, y volar sobre la cordillera hasta posarme en aquella cima, la más alta, y desde ahí contemplar todo el territorio de Tibur. Sería grandioso, ¿Qué piensas? —concluyó con la vista perdida entre los cerros.

—Sería increíble pero imposible. No podrías montar un dragón, te destrozaría en mil pedazos —retrucó él, riendo. Elena le dio un pequeño golpe en el hombro, y le sonrió irónicamente.

—Que poco sabes de dragones. El dragón blanco es el único que puede ser domado por el

humano, y si lo hubiera, solo existe uno predestinado por persona. Si encuentras a tu dragón blanco, el vínculo es para toda la vida — argumentó, y volteó su mirada nuevamente hacia las montañas.

—¿Cómo sabes todo eso de los dragones?

—En mis ratos libres, cuando no me encuentro a escondidas contigo —comenzó, y le dedicó una mirada cómplice—, me gusta colarme en la biblioteca de los ancianos sabios.

—Pero está prohibido su ingreso —señaló, extrañado.

—No para todos —lanzó ella con suficiencia.

—Privilegios de princesa —le replicó con ironía.

—No es un privilegio, ni el rey está al tanto, lo conseguí por mérito propio —le dijo, sembrando intriga.

—¿Cómo lo lograste?

— Tal vez te lo cuente en otro momento—le dijo, de manera enigmática.—. Eros, intrigado, se quedó sin palabras—. Encontré libros de todo tipo, pero los que más me gustan son los que tratan sobre dragones. Existen muchos tipos de dragones, ¿lo sabías?

—No lo sabía, lo mío son los caballos —respondió, y rió suavemente. No le interesaban los dragones, pero adoraba oír a su amiga, admiraba la pasión con la que relataba sus historias—. Adelante, cuéntame lo que sabes.

—¡Bien! Primero, tenemos a los dragones verdes, que son criaturas con cuerpo de serpiente. Son muy ligeros, y estrangulan a sus víctimas antes de devorarlas. No querrás toparte con uno de ellos, pues seguro no tendrás escapatoria.

»También están los dragones negros, entre los más temibles, tiene dos o más cabezas. No son muy rápidos pero difíciles de enfrentar en el cuerpo a cuerpo. Son bestias enormes, a diferencia de los dragones grises, que son más pequeños, pero no menos peligrosos. Los dragones grises tienen la piel del color de las rocas y se esconden camuflados. Esperan agazapados a sus presas para atacar por sorpresa, son verdaderos depredadores —relató, apasionada, sin dar tregua en sus explicaciones.

»Los más destacados son los dragones rojos y los dragones blancos. Son las criaturas más fuertes, con grandes alas, y capaces de lanzar llamaradas de fuego. Los típicos dragones invocados en las historias antiguas. Ambos son igual de poderosos, pero mientras el dragón rojo representa la parte oscura de la naturaleza, el

dragón blanco es la evolución y permite el equilibrio de las fuerzas. Las leyendas dicen que los grandes guerreros arribaron al Umbral de los Dioses montando un gran dragón blanco.

»Y, por último, los dragones azules, son solitarios, y habitan en los pantanos. No se sabe mucho de ellos, tal vez, sean solo un mito.

Mientras Elena explicaba sus teorías de dragones, se oyó un sonido brusco, como el de una madera añeja al quebrantarse. Ambos se sobresaltaron, y corrieron hacia la posición del puesto que Eros había abandonado. Al llegar, dos aves de rapiña revoloteaban entre unos viejos tirantes disputándose los restos de un roedor que, por lo visto, habían cazado recientemente. Al final, se trataba de una falsa alarma, pero para Eros, que aún sentía su corazón acelerado, aquello fue como una advertencia.

La princesa notó los nervios del joven, e, instintivamente, lo abrazó para transmitirle tranquilidad. Eros respondió al instante rodeándola a su vez con sus brazos. Ambos quedaron cara a cara, sorprendidos, y casi sin entender la proximidad en la que se encontraban. La mirada fue profunda, y la atracción que sintieron fue tan fuerte como extraña para ellos, pero, inmediatamente, Elena se escabulló del abrazo y tomó algunos centímetros de distancia. Como si nada hubiera ocurrido, desvió la situación completamente.

—Qué suerte que se trataba de aves solamente, no quisiera que te sorprendan fuera de tu puesto de vigía. Nos vemos luego —le dijo al fin, esquivando la mirada del joven. Luego dio media vuelta y enfiló hacia la salida.

—Creo que tienes razón, es mejor que... — murmuró, sin llegar a completar la frase. La princesa ya se había alejado, y sus palabras quedaron flotando en el aire. En ese momento ingresó el caballero Jensen, saludó a la hija del rey con una reverencia y se quedó observando cómo Eros la perseguía con la mirada hasta que su figura desaparecía tras la puerta de salida.

—Terminó tu turno, soy tu reemplazo. ¿Cómo fue tu primer día? —preguntó, tratando de acaparar la atención de Eros, quien aún tenía los ojos clavados en la puerta por la que se había ido la princesa.

—¡Bien! No estuvo mal para ser el primer día — respondió volviendo en sí. Tomó sus cosas y se perfiló para retirarse.

—No busques lo imposible —le dijo Jensen, repentinamente.

—¿Perdón? —preguntó Eros, confundido.

—La princesa —dijo, señalando lo obvio—. No está a tu alcance. No te metas en problemas, lo tuyo es la Guardia Real, toma el consejo de un viejo guerrero —añadió, tratando de sonar convincente, y se dirigió hacia su puesto.

Eros tan solo asintió con un gesto.

4

El grupo de reclutas estaba reunido en el campo de entrenamiento, ubicado en las inmediaciones del castillo. El predio simulaba un campo de batalla, compuesto por un pequeño bosque, una laguna con aguas estancadas y una gran explanada de hierba tupida con barricadas para improvisar escenarios de guerra.

Junto a ellos se encontraban el maestro guerrero Sigurd, Bjorn y uno de los ancianos

sabios. Pero, esta vez, no era una jornada de aprendizaje, estas finalmente habían culminado. La reunión de ahora se trataba de una charla informal para orientar a los futuros guerreros. Los jóvenes debían enfrentar el reto final y se estaban preparando para el desafío de sus vidas.

El grupo estaba formado en línea, esperando a que Sigurd rompiera el silencio.

—¡Jóvenes aspirantes, futuros guerreros! — exclamó con voz fuerte, dirigiéndose a ellos como siempre lo hacía—. En sus manos tienen una gran responsabilidad. Estamos atravesando tiempos difíciles, y hoy, más que nunca, necesitamos de guerreros valientes que protejan nuestra tierra.

»Ser miembro de la Guardia Real es el honor más grande que se puede llevar. Nosotros damos la vida para proteger a nuestro pueblo y, cuando

triunfamos en la batalla, la gratificación es enorme. Tendrán miedo, dolor y sufrimiento, pero nada opacará la satisfacción de cumplir con nuestro deber.

»Del otro lado nos espera un enemigo despiadado. Un enemigo que está decidido a hacer lo necesario para llevarnos al límite, para destruir nuestro reino, quedarse con nuestros recursos y esclavizar a nuestras familias —hizo una pausa para recobrar algo de aliento, y continuó— ¡Pero no lo permitiremos!

—¡No lo permitiremos! —repitió Sigurd con un grito.

—¡No lo permitiremos! —hicieron eco los jóvenes, con pasión.

—¡Tendrán que pasar por sobre mi cadáver! —exclamó Gisli, tal vez, el aspirante menos prometedor. Su exceso de peso le dificultaba

esquivar golpes en las prácticas, pero aún más las burlas de sus compañeros.

—¡Querrás decir tendrán que escalar sobre tu cadáver! —respondió otro de los aspirantes, y varios lanzaron carcajadas.

—¡Silencio! —ordenó Sigurd, la voz hecha un látigo—. Para ello deberán tener éxito en el reto final —continuó con vehemencia. A continuación, señaló a uno de los ancianos sabios más importantes del reinado, quien se encontraba a su lado—. Harald nos acompañará esta tarde, y ustedes tendrán el privilegio de oír en sus propias palabras, el significado de este reto —concluyó, dándole paso al anciano.

—Muchachos —comenzó el anciano, con voz ronca—, llevo años instruyendo reclutas, y en cada ocasión intento transmitirles la importancia de esta última prueba. Estamos hablando del

paso previo a ser miembro de la Guardia Real y convertirse en un verdadero guerrero. Para entender esta responsabilidad, deben tener presente nuestro pasado —anunció, su presencia impartía respeto entre los jóvenes.

»Durante muchos años, nuestros guerreros han protegido el Reinado del Sur de los ataques enemigos. Desde que se quebró el orden en la región, esta tarea ha sido temeraria. Los juglares narran historias sangrientas entre sureños y norteños, donde grandes batallas pusieron en juego el dominio sobre el Lago de los Dioses. Esta rivalidad solo se puede comprender al remontarse cientos de años atrás, cuando transcurría la Era del Esplendor.

»En aquellos días reinaba la paz en todo el territorio de Tibur. Una bella región comprendida por un extenso valle rodeado por

enormes cordones montañosos y un precioso lago, capaz de proveer alimento y agua dulce a todos sus habitantes. Aquí, en el sur, se había establecido un reinado próspero y armonioso, con su base situada en nuestro preciado castillo, donde un rey generoso había implementado un sistema de convivencia basado en la igualdad de oportunidades. Tanto campesinos como nobles disponían de todo lo necesario para vivir y criar a sus hijos dignamente —expresó el anciano, narrando con pasión.

»El imperio se mantuvo en auge por mucho tiempo, y supo expandir su dominio más allá de las orillas del Lago de los Dioses y las Tierras Altas. Incluso allí, en las montañas, una gran fortaleza había sido construida con el fin de gobernar la zona oeste del territorio. Pero, más allá del apogeo, las fisuras no tardaron en

emerger cuando varias familias reales se opusieron al régimen vigente. Exigían una distribución de los recursos acorde a la reputación de cada familia y su vinculación con la nobleza. Esta discrepancia provocó varios estallidos sociales en el seno del imperio. Tras años de protestas y revueltas, la grieta se tornó irreversible —expresó, dejando fluir sus palabras.

»Finalmente, los habitantes disidentes decidieron renunciar al orden establecido, y partieron hacia el norte, más allá de los límites del Reinado del Sur. Poco después, fundaron su propio imperio al cual denominaron el Reinado del Norte. Al principio habían generado falsas expectativas atrayendo pobladores de distintas partes del territorio. El objetivo era claro: contar con mano de obra barata para construir los cimientos del nuevo reino. Pero, una vez

satisfechos, no tardaron en imponer las verdaderas reglas y leyes, las cuales se basaban en los ideales que habían motivado el éxodo. Ese régimen no favorecía a los pobres, por cierto. Muchos, al verse engañados, decidieron regresar a sus lugares de origen.

»Con el tiempo, el sistema no lograba funcionar como los nobles deseaban. El bienestar de la nobleza dependía de los servicios que ofrecía la plebe, y el bajo margen de pobreza en la región rompía con ese balance. Resultaba imposible alcanzar ese equilibrio, sobre todo porque la vida en el Sur ofrecía mejores oportunidades para los más humildes. Ante este escenario, el control del Lago de los Dioses se volvió crucial. Los nobles del Norte pensaron que, restringiendo los recursos en el Sur, un sector de la población se vería obligado a migrar

hacia el Norte, donde, al menos, podrían subsistir. Desde entonces, la obsesión por el control de los recursos desató una guerra interminable entre ambos reinados. Un largo periodo de luchas tiñó de sangre y hambrunas el territorio de Tibur —relató Harald, y los jóvenes se conmovían con la historia, no todos conocían esos detalles del pasado.

»El resto ya lo saben, los dioses furiosos lanzaron un hechizo sobre el bosque para acabar con los enfrentamientos. Pero a pesar de ello, las luchas no cesaron, aunque fueron más aisladas, ya que la única vía de conexión entre ambos reinos fue el Lago de los Dioses. Esto le permitió al Reinado del Sur establecer una defensa más estratégica. Así surgió la Guardia Real, la tropa mejor entrenada, con la misión de custodiar las orillas del Lago de los Dioses. Desde entonces,

formar parte de este grupo de élite es un honor para los hombres del Sur. Grupo al que ustedes, jóvenes, pueden llegar a pertenecer —concluyó, extenuado. Se tomó un momento para recuperar el aliento y continuó—. En este reto les pedimos que nos demuestren que tienen las cualidades para formar parte de la Guardia Real.

»Todo aspirante debe probar que posee los tres atributos esenciales que definen a un guerrero: valentía, destreza y lealtad —expresó solemnemente—. Existen dos tipos de hombres: los valientes y los cobardes. Cualquier cualidad puede adquirirse durante el camino, pero no la valentía, es un don con el que se nace.

»Hace falta mucho coraje para entregar la vida en defensa de un pueblo, no todos tienen ese fuego interno. Ustedes deberán tener esa fuerza, y lo mediremos en la primera prueba.

Evaluaremos esa condición llevándolos al límite de sus capacidades, y aquel que flaquea no será digno de pertenecer. Para superarla, deberán enfrentar a sus propios miedos —el anciano estaba cada vez más agitado. El discurso lo motivaba, pero lo dejaba sin oxígeno. Al ver que Harald necesitaba una pausa, Sigurd tomó la palabra nuevamente.

—Como dijo Harald, el primer paso del reto final pondrá a prueba la valentía de cada uno de ustedes. Hoy nos enfocaremos en esta prueba, y solo cuando haya sido superada les explicaré más del resto. No será sencillo, es un desafío inédito y peligroso, pero confío en que lo lograrán —lanzó cada palabra entre los rostros confundidos de los aspirantes. Tras extender unos segundos más el marco de incertidumbre, finalmente fue al grano—. Deberán ingresar al Bosque Encantado

—dijo, e inmediatamente se desató el murmullo entre los jóvenes—. Llegarán hasta el búnker abandonado, tomarán uno de los estandartes del salón principal, y lo traerán como prueba de haber alcanzado el objetivo.

—¡Es una misión suicida! —exclamó sorprendido uno de los aspirantes.

—Toda misión de un guerrero es peligrosa, si le tienes miedo a la muerte elegiste el camino equivocado —respondió Sigurd con temperamento.

—No se trata de valentía. ¿Ustedes quieren un batallón de guerreros o de cadáveres? —retrucó el muchacho enfadado.

—¡Eres un insolente! ¿Cómo te atreves a hablarle de esa forma a un superior? Creo que tus días en la Guardia Real han terminado —respondió el guerrero, desencajado. Por su parte,

Harald meneaba la cabeza, repudiando la reacción del recluta. El clima se tornó incómodo, y tras unos segundos de silencio, el joven reaccionó.

—Señor, discúlpeme por haberme excedido —pronunció con la voz entrecortada—. De todos modos, si el reto nos exige ingresar al Bosque Encantado, yo prefiero renunciar en este momento.

—Le deseo suerte en su nueva vida de cobarde, tal vez consiga un buen trabajo como lustrabotas —dijo Sigurd con severidad, haciendo un gesto para que el muchacho se retirara.

El aspirante dio media vuelta y se marchó con la cabeza gacha y sin pronunciar palabra. Antes de que la situación se volviera más hostil, el anciano tomó la palabra tratando de apaciguar el malestar.

—Jóvenes, sé que no es una prueba sencilla. Las leyendas dicen que nadie ha podido sobrevivir al Bosque Encantado, pero no todas las historias que se oyen son reales. Los dioses han maldecido ese lugar para que los cobardes no se atrevieran a pisarlo jamás. Pero los valientes siempre han sido recompensados por ellos, estoy seguro que si ustedes tienen el don de la valentía podrán superar el desafío. Aquel sitio nos pone cara a cara con nuestros propios miedos, es virtud de un guerrero enfrentarlos y no quebrarse. Confío en que podrán hacerlo —finalizó Harald, devolviendo algo de serenidad.

—Muchachos, no se trata de arriesgar sus vidas inútilmente —retomó la palabra Sigurd, con voz más conciliadora—. Tenemos motivos para considerar la posibilidad de adentrarnos en el bosque en una misión oficial de la Guardia Real.

Y es necesario tener información sobre el campo de batalla primero.

»Llevamos años sin tener contacto con el Reinado del Oeste, la restricción del bosque nos mantuvo marginados de nuestros compatriotas y no sabemos si necesitan nuestra ayuda. No podemos esperar más, debemos atravesar la zona maldita para llegar a las tierras altas y brindar nuestro apoyo —exclamó con dramatismo—. Lo que están a punto de hacer, no se trata de una mera prueba de ingreso, también es un servicio a la Guardia Real, su primer acto heroico. Ustedes nos dirán cómo es ese enemigo que se esconde en la oscuridad y desconocemos, que no lleva armadura como las nuestras, pero que sin duda se podrá enfrentar y vencer como a cualquier otro —terminó su explicación algo nervioso.

No le había resultado sencillo transmitirle al grupo la noticia. Sigurd no estaba de acuerdo en exponer a los reclutas, prácticamente unos novatos, a tal peligro, pero la decisión no había sido suya. Las autoridades de la Guardia Real lo habían definido de ese modo y él no había podido oponerse.

La jornada concluyó con un clima enrarecido. Los reclutas no estaban conformes con las pautas definidas para la primera prueba. Por su parte, Eros necesitaba mayor información sobre el Bosque Encantado, debía enfrentar un escenario desconocido, y eso le generaba la misma incertidumbre que a todos sus compañeros. Recordó los comentarios de Bjorn la tarde anterior, luego del último entrenamiento. Antes de que se dispersaran los presentes, el joven se

acercó al viejo armero para indagar un poco más sobre el tema.

—Discúlpeme, ¿puedo hablar con usted? —dijo Eros, dirigiéndose a Bjorn, quien ya estaba alejándose del grupo.

—¿Qué ocurre? Ya lo escuchó al maestro, la reunión terminó —respondió, con pocas ganas de continuar el diálogo.

—Quisiera retomar la charla del otro día, sobre el Bosque Encantado, señor.

—No hay mucho más que hablar, es un lugar peligroso, ya no tengo más nada que pueda decir —expresó, sin detenerse, incómodo. Al igual que Sigurd, repudiaba lo establecido para la primera prueba, pero no podía demostrarlo.

—Ya sé que es peligroso, pero necesito más información. ¿Conoce alguien que lo haya

intentado? ¿Qué hay ahí adentro? —indagó, con mayor insistencia.

Bjorn detuvo su marcha, y lo observó seriamente. Vaciló un instante, y le hizo un gesto para que lo siguiera. Ambos avanzaron algunos pasos y se alejaron de los demás. Al ganar un poco de privacidad, el viejo se sintió más seguro.

—Las historias que dan vueltas, no son más que cuentos y mitos —comenzó Bjorn—. Los que realmente se atrevieron a ingresar a ese lugar no volvieron, así que se sabe muy poco al respecto. Solo hubo una excepción, un guerrero llamado Igor. Fue capaz de salir con vida de ese sitio, pero tampoco fue algo bueno.

—¿Qué le sucedió? Sin rodeos, cuéntamelo, por favor. Prefiero saber a qué me enfrentaré —insistió Eros.

—Ese guerrero era una verdadera bestia, no le temía a nada. En el campo de batalla había eliminado más enemigos, que cualquier otro soldado. Quienes lo conocían, decían que realmente disfrutaba destrozar a sus oponentes.

»Las leyendas populares dicen que el Bosque Encantado te enfrenta con tus propios miedos, y solo sobrevivirá quien pueda superarlos. Igor no tenía miedos, era el guerrero más valiente jamás visto, sin dudas, resultaba el candidato ideal para ingresar a ese maldito lugar. Fue así, que se ofreció para hacer una misión de exploración. Se internó en el bosque, y permaneció allí por varios días. Llegó un punto en que la espera se alargó y que todos lo dieron por muerto. Pero, una noche volvió. Se hizo presente en la taberna del pueblo y fue recibido como un héroe. Todos querían abrazarlo y escuchar sus historias, pero

él ya no era el mismo. Su furia y sed de sangre se habían enardecido, ese hombre había enloquecido. Sin ningún tipo de señal que los alertara de lo que iba a pasar, Igor empuñó su espada y comenzó a atacar a los presentes, con la misma saña con que lo hacía con sus enemigos. Ya no distinguía la batalla de lo cotidiano, solo pensaba en matar. El desastre fue terrible, hubieron muertos y muchos heridos de la locura que había hecho presa de Igor. Cuando finalmente llegaron los guardias e intentaron detenerlo, él huyó y se refugió en el Bosque Encantado y nunca más nadie tuvo noticias de él —concluyó Bjorn, y el joven se quedó sin palabras. Cuanto más indagaba sobre el tema, más siniestro le parecía aquel lugar.

—Eso es todo lo que sé. No tengo nada más que contarte. Ahora por favor déjame marchar —dijo

el viejo, dio media vuelta, y lo dejó a Eros solo con sus pensamientos.

5

Algunos días atrás...

En los pasillos subterráneos del castillo se hallaba instalada la prisión más sombría de todo el territorio de Tibur. Allí, la oscuridad y la humedad se impregnaban en los muros de las mazmorras, montando un escenario tétrico y deprimente. En esa cueva de penurias, donde hasta los demonios huían, permanecían encerrados los individuos más peligrosos y odiados del reino, tales como violadores, asesinos, prisioneros de guerra y desertores.

En el último calabozo, donde la luz apenas asomaba durante el día, se encontraba recluido el

comandante Kol, un estratega del ejército del Norte, quien cargaba en sus manos la sangre de cientos de soldados sureños, asesinados en la batalla. Había sido capturado poco tiempo atrás por la Guardia Real en un duro enfrentamiento. Si no fuera porque su reclusión se sostenía como futura carta de negociación con los enemigos del Norte, hubiera sido ejecutado en una plaza pública inmediatamente tras su captura.

El militar, quien se había mantenido en absoluto silencio desde su encierro, repentinamente, decidió romper el mutismo. Con un tazón de madera comenzó a dar golpes contra los barrotes de la puerta de su celda para llamar la atención. Antes de ser reprimido por el guardia, suplicó por una entrevista con el rey, argumentando poseer información sumamente importante, que estaba dispuesto a negociar a

cambio de una mejora en sus condiciones de vida.

El centinela de turno llevó la inesperada solicitud a su superior, y este decidió informar la propuesta a Su Majestad. A los pocos minutos, el comandante fue presentado cara a cara con el rey Gregor, en el salón principal. Sus extremidades estaban amarradas con cadenas, y dos soldados lo vigilaban de cerca, de manera que no le fuera posible escapar ni atacar a su soberano.

—Rey Gregor, agradezco su amabilidad —expresó haciendo una reverencia con la poca movilidad de la que disponía.

—Solo hay una cosa que odio más que perder el tiempo: la injusticia —dijo con tono áspero—. Y su reino ha sido muy injusto con nuestro pueblo desde hace más tiempo del que puedo contar. Así

que, al menos, valore mi tiempo, ¿qué tiene para decir? —exigió, elevando la voz—.

—Seré breve y directo. El Reinado del Norte planea atacar a la fortaleza del Oeste, esta vez no será un saqueo, sino una invasión definitiva —dijo algo dubitativo, hizo una pausa, y continuó con más firmeza—. Si quieren los detalles, les pediré algunas mejoras en mi situación de confinamiento.

—Dime lo que tengas para decir, y luego yo decidiré qué hacer contigo. Tú no estás en condiciones de pedir nada —respondió inmediatamente, exacerbado.

—No tengo nada que perder, no hablaré si no me prometen mejoras —replicó sin sentirse intimidado por el rey.

—¡Yo no negocio con asesinos! Lleven a esta basura a su chiquero —exclamó golpeando su cetro contra el piso.

Los guardias llevaron al prisionero a su celda nuevamente.

Durante las guerras previas al Día del Juicio, el Reinado del Sur mantenía una alianza con el Reinado del Oeste, ubicado en las Tierras Altas, al otro lado del bosque. Ambos reinos integraban un solo imperio que se defendía de los ataques del Norte. Pero tras la maldición de los dioses, las rutas quedaron abnegadas y los pueblos permanecieron completamente incomunicados.

Sin embargo, la revelación del comandante prisionero, despertó la alerta en la cúpula del rey Gregor. Ante la presunta invasión, el monarca delegó su preocupación a los altos mandos de la

Guardia Real. Inmediatamente, comenzaron a planificar una misión de apoyo para respaldar al ejercito del Oeste. Pero antes de abordar la amenaza que representaba el ataque del Norte, había un obstáculo, no menos importante por superar: el Bosque Encantado.

Para llegar a las Tierras Altas, era inevitable atravesar el bosque, pero la falta de conocimiento sobre los peligros que acechaban en ese territorio comprometían el objetivo final. No querían arriesgar a los mejores hombres de la Guardia Real en una odisea frente a un enemigo que se desconocía por completo. Aun así, era imperioso ejecutar una misión de exploración que ofreciera información al respecto lo antes posible.

Finalmente, las autoridades militares decidieron conformar un escuadrón de

reconocimiento reuniendo a los hombres más prescindibles de la fuerza. Los reclutas de la Guardia Real daban con el perfil adecuado, apenas eran aprendices. En consecuencia, la valentía de los estos futuros guerreros sería determinante para los planes del reino.

CAPÍTULO II

— La valentía —

6

Eros cabalgaba su yegua a través del Camino Real en dirección norte. La ventisca de las primeras horas de la mañana le rozaba el cuerpo y helaba su armadura. El aroma a hierba húmeda se esparcía en el aire e invadía de paz el pecho del joven en cada respiración. La bella senda desnudaba su esplendor a medida que la luz del día ganaba presencia, donde los rayos solares apenas se colaban entre las florecidas ramas de los árboles emperatriz.

El día del reto final había llegado, el momento más ansiado en la vida de Eros, quien siempre había soñado con ingresar a la Guardia Real. En vísperas de esa gran oportunidad, debía afrontar

la primera prueba, la misma que pondría en juego su valentía, uno de los tres atributos esenciales de todo guerrero.

El galope de Agatha conservaba un ritmo plácido y continuo, su andar le resultaba relajante. Estaba tratando de alcanzar serenidad a partir del escenario encantador que lo rodeaba, ya que se estremecía al pensar en la trascendencia de lo que estaba a punto de acontecer. Distintas sensaciones se entrelazaban en sus pensamientos: la importancia de superar la primera prueba, el recuerdo de su padre y la propia muerte. Al tratarse de una misión verdaderamente arriesgada, ese día podía acabar con un final glorioso o trágico.

Al llegar al final del Camino Real, se encontró con la rotonda principal, en donde dos rutas se abrían paso. A su derecha, el Camino del Lago.

Eros retuvo la mirada en esa senda un instante, y la figura de Elena voló a su mente, como un recordatorio de los encuentros a escondidas que habían compartido a orillas del lago. A su izquierda, el inicio del Camino de los Miedos, una ruta jamás visitada por él. Inhaló profundo y enfiló en esa dirección.

Durante medio kilómetro recorrió el Camino de los Miedos, esa vía se mostraba desolada, a ambos lados se extendía la estepa, solitaria y profunda. Al frente, sobre el horizonte, se alzaba un muro de árboles, una barrera natural que resultaba imponente por su espesura. Por primera vez, el joven se encontraba frente al mítico Bosque Encantado.

Antes de que la ruta se internara dentro del bosque, se establecía la fortificación de un puesto de vigía, y, a su lado, un refugio para recibir a los

reclutas recientemente montado por la Guardia Real.

Eros arribó al reducto y fue recibido por Sigurd y uno de sus colaboradores, quien tomó a su yegua y la llevó hasta un palenque donde estaban amarrados los caballos de los demás aprendices. Los reclutas estaban comiendo y bebiendo debajo de un extenso gazebo, disfrutando del agasajo que la Guardia Real les había ofrecido. El clima era distendido mientras esperaban la llegada del resto de los aspirantes para comenzar con la prueba.

Los minutos seguían corriendo y los presentes completaban menos de la cuarta parte de la unidad de aprendizaje. Decepcionado por la baja convocatoria, Sigurd no quiso esperar más y dio inicio a la jornada.

—Aspirantes, daremos comienzo a la primera prueba. Lamento que tan solo se hayan presentado nueve reclutas del cuerpo de aprendices —manifestó con fastidio—. Aquellos que están ausentes tendrán una marca de por vida. Será una vergüenza para ellos quedar excluidos de la Guardia Real por una actitud tan cobarde —continuó, enfadado, e hizo una pausa para calmarse—. Pero prefiero destacar el coraje de estos nueve hombres que hoy asistieron a este desafío —dijo, y detuvo la mirada unos segundos en cada uno de los jóvenes.

—Hoy deberán superar la primera prueba del reto final, para ello será necesario que ingresen al Bosque Encantado y se dirijan hacia el búnker abandonado. Esta fortificación no es visitada desde hace cientos de años. Allí, antiguas generaciones de guerreros del Reinado del Sur se

reunían para planificar las estrategias de defensa. Ese lugar es un templo, un homenaje a la valentía de nuestros guerreros caídos. Ustedes tendrán el privilegio de pisar ese suelo sagrado, lo que cambiará sus vidas para siempre.

»Una vez dentro, deberán dirigirse al salón principal donde, según los ancianos sabios, abundan estandartes del Reinado del Sur de todo tipo, grandes obras de arte, cuadros, escudos y banderas con insignias del reino, armaduras y espadas utilizadas en las grandes batallas. Son reliquias de un valor incalculable para nuestro pueblo. Deberán tomar una pieza, solo una, y traerla como evidencia de su visita. Les recomiendo que regresen antes del anochecer ya que, según las leyendas, la oscuridad despierta el mal que habita en ese lugar.

»No será una tarea sencilla. Sabemos del peligro al cual estarán expuestos, pero tenemos toda nuestra confianza depositada en ustedes. Deberán ser fuertes y superar cualquier adversidad. Recuerden que solo deben temer al fracaso —concluyó su discurso con los ojos vidriosos, conmovido, algo que jamás había hecho frente a ellos. Inmediatamente cambió su expresión, no quería mostrar debilidad, y se dirigió hacia el puesto de vigía que se ubicaba a los pies del bosque. Los nueve aspirantes lo acompañaron en silencio.

El puesto era una torre muy rudimentaria, cuya base consistía en rocas encajadas y amarradas con sogas, y el resto de la estructura era de madera. Alcanzaba unos treinta metros de altura, donde había una plataforma que podía albergar a no más de quince hombres. Sigurd y

los reclutas subieron hasta lo más alto y, desde allí, pudieron observar el bosque desde otra perspectiva. Su vista apenas llegaba poco más allá de las copas de las primeras hileras de árboles, luego la visibilidad se hacía cada vez más difícil, aunque daba una idea de la profundidad del bosque: era enorme e imponente. A lo lejos, se podía apreciar la cúpula semiesférica de una torre, mezclándose con el resto del paisaje. Aquella atalaya estaba construida sobre el búnker al que hacía referencia Sigurd, y se ubicaba en dirección sudoeste.

Los reclutas tomaron nota de su posición y distancia, implementando técnicas de orientación aprendidas durante la instrucción. Una vez con el objetivo más definido, estaban listos para emprender la travesía.

Sigurd propuso afrontar el desafío en parejas, y con un ingreso secuenciado por intervalos de tiempo. Seleccionó dos aspirantes arbitrariamente y les ordenó que descendieran de la torre y dieran inicio a la prueba. Se trataba de dos de los mejores reclutas, quienes se mostraban confiados y ansiosos por comenzar. Ambos obedecieron y abordaron el Camino de los Miedos en el sentido que se internaba en el bosque.

El resto del grupo se mantuvo expectante hasta que los jóvenes se adentraron en la maleza y se perdieron de vista. A continuación, Sigurd tomó un pequeño reloj de arena y lo volteó dejando correr el tiempo. Al cabo de algunos minutos, el último grano de arena cayó y la siguiente pareja de reclutas se lanzó a la aventura. El mismo procedimiento se repitió un par de veces más,

hasta que Eros quedó solo. Era el único aspirante que permanecía en el puesto de vigía junto a Sigurd, quien, esta vez, no volvió a girar el reloj de arena.

—¿Olvidó voltear el reloj? —preguntó Eros, confundido, sabía que no había sido un descuido, algo que le resultaba extraño ya que el guerrero no cometería ese tipo de errores en algo tan importante.

—No hará falta esta vez, prefiero que tú no realices esta prueba. Ya demostraste tu valentía en el campo de aprendizaje.

—No entiendo, las reglas son para todos iguales. Es uno de los principios de la Guardia Real.

—¡Exacto! Si los demás reclutas hubieran mostrado tu rendimiento, seguramente tampoco deberían afrontar este desafío y tendrían el mismo beneficio. No es por favoritismo.

—Agradezco su consideración. Pero, insisto, no creo que sea justo para el resto de mis compañeros.

—Eros, tú eres muy valioso para la Guardia Real, tienes mucho potencial. No vamos a arriesgarte en una prueba como esta —le respondió Sigurd en tono contundente y con los dientes apretados

—Si no realizo esta prueba, no podré mirar a la cara a mis compañeros luego —replicó Eros, incómodo y algo nervioso.

—Te diré una cosa, lo diré una sola vez y deberá quedar entre nosotros —dijo, mientras comenzaba a descender de la torre. Una vez en el suelo continuó—. Yo no estoy de acuerdo con esta prueba, me parece demasiado arriesgada para guerreros inexpertos. Pero la decisión fue tomada por las autoridades de la Guardia Real.

Yo tan solo debo acatar órdenes —expresó, e hizo una pausa extensa, que le provocó un nudo en el estómago a Eros. Luego, con un profundo suspiro, continuó—. No creo que volvamos a verlos con vida —concluyó sin más, y siguió caminando rumbo al campamento.

Eros abrió los ojos sorprendido, no podía creer lo que oía. Se sentía decepcionado, sentía que se habían burlado de la esencia de la Guardia Real, del espíritu de camaradería y, por sobre todo eso, Sigurd no había tenido el valor suficiente para defender sus principios ni a sus aprendices.

—¡Sigurd! —gritó, y espero a que su superior se diera vuelta—. Yo no seré cómplice de esto. Mi deber es realizar esta prueba, estar con mis compañeros —exclamó con firmeza, y enfiló hacia el Camino de los Miedos sin darle tiempo a su superior para responder.

Sigurd sintió herido su orgullo. En otras circunstancias hubiera reaccionado ante semejante irreverencia, pero esta vez no lo hizo, sabía que el recluta tenía razón. Masticó su bronca, y corrió tras él para detenerlo.

—¡Eros!;Detente, hablemos de esto! —gritó, y el joven detuvo su marcha, justo cuando se encontraba a un paso del ingreso al bosque, ya sobre el Camino de los Miedos.

Sigurd alcanzó su posición y ambos se quedaron un instante en silencio, observando hacia el interior. Aquella senda se internaba profundamente en la vegetación hasta esfumarse en la densa niebla que flotaba en el ambiente. El calor era más intenso, y una fuerte brisa hacía crujir las ramas de los árboles más débiles. Desde esa posición no se apreciaba el rastro de los reclutas ni de las criaturas descritas en las

leyendas, pero el aspecto de aquel sitio era escalofriante.

Ambos se miraron fijamente, Eros parecía estar recapacitando sobre su decisión de ingresar al bosque, pero, antes de que alguno pronunciara palabra, el joven se sobresaltó al oír el trote inconfundible de Agatha a sus espaldas. Volteó la vista nuevamente hacia el interior del bosque y observó como la yegua galopaba a toda velocidad por el Camino de los Miedos. Para cuando reaccionó, el animal ya se había perdido en la espesura. Corrió tras ella con desesperación, ignorando las palabras de Sigurd, quien no entendía la reacción del joven y le pedía que se detuviera. Pero ya era demasiado tarde. Sus gritos inútiles tan solo eran un eco propagándose en las entrañas de aquel infierno.

Eros tuvo que aprender a ser fuerte desde pequeño, el destino lo había puesto a prueba en muchas oportunidades y le enseñó a levantarse de cada caída. Cuando apenas era un niño, tuvo que sufrir la desaparición de su madre tras un ataque enemigo, y, en el pasado invierno, la muerte de su padre tras una dura enfermedad. No tenía más vínculos que la amistad con la princesa Elena y su amor por Agatha. El miedo a perder los pocos afectos que le quedaban era su mayor debilidad.

El joven marchaba a ciegas en el bosque buscando rastros de Agatha. Se mantuvo sin rumbo por varios minutos que le parecieron horas, sin encontrar el menor vestigio de su ubicación. Aún retenía el recuerdo del animal adentrándose en lo profundo del sendero, pero

ese rastro no prosperó más que en su mente. Temía por la integridad de la yegua, incluso más que por la propia y le crispaba el estómago tan solo pensar en lo que pudiera sucederle.

Transitaba el Camino de los Miedos, la única senda demarcada, ya que cualquier otra vía implicaría abrirse paso entre la maleza. No podía pensar con claridad, y ni siquiera había atendido su objetivo primordial, que era localizar el búnker. Su mente estaba estancada en la necesidad urgente de descubrir algún indicio acerca de su yegua.

Las frondosas copas de los árboles obstruían casi completamente el ingreso de la luz solar, y la humedad agobiante derivaba en una neblina. La oscuridad en el bosque era implacable, allí el día parecía huir de la noche.

Abruptamente, el rugido de una bestia rompió el silencio hasta ese momento dominante, sorprendiéndolo. Jamás había escuchado un sonido semejante, estridente y amenazante como un trueno. Se quedó perplejo, y a los pocos segundos, oyó un grito de dolor, el clamor de un hombre herido. Salió de su estupor y trató de identificar el origen del ruido para auxiliar a esa persona lo más rápido posible. Aguzando sus sentidos, miró en todas direcciones hasta que distinguió una enorme sombra, espeluznante y difusa, que se perdía entre las ramas de los árboles. Por un instante, mantuvo la vista en esa dirección, y percibió un leve movimiento detrás de un arbusto ubicado a poca distancia. Corrió desesperado hacia esa posición, pero, al aproximarse, avanzó con mayor cautela. Rodeó la parte posterior del arbusto con pasos cortos y

seguros, hasta dar con la fuente. Lamentablemente, se trataba de un compañero, ya sin vida. Llevaba la armadura propia de un recluta, pero no pudo reconocerlo, su rostro estaba destrozado, y de las heridas brotaba sangre como espuma. La criatura que enfrentó lo había matado brutalmente.

Al observar el cadáver, advirtió que su espada aún permanecía enfundada. La víctima no había intentado defenderse a pesar de tratarse de un ataque frontal, lo que resultaba extraño en un guerrero con instrucción. Eros se preguntaba la razón por la cual su compañero habría presentado tan poca resistencia, qué motivo lo habría dejado paralizado: si el propio temor a su agresor, o, tal vez, si habrían asomado sus miedos internos, tal como advirtió el viejo Harald.

Tomó la mano del joven fallecido y recitó una breve oración para que su alma pudiera descansar en paz en el Umbral de los Dioses. Dejó atrás el duro episodio, y retomó su camino. Por primera vez, desde su ingreso al bosque, pensó en el reto final, y recordó que debía encontrar el búnker abandonado antes de que anocheciera.

Su esfuerzo por hallar a Agatha había sido en vano, a esta altura, ya no sabía ni por dónde continuar la búsqueda, por lo que prefirió enfocarse en cumplir la prueba. Poseía un gran sentido de la ubicación en función de la posición del sol o las estrellas, y, en su mente, aún retenía las referencias que había registrado en la torre de vigía. Continuó la marcha, pero, esta vez, debió internarse por entre medio de la maleza. Atravesó la espesa vegetación abriendo paso con

su espada y avanzó más de un kilómetro a puro esfuerzo, hasta que el cansancio lo obligó a hacer una breve pausa. Adoptó una postura más relajada y apoyó sus manos en la cintura, cerró los ojos y se tomó un instante para descansar. A los pocos segundos, inesperadamente, oyó una voz familiar cerca de donde se encontraba. Corrió rápidamente hacia la dirección desde donde venía el sonido, y se encontró con el joven Gisli, quien lucía extenuado y enfurecido. Hablaba solo, lanzando insultos al aire, y sus ojos estaban desencajados.

—¡Idiotas! ¡Aunque digan que tengo el cuerpo de un cerdo soy más hombre que cualquiera de ustedes! —gritó cegado por la ira.

Eros lo miraba sorprendido. La escena le recordó a varias de las prácticas, donde los aprendices más hábiles se burlaban de él. Gisli se

enojaba mucho y sus mejillas se enrojecían de la furia, pero jamás había tenido una reacción violenta, aunque siempre parecía que estaba a punto de explotar.

No había nadie allí, acosándolo, sin embargo, Gisli reaccionaba como lo hacía cuando lo hostigaban en los entrenamientos. El chico prosiguió gritando al aire.

—¿Por qué se fijan en mi sobrepeso? Si soy lento es mi problema, igual puedo defenderme — continuó, discutiendo con enemigos invisibles. Era evidente que algo extraño estaba pasando que estaba enajenando a su compañero, quien estaba a punto de quebrarse.

—Gisli, ¿estás bien? Estás actuando como un loco —lo interrumpió Eros, preocupado.

—¿Que actúo como loco? ¡Lo que faltaba, ahora también estoy loco! —exclamó con la voz

entrecortada. Luego se tomó el rostro con ambas manos y estalló en llanto, con el ánimo destruido.

Eros se lamentó, su intención fue consolarlo, pero, sin querer, había agravado su estado.

Antes de que Eros pudiera acercarse a animarlo una enorme bestia se hizo presente entre la espesura. De manera sigilosa y amenazante, se aproximó por detrás de Gisli, quien había caído al suelo angustiado y sin fuerzas. Eros retrocedió unos pasos, atemorizado. Se trataba de un dragón verde. La criatura se encontraba frente a ellos, parecía de fantasía, pero era real, tanto como el temor que lo invadía en ese momento. Eros, con el cuerpo atenazado por el miedo, solo pudo mirar impotente cómo la bestia se iba acercando.

—¡Gisli, retrocede! —gritó con desesperación, cuando pudo recobrar la voz, pero su compañero, hundido en su pena, no reaccionaba al inminente peligro.

En un segundo, la criatura se abalanzó sobre Gisli y enroscó su cuerpo alargado y tubular alrededor del torso del joven, donde comenzó a ejercer presión con furia. Se oyó crujir las costillas del robusto recluta, quien apenas pudo emitir un gemido de dolor, que fue ahogado por el brutal ataque. El dragón abrió la mandíbula de par en par y apresó de un solo mordisco su cabeza entera, arrancándola de cuajo. Una vez hecho esto, soltó a su presa, dio un giro repentino y se marchó tan raudamente como había aparecido, dejando atrás el cuerpo decapitado de Gisli, el cual se desplomó en el suelo dejando un charco de sangre.

La imagen fue espeluznante, Eros no pudo permanecer un segundo más en ese lugar, y echó a correr sin rumbo. Mientras se alejaba, lamentó no haber podido hacer algo para proteger a su compañero. Una vez que se alejó lo suficiente, detuvo la carrera y se tumbó en la hierba, agitado. Permaneció algunos minutos masticando bronca y asimilando lo sucedido.

Se sentía abatido por el trágico final de su compañero, pero sabía que debía continuar. Mientras trataba de reponer energías escuchó a lo lejos el relincho de un caballo.

—Agatha— murmuró.

Tomó una gran bocanada de aire que hinchó su pecho e inmediatamente se levantó y comenzó a gritar el nombre de su yegua, llamándola. Aguardó un momento por una nueva señal y, a los pocos segundos, volvió a escucharla. Esta vez

pudo identificar su origen, provenía desde lo profundo del bosque, por lo que se dirigió hacia ese punto, sin dudarlo ni considerar peligros. Corrió con todas sus fuerzas y los sentidos en alerta. El relincho se oyó nuevamente, mucho más cercano que las otras veces, pero derivó en un gemido de dolor antes de que concluyera. Eros se detuvo, y un escalofrío recorrió su cuerpo entero. Temía que algo malo estuviera sucediendo con Agatha.

Desesperado, comenzó a mirar en todas direcciones y, finalmente, advirtió el lomo de un gran animal tendido inmóvil en el suelo, sobre una pequeña colina. Su pelaje brillaba como plata a pesar de la escasa luz que penetraba el follaje. Eros se dirigió directo hacia el animal y, al llegar, se abalanzó sobre el cuerpo echado: se trataba de Agatha.

La yegua respiraba con dificultad y emitía sonidos débiles y agonizantes. El abdomen mostraba una gran herida abierta, donde la piel y los músculos habían sido desgarrados con violencia. Tenía expuestas las entrañas y un enorme charco de sangre se iba formando a su alrededor. No había forma de salvarla, su fiel amiga estaba a punto de morir.

Eros no podía asimilar lo que estaba pasando, estaba por afrontar una nueva pérdida y no sabía si tendría la fortaleza para superarlo. Entendió que aquel momento se trataba del final de su compañera y no quiso perder tiempo intentando impedir algo irreversible, por lo que aprovecho ese último instante para despedirse de ella. Se aproximó al hocico de la yegua y lo acarició suavemente, mientras percibía como sus ojos brillantes y enormes se entregaban de a poco.

Sentía cómo una parte de su corazón se estaba yendo con ella y no pudo evitar que las lágrimas le nublaran la vista. Se mantuvo a su lado hasta que sintió que el animal dejaba de respirar. Eros gritó con rabia y aferró los restos de Agatha hasta quedar extenuado. Luego cortó un mechón de sus crines como recuerdo, lo enroscó entre la base de su espada y la empuñadura y volvió a enfundar el arma. Con la voz entrecortada, expresó tímidamente.

—Somos un equipo.

Se negaba a dejar el cuerpo de Agatha a merced de las fieras que habitaban en el bosque, por lo que intentó cavar una fosa y darle entierro. Improvisó una pala con un pedazo de tronco, y comenzó a abrir surcos en la tierra, pero al cabo de varios minutos estaba agotado y apenas se vislumbraba el pozo. La precaria herramienta

había cavado más en sus energías que en la tierra. Abatido física y mentalmente, se dejó caer de rodillas en el suelo. Resignado, sentía que su mayor miedo lo había vuelto a golpear.

Cuando nada parecía ir peor, un dragón negro descendió desde los árboles. La bestia no parecía muy ágil, pero sus dos cabezas erguidas eran intimidantes y aterradoras.

Una de ellas giró su extenso cuello a gran velocidad y se lanzó como un latigazo en dirección al joven, quien reaccionó rápidamente echándose hacia un lado y rodando por el suelo. Los colmillos del dragón impactaron en la tierra. Eros tomó el tronco con el que había intentado excavar y lo arrojó sobre la gran cabeza. El golpe fue certero y la dejó aturdida.

La otra cabeza lanzaba mordiscos al aire y, antes de que preparase una embestida, Eros se echó a

la carrera. Descendió la colina velozmente y se internó por donde la maleza se hacía más espesa. El dragón intentó perseguirlo, pero su andar tosco le impedía moverse en espacios poco despejados. Finalmente perdió su rastro y Eros se libró del peligro milagrosamente.

A pesar de los golpes y el dolor por la pérdida de Agatha, Eros había logrado sobrevivir. Pero no podía seguir desafiando a su suerte, sabía que esto recién estaba empezando y debía subir la guardia, de lo contrario se convertiría en una presa fácil. Así que recuperó fuerzas desde lo más profundo y continuó en la búsqueda del búnker abandonado.

Recorrió gran parte del trayecto sin detenerse, quería llegar a la fortificación lo antes posible. Sus energías se incrementaron cuando, a lo lejos, divisó la torre de la construcción. Comenzó a

cortar la maleza con mayor intensidad, y se abrió paso por la espesura como un animal salvaje. Cuanto más se acercaba, el terreno se volvía mucho más accesible.

Recorrió el último tramo con furor hasta quedar a unos pasos de la entrada al búnker. Al aproximarse, advirtió la presencia de otro recluta en el lugar. Se trataba de Aron, su mejor compañero de entrenamiento, lo cual lo sorprendió y alivió gratamente.

—¡Aron! Me alegra verte a salvo —le dijo, mientras caminaba hacia él. Se quedó en silencio unos segundos, esperando la respuesta del joven, la cual nunca llegó.

Eros repitió su comentario, pero su compañero no emitió sonido. Se acercó aún más y percibió gran preocupación en el rostro del joven. Sus ojos estaban perdidos con la vista hacia el piso y

su posición era erguida como al formar fila en los entrenamientos. No había razón para el formalismo, pero lo más extraño era que no parecía advertir su presencia. De pronto, levantó la cabeza y rompió el silencio.

—¡Señor, hice lo mejor que pude! Por favor, deme una nueva oportunidad —suplicó, mirando al frente, donde no había nadie.

La situación le resultaba familiar a Eros. Recordó el mal momento vivido con Gisli y reconoció en ambos cierta sugestión ante un dominio imaginario. Aún sentía culpa por no haber reaccionado a tiempo en la muerte de Gisli, por lo que no quería volver a pasar por lo mismo.

—¡Aron! ¿A quién le suplicas? No hay nadie ahí —intervino Eros con firmeza en la voz, intentando llegar a él.

—Para ti es fácil porque eres su favorito —le respondió enojado.

Al menos, esta vez había dejado de ignorarlo, pero continuó en su estado de súplica.

—¡Sí, señor Sigurd! ¡No volveré a fallar! —exclamó Aron, y se lanzó al piso, en donde comenzó a realizar flexiones de brazos, como cumpliendo un castigo.

Aron no tenía buenos rendimientos en las prácticas, y eso lo llevaba a caer en represalias continuas, su relación con los maestros no era la mejor, en particular con Sigurd.

Entonces Eros decidió probar algo.

—Sigurd, eres un idiota —dijo con dureza en la voz—. ¿Por qué no te marchas y nos dejas tranquilos? —lanzó Eros, quería probar la reacción de su amigo. Esta vez, intentó romper el extraño vínculo participando del mismo. Pero,

tal como había sucedido con Gisli, no obtuvo los mejores resultados. Aron se estremeció y se quedó perplejo unos segundos, para luego reaccionar con furia.

—¡Mira lo que has hecho! Ahora por tu culpa los dos estamos fuera de la prueba —exclamó enojado y preocupado. Se tomó la cabeza con ambas manos y se encogió en cuclillas, parecía un chiquillo lamentándose—. ¿Qué dirá mi padre cuando se entere de esto? —murmuró por lo bajo.

Eros se indignó con la situación, no le gustaba ver a su amigo en ese estado vulnerable y entregado.

Sabía que algo malo sucedería si no hacía algo pronto. Aron estaba a merced de cualquier peligro y la escena se convertiría en un perverso *déjà vu* de la muerte de Gisli. No acababa de

terminar de pensar en esto, cuando un dragón gris los sorprendió desde lo alto de la atalaya. Se mostraba impaciente por llegar a ellos y recorría el borde de la torre con ansias.

Antes de que la amenaza se tornara más grave, Eros abrió la puerta del búnker con prisas. Por fortuna, la entrada no estaba bloqueada, y el acceso quedó liberado fácilmente. Aron continuaba estático, en ese estado de obnubilación, pero Eros lo tomó de un brazo y lo arrastró hacia el interior del refugio junto con él.

Antes de que lograra terminar de cerrar la puerta, el dragón saltó desde lo alto y se paró, agazapado, a unos pocos metros de la entrada. Eros lo observó directamente a los ojos y se mantuvieron la mirada por un instante, intensamente. La criatura emitió un gruñido, mostrándole los dientes, y se abalanzó sobre el

ingreso. Eros cerró la puerta con rapidez dejando caer la barreta que bloqueaba el acceso desde adentro. Se escuchó un fuerte golpe del otro lado, pero la puerta resistió perfectamente. La bestia no volvió a insistir y, por primera vez en la tarde, Eros se sintió a salvo.

8

Elena se encontraba en la alcoba real junto a su padre, el rey Gregor, con quien mantenía una fuerte discusión.

—¿Por qué permitiste que la prueba se realizara en el bosque? Eso y una sentencia a muerte son lo mismo —recriminó duramente la princesa.

—Son futuros guerreros, desde el momento en que ponen un pie en la Guardia Real saben que su vida está en peligro. Es parte de su trabajo poner el pellejo en riesgo para defender a nuestro

reino. ¡Esto no es para cobardes! —exclamó, mientras comenzaba a perder la paciencia.

—Eros es muy valiente, él está dispuesto a arriesgar su vida por nuestro pueblo. Pero este desafío es innecesario, y corre peligro su vida, es injusto.

—Ahora entiendo por qué tanta preocupación, lo que te preocupa no son los reclutas, sino tu amiguito —retrucó con rabia.

—Es un desperdicio exponerlo inútilmente, él podría ser un gran guerrero, su desempeño ha sido uno de los mejores de los últimos años —argumentó, angustiada—. Además, es una persona muy importante para mí.

—¡Eres una vergüenza! Te atreves a decir que un plebeyo es importante para ti. Eres una princesa, algún día serás reina, ¡tendrías que tener un poco más de respeto por la realeza a la

cual representas! —explotó, sus ojos ardían de furia.

Elena tan solo agachó la cabeza y dejó que su padre continuara el discurso.

—Tendré que acelerar lo de la boda, así te sacas esas locuras de la cabeza —dijo con voz gélida. Tras unos segundos de tensión, retomó aún más intrépido—. Aunque es posible que a estas alturas ya se lo haya tragado un dragón, lo cual sería un problema menos—.

Elena prefirió mantenerse silencio. No era la primera vez que discutían sobre el tema, su padre no podía soportar el vínculo que existía entre ella y Eros. El rey insistía en que debía respetar los formalismos de la realeza y aquella situación era una amenaza permanente para él.

Finalmente, Elena se retiró de la habitación sin despedirse. Se dirigió a su alcoba personal,

escoltada por un guardia bajo las órdenes del rey. Conocía a su hija y sabía que era osada, temía que hiciera algo impropio llevada por el impulso.

Elena se echó sobre la cama y lloró por unos minutos, pero la indignación impidió que siguiera sin hacer nada por más tiempo. Masticó la bronca hasta que no pudo con su genio, y decidió hacer algo al respecto.

Se cambió de ropas por unas más sencillas, abrió con cuidado la ventana de su alcoba para evitar hacer ruidos que alertaran a los guardias apostados en la puerta de su recámara, y escapó por los techos. A pesar de ser una princesa, tenía ciertas destrezas que escapaban al protocolo.

Disimuladamente, se alejó de las inmediaciones del castillo y enfiló hacia el Bosque Encantado. Necesitaba saber que Eros estaba a salvo. No tenía realmente un plan armado, pero, bajo esas

circunstancias, consideró que estaba bien si lo descubría en el camino.

9

Eros y Aron se encontraban en la cámara de ingreso al búnker, en penumbras. La escasa iluminación dependía de la luz exterior que se colaba por entre medio de los barrotes de una pequeña ventanilla, ubicaba en lo alto de una pared.

Arrumbados contra un costado, había algunos artefactos rudimentarios para hacer fuego: una antorcha maltrecha, un pedernal y pirita. Eros comenzó a golpear las piedras para provocar chispas mientras Aron acercó la antorcha con intención de encenderla. Los primeros intentos fueron fallidos, los materiales eran añejos y

dificultaban la tarea. De todos modos, continuaron trabajando juntos, hasta que Aron rompió el silencio.

—Me salvaste la vida —dijo, con sencillez y agradecimiento en la voz—, si no fuera por ti me hubiera devorado ese dragón. Esta vez Sigurd se pasó de la raya —añadió molesto, tratando de alguna manera justificar la manera en la que se había comportado cuando estaban afuera.

—¿Sigurd? —preguntó Eros, le resultaba extraño que aún creyera que el maestro guerrero había estado junto a ellos.

—¡Sí, Sigurd! Sé que no me estaba yendo bien en los entrenamientos últimamente, pero ya es demasiado, me tiene de punto. ¿Oíste las cosas horribles que me dijo? —preguntó con indignación.

—Nadie te dijo nada, Sigurd no estaba allí. La voz de tus miedos era la que hablaba, todo fue producto de tu imaginación.

—No puede ser, estaba frente a mí diciendo que expulsaría del grupo y que era lo que siempre había querido. Tuviste que haberlo visto también—replicó, aún convencido de lo que había presenciado.

—Estoy hablando en serio, yo estaba a tu lado y no había nadie más. Nunca estuvo Sigurd ahí, entiéndelo. El bosque estaba enfrentándote a tus propios miedos, tal como lo anticipó el viejo Harald —insistió Eros, esta vez más convincente.

—No lo puedo creer... ¿entonces todo lo que sucedió ahí afuera no fue real?

—Casi todo, el dragón sí era real y casi te arranca la cabeza.

—Ya lo sé, gracias por salvarme —repitió Aron, al mismo tiempo que la enésima chispa encendió la brea de la antorcha al fin.

Toda la habitación se iluminó, y ambos pudieron verse las caras con claridad. Eros lucía fatal, llevaba en su imagen el estigma de los contratiempos superados en las últimas horas. Su estado despertó la atención de Aron, quien no tardó en preguntar.

—¿Qué te pasó? Pareciera que volviste de la guerra. ¿Tú también te enfrentaste a tus miedos? —preguntó, intrigado.

—No, los problemas que enfrenté fueron reales —respondió con amargura, e hizo una pausa y se le enrojecieron los ojos al recordar a Agatha—. Perdí a mi yegua —soltó con la voz entrecortada. No necesitaba agregar nada más, Aron sabía cuánto amaba a aquel animal.

—Lamento mucho tu pérdida, pero no estaba permitido ingresar al bosque con el caballo ¿por qué lo hiciste?

—No lo hice. Ella escapó de alguna manera e ingresó por propia voluntad. Traté de encontrarla, pero llegué tarde. Tenía miedo de que eso sucediera... —expresó, pero fue interrumpido por Aron.

—¿Dijiste miedo?

—Sí, eso dije.

—El bosque te enfrenta a tus propios miedos, es lo que sucede, ¿verdad? Si el cruce con Sigurd fue producto de mi imaginación, entonces, qué hay de lo que te paso a ti —concluyó, abriendo un vestigio de duda.

—No, no puede ser. La vi morir en mis brazos, si hasta tomé un mechón de sus crines como

recuerdo —respondió, mientras quitaba su espada de la funda.

Inmediatamente, se sorprendió al notar que el trozo de pelo no estaba en la empuñadura, tal como lo había colocado. Aron lo miró confundido, mientras Eros buscaba el mechón ausente en el fondo de la funda, en su armadura e incluso en el suelo. Sabía que no podía haberse perdido, lo había atado de tal forma que era imposible que se soltara. Temía que aquello se tratara de una falsa esperanza, pero todo indicaba que la muerte de Agatha había sido una simulación en su mente para enfrentarlo a uno de sus mayores miedos. No pudo evitar ilusionarse y volvió a hablar, estremecido.

—Tal vez tengas razón y no murió. Espero que los dioses estén de mi lado —exclamó, su rostro irradiaba emoción.

Ingresaron al salón principal, donde Eros encendió el candelabro de la entrada con la antorcha. La luz se propagó por todo el lugar y, tras muchos años de oscuridad, cientos de reliquias volvieron a brillar y exhibir sus colores.

El salón estaba montado sobre una amplia habitación de paredes gruesas de rocas de granito. La acústica era perfecta y ningún sonido se atrevía a ingresar o escapar del recinto cuando la puerta se cerraba. Sobre los laterales, colgaban cortinas de terciopelo y amplios murales con pinturas realistas, representando hitos destacados de las batallas en defensa del Reinado del Sur. En el fondo, relucía una enorme bandera con el estandarte sureño y, debajo, una larga tarima sostenía una interesante colección de armaduras, colocadas de tal forma que

representaban la evolución de la caballería a lo largo del tiempo.

En el centro se extendía una mesa rectangular en la que se podían reunir más de veinte personas. Esta se encontraba sucia, con manchas de residuos putrefactos, impregnados sobre la superficie, y jarros desparramados. Daba la impresión que aquel sitio había sido abandonado de improvisto. El olor a moho y humedad era intenso.

Eros se acercó a una estantería que exhibía una serie de medallas y condecoraciones otorgadas a grandes guerreros de la época. Entre los galardones se destacaba un medallón de oro y plata que resplandecía por encima del resto. Este pertenecía a Askel, el último capitán al mando de las tropas de la Resistencia del Sur, antes de que el hechizo cayera sobre el bosque. El guerrero

había sido un gran estratega y dedicó su vida a la defensa del reino. Su heroísmo había sido muy reconocido y recordado hasta la fecha. Aquella insignia era una verdadera reliquia olvidada en ese salón y Eros consideró que sería el trofeo perfecto como muestra del cumplimiento de la primera prueba.

Por su parte, Aron se había quedado fascinado con una pintura en piel de gacela que recreaba el enfrentamiento entre un caballero y un dragón gris, la misma bestia que lo había amenazado en la puerta del búnker. Enrolló el cuero y lo amarró en el ristre de la armadura.

La noche estaba al caer, y, según las recomendaciones de los maestros guerreros, no era conveniente permanecer en el bosque durante la noche. Ambos reclutas decidieron emprender el retorno.

Salieron del búnker con precaución y, por fortuna, ya no había rastro del dragón que los había sorprendido al ingreso. Aceleraron la marcha para alejarse de la fortificación lo antes posible. Al internarse en la maleza, se sintieron mucho más seguros y comenzaron a avanzar por la espesura sin detenerse. Con el correr de los minutos, los invadió la adrenalina de estar a punto de cumplir la prueba, tan solo debían llegar sanos y salvos al punto desde el que habían partido.

A mitad de camino, atravesaron una pequeña laguna, donde el agua les llegó a la altura del pecho, pero no los detuvo. Cruzaron la charca con facilidad, pero, una vez que llegaron a la orilla opuesta, Aron se detuvo, palpando su armadura desesperado.

—¡No lo puedo creer, esto es una maldición de los dioses! —gritó con bronca.

—¿Qué pasó? —preguntó Eros, mientras detenía su marcha.

—No tengo la pintura conmigo, creo que se cayó en el agua —explicó, desconcertado.

Dio la vuelta y enfiló hacia la laguna, en donde se zambulló y comenzó a buscar el trasto. Se desplazó hacia el centro de la charca, donde halló el cuero flotando en el agua estancada. Tomó el objeto con desesperación, y lo levantó por encima de sus hombros, como si exhibiera un trofeo, la sonrisa se dibujaba en su rostro.

Eros observó la escena desde la orilla, y advirtió que la pintura se había corrido completamente. Aquello ya no era una obra de arte, se trataba de un cuero manchado, corriente como cualquier

otro. Con pena, tuvo que anunciarle la mala noticia.

—Aron, lo lamento, pero tu pintura no se ve muy bien —expresó con tono apenado.

Aron bajó la pintura y la examinó, no podía creer lo que había sucedido. Dejó caer el cuero nuevamente al agua y se tomó la cabeza con ambas manos. Comenzó a girar sobre su posición lanzando insultos al aire. Eros no pudo evitar apreciar lo tragicómico de la situación y tuvo que ahogar una carcajada para no enfadar aún más a su amigo.

—Volveré a buscar otra pieza, no tengo alternativa. Tú debes continuar, no quiero demorarte —expresó Aron, un poco más tranquilo y resignado.

—Te acompañaré, pero debemos apurarnos, ya está empezando a ocultarse el sol —contestó

Eros, a quien no le gustaba la idea de demorarse, pero tampoco quería abandonar a su amigo.

—Perfecto, no perdamos tiempo entonces — exclamó Aron, y enfiló otra vez hacia el búnker.

Eros se dirigió a la laguna nuevamente y mientras hundía los pies en el barro, escuchó la voz de Aron, como si estuviera discutiendo con alguien. Alarmado, miró hacia el frente y observó a su compañero, de espaldas y aún dentro del agua, intercambiando palabras con alguien que supuestamente se encontraba en la orilla. Trató de identificar al sujeto, pero no había nadie ahí. Eros se aproximó un poco más para poder escuchar lo que su amigo decía.

—¡Discúlpeme, padre! Sé que aún puedo lograrlo, recogeré otro objeto y llegaré a tiempo, no lo defraudaré. ¡Se lo juro! —imploró.

Estaba angustiado, y temblaba como si fuera un niño.

—No me diga eso, por favor, debe confiar en mí
—suplicó Aron, perturbado.

—¡No lo escuches! —gritó Eros, inmediatamente, advirtiéndole que su amigo había sido atrapado otra vez por otro de sus miedos, tal vez el peor: decepcionar a su padre.

Aron no lo escuchó, continuaba rogando a la figura de su padre, imaginaria y omnipresente. Luego se quebró y comenzó a implorar para que creyera en él. La escena era triste, pero todo empeoró cuando, desde el agua turbia, emergió un dragón azul.

La bestia se asomó por detrás de Aron, frente a la mirada aterrorizada de Eros, quien ya nada podía hacer para salvar a su amigo. El dragón realizó un movimiento certero y fugaz,

sorprendiendo al joven por la espalda. La bestia sumergió rápidamente al lago el cuerpo de Aron y nunca más retornó a la superficie.

—¡No, Aron! —gritó Eros, desesperado.

Cayó sentado en la orilla, aturdido, esperando que un milagro le devolviera a su compañero. Pasaron los minutos y no hubo rastro de Aron. Sin nada más que pudiera hacer, debió continuar el camino solo.

Tambaleándose, Eros dejó atrás la laguna cargando a sus espaldas el dolor de haber perdido a un amigo. Retomó el rumbo hacia la salida nuevamente. Durante gran parte del trayecto, la espesura fue un obstáculo permanente hasta que, por fin, llegó al Camino de los Miedos. Aún restaban varios kilómetros para abandonar el bosque, pero todo parecía estarse encaminando con el objetivo ahora mucho más cerca.

Caminaba alerta, atento a cualquier amenaza. Tras varios minutos de marchar en soledad, observó a lo lejos, más adelante en la senda, la silueta de una persona avanzando hacia él. Poco a poco, la imagen se fue haciendo más precisa, y pudo advertir que se trataba de una mujer. Cuando se encontraba a escasos metros, reconoció a esa dama misteriosa: era Elena. No podía entender su presencia en ese lugar y se acercó a ella inmediatamente.

—¡Elena! ¿Qué haces aquí? —preguntó, sorprendido y preocupado.

—Oí rumores acerca de esta prueba, el riesgo al que los expusieron. No me dijiste que era tan peligrosa esta misión.

—Un guerrero tiene que estar preparado para todo —respondió con suficiencia.

—Hay una gran conmoción en el pueblo, las familias de los reclutas están desesperadas —explicó, con urgencia en la voz, y añadió con mayor intensidad—. Estaba muy preocupada por ti.

—¿Por qué ingresaste al bosque? No es lugar para una princesa.

—Lo hice por ti, no podía esperar más. Necesitaba tener noticias tuyas.

Ambos se quedaron en silencio un momento, mientras retomaban el camino de regreso. Eros estaba conmovido con la reacción de la joven. Nada justificaba el riesgo que había asumido, pero aun así lo llenaba de orgullo. Siempre había adorado a esa mujer y, desde hacía un tiempo atrás, sus sentimientos se habían convertido en algo más que cariño amistoso. De todos modos, temía enfrentar al desamor y que una desilusión

debilitara su integridad, afectando a su carrera y todo lo que había en juego en su presente.

Pero el gesto de Elena rompía cualquier especulación. Tal vez ahora no veía tan descabellada la idea de imaginar un futuro con ella.

—¿Dónde estás? —preguntó Elena, Eros estaba sumergido en su pensamiento.

—Perdona, es que... —balbuceó, dubitativo.

—Tranquilo. No te pongas nervioso —lo tranquilizó ella, entre risas.

—¡Eres increíble! Creo que pasé las peores horas de mi vida, sin embargo, apareciste tú y mejoraste todo. Eres muy importante para mí —añadió, emocionado. Sentía que era un momento especial.

—Gracias, tú también eres importante, por eso estoy aquí —respondió, y se mostró un poco

inquieta, parecía estar atesorando algo, que no se animaba a decir. Eros percibió su vacilación y se puso ansioso. Presentía que algo trascendente estaba por ocurrir.

—¿Quieres decirme algo? Sabes que puedes contarme lo que sea —soltó, sin poder resistir más.

—¡Sí! Es importante, quería contártelo antes que nadie —anunció, misteriosa, y agregó al instante—. Mi padre organizará mi boda, ya lo tiene decidido: me casaré con un noble caballero, un gran candidato. Me gustaría que estuvieras presente —lanzó la noticia como una flecha envenenada. Un instante atrás había considerado la posibilidad de compartir una vida con ella y, un minuto más tarde, esa idea había quedado sepultada cien metros bajo tierra.

Eros se sintió herido por el anuncio, pero no quería mostrarse vulnerable. Sabía que pertenecían a mundos diferentes y que una relación con Elena no estaba a su alcance, si bien se había permitido soñar brevemente con ello.

Como buen guerrero, su corazón debía ser fuerte. Su rostro se convirtió en piedra y respondió con diplomacia.

—Acepto, seré tu invitado de honor —dijo, forzando una sonrisa. Luego, tratando de mostrarse un poco más espontáneo, continuó— Tú te vas a casar y yo me uniré a la Guardia Real, parece que estamos cumpliendo nuestros objetivos. Al salir de aquí deberíamos celebrarlo.

—¡Por supuesto! Ahora hay algo más que quiero mostrarte —dijo, volviendo a ponerse enigmática. Eros ya no estaba para más sorpresas, su cara no podía disimularlo.

Elena miró hacia arriba y emitió un sonido exótico, como imitando el canto de un ave. A los pocos segundos, se oyó el crujir de varias ramas y la escasa luz se vio envuelta en una gran sombra. Una ventisca ligera se deslizó entre los árboles, provocando algunos torbellinos que hicieron revolotear las hojas. Una extraña energía se comenzó a sentir en el ambiente.

De un momento a otro, el origen de esa perturbación se dio a conocer: un gran dragón rojo descendió desde las alturas, sobrevoló en círculos alrededor de los jóvenes y finalmente se detuvo frente a ellos. Elena, sin rastro de temor, se acercó a la criatura. Eros intentó detenerla sujetando uno de sus brazos, pero el dragón inmediatamente gruñó y lanzó un humo espeso y ardiente desde la nariz. El joven se quedó petrificado, sin embargo, Elena se mostraba

relajada. Acarició la mandíbula de la bestia, sin que esta se inquietara.

—Existe un único dragón por humano y yo encontré el mío —explicó, con ternura y adoración en la voz—. Te dije que algún día montaría uno, pero no quisiste creerme. El día en que celebre mi casamiento, llegaré volando con este gran dragón, nadie olvidará eso —concluyó alardeando.

Eros se hallaba incómodo. Elena no solo había roto su corazón, sino que además lucía extraña: presumía de una vida vinculada a la realeza, algo que a ella nunca le había importado, y, como si fuera poco, hasta había domado el dragón que siempre había soñado. Parecía que tenía todo resuelto y que él ya no era importante para ese futuro que se había labrado. Por otro lado, no podía evitar que su condición de plebeyo lo

hiciera sentirse más inferior de lo que nunca antes se había sentido ante aquella princesa.

De un momento a otro, se vio rendido, incluso ponía en duda su continuidad en la Guardia Real. No podía negar que, en parte, había elegido esa carrera para convertirse en caballero y estar más cerca de ella. Pero, después de todo, consideró que tal vez su destino estaba más ligado a los establos, tal como su padre.

Buscó con la mirada los ojos de Elena, pero ella tenía la atención puesta en la bestia. El espécimen era fabuloso, sin dudas, el dragón más voluminoso e imponente de todos los que había cruzado a lo largo del día. Poseía alas enormes y fibrosas, con púas filosas que se asomaban en los extremos. Su cuerpo de color morado estaba cubierto por escamas gruesas, y poseía patas musculosas y fuertes. Aquella bestia tenía cabeza

de serpiente, con largos cuernos que se extendían desde la base del cráneo, y colmillos prominentes. Sus ojos de color verde, eran redondos y pequeños, con pupilas finas verticales, que transmitían una mirada fría y amenazante.

Esa criatura no era de fiar, y Eros comenzó a sentir algo más que una mera incomodidad. Por más que Elena mostraba tener todo bajo control, percibía que algo andaba mal, y una oleada de inseguridad lo azotó inesperadamente. El extraño temor lo quitó por un momento de su estado de depresión y lo puso alerta, expectante. En ese instante observó al dragón y detectó tal ira en su mirada que el miedo le erizó la piel. Fue ahí que recordó algo que había sucedido pocos días atrás: Elena le había hablado acerca de los dragones rojos y blancos, ambos extraordinarios,

pero opuestos, uno reflejaba el mal y el otro la evolución, y juntos propiciaban el equilibrio. Ella deseaba volar por las montañas en un dragón blanco, un sueño sublime de libertad y pureza, todo lo contrario, a lo que inspiraría un dragón rojo. En ese bosque hechizado aquella bestia era lo más lejano a lo que ella añoraba. ¿Por qué Elena se vincularía con una criatura maléfica? No tenía sentido, salvo que se tratara de una ilusión, un engaño de la mente.

Eros desconfió de lo que sus ojos percibían. Uno de sus mayores miedos era alejarse de Elena a causa de sus diferencias de clases y, en ese maldito lugar, parecía convertirse en el argumento perfecto para debilitarlo y acabar con él.

Retrocedió, y se puso en guardia. Elena lo miró desconcertada.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, dando algunos pasos al frente.

—¡No te acerques! —exclamó Eros, con firmeza y la mente más clara—. Tú no eres real, solo estás en mi mente.

—Estás muy tenso, ¿es por lo que te dije del casamiento? Podemos hablarlo, siempre hablamos todo —respondió, y sus ojos se pusieron vidriosos.

Eros estaba conmocionado por lo que veía, pero decidió mantener su postura.

—Si fueras real no tendrías un dragón rojo —dijo, y la miró fijo. El rostro de Elena se convirtió en furia.

—¿Tú qué sabes de mí? ¡No conoces todos mis secretos!

—Pero conozco el interior de Elena, es la mujer más pura que conocí. Y si existe un solo dragón

predestinado, jamás sería esa bestia horrible como la que está a tus espaldas —respondió con seguridad.

El dragón, enfurecido, gruñó y lanzó una llamarada hacia arriba, parecía un volcán en erupción. La figura de Elena se mantuvo un instante inmóvil para luego comenzar a desvanecerse. Las sospechas de Eros habían sido acertadas, se trataba de otra siniestra alucinación.

Con las fuerzas renovadas, aguardó un instante hasta que la figura que imitaba a la princesa se diluyó por completo. Pero, tras desaparecer esa imagen, quedó cara a cara con el temible dragón rojo. La bestia estaba rabiosa, y era cuestión de segundos para que iniciara un ataque. Eros prefirió tomar la iniciativa, desenfundó su espada y, en una maniobra desesperada, se la arrojó directo a la cabeza. El filo se enterró en

uno de sus ojos. La criatura se sacudió violentamente y el arma salió disparada hacia un costado. La sangre fluía con presión, y se chorreaba por la mandíbula del animal.

El dragón estaba aturdido, y Eros aprovechó la oportunidad y echó a correr para alejarse del peligro. Avanzó por el Camino de los Miedos a toda velocidad durante un buen rato. A lo lejos, logró divisar la salida del bosque, y un torrente de energía recorrió sus venas. Continuó corriendo con todas sus fuerzas, sin importarle el cansancio ni las heridas. Lo movía la esperanza de que, con cada metro que avanzaba, estaba más cerca de salir de ese endemoniado lugar.

Parecía que la pesadilla había concluido, cuando sintió un fuerte zumbido a sus espaldas. Volteó la cabeza y vio al dragón rojo volando directamente hacia su posición, las enormes alas

provocando un sonido aterrador. La adrenalina le brotaba del cuerpo, jamás había estado tan expuesto.

A penas restaban metros para llegar al final del camino, cuando la bestia lanzó una fuerte bocanada de fuego. Las llamas apenas rozaron su armadura, pero sintió como el calor del acero le sofocaba el cuerpo, pero no se detuvo. Ya nada lo detenía. Sabía que, si lo hacía, moriría sin dudas, por lo que corrió sin tregua hasta que, por fin, logró atravesar el punto que delimitaba el bosque, en donde trastabilló y cayó rodando en el terreno llano.

Levantó su cabeza y observó al sendero: ardía en llamas y algunos árboles habían caído producto del incendio. Entre medio de la humareda, apareció el dragón rojo, pero se detuvo en el límite, a tan solo metros del joven.

Torció la cabeza y lo observó con su perfil sano. Durante unos segundos, cruzaron una mirada intensa y desafiante. Luego la bestia dio media vuelta y voló hacia el interior del bosque.

Eros se encontraba extenuado, pero orgulloso de haber cumplido la primera prueba. Se levantó con dificultad y miró hacia el campamento. No había nadie presente, la noche comenzaba a instalarse y, por lo visto, habían dado por muertos a todos los reclutas. Continuó caminando hacia el sur, y al pasar por la torre de vigía, oyó la voz de una mujer que lo llamaba.

—¡Eros, lo lograste! —exclamó Elena, apareciendo por detrás de la torre montando a Agatha.

Eros se detuvo, y se quedó atónito contemplando a su amiga y a la yegua aproximándose hacia su posición. No pudo

pronunciar palabra, por un instante bajo la guardia y se abrió a la emoción, su rostro se empañó de lágrimas que sabían a desahogo, amor y valentía, entre otras cosas.

CAPÍTULO III

— La destreza —

10

El atardecer se desvanecía en el territorio de Tibur. La brisa tímida apenas sacudía las aguas calmas del Lago de los Dioses. En el umbral de una noche esplendida, Eros y Elena aguardaban por las primeras estrellas sentados sobre la orilla del lago.

Minutos atrás, habían cabalgado algunos kilómetros desde su encuentro en las cercanías del Bosque Encantado. Elena había tomado las riendas de la yegua, mientras que Eros apenas había podido sujetarse de ella en el recorrido. El agotamiento había hecho que permaneciera callado durante todo el trayecto.

Fue frente al lago cuando, finalmente, Eros rompió el silencio.

—¿Dónde encontraste a Agatha? ¿Qué pasó con ella? —indagó, preocupado por el animal.

Elena frunció el entrecejo, sintiéndose algo molesta con la pregunta. Hubiera esperado que su aparición imprevista fuera causa de mayor sorpresa, más que de la yegua.

—Pensé que preguntarías por mí primero —respondió, impaciente. Odiaba sentirse en segundo plano.

Eros rió, y luego trató de enmendar la situación.

—También quiero saber de ti, no te precipites. Lo que ocurre es que mientras estuve en el bosque tuve un mal presentimiento por Agatha —explicó, y se quedó pensando unos segundos,

luego retomó mirándola a los ojos, emocionado—. ¡Temí lo peor!

—No deberías haberte preocupado, siempre estuvo en buenas manos. Todos los caballos de los reclutas fueron llevados al establo real.

—Gracias por haberme recibido, fuiste la única persona que estuvo allí. Al parecer, el resto ya nos había dado por muertos —afirmó con bronca.

—Habían pasado muchas horas desde el inicio de la prueba. Los maestros guerreros pensaron que las chances de que hubiera sobrevivientes era muy remota. Yo me preocupé por ti —añadió con voz débil, estremecida—. Necesitaba saber cómo estabas.

—¿Nadie sabe que estás aquí?

—No, salí a escondidas. Agatha fue de ayuda, cualquier caballo de la realeza hubiera llamado la atención.

Eros se quedó un instante observando a la princesa, conmovido por el gesto. Elena lucía mucho más discreta de lo normal. Vestía un tabardo oscuro y sencillo, algo añejo, que le cubría el cuerpo entero y su cabello estaba desprolijo, lo que resultaba extraño en ella. Era evidente que su intención había sido pasar inadvertida.

—¿Qué pasó ahí dentro? —preguntó la princesa, interesada.

—Aquello fue un infierno. Tuve que ver morir a varios de mis compañeros, pero lo peor fue enfrentarme a mis miedos.

—¿Cuáles son tus miedos?

Eros dudó un instante antes de responder. Sabía que podía contarle lo que fuera a la princesa, pero todavía sentía la herida muy abierta, por mucho que lo que hubiese pasado no había sido real.

—Creo que mi mayor temor es perder a mis afectos —respondió al fin—. No toleraría más pérdidas, ya tuve suficientes en mi vida. El bosque me hizo experimentar la muerte de Agatha, fue una situación horrible, pero por suerte no fue real —afirmó, mientras dirigía la mirada hacia la yegua. El animal se encontraba a escasos metros de los jóvenes, alimentándose de los tiernos pastos que crecían sobre la orilla del lago.

—Sé que después de las pruebas me alejaré de Agatha, seguramente será asignada como auxiliar de entrenamiento a un nuevo recluta.

Será difícil aceptarlo, pero prefiero eso a verla morir.

—Puedes estar tranquilo ahora, ya sabes que no sucedió, ella está a salvo —afirmó Elena, mientras lo miraba con ternura.

—Aún hay más —agregó, con cautela—, tuve una dura experiencia con una ilusión que se asemejaba a ti.

—¿También me viste morir? —preguntó la princesa, sorprendida.

—No, pero conocí una parte de ti que desearía que existiera solo en aquella alucinación —soltó, aportando aún más intriga.

—Adelante, dime qué viste de mí —dijo, ansiosa.

—Tenías tu vida resuelta, una gran boda, e incluso poseías un dragón rojo. Y yo había quedado fuera de todo.

—¡Un dragón rojo! —exclamó, y se echó a reír con ganas.

—¿Por qué te ríes? Fue traumático —se quejó, algo molesto por las risas.

—Sería imposible que tuviera un dragón rojo. Sabes que los dragones rojos... —comenzó a explicar, pero fue interrumpida por Eros.

—Ya sé cómo son los dragones rojos, casi fui devorado por uno de ellos. Antes no sabía de dragones, pero ahora soy un experto —dijo con ironía—. No creo que tus libros digan más de lo que aprendí allí adentro —replicó petulante.

—Está bien, experto en dragones, tendrás que contarme sobre ellos, entonces.

—Tal vez, pero en otra ocasión. Esas criaturas no son como el dragón blanco con el que sueñas —concluyó Eros, con un poco de resentimiento en la voz.

—¿A qué te referías con qué tenía todo resuelto?

—retomó Elena, dejando de lado a los dragones.

—Tu vida era perfecta, y parecía que no necesitabas de mí. Eso sí me dio miedo —dijo, e hizo una pausa mientras la miraba a los ojos—. ¿Qué lugar ocupó en tu vida? —indagó sin rodeos. Sabía que la pregunta era difícil, pero no habría un mejor momento para hacerla.

—¿En serio necesitas que lo diga? Ocupas un lugar muy importante en mi vida, de lo contrario no estaría aquí a escondidas de mi padre. Pero, por favor, no lo hagas más complicado —dijo, incómoda, tratando de eludir la respuesta—. ¿Qué te parece si hacemos algo más interesante? —propuso inesperadamente—. Podríamos darnos un baño en el lago.

Eros se sintió avergonzado, sabía que la princesa lo hacía para evadir la pregunta y deseó

no haberla formulado. Pero también él quería huir del momento, y la sugerencia de Elena era el escape ideal.

—Está bien, como cuando éramos chicos — consintió, y se levantó con dificultad, aún adolorido por los golpes de la dura jornada.

Elena se desajustó el tabardo y dejó caer la prenda a sus pies. Su cuerpo asomó apenas cubierto por un camisón ajustado de fina seda, y su piel quedó expuesta frente a la mirada de Eros como nunca antes. El joven permaneció unos segundos paralizado por el espectáculo repentino, mientras ella se internaba lentamente en el agua.

Para entonces, la noche ya estaba instalada, y una luna redonda y brillante proyectaba su imagen gemela sobre la superficie serena del Lago de los Dioses. La luz natural era la única

fuelle que iluminaba la escena, tenue pero suficiente como para vislumbrar entre penumbras la silueta armoniosa de la princesa.

Eros desechó los restos de su armadura maltrecha y se quitó sus prendas más pesadas. Luego siguió los pasos de Elena, y los dos se adentraron en lo profundo. Nadaron libremente por un momento hasta reunirse en un mismo punto, donde permanecieron flotando cerca uno del otro. Ambos disfrutaban de la compañía, sintiéndose por una vez como adolescentes normales divirtiéndose.

El agua estaba helada y, con el correr de los minutos, comenzó a clavarle en los músculos como agujas. La princesa comenzó a sufrir el frío y Eros, notando esto, la ayudó a nadar hasta donde el agua les llegaba a la altura de la cintura. La abrazó estrechando su cuerpo tembloroso

contra el suyo, frotó su espalda con las manos, intentando ayudarla a que entrara en calor, y logró poco a poco que dejara de temblar.

Al tocar su piel, lo abordó un sinfín de sensaciones. Sintió que su pecho se abría inevitablemente a un sentimiento puro e inédito, pero, al mismo tiempo, experimentó un estado de vulnerabilidad que lo aterraba. Pensó que su amor por la princesa lo trasladaba al campo de batalla más peligroso que jamás había enfrentado, pero, como buen guerrero, debía ser valiente. Recorrió con la vista todos los caminos hasta interceptar la mirada de la princesa. Alzó la mano para acariciar sus mejillas y, sin dudarlo más, atrapó sus labios con el beso que siempre había reprimido.

Ambos se besaron con pasión, dejando atrás, por un instante, todas las diferencias que los

separaban. El encuentro fue fugaz e intenso, un viaje relámpago a través de aquel deseo profundo y prohibido. Se observaron durante unos segundos hasta que volvieron a la realidad. La princesa, confundida y nerviosa, trató de decir algo, pero Eros ahogó sus palabras apoyando el dedo índice en su boca. Con ese gesto elocuente, le transmitió calma, indicándole que entendía que aquello no debía significar más que un impulso, una bocanada de libertad.

11

El sol del mediodía atravesaba el cristal de los ventanales de la Torre del Homenaje. En la antesala del salón principal, la luz brillante se proyectaba sobre el piso de madera pulida y hacía resplandecer aún más el ambiente. La delicada decoración del cuarto era acorde al gusto del rey

Gregor. Las paredes estaban cubiertas por un fino tapiz con esbeltas pinturas de arte surrealista, representando dragones, dioses y seres mitológicos. Entre las obras más destacadas, sobresalía la figura del propio rey montado a un dragón blanco a punto de alcanzar el Umbral de los Dioses.

Hacia uno de los laterales se extendía una hilera de sillones de madera tallada con almohadones de terciopelo en color púrpura. Dos de los asientos estaban ocupados por Eros y Sigurd, quienes mantenían un diálogo discreto, a la espera del ingreso al salón. Ambos habían sido invitados a un banquete por pedido exclusivo del rey.

—Entiendo tu enojo, pero tienes que comprender que hay protocolos que cumplir. El límite de la prueba se había agotado, y las

esperanzas de que hubiera sobrevivientes eran nulas —se excusó Sigurd, justificando su ausencia en el puesto montado al ingreso del Bosque Encantado.

—Estuve a punto de perder la vida ahí adentro, al menos podrían haber esperado un poco más —retrucó Eros, ofendido. No existían palabras que pudieran conformarlo.

—Tal vez deberíamos tener esta charla en otro momento. Estamos a punto de asistir a una reunión importante, no lo arruines. Debemos mostrarnos como una unidad —respondió, alzando demasiado la voz. De inmediato, advirtió el descuido y se reprimió. Eros tan solo permaneció en silencio.

A los pocos segundos, la puerta se abrió y se hizo presente Einar, uno de los consejeros más cercanos al rey.

—Señores, el rey Gregor aguarda por su presencia —anunció, e hizo una reverencia indicando que podían acceder a la habitación.

Eros avanzó tímidamente, nervioso por la trascendencia del evento, jamás había estado tan cerca de Su Majestad. A medida que se adentraba en el salón, se sentía abrumado con cada detalle que apreciaba del lugar. En la sala abundaba el lujo y la elegancia y, en el centro, una larga mesa exhibía un gran festín que jamás hubiera imaginado. Había comidas exquisitas y abundantes, y platos que ni siquiera sabía que existían.

Einar les indicó dónde debían ubicarse y la mesa quedó completa. Además de ellos y el consejero, también se encontraban sentados Harald y Klaus, este último siendo la autoridad máxima de la Guardia Real. En uno de los

extremos, aguardaba el rey para comenzar con el agasajo.

—¡Bienvenidos a mi mesa! —anunció con la voz en alto y festiva—. Decidí recibirlos con este banquete para homenajear la valentía y el coraje de este joven guerrero, y la dedicación y sabiduría de su maestro, quien ha sabido guiarlo en su camino. Quiero que se sientan a gusto, mi castillo es su casa.

—Muchas gracias, Su Majestad —respondió Sigurd formalmente.

Eros asintió con un gesto y Sigurd lo miró de manera reprobatoria. Consideraba que la expresión había sido, cuanto menos, pobre para responder el saludo de un rey.

Gregor hizo una seña, dando permiso para que todos comenzaran a servirse la comida.

—Joven guerrero, ¿cuál es tu nombre? — preguntó Gregor con cierta displicencia. Conocía la respuesta, pero prefería marcar la distancia.

—Mi nombre es Eros, Su Majestad —dijo, y de reojo advirtió cómo Sigurd emitía un gesto de aprobación, más conforme con los modales del joven.

—¡Eros! Que nombre tan interesante — comentó el rey, con un deje de sarcasmo en la voz. Permaneció un instante en silencio, pensativo, y luego retomó—. Eros, creo que su significado es amor y fertilidad. Espero que no enamores a todas las mujeres del reino, al menos, no a la princesa —comentó, y comenzó a reír a carcajadas. Todos en la mesa hicieron eco de sus risas, salvo Eros, quien sonrió incómodamente.

—Solo bromeaba, es un buen nombre, lástima que no pertenezca al ámbito local. Es extranjero, ¿verdad? —preguntó Gregor, incisivo. Eros se sentía cada vez más incómodo con la situación.

—Sí, así es, mi familia emigró a estas tierras en busca de prosperidad. Mi nombre proviene del extranjero, pero yo nací en este reino, y estoy dispuesto a morir peleando para defenderlo —respondió con determinación.

—¡Muy bien! Eso me enorgullece, muchacho. Por lo que me han contado, tienes un gran futuro en la Guardia Real, tengo entendido que fuiste el único recluta en aprobar la primera prueba del reto final.

—Sí, fui el único recluta en aprobar la primera prueba, y también el único en sobrevivirla —respondió, y se propagó un silencio incómodo en la sala. Sigurd le golpeó la pantorrilla con la

punta de la bota y Eros tuvo que disimular el dolor sin emitir sonido, sabía que su maestro estaba a punto de perder la paciencia.

El rey no quiso continuar y le hizo un gesto a Klaus, cediéndole la palabra. El militar lo comprendió inmediatamente y comenzó a hablar.

—Eros, estamos muy orgullosos por tu rendimiento, fue muy valiente lo que hiciste en el bosque. Ahora cuéntanos, ¿cómo fue esa experiencia? —indagó Klaus, expectante, ansioso por obtener información.

—No fue fácil, pero creo que puedo decir, sin temor a equivocarme, que aprendí mucho de la experiencia —respondió y comenzó a describir los hechos que debió superar en el Bosque Encantado.

El joven aún sufría estrés por lo acontecido, y aprovechó la oportunidad para descargar parte de la tensión contenida. A medida que el relato avanzaba, pudo comenzar a sentir cierto alivio. Por su parte, Klaus prestaba atención a cada palabra, los hechos narrados le aportaban información muy valiosa.

Tras varios minutos de exposición, Eros hizo una pausa y el militar aprovechó para volver a tomar la palabra.

—Muchas gracias, muchacho, nos has ofrecido datos que tendremos muy en cuenta para nuestras futuras misiones. ¿Hay algo más que quisieras agregar?

—Sí. En ese lugar no cuenta poseer la espada más filosa, lo que te salvará es la fortaleza mental y la entereza para afrontar tus miedos más

profundos. Solo quien tenga claro su destino podrá sobrevivir —concluyó solemnemente.

El viejo Harald se mostró conmovido por la historia del joven, y le dedicó algunas palabras.

—¡Te felicito por haber superado la prueba! Y aún más por el aprendizaje que adquiriste. Para tu corta edad, te has convertido en un hombre muy sabio. Que los dioses te acompañen en tu camino —finalizó el anciano, y el silencio se instaló en la gran sala por algunos segundos.

El ambiente estaba sumergido en la emotividad, algo que hizo que el rey se sintiera molesto. Odiaba profundamente el sentimentalismo, por lo que prefirió cambiar de clima.

—¡Muy bien! Me gustaría hacerle un regalo a nuestro futuro guerrero —anunció con voz alegre. Observó a todos, uno por uno, y dejó trascurrir unos segundos—. En primer lugar, te

daremos una condecoración por tu valentía — anunció, dirigiéndose al joven, y le hizo un gesto a Einar para que procediera con el protocolo. El súbdito sacó una pequeña medalla de metal del bolsillo y la colocó alrededor del cuello de Eros sin mucha ceremonia. La condecoración no tenía valor económico, pero representaba un gran simbolismo para Eros ya que se trataba de su primer reconocimiento al servicio de la Guardia Real. La medalla tenía grabado su nombre y la leyenda *Con honor y valentía*.

La entrega de condecoraciones era una vieja costumbre del rey, quien adoraba obsequiarlas, repartía más medallas que saludos. Más allá de eso, para el joven era todo un acontecimiento.

Gregor se levantó de su silla y se acercó a Eros, posó las manos en el hombro del joven y continuó hablando.

—Además de esta medalla, te concederé un deseo. Pide lo que quieras, pero ten en cuenta que soy un rey, no un mago —acotó con una risa y guiñando el ojo, y nuevamente el resto de los comensales lo acompañaron.

Luego se arrimó al oído del joven, y susurró por lo bajo.

—Ni se te ocurra pedirme la mano de la princesa —susurró, en tono de broma, pero con sabor a amenaza.

—Ya sé que pedir, lo tengo decidido —respondió Eros, sorprendiendo a los presentes.

—Adelante muchacho, ¿qué es lo que deseas? —preguntó el rey, intrigado.

—Quisiera que, en honor a los reclutas caídos, se dé por aprobada la primera prueba a la unidad completa. Y que todos estemos en igualdad de condiciones para rendir la siguiente instancia —

dijo, provocando una oleada de asombro a su alrededor.

—Bueno, eso sí que salió barato. ¡Deseo concedido! —concluyó, y se sentó nuevamente en su lugar para continuar disfrutando del banquete. Sigurd y Klaus se miraron, dejando entrever que la decisión del rey había sido tan determinante como poco conveniente para ellos.

12

Gregor era un rey soberbio y arrogante, pero, a pesar de sus modos, era un hombre de palabra. Le prometió a Eros que cumpliría con su deseo, y fue exactamente lo que hizo. En honor a los jóvenes caídos, concedió a los reclutas relegados la posibilidad de continuar con el reto final y participar de la siguiente prueba.

Los días transcurrieron y finalmente llegó la tan esperada jornada: la segunda prueba estaba en marcha. Una gran expectativa giraba en torno al evento, ya que el mismo rey había ordenado promocionarlo como un espectáculo público.

El presupuesto destinado al esparcimiento era cada vez más escaso. La recaudación de impuestos arrojaba cifras preocupantes. En medio de la crisis, la jornada de pruebas se convertiría en una excelente oportunidad para brindar un entretenimiento popular a muy bajo costo.

Ante ese contexto, la destreza de los reclutas quedaría bajo la crítica, no solo de los maestros guerreros, sino también de una multitud que esperaría con ansias un espectáculo sin precedentes.

Minutos antes de que los futuros guerreros salieran al campo, Sigurd se encontraba una vez más frente a ellos explicando las reglas y la modalidad de la evaluación.

—¡Reclutas! —gritó Sigurd, y haciendo que los jóvenes se alinearon en formación— Hoy tendrán la inesperada oportunidad de rendir la segunda prueba —hizo una pausa, en la que miró la cara de los presentes con una expresión indescifrable—. Dije inesperada, porque esta participación se debe exclusivamente a la valentía de este joven, que no solo logró superar la primera prueba, sino que, además, tuvo la intrépida idea de solicitarle al rey que les concediera el pase a esta instancia —explicó, mirando a Eros con cierto rencor, dejando en claro que no estaba de acuerdo con esto.

»Hoy deberán superar una nueva prueba, donde evaluaremos la destreza de cada uno de ustedes en el campo de batalla. Consiste en una justa con un prisionero de guerra. Contarán con armas y su caballo, y el enfrentamiento finalizará ante la sumisión o muerte de alguno de los contrincantes. Si logran reducir a su oponente, deberán tomar una decisión, podrán ser piadosos y perdonarle la vida o ejecutarlo, ya que no habrá pena por ello, pues se trata de un duelo a muerte. Pero tengan en cuenta lo siguiente: su rival no dudará en matarlos si tiene la posibilidad, y el público presente no olvidará lo que hagan ahí adentro —advirtió con dureza.

—Señor, si el oponente se rinde, ¿no sería digno de un caballero perdonarle la vida? —preguntó uno de los reclutas, contrariado.

—El honor de un caballero está en defender a su reino —rebatíó el guerrero—. El oponente es un enemigo y la muerte es parte de la batalla. Yo prefiero morir combatiendo antes de caer prisionero. Usted será leal solo a su bandera y deberá hacer lo necesario para defenderla, morir si hace falta. La lealtad es sacrificio —respondió con solemnidad.

»Esto es todo, reclutas. Espero que puedan demostrar lo aprendido —concluyó, indicando con estas palabras que debían comenzar a prepararse.

Estaban reunidos en un almacén de granos, situado a unos pocos metros del campo de entrenamiento, desde donde se podía escuchar a la muchedumbre alborozada aguardando por el espectáculo. Por lo que habían visto en su camino hasta el lugar, el gentío rodeaba una

explanada de varios metros de diámetro, y estaban ubicados detrás de unas vallas que delimitaban el espacio en el que se llevaría a cabo las pruebas. El marco era descomunal, la concurrencia había superado las expectativas. Sobre uno de los laterales se extendían una serie de gradas para recibir a la nobleza, y en el centro de la estructura permanecía sentado el rey Gregor y las personas más allegadas a él. Para garantizar el orden del evento y la seguridad, la Guardia Real había realizado un gran despliegue de soldados.

Al llegar el momento crucial, Sigurd eligió al azar a uno de reclutas para ser el primer evaluado, quien asintió y se dirigió hacia el campo de batalla. Avanzó cabalgando lentamente y con la lanza firme al frente.

Dentro del almacén, Eros observaba cómo se alejaba el joven rumbo al sector de enfrentamiento. La posición ofrecía una vista parcial del escenario, donde poco se apreciaba del desarrollo, pero era suficiente para reconocer un contexto extraordinario. Los aprendices no estaban al tanto de la organización, ni mucho menos se lo hubieran podido imaginar. La prueba les proporcionaba una oportunidad única para lucirse, aunque la exposición era un arma de doble filo. Cualquier luchador podía pasar a la posteridad a partir de una gran hazaña o como una total decepción.

De pronto, estalló el clamor del público, y la mente de Eros se retrotrajo a los años de las grandes celebraciones, cuando el pueblo aún se vestía de euforia para recibir cada aniversario del Reinado del Sur. No pudo evitar el recuerdo de

su padre, donde juntos, en el establo, trabajaban duro para proveer a la caballería de los mejores especímenes, utilizados luego en los desfiles. Las fiestas habían sido causa de disfrute y algarabía para todos, pero dada la crisis creciente habían sido excluidas del presupuesto del reino.

Una nueva oleada de gritos acaparó el ambiente, insinuando que alguno de los luchadores habría tomado la iniciativa. Sin saber lo que ocurría en el campo, los reclutas solo podían implorar a los dioses por un desenlace favorable para su compañero. A Eros se le crispaba el estómago de los nervios, y la espera le resultaba más difícil que la propia prueba.

En ese momento, Sigurd se acercó al cuerpo de reclutas y los observó, indeciso, antes de seleccionar al próximo luchador. Inmediatamente, Eros le hizo una seña y captó la

atención del maestro. Su rostro delataba su impaciencia y las ganas de ser el siguiente. Sigurd asintió, le indicó que diera un paso al frente y luego le susurró algunas palabras al oído.

—Nadie más que tú merece esta oportunidad. Demuestra todo lo que tienes. Recuerda nuestro lema: «Pelea con corazón de guerrero y los dioses te acompañarán en la batalla» —expresó, con aquella frase tan típica de la Guardia Real utilizada en los enfrentamientos reales.

Eros montó a Agatha y se tomó unos segundos para calmarse antes de avanzar. Miró al cielo y pensó en cuanto había soñado con esta oportunidad, luego se repitió a sí mismo como un mantra: «Soy un guerrero, soy un guerrero».

Sin más preámbulo, enfiló hacia el campo de batalla. Agatha llevaba un paso lento y decoroso, la marcha del animal se desarrollaba con

elegancia y armonía, como si comprendiera que su dueño quería ingresar luciendo el porte de un verdadero caballero.

Mediando el recorrido, pudo contemplar el panorama completo, la masa de personas era exorbitante. El clamor del público, que hasta ese momento había sido ininterrumpido y ensordecedor, de pronto se ahogó en un murmullo generalizado. La reacción unánime era llamativa, resultaba evidente que algo inesperado había sucedido. Tratando de no demostrar intranquilidad, Eros se mantuvo firme hasta llegar al ingreso del recinto. Una senda angosta de tierra y arena daba paso hacia el interior de la zona de enfrentamientos. El gentío a ambos lados, en su mayoría campesinos, se aglomeraban para brindarle aliento.

Tras su aparición, el público recuperó el entusiasmo previo, y el griterío volvió a bullir, el apoyo a los futuros guerreros era unánime e intimidante. Hacia un extremo del campo, dos guardias se llevaban a rastras a un luchador que daba gritos de júbilo, proclamándose el vencedor. Cerca de ellos, había el cuerpo de un hombre joven que yacía inmóvil en el suelo y un charco de sangre debajo de él que se expandía lentamente en la tierra. Un súbito escalofrío recorrió el cuerpo de Eros, quien entendió que su compañero había tenido la peor de las suertes en la prueba.

Un hombre obeso y elegantemente vestido cruzó hasta el medio del campo y, asumiendo el rol de presentador, anunció el próximo enfrentamiento con gran entusiasmo, convirtiendo todo aquello en un espectáculo

donde poco quedaba ya de la prueba de los reclutas.

—A continuación, les presentaré un gran combate —anunció el hombre, alzando la voz a un nivel atronador, su garganta resonaba con la misma fuerza que la de un león—. En este lado tenemos a un futuro guerrero de la Guardia Real, el recluta más prometedor, y el único valiente que se atrevió a desafiar los peligros del Bosque Encantado. ¡Nuestro luchador Eros! —exclamó, haciendo que el gentío aplaudiera y gritara con más fervor todavía.

En ese instante, por el otro extremo del predio, ingresó un guerrero con una armadura de color oxido montando un corcel negro, la imagen recreaba un caballero de la oscuridad, un personaje mitológico que, según las leyendas antiguas, enfrentaba el orden de los dioses. La

muchedumbre abucheó aquella figura, y el conductor continuó complacido con su presentación.

—En este otro lado, se encuentra uno de los prisioneros más odiados, un colaborador del demonio que tiene sangre de nuestro pueblo en sus manos. Se trata del comandante del Norte, ¡Kol! —exclamó con dramatismo y, sin más preámbulo, se retiró del campo.

Eros se sorprendió al oír el nombre de su contrincante. Había escuchado historias, en boca de juglares, que narraban lo temido y peligroso que era ese enemigo, y lo celebrada que había sido su captura. Había sido una gran hazaña que enalteció a la Guardia Real. Y ahora, ese personaje siniestro se encontraba frente a él, en nada menos que un duelo a muerte. De un momento a otro, su preocupación se disparó, lo

golpeó la gravedad de que no estaba en juego solo el pase a la siguiente prueba, sino su propia vida.

El sonido de una trompeta retumbó en el aire, como un sonido de guerra anunciando la inminente batalla. El público exclamó excitado y luego permaneció enmudecido, expectante. El comandante Kol tomó posición y ajustó su casco. Todo estaba listo, y la segunda prueba de Eros estaba a punto de comenzar.

El joven le dio unas palmadas a Agatha mientras susurraba «Somos un equipo», tomó su lanza con fuerzas, miró fijo a su oponente y, con un grito salvaje que nació desde sus entrañas, hizo que la yegua se lanzara como un rayo hacia el centro del campo.

Ambos contrincantes avanzaron a toda marcha. Cuando estaban a punto de conectar, el guerrero del Norte evitó la embestida y arrojó su

lanza contra el cuerpo de Agatha. La yegua pudo esquivar el filo de la punta, pero el cuerpo de la lanza se enredó entre sus patas. El animal cayó estrepitosamente contra el piso, y Eros salió despedido hacia delante y rodó varios metros. El joven estaba enfurecido por el sucio accionar de su contrincante. Pero entendió que ya no se trataba de un entrenamiento, esto era una pelea real.

Al reincorporarse, advirtió que el comandante había desmontado de su corcel y estaba a pocos metros de distancia. En sus manos empuñaba de manera desafiante una espada gruesa y brillante.

—¡Novato, pelearemos como hombres! Quiero ver si tienes las mismas agallas sin tu caballo — dijo, provocador.

Eros era un buen luchador, pero montado a Agatha se sentía imbatible. Su punto fuerte

siempre habían sido las embestidas a la carrera, pero, tras haberse caído del animal, se encontraba fuera de su escenario más conveniente.

—Si es lo que tú quieres, te daré una buena paliza, gallina norteña —respondió, desenfundó su espada y se lanzó al ataque como una tromba.

Avanzó con furia, al llegar a la zona de choque, practicó una estocada oblicua hacia arriba, quería perforarle el cráneo de un solo movimiento. El veterano guerrero dio medio giro eludiendo el ataque y contrató con un paso de arco hacia la derecha. La espada impactó en la espalda del joven y la armadura se aboyó, pero no fue perforada. El golpe hizo que Eros terminara en el piso. Sintió un fuerte dolor en las costillas que lo dejó aturdido unos segundos.

—¿Eso es lo mejor que tienes? Con soldados como tú será fácil invadir este reino —las burlas del comandante eran tan filosas como su espada.

Eros no quería entrar en ese juego, por lo que prefirió tranquilizarse un poco. Su primera reacción había sido muy impulsiva, y por no cuidar la guardia terminó en el piso, aunque pudo haber sido peor. Sabía que tenía que ser más precavido. Mientras tanto, la muchedumbre se mantenía en silencio observando cómo Eros parecía llevar la peor parte.

Se levantó y se acercó otra vez a su oponente. Volvieron a cruzar espadas, pero, esta vez, trató de ser más cauteloso. Con la guardia alta, protegía su defensa mientras estudiaba al rival. Por unos minutos, ambos arriesgaron poco. Los intentos eran inofensivos, y morían en bloqueos y movimientos de escape.

—El destino está escrito, muchacho. Ustedes nacieron para servirnos, para limpiar nuestra suciedad —lo siguió provocando Kol, con una sonrisa de arlequín.

—¡Si eso es cierto, entonces yo haré mi parte y limpiaré tu sucia sangre con mi espada! —respondió Eros, y le borró la sonrisa del rostro. El comandante se sorprendió, esperaba una reacción más impulsiva. Eros notó en el veterano cierta vacilación, y aprovechó esa oportunidad para atacar con más fiereza.

Amagó a realizar un ataque frontal, pero en el último segundo lo cambió por un barrido horizontal con paso agachado. Kol eludió el movimiento con dificultad y trastabilló algunos pasos hacia atrás. El joven intuyó que era el momento de dar un golpe certero, por lo que dio un paso hacia delante con estocada al revés

impactando la espada del comandante. El arma voló un par de metros, dejando desarmado e indefenso al norteño. El público estalló en un grito de euforia, y comenzó a ejercer presión sobre el desenlace. Como un coro del infierno, la muchedumbre repetía: «¡Ejecución! ¡Ejecución!».

Eros, dominado por el orgullo, se abalanzó de inmediato sobre su contrincante, sin dejarle escapatoria. Con una estocada directa, hundió el metal por debajo de la hombrera, y un chorro de sangre se derramó por la armadura. La herida era profunda y le dejó el brazo debilitado. Kol cayó sentado y rendido sobre el piso, se sacó el casco y miró a los ojos a su inminente ejecutor, suplicando por piedad.

—Con soldados como yo, eliminaremos toda la escoria del Norte, te lo aseguro —dijo Eros, con ira en la mirada.

Los espectadores aumentaron aún más sus gritos y arengaban por la ejecución. Eros sentía la presión del entorno. Acumulaba motivos suficientes para odiar al sujeto que tenía frente a él, sin embargo, era la primera vez que se encontraba en una situación semejante, jamás le había quitado la vida a una persona, y menos a sangre fría.

—Dame una razón por la cual no debería ejecutarte aquí mismo —increpó el joven, apuntando la espada sobre la garganta del sujeto.

—Tengo información que deberías saber —lanzó, inesperadamente. Eros lo observó curioso, y le hizo un gesto para que procediera.

—El Reino del Oeste será invadido por el Norte —anunció, agitado y nervioso.

—Eso no es novedad, siempre existió esa amenaza —retrucó, y clavó unos milímetros la espada en la carne.

—Sí, pero esta vez es un hecho, yo sé cuándo se llevará a cabo, intenté hacer un trato con el rey, pero no hubo acuerdo. Si me matas, ya nadie lo sabrá —respondió, jugando su última carta.

Eros se sorprendió con la respuesta. Pensó que no podía dejar pasar esa información y, además, no quería convertirse en un asesino, menos de un hombre que ya estaba rendido.

—¡Acepto! —dijo, y retiró la espada del cuello del comandante. El público abucheó la acción—. Ahora habla —exigió.

—El ataque será ejecutado en el próximo aniversario del Reino del Oeste, serán sorprendidos durante la celebración —respondió, y Eros lo miró con escepticismo. El

comandante insistió más incisivo—. Soy un prisionero, no tengo dónde escapar, no tendría sentido mentirte. ¡Te lo juro! —exclamó, desesperado.

—Y yo te juro que, si no es verdad, te mataré en tu propia celda —amenazó Eros.

Y, enfundando su espada, dio media vuelta y se retiró.

13

La prueba de la destreza había quedado atrás y, con ella, aquel evento que se había cobrado la vida de varios reclutas, quienes no habían podido superar el duelo a muerte. Los sobrevivientes habían quedado a un paso de superar el reto final y, tras pocos días, el momento más trascendental de sus vidas llegaba al fin.

Los aprendices estaban a punto de convertirse oficialmente en guerreros de la Guardia Real. Tan solo restaba superar el último tramo: la tercera prueba, la cual evaluaría la lealtad de cada guerrero hacia su reino.

Con la primera luz de la mañana, y frente al Lago de los Dioses, veinte reclutas se encontraban en formación, a punto de jurar su lealtad a la Guardia Real, un juramento que demandaría una entrega absoluta a la defensa del Reinado del Sur. Sigurd dirigía el acto, ante la presencia de una comisión de ancianos sabios y la máxima autoridad de la Guardia Real, el capitán Klaus.

Una vez más, el Lago de los Dioses sería testigo de este acto honorable y centenario, en donde un grupo de hombres, por voluntad propia, dedicarían sus vidas al servicio del reino. Aquel

lugar sagrado albergaba un valor espiritual inigualable para la civilización del Sur, ya que en sus aguas descansaba esparcida la sangre de valientes guerreros caídos en la batalla, y en sus orillas decenas de rituales y ceremonias habían sido realizados en honor a los dioses y las almas ancestrales.

Sobre un altar construido con piedra caliza, reposaba el manifiesto de la Guardia Real, una reliquia conservada desde épocas antiguas. El documento describía los mandamientos que un hombre debía cumplir para aspirar a ser un Guerrero Real y pertenecer a la élite de caballeros. Antes de iniciar la jura, Sigurd dedicó algunas palabras a los futuros guerreros.

—Con este juramento quedará sellado un compromiso con la Guardia Real. Luego de esto nada será como antes, ustedes renunciarán a sus

propios intereses para unirse a un bien mayor. Respetarán y aceptarán las órdenes de sus superiores, sin cuestionamientos ni insubordinaciones.

»Tras la jura deberán superar la tercera prueba, una demostración de lealtad. Ya no será una mera evaluación, sino una orden a acatar, y con el cumplimiento se convertirán oficialmente en guerreros de la Guardia Real. Si alguno no está convencido de avanzar, esta será la última oportunidad para arrepentirse. Tengan presente que, de aceptar, cualquier incumplimiento en el que incurran será considerado un delito y deberán pagarlo en prisión —concluyó, e increpó a cada uno de los jóvenes con una mirada profunda.

Era la última vez que se dirigiría a ellos como reclutas. Tras la jura, dejarían de ser sus

discípulos y serían considerados servidores de la Guardia Real, un estado previo a la tercera prueba y a convertirse en guerreros reales.

»Deseo que todos den este paso con orgullo, juren su lealtad y que los dioses sean testigos de este honorable acto —dijo Sigurd, solemnemente, siendo estas sus últimas palabras a cargo de la unidad de aprendices.

Como era de esperar, ninguno de los jóvenes se movió de su sitio. Uno a uno, cada recluta rindió juramento, con la mano izquierda sobre el manifiesto de la Guardia Real y la derecha en el pecho, sobre el corazón. Al finalizar la ceremonia, Klaus tomó la iniciativa. Desde ese momento, los flamantes servidores ya le debían obediencia. El mismo se encargó de dar las directivas para llevar a cabo la tercera prueba, y la primera orden.

—Servidores, deberán realizar un acto de lealtad —comenzó a explicar Klaus, mientras caminaba de una punta hacia la otra de la fila de los nuevos servidores—. Realizaremos una ceremonia de iniciación, y ustedes ejecutarán un sacrificio para honrar a los dioses para así obtener su protección en la batalla. Las aguas del Lago de los Dioses se bañarán en sangre y en sus manos quedará el honor, la fortaleza y el dolor de la pérdida como un estigma imborrable, para que los acompañe en cada batalla como recuerdo del dolor que podría sufrir el reino si se dejan vencer. Deberán cumplir con esta orden, tendrán que demostrar la lealtad de un guerrero, y ser resistentes. Tal como lo afirma el manifiesto de la Guardia Real, el corazón de un guerrero debe ser fuerte como el acero —dijo, dejó de caminar y miró en dirección a la

formación, pero con la vista perdida en el horizonte.

»Esta noche, frente al Lago de los Dioses, tendrán que liberar el alma de su auxiliar de entrenamiento. Estos animales ya tienen una edad avanzada, y no serán de utilidad a futuro. Además, su mantenimiento es un gasto innecesario en estos tiempos de crisis. Este sacrificio será una muestra de lealtad y obediencia a su superior, y una ofrenda a los dioses. Será duro, pero deberán saber que, desde este momento, nada será sencillo en sus vidas. Recuerden que el valor de un guerrero se mide en la adversidad. Los espero esta noche en la ceremonia —concluyó, y dio la orden para que rompieran la formación.

Eros, aún impactado, reflexionó sobre las palabras del capitán y el eventual sacrificio del

animal. Consideraba que la prueba de lealtad era demasiado perversa, jamás podría hacer una cosa así con Agatha, aún a pesar de que estuviera su carrera militar en juego. Sintió la necesidad de oponerse, y plantear su opinión, pero, de inmediato, tomó conciencia que ya era miembro de la Guardia Real, y su obediencia debía ser absoluta. Un cuestionamiento a la autoridad solo le traería problemas.

Estaba conmovido. Sabía que no estaba dispuesto a realizar tal sacrificio, pero tampoco quería perder la oportunidad de cumplir su sueño, jamás había estado tan cerca de convertirse en un Guerrero Real y a la vez tan lejos.

Habían pasado varias horas de la jura de los reclutas, y Eros deambulaba en una de las ferias del pueblo. La muchedumbre se aglutinaba en pasillos angostos que formaban los puestos y el bullicio era constante. Los comerciantes persuadían al público para que compraran sus mercancías y ponían en práctica todo tipo de artimañas para atraer a los clientes, como si fueran encantadores fascinando a serpientes. Era un ambiente hostil, producto de la escasez de alimentos y la crisis económica de la región. Los puestos se mostraban abarrotados de objetos inútiles, en su mayoría, artículos personales que intentaban canjear por algunas monedas que les salvaran la jornada.

Eros compró algunos cereales y vegetales disecados, víveres que le recordaban a su infancia. Cuando era pequeño, recorría grandes

distancias junto a su padre en busca de oportunidades y aquel tipo provisiones eran ideales para enfrentar esos largos viajes. Mientras caminaba, trataba de ordenar la mente, pero sus pensamientos parecían estar perdidos en un laberinto. Sentía satisfacción por estar a un paso de unirse a la Guardia Real, pero, a su vez, la prueba de lealtad anunciada por Klaus esa misma mañana le provocaba una gran contradicción. Trataba de encontrar el modo de continuar con su carrera y evitar el sacrificio de Agatha al mismo tiempo, pero parecía una encrucijada difícil de resolver, en medio de la confusión, el impulso de huir surgía en el horizonte, aún como una idea remota e incipiente.

Le urgía sentir algo de serenidad, e inmediatamente pensó en Elena, su amiga fiel y

confidente, pero, como de costumbre, iba a resultar una travesía encontrarse con ella. Necesitaba su consejo, así que se propuso dirigirse al castillo, a pesar de que su ingreso estaría restringido. Decidido, ideó una estrategia temeraria, aunque prometedora, para alcanzar su objetivo. Lo mejor sería vulnerar el acceso durante el cambio de guardia, simulando un reemplazo. Todavía poseía en su poder parte del uniforme, la cota de malla y el peto, desde la tarde en que se había apostado en la Torre del Homenaje. Sin pensarlo dos veces, enfiló hacia el castillo.

Llevaba la armadura calzada y, aunque estaba incompleta, a simple vista parecía un guardia en servicio. Su apariencia fue suficiente para permitirle atravesar el acceso principal del castillo, pero, al llegar a la Torre del Homenaje,

debió poner en juego algo más de astucia para continuar con el plan.

Un soldado se encontraba apostado en la puerta. Eros esperó para aproximarse hasta que faltaran apenas minutos para el cambio de guardia, afortunadamente conocía el manejo interno. Se acercó al guardia e hizo un saludo formal, sintiéndose un poco inhibido por la reacción del sujeto. El guardia lo miró de arriba a abajo, con gesto de desaprobación. Aparentemente, había advertido que su uniforme no era el adecuado.

—Me designaron para relevar tu puesto. Pertenezco a la nueva promoción de soldados, acabó de jurar lealtad a la Guardia Real — anunció, intentando que su voz sonara firme.

—¿Quién te envió para relevarme? ¿Es tu primer servicio? No voy a cederle el puesto a un

novato —respondió, con una actitud intimidante.

—No soy un novato y tampoco es mi primer servicio. Ya estuve apostado en la Torre del Homenaje, y también me enviaron a explorar el Bosque Encantado. ¿Sabes cuantos han superado esa misión? —retrucó, intentaba ganar algo de respeto.

—Oí algo de eso, ¿tú eres el recluta que sobrevivió a la primera prueba? —indagó, sorprendido, su gesto recio había cambiado a uno de curiosidad genuina.

—¡El mismo! —respondió con orgullo. Aquella odisea en el bosque resultaba algo más que una gran hazaña, se convertía en su carta de presentación.

—¿Es verdad que te enfrentaste al dragón rojo? —preguntó, interesado, las buenas historias se

escurrían con rapidez en el pueblo. Eros no era un hombre popular en el Sur, pero su aventura ya era parte de un mito.

—No te preocupes por los dragones rojos, hay peligros que son mucho más aterradores ahí adentro. Tal vez te pueda contar más en la taberna algún día, pero ahora tengo una responsabilidad que cumplir —dijo, e hizo un gesto para que le cediera el puesto.

El guardia asintió y le entregó la alabarda que sostenía. Mientras se retiraba, observó a Eros por última vez. Se extrañó al ver sus pies calzados con unos zapatos de cuero ordinarios, sin protección, en lugar de las botas reforzadas con hierro, típicas de un soldado. Eros advirtió la sorpresa del guardia e intentó minimizar el descuido.

—Con todo esto de la jura me distraje y olvidé mis botas —se excusó con una sonrisa avergonzada, y el guardia le devolvió el gesto.

—¡Novatos! —exclamó, y se retiró meneando la cabeza.

La puesta en escena había dado resultado, Eros se adueñó de los últimos minutos del servicio de ese hombre. Al cabo de un rato, se presentó el verdadero reemplazo y el joven le cedió el puesto sin levantar sospechas, ingresando al fin a la Torre del Homenaje. Tal vez, iba a tener que rendir cuentas por ese acto en un futuro, pero decidió que se preocuparía por ello cuando llegara esa instancia.

Avanzó discretamente por los escalones que llevaban al salón principal. El joven ya había estado en ese recinto cuando había sido invitado, junto a Sigurd, al banquete del rey. Recordó las

insinuaciones del rey, disfrazadas de bromas inocentes, en relación a su hija. Aquello había sonado a una seria advertencia, y se le erizó la piel de solo pensar que pudiera descubrirlo merodeando los pasillos en busca de Elena en ese momento. Vaciló un instante, pero se incorporó rápidamente para no demorarse.

Ascendió por las escaleras hacia el siguiente piso, y se encontró con los aposentos reales. Jamás había estado en ese sector, la adrenalina le brotaba por los poros. Debía tener mayor cautela, de ser advertido por un guardia, no tendría excusas para justificar su presencia en el lugar.

Se internó varios pasos a través del pasillo central, tratando de hallar algún indicio que lo condujera a la princesa. En el lugar sobresalía el lujo y el esplendor en la decoración. Contra la

pared se encontraba amurado un sofisticado soporte de lanzas y espadas, el acero de las armas resplandecía con la luz solar. Al lado de la estructura, sobre una tarima de hierro reforzada, posaba la armadura completa de un guerrero de la Guardia Real. Eros pensó que aquella figura podría prescindir de su yelmo por un momento. En una maniobra rápida y audaz, tomó el casco y se lo colocó sigilosamente. El hierro tuvo un calce perfecto, y su aspecto general quedó mucho más acorde al de un guardia, y, lo más importante, su identidad permaneció más reservada. Más relajado, continuó adentrándose por el corredor.

La puerta de una de las habitaciones se abrió repentinamente, y dos mujeres la atravesaron. Ambas vestían con elegancia y avanzaban dándole la espalda a Eros unos metros por

delante de él, sin advertir su presencia. Dialogaron por lo bajo durante algunos segundos, hasta que una de ellas se adelantó, perdiéndose en el final del pasillo. La otra mujer llevaba un paso más lento, lo cual preocupó a Eros ya que no podía superarla sin que ella advirtiera su presencia. Antes de alcanzar el final de la galería, la dama detuvo su marcha inesperadamente y se volteó, con el semblante pensativo y la cabeza gacha. Volvió sobre sus pasos algunos metros y, al aproximarse a Eros, alzó la mirada ante su presencia. Entre los surcos de la visera del yelmo, el joven pudo identificar a la mujer, se trataba de Elena. La princesa lucía un bello vestido de seda color rojizo, entallado a la cintura, con largas mangas y un escote pronunciado. Llevaba su cabello cobrizo recogido entre trenzas con una delicada diadema

con pequeños brillantes. La joven se veía increíblemente hermosa y resplandecía como una fina joya en el salón.

Eros conocía otro lado de Elena, a la muchacha sencilla y desenfadada que le regalaba, a escondidas, atardeceres a orillas del lago, con el cabello desatado e informal. Esa mujer auténtica y espontánea, amante de los caballos y la naturaleza, parecía ocultarse tras esa figura inmaculada y esplendida, pero envuelta en un frío protocolo.

Por un instante, se mantuvo preso de la imagen cautivante de la princesa, al escapar de su estupor, se dirigió a ella. Deslizó la visera de hierro por encima del yelmo, y exhibió parte del rostro. La princesa lo observó confundida.

—¡Eros! ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, sorprendida.

—Necesito hablar contigo, es importante —
respondió, con seriedad.

—No podemos estar acá, ven conmigo —dijo
Elena, y le indicó que la acompañara.

Atravesaron una nueva galería hasta llegar a una puerta de madera muy decorada. La princesa tomó una llave de su bolsillo e ingresaron a una habitación repleta de estanterías con libros de todo tipo. Eros jamás había visto algo semejante, aquello se trataba sin dudas de la biblioteca de los ancianos sabios, la misma que le había mencionado Elena tiempo atrás. Allí, entre la privacidad de esas paredes, Eros se quitó el casco y pudieron retomar el diálogo sintiéndose más seguros.

—Ahora sí, ¿me puedes decir por qué estás aquí?
—A pesar de la curiosidad, no podía ocultar el

nerviosismo que le provocaba la incómoda situación.

—Sé que es arriesgado, pero tengo un gran problema y no sé qué hacer, ¿puedo contar contigo? —preguntó, con urgencia en la voz.

Elena notó su preocupación y cambió su actitud, mostrándose más compasiva. También la reconfortó que acudiera a ella, se sintió valorada.

—Por supuesto, dime qué sucede —le pidió.

—Esta noche se llevará a cabo la tercera prueba, es una demostración de lealtad y para eso tendremos que realizar un sacrificio —anunció, e hizo un pequeño silencio—. ¡Nos pidieron que sacrifiquemos a nuestros caballos! Agatha es mucho más que un auxiliar de entrenamiento, ¡yo no puedo hacer esto! —exclamó, las palabras le salían entrecortadas.

—Lo lamento mucho, sé lo difícil que es para ti — expresó, conmovida.

—De haberlo sabido, jamás me hubiera incorporado al grupo de reclutas. Ahora es demasiado tarde, si no cumplo con mi deber seré castigado y tal vez terminé en una prisión. ¿Tú no sabías de esto? —cuestionó, confundido. Suponía que la princesa debía estar informada al respecto.

—Son comunes los sacrificios en las ceremonias de iniciación, pero jamás hubiera imaginado que les pedirían que sacrifiquen a sus propios auxiliares de entrenamiento —explicó, afligida—. No sabía nada de esto —añadió.

—No puedo rendir la tercera prueba bajo esas condiciones, pero tampoco quiero terminar en prisión —anunció, pensando en voz alta.

—Eros, no tienes alternativa, ¿qué harás entonces? ¿Huir? —dijo, consternada.

Pero el joven le sostuvo la mirada y dejó entrever que aquella idea, tan absurda para ella, tenía cabida en su mente.

—¿Qué estás pensando? ¡Sería una locura! —increpó la princesa, sin aceptar que lo tuviera en consideración.

—Sé que es una locura, pero tal vez no haya otra opción. Podría viajar hacia el Oeste, allí sería bien recibido.

—¡El Oeste! ¿y cruzar el Bosque Encantado otra vez? No sabes lo que dices —lo regañó, perdiendo cada vez más la paciencia.

—Lo hice una vez, y puedo hacerlo nuevamente —insistió, su exceso de confianza comenzaba a fastidiar a la princesa.

—Apenas conoces el principio del bosque, y casi fuiste devorado por un dragón. Eso no es nada en comparación con lo que tendrías que recorrer para llegar al Oeste —le recriminó, dejándolo sin palabras.

Elena trató de buscar, desesperada, algo que pudiera ayudarlo. Fue ahí que una extraña solución se le cruzó por la mente.

—Se me ocurre algo... —dijo, dubitativa—. En el establo real hay un caballo que está muy enfermo, padece el mal del dragón y sé que lo van a sacrificar pronto. Su cuadro es irreversible. Tal vez, podríamos reemplazarlo por Agatha, su apariencia es similar y podrías simular que es tu auxiliar de entrenamiento. ¡Podríamos salvar a Agatha! Y tú cumplirías con el sacrificio con un animal que, de todos modos, ya está sentenciado —dijo, esperanzada.

Eros se quedó pensativo. La idea podía llegar a funcionar, pero no terminaba de convencerlo.

—Es arriesgado —dijo al fin—, y creo que se darían cuenta. La prueba consiste en demostrar lealtad. Ellos pretenden que demostremos nuestra lealtad con sacrificio para superarla, se asegurarán de que sea el verdadero auxiliar de entrenamientos.

—Deberíamos intentarlo de todos modos, aunque con los recaudos necesarios. Tú podrías presentarte con Agatha, para evitar sospechas, y yo aguardaría escondida por el intercambio. Luego, yo me iría con Agatha y tú procederías con el otro caballo. No puede fallar, no se darían cuenta —anunció, con los ojos llenos de confianza.

Eros se ilusionó con la propuesta, mientras contemplaba su rostro radiante.

—¡Haremos eso mismo, entonces! Gracias, me has dado esperanza —respondió, sin poder ocultar su alegría.

En ese instante, escucharon el ruido de otras personas ingresando a la biblioteca, y Eros y Elena enmudecieron, sobresaltados.

La princesa reaccionó rápidamente y lo tomó de un brazo. Ambos se escondieron en un espacio angosto formado entre dos estanterías, donde se estrecharon para poder entrar. Sus cuerpos se enredaron y permanecieron juntos e inmóviles. A pesar del riesgo y la tensión, la proximidad era intrépida y sugestiva.

Oyeron las voces de varios hombres entablando una conversación. No tuvieron más opción que aguardar en silencio, rogando para que se fueran pronto.

—El comandante Kol tenía información valiosa para decirnos, pero el rey se dejó llevar por su temperamento y ahora es demasiado tarde — anunció, preocupado, uno de los hombres.

—El maldito se ahorcó, ahora jamás sabremos lo que tenía guardado —respondió otra voz, destilando molestia.

Dijeron algunas frases más en voz baja, pero ya no fueron perceptibles desde la posición de los jóvenes. De todos modos, había sido suficiente, Eros sabía de qué estaban hablando. Se sorprendió al enterarse de que el comandante del Norte se había suicidado. Estaba claro que aquella revelación que había hecho en el combate que tuvieron, había sido algo más que una mera especulación para que le perdonara la vida. Anunciaban hechos que acontecerían realmente y ahora él sería el único poseedor de la

información obtenida en el final de esa pelea. Repentinamente, sentía una gran responsabilidad sobre sus hombros. Deseaba transmitir cuanto antes lo que sabía a las autoridades de la Guardia Real, pero, en vísperas de la ceremonia de iniciación y la ejecución de un plan tan arriesgado como el que estaban tramando, era conveniente que pasara inadvertido.

Los hombres continuaron hablando por algunos minutos más y luego se marcharon tal como habían entrado. Eros y Elena se miraron al mismo tiempo con alivio y, por un instante, permanecieron atados a esa mirada, la misma que los había atraído a orillas del lago. Eros recordó ese encuentro, el momento en que se habían besado, y no pudo evitar el deseo de repetirlo. Se inclinó hacia ella e intentó besarla

como aquella vez. Elena dio un paso hacia atrás y tropezó con una de las estanterías, varios libros se desacomodaron y otros cayeron al piso con gran estrépito. El sonido fue lo suficientemente fuerte como para dejarlos expuestos.

—Seguro vendrán a inspeccionar, tenemos que irnos rápido —lo apuró preocupada. La situación la superaba de diferentes maneras. Por un lado, la aparición de nuevas personas era una amenaza inminente, pero lo era aún más la intensión de Eros por besarla—. Por favor, retírate ahora, no puedes permanecer aquí, hablaremos más tarde —concluyó, nerviosa.

Eros la observó afligido y, en silencio, enfiló hacia la puerta.

—¡Eros! —llamó la princesa, antes de que se fuera de la habitación.

—Princesa —respondió el joven, con formalidad.

—Resolveremos lo de Agatha, te veré en la ceremonia —prometió, molesta por la actitud del joven—. No resignes la oportunidad de unirme a la Guardia Real, es por lo que has peleado toda tu vida.

—Tienes razón, debo enfocarme en eso. Gracias por tu ayuda —respondió, y se colocó el yelmo. Sin decir nada más, abrió la puerta y abandonó la biblioteca.

Finalmente, se retiró del castillo con el mismo sigilo con el que había ingresado, pero con sensaciones diferentes.

CAPÍTULO IV

— La lealtad —

15

En el sur de Tibur, los pobladores se establecían en pequeñas aldeas diseminadas por toda la extensión del territorio. Estos asentamientos tendían a agruparse por oficios, tales como los pescadores, situados en las cercanías del Lago de los Dioses, o los criadores de caballos, sobre la periferia del castillo.

Eros había vivido casi toda su vida en la aldea de los criadores de caballos, pero, probablemente, transcurrían sus últimas horas en ese lugar, ya que un nuevo estilo de vida esperaba por él de unirse a la Guardia Real.

Se encontraba erguido frente a un espejo de metal rústico. El pulido no era demasiado bueno

y distorsionaba su figura, pero, de todos modos, era un privilegio tener ese tipo de artefacto en la casa de un plebeyo. El reflejo arrojaba la imagen de un verdadero hombre. Eros había dejado de ser un joven vulgar con sueños de grandeza y ahora lucía el uniforme de la Guardia Real con elegancia, su porte era el de un auténtico caballero.

Contempló su imagen por un momento más y luego se dirigió hacia el establo, ya que debía comenzar con los preparativos del animal. El tiempo apremiaba y el inicio de la ceremonia era inminente.

Una vez junto a Agatha, dedicó unos minutos a peinar las crines con una trenza dragonera, un estilo típico utilizado en los desfiles de la realeza. Luego, con la almohaza, le cepilló el lomo con sosiego. Mientras deslizaba la rasqueta por el

pelo, Agatha meneaba la cabeza y emitía suaves relinchos, parecía que lo disfrutaba realmente. La yegua le dio pequeños golpes con el hocico en el torso, mientras hacía un gesto muy peculiar, levantando el labio superior y moviendo las orejas hacia atrás. Eros interpretaba esa expresión como una sonrisa, él aseguraba que su yegua hacía eso cuando estaba feliz.

Decoró la parte inferior de sus patas con cintas de color cobrizo, escondiendo una notoria cicatriz, una marca imborrable producto del accidente que la había marginado de la caballería real. Una fuerte embestida había dejado a la yegua fuera de la batalla y, tras una larga recuperación, finalmente había sido destinada a los campos de entrenamiento. Aquella huella era un rasgo muy característico de Agatha y además difícil de disimular, así que prefirió ocultarla para

evitar todo margen de sospecha durante el intercambio.

Tendió una manta bordada con insignias de la Guardia Real sobre el lomo, y le calzó una de sus monturas preferidas, elaborada con cuero negro y bordes cocidos con hilos de color plata. Por último, le cubrió la cara parcialmente con unas orejeras que se extendían hacia el hocico. La indumentaria era excesiva para el gusto de Eros, pero consideró que sería de ayuda para proceder con el plan que llevaría a cabo junto a la princesa.

Sin más preámbulo, con la intención de superar la tercera prueba, se dirigió al lugar pactado. Enfundó su espada y montó a Agatha, e, inevitablemente, un súbito escalofrío recorrió su cuerpo, una oleada de nervios que lo obligó a respirar profundamente y soltar el aire despacio para intentar calmarse. Pensó en su futuro, se

imaginó como un caballero real y sintió orgullo, aún restaban escasas horas para conseguirlo, pero ya lo palpitaba en su interior. Sabía que estaba dejando atrás un camino de esfuerzo y sacrificio para acceder a una mejor posición, que le daría protagonismo y reconocimiento. Su vida ya no sería igual, indefectiblemente, su destino dejaría de ser el de un simple plebeyo.

Enfiló hacia el Lago de los Dioses cabalgando a su yegua. Avanzaron por el Camino Real, como tantas veces, aunque, tal vez, esa sería la última como un jinete ordinario. Al llegar al Camino del Lago, pudo observar a lo lejos el resplandor de las antorchas en la oscuridad de aquella noche incipiente. La lumbre provenía de la zona en donde se realizaría la ceremonia.

La ansiedad lo carcomía y la adrenalina le erizó la piel. Tiró de las riendas y le pidió a Agatha un

esfuerzo más. El animal respondió galopando sin tregua hasta llegar a metros del recinto ceremonial.

La entrada era extraordinaria. A ambas orillas del camino, se destacaban un par de esculturas talladas sobre troncos, representando dos cabezas de dragones. Sus bocas, orientadas hacia arriba, contenían enormes antorchas encendidas que se asomaban desde la garganta, simulando una llamarada de fuego. Pero, mientras la figura ubicada sobre la izquierda, estaba teñida de rojo, la otra, mantenía el color original de la madera. Pero ambas habían sido afectadas por el desgaste, y el hollín de la llama las había oscurecido con el tiempo. Las estatuas parecían las efigies de las fuerzas naturales: el bien y el mal, opuestos y enfrentados en un delicado equilibrio.

Eros se adentró en el sendero con Agatha. El calor de las antorchas era sofocante, y por un momento se sintió ingresando al mismo infierno. Avanzaron por el camino algunos metros y rápidamente se encontraron con una pequeña colina que irrumpía en el horizonte, impidiendo vislumbrar más allá de sus propios límites. Ascendieron por la pendiente hasta el punto más alto, en donde el paisaje quedó más despejado, y lo que vio lo dejó impresionado. Más de una docena de carpas estaban montadas, una tras otra, en forma de herradura y, en el extremo abierto, se extendía un camino en dirección al lago en donde, al aparecer, se realizarían los sacrificios. Había numerosas fogatas que iluminaban el lugar, un círculo de fuego ardiendo sobre la tierra se alzaba en el centro.

Descendieron por la colina lentamente y, al aproximarse, Eros pudo apreciar más lo que sucedía allí abajo. La mayoría de los aspirantes ya se encontraban presentes, aguardando por el momento crucial acompañados por familiares y personas allegadas. También pudo vislumbrar a varios integrantes de la Guardia Real y la nobleza, entre ellos Einar, el consejero del rey, y Klaus, quienes estaban dialogando en uno de los puestos, lo que resultaba una escena recurrente. El clima era distendido, aunque faltaba poco para el inicio de la ceremonia.

Eros se mostraba distante, sentía preocupación y no podía quitar de su mente el intercambio de caballos. Sabía que era la única manera de salvarle la vida a Agatha, pero también era consciente del riesgo al que se exponía. Durante esos momentos previos, consumió el tiempo

tratando de identificar a la princesa entre las personas, necesitaba su presencia para serenarse. Sin embargo, no logró encontrarla.

Los minutos transcurrieron y quedó todo dispuesto para el comienzo. Los futuros guerreros se formaron en línea frente a un altar rodeado de antorchas, montados sobre sus caballos. Sobre la tarima, varios hombres practicaban una danza típica, recreando personajes mitológicos, tales como los sirvientes y guardianes de los dioses. Lucían disfraces coloridos y máscaras muy peculiares elaboradas con cráneos de caballos, conservados de otros rituales similares.

Una terna de ancianos sabios se encargaba de la coordinación del ritual. Vestían túnicas blancas, largas hasta los tobillos, y recitaban oraciones invocando la atención de los dioses en una

lengua primitiva. De fondo, retumbaba el sonido monótono y penetrante de los tambores ceremoniales. El perímetro de la zona del acto principal estaba delimitado por un círculo de fuego de varios centímetros de altura. Detrás de esa muralla de llamas se amontonaban el resto de los presentes aclamando por los futuros guerreros. El clima era espectacular, la expectativa, enorme.

Uno de los ancianos lanzó un grito agudo y salvaje, como el de un ave de montaña y, junto al sonido, se ahogó el último tronar de los tambores. El silencio fue total, rotundo y estremecedor. Los siguientes segundos se mantuvieron de esa manera, la muchedumbre inmóvil, y la escena suspendida en el tiempo.

Finalmente, se quebró la quietud cuando el ruido de las botas de un militar hundiéndose en

la tierra irrumpió en el ambiente. Klaus caminó hasta ubicarse entre los futuros guerreros y el altar, y, tras observar a la formación, les dedicó algunas palabras.

—Servidores de la Guardia Real, hoy es el primer día de una nueva etapa de sus vidas. Deberán cumplir con una gran responsabilidad, ya que depositaremos en ustedes la defensa de nuestro reino. Ser guerrero de la Guardia Real es un honor que pertenece a unos pocos, y ustedes tendrán ese privilegio. Ya nos demostraron su valentía y destreza, ahora deberán enseñarnos su lealtad —prosiguió—. El sacrificio que llevarán a cabo esta noche probará que tienen la fortaleza para ser leales a nuestro reino bajo cualquier circunstancia, y por ello serán bendecidos con la protección de los dioses. El corazón de un guerrero debe ser fuerte como el acero y hoy

tienen que demostrarlo —concluyó con gran entusiasmo, sus palabras eran una inspiración para los jóvenes. Antes de retirarse, añadió—. Superen esta prueba, es mi primer orden al frente de este nuevo cuerpo de guerreros. ¡El sacrificio es lealtad! ¡Honren a la Guardia Real!

Al terminar su discurso, se hizo a un lado, dando paso a uno de los ancianos, quien invitó al primer aspirante a subir al altar. El joven avanzó con su caballo y juntos ascendieron a través una rampa de hierro, donde el paso se hacía estrecho dada la cantidad de ofrendas que se amontonaban a los costados ya que, por costumbre, los presentes solían aprovechar estas celebraciones para demostrar su devoción a los dioses. Una vez arriba, el sabio decano se acercó y le realizó un corte en la palma de la mano dejando caer un chorro de sangre sobre una

cubeta de cerámica. Elevó en alto el recipiente y recitó algunas palabras en la misma lengua primitiva. Tras esto, le colocaron una capa roja y blanca, atuendo exclusivo de los caballeros reales, y le ofrecieron de beber un extraño brebaje llamado *Corazón de Guerrero*. Finalmente, le indicaron que descendiera por el otro extremo y procediera con el siguiente paso del rito. El joven acató y se dirigió hacia la senda que conducía al Lago de los Dioses, la cual había sido bautizada como el Camino del Guerrero.

El ritual continuaría con el sacrificio del animal, pero antes, el aspirante debería transitar el pasaje que lo llevaría hacia el lago, atravesando más de quinientos metros rodeados de abundante vegetación. La espesura lo aislaría del contexto, generando un ambiente íntimo y personal durante el trayecto. Según la tradición,

la experiencia induciría al hombre a la introspección necesaria para completar la transformación, fortificando su corazón. Al final del recorrido, lo esperarían otros colaboradores para asistirlo en el sacrificio. Por último, el guerrero debería retornar al altar ceremonial con sus manos teñidas de sangre como muestra de su lealtad, concluyendo de esta forma el rito y dando inicio a su consagración como miembro de la Guardia Real.

Mientras otros aspirantes cruzaban el altar, Eros aguardaba inquieto por su turno. No había podido encontrarse con la princesa durante el acto inicial, pero, de todos modos, era optimista en que apareciera de un momento a otro. Pensaba que, durante el curso del Camino del Guerrero, tendría la oportunidad ideal para ejecutar el plan pactado con Elena. Allí nadie

podría observarlos y sería más sencillo el intercambio. Corrían los minutos, y continuaba buscando en el gentío algún indicio de la princesa, pero no había ningún vestigio de la presencia de su amiga.

El primer guerrero retornó de la prueba y, ascendiendo al altar, elevó sus manos ensangrentadas, orgulloso de haber cumplido con su objetivo. Klaus se acercó a él y le pidió su espada. El joven le entregó el arma, aún teñida de sangre, y el militar la desechó, arrojándola sobre un recipiente de hierro que ardía en llamas. Luego le obsequió una nueva espada con el símbolo del Reinado del Sur grabado sobre el metal. El arma estaba elaborada con una aleación de mejor calidad que la que usaban los aprendices y, lo más importante, era igual a las utilizadas en las batallas reales, todo un honor para un

caballero. Por último, le entregó una medalla, la misma condecoración que Sigurd les había exhibido en una de las últimas reuniones. De esta manera, el joven fue el primero del grupo en convertirse en Guerrero Real.

Eros sintió admiración y respeto por su compañero, pero su entusiasmo se veía empañado por la incertidumbre que le provocaba la ausencia de Elena.

Cuando llegó su turno, no tuvo más alternativa que avanzar hacia el altar y entregarse a la incertidumbre. Tenía el corazón acelerado, sentía que se le escapaba de la armadura en cada latido. El anciano se acercó a él y procedió con el protocolo ceremonial. Mientras le indicaba que bebiera de un pocillo que contenía el mismo brebaje que le habían ofrecido a los otros jóvenes, le dijo una frase peculiar: «Bebe *Corazón*

de Guerrero, para liberar la mente y fortificar el corazón».

Eros no podía disimular su nerviosismo y el anciano, habiéndolo percibido, dejó de recitar sus oraciones e intentó calmarlo con algunos consejos.

—Tranquilo, muchacho —le dijo con simpatía, interpretando erróneamente el motivo de la inquietud del joven—. Debes hacer un corte limpio —le indicó, acercando el filo de un cuchillo sobre la posición de la yugular de Agatha—, será rápido y no sufrirá, trata de no pensar demasiado. Tu porvenir está en juego y de todos modos este es un ejemplar viejo, ya vivió sus mejores años con dignidad.

—Lo tendré en cuenta, gracias por el consejo —respondió Eros, preocupado.

—Estas muy nervioso, te tienes que relajar. Te ayudaré un poco. Si hacemos un corte aquí —le dijo en voz más baja y con tono cómplice, colocando el filo sobre otra parte del cuello de la yegua— se desangrará de a poco. Para cuando llegues al lago ya estará moribunda y te será mucho más sencillo —concluyó, e intentó apoyar la punta del puñal en el cuero del animal.

Eros reaccionó de inmediato, y tomó el antebrazo del anciano con fuerzas. El hombre retiró el arma, y se mostró sorprendido.

—¡Qué haces, novato! —exclamó el anciano, indignado ante la falta de respeto del joven—. Con ese carácter no creo que dures mucho en la Guardia Real —dijo, enfadado, luego se abrió paso, y, con desprecio, le indicó que continuara su curso.

Eros enfiló hacia el Camino del Guerrero, con la vista al frente y sin hacer comentarios.

16

Algunas horas atrás...

Elena caminaba por una de los patios del castillo. Lucía su tabardo oscuro, el cual solía utilizar cada vez que se encontraba con Eros, y cubría su cabello con un pañuelo tejido por ella misma, el cual era rústico y sencillo como el de cualquier campesina y no encajaba con el estilo sofisticado de una princesa. Sin embargo, aquel atuendo era discreto e ideal para pasar inadvertida.

Se dirigía a paso acelerado rumbo al establo real, algo nerviosa. Debía sortear varios obstáculos para poder proseguir con el plan que

había acordado con Eros, pero nada la detendría, le había dado su palabra a su amigo de que lo ayudaría a salvar a Agatha.

Arribó a la puerta del establo, en donde se encontraba apostado un guardia custodiando la entrada. Al ver a la princesa acercándose, el soldado enderezó su postura e hizo una reverencia. Decidida, Elena tomó la palabra, utilizando todo el poder de persuasión que tenía para poder llevar a cabo el primer paso del plan.

—Buenas noches, caballero, necesito pedirle un favor —anunció la princesa. Complacida, notó cómo el guardia se mostraba predispuesto.

—Por supuesto, para lo que necesite estoy a su servicio, Su Alteza —respondió, inmediatamente.

—Tengo entendido que pronto se llevará a cabo el sacrificio de algunos caballos enfermos, ¿qué puede decirme al respecto?

—Claro que sí, princesa. Esta semana se sacrificarán algunos caballos —le informó—. Tal como usted sabe, solo lo hacemos cuando no hay otra alternativa y estos animales ya están sentenciados por el destino —respondió atajándose. Se notaba que el guardia se sentía algo intimidado por la conversación con la hija del rey.

—No quiero incomodarlo, sé que lo hacen solo en última instancia —asintió para reconfortar al soldado, aunque sabía que no era tan cierto ya que muchas veces los caballos eran sacrificados por ser viejos y representar un gasto inútil. El guardia hizo un gesto de aprobación, y se relajó un poco.

—De todos modos, quería saber el estado de un caballo en particular, un corcel blanco que está moribundo, no recuerdo bien su nombre.

—Tal vez se refiera a Flecha Blanca, Su Alteza. Es uno de los últimos corceles blancos del reino... —comenzó a explicar, pero fue interrumpido por la princesa.

—¡Sí, ese mismo! No sé cómo olvidé su nombre —respondió con cariño fingido en la voz. No tenía la menor idea de cómo se llamaba, pero intentaba mostrar un vínculo con el animal.

—Lamento decirle que está muy enfermo, contrajo el mal del dragón —anunció, afligido.

Sabía que le estaba dando una mala noticia. El mal del dragón era un extraño fenómeno que se presentaba en los caballos veteranos en la que la piel se les volvía escamosa y rígida como la de un dragón. Antes de que la enfermedad avanzara,

sin excepción, el animal debía ser sacrificado para evitarle un mayor sufrimiento. Según los ancianos sabios, esa enfermedad formaba parte de la misma maldición que surgió con el hechizo del día del juicio y resultaba un mal augurio permitir que un caballo muriera en esas circunstancias, por lo que el sacrificio siempre resultaba una mejor opción.

—Entiendo, no se preocupe, estoy al tanto de su estado —dijo e hizo una pausa dramática antes de continuar—. Flecha Blanca es un animal muy especial para mí.

—Disculpe mi intromisión, pero no sabía que tenían esa afinidad. Fue un caballo de guerra y lleva un tiempo prolongado abandonado aquí.

—Ya lo sé, pero tengo muchos recuerdos de mi niñez con él. Mi tío Niels me permitía jugar con el potrillo cuando era apenas una niña, fue una

época hermosa. Me gustaría compartir sus últimos momentos —su voz teñida con melancolía. El guardia se sintió conmovido.

La historia estaba cargada de sentimiento, pero, en realidad, la princesa no sabía si durante su niñez había tenido contacto con ese corcel en particular o no, aunque sí con otros tantos. Una frase emotiva, en voz de una dulce dama como Elena, resultaba más convincente que una orden, incluso, del rey Gregor. No era el comportamiento habitual de la princesa, pero, en ese caso, se permitió una mentira piadosa al tratarse de una causa noble.

—Lamento mucho que tenga que pasar por esto, pero no sé qué puedo hacer por usted. El cuadro es irreversible —respondió, completamente engañado por la actuación de la princesa.

—En realidad sí puede. Podría permitir que me lleve el caballo, yo misma me encargaré de su sacrificio —anunció, sorprendiendo al guardia.

—¡Usted misma! ¿Por qué haría una cosa así una princesa? Puede ingresar y despedirse de Flecha Blanca si así lo desea, pero, con todo respeto, no creo conveniente que una dama de su estirpe se encargue de algo como eso, Su Alteza —justificó, pero fue nuevamente interrumpido por Elena.

—¿Insinúa que no tengo el coraje para hacerlo?
—respondió, con severidad.

—No quise decir eso, pero hay un protocolo que cumplir.

—Es un caso especial, necesito que me ayude. Me llevaré el caballo y le prometo que yo me encargaré de su sacrificio. Usted puede anunciar que falleció por causa natural esta misma noche.

—Me pone en un apuro, princesa —dijo y se mantuvo pensativo un instante, pero, inmediatamente, se sintió avasallado por el pedido de Elena, por lo que finalmente cedió—. Está bien, pero le ruego que se haga cargo de esto, será mi responsabilidad si lo descubren.

—¡Gracias! No me olvidaré de lo que hizo por mí —contestó ella, e ingresó al establo.

Rápidamente, identificó al corcel blanco entre el resto del ganado, era único en su especie. Se acercó al animal y lo notó lo desmejorado que estaba. Frotó su mano por el lomo y sintió la aspereza de su piel, síntoma acorde al mal del dragón, tal como le había anunciado el guardia. Tomó las riendas del animal, pero, antes de partir, le susurró algunas palabras.

—Lamento que tengas que pasar por esto, el destino lo decidió así y, de una manera u otra, tu

sacrificio sería inevitable. Te prometo que no sufrirás, será todo muy rápido —aseveró, mientras le acariciaba el hocico—. Tu alma viajará al Umbral de los Dioses, junto a los grandes guerreros y sus caballos caídos en las batallas. El ritual te concederá una muerte mucho más honorable de la que hubieras tenido en unos días, y le darás la posibilidad de continuar con vida a una yegua sana. Que los dioses acompañen tu destino —concluyó, con los ojos llorosos. La culpa la hacía sentir incómoda, aunque comprendía que el fin lo justificaba.

Cruzó la puerta del establo caminando, mientras sostenía las riendas del caballo. Le hizo un gesto de gratitud al guardia y enfiló nuevamente hacia la calle. Luego montó al animal y lo hizo avanzar a paso lento, para no exigirlo.

Al cabo de unos minutos, se encontraba cabalgando por el Camino Real, rumbo a la ceremonia de los futuros guerreros. Tras internarse en la ruta, se desvió por un camino alternativo, el mismo que solía tomar para llegar a aquellos encuentros secretos con Eros. El atajo conducía directo al Camino del Lago y era mucho más discreto, aunque también peligroso. El sendero atravesaba la aldea de pescadores, un lugar poco apropiado para ser transitado por una mujer, y menos aún por una princesa. El mayor riesgo consistía en que jamás lo había abordado por la noche, y las circunstancias actuales la colocaban en ese apuro. Además, la vía era solitaria y muy oscura, y le demandaría estar alerta a cada paso. Pero continuar por el camino tradicional implicaba ser advertida por cualquier miembro de la realeza, poniendo en juego el plan

del intercambio. Sin pensarlo más, Elena optó por el sendero alternativo.

Al mediar el recorrido surgió un imprevisto. Dos campesinos se aproximaban por el sentido opuesto, ambos cabalgando caballos de tiro. Elena se había ocupado en lucir un estilo sencillo para pasar inadvertida, pero el caballo que cabalgaba no era para nada ordinario. Los corceles blancos eran poco frecuentes en el reino y, más allá de su estado de salud deficiente, el animal tenía un porte destacable. Los aldeanos no tardaron en prestarle atención.

Cuando estaban a punto de cruzarse, la princesa agachó la cabeza para no ser advertida, pero aun así pudo notar cómo los hombres la miraban de arriba a abajo. Luego, oyó las voces de los campesinos susurrando a sus espaldas y el sonido del trote de los caballos alterando su ritmo.

Intuyó que algo malo sucedería, volteó su cabeza hacia atrás y advirtió que habían girado para ir tras ella. Un súbito escalofrío recorrió su cuerpo y se sintió realmente en peligro. Aceleró un poco la marcha de Flecha Blanca, pero, al mismo tiempo, los otros dos caballos también incrementaron su paso. Los hombres alcanzaron su posición rápidamente y se ubicaron uno de cada lado.

—¡Que belleza! —lanzó uno de los campesinos, y la princesa lo miró de reojo, sin emitir palabras.

—No se incomode, lo digo por el animal. ¡Hermoso espécimen! ¿Acaso es un caballo real? —indagó, generando mayor tensión en Elena, quien permaneció en silencio, pero no pudo evitar mirarlo con furia. El campesino se mantuvo dubitativo un segundo y luego, dándose cuenta, reaccionó sorprendido— ¿Usted

es la princesa? —indagó, mientras observaba al otro hombre con gran expectativa.

—¡Si mi padre estuviera aquí les cortaría el cuello! —exclamó con bronca.

Los hombres se miraron y estallaron en carcajadas. El mismo que había abierto el diálogo reaccionó más incisivo, el otro continuó tan solo expectante.

—Lamento que el rey no se encuentre presente. Toda mi vida soñé con pertenecer a la nobleza. Tal vez, si tuviéramos algo juntos... podría ser tu príncipe —sugirió en un tono repugnante—. Por entrar en tu cama, resignaría a todas mis amantes —insistió, con una sonrisa burlona.

—Para dejarte entrar en mi cama, tendría que resignar al buen gusto primero —retrucó, y concluyó con un corte de manga.

Tiró de las riendas con fuerzas, y Flecha Blanca se disparó hacia delante. Los aldeanos hicieron lo propio y aceleraron su marcha tras la princesa. El corcel, a pesar de su enfermedad, seguía siendo más veloz y pudo distanciarse varios metros de los otros dos caballos, pero su resistencia no duraría mucho tiempo.

Los minutos siguientes fueron de alta tensión. La persecución se mantuvo por un largo trayecto. El corcel blanco sostenía el galope rápido, pero los otros caballos no se quedaban muy atrás, apenas cien metros separaban a la princesa de sus perseguidores.

De pronto, sucedió lo que era predecible, las energías de Flecha Blanca comenzaron a disminuir. El animal se mostraba agitado, y su ritmo comenzaba a flaquear. No quedaban muchas opciones, por lo que Elena tomó una

decisión arriesgada. En una curva del camino, obligó al caballo a desviarse por entremedio de la maleza y se zambulló entre los altos pastizales mientras el corcel continuaba solo con su marcha.

Rodó por la tierra con violencia, recibiendo varios cortes y machucones. Sin pensar en las heridas, corrió por la vegetación y se ocultó entre medio de unos arbustos de follaje abundante. Por su parte, Flecha Blanca avanzó galopando en dirección recta y los hombres tomaron la curva, siguiendo por el camino. Sabían que tenían a su favor el hecho de que conocían perfectamente el terreno, por lo que intentaron abordar a la princesa por el otro extremo. Desde su escondite, Elena pudo observar, con cierta dificultad, cuando ellos alcanzaron el punto de cruce y esperaban agazapados, mirando cómo el

corcel blanco brillaba entre la espesura y se dirigía directo hacia su posición. Finalmente, Flecha Blanca abandonó la vegetación y retornó nuevamente al camino, con las pocas energías que le restaban. Los campesinos se cruzaron en su camino y frenaron su avance.

La princesa vio cómo los hombres miraban en todas direcciones, extrañados, y se sorprendían de ver al corcel sin su jinete. Durante algunos minutos, hicieron una búsqueda superficial por la periferia del camino sin adentrarse demasiado en la vegetación. Resignados, consideraron que el botín ya era suficiente y, renunciando a la idea de hallar a la princesa, se retiraron con el corcel blanco.

Una vez fuera de peligro, Elena se tumbó en el piso, agitada y exhausta por la experiencia. Tras recuperar algo de calma, reflexionó sobre lo

sucedido y sintió pena por el caballo. Pensó que no se merecía ese final y que ahora su destino sería realmente incierto. Sin embargo, se lamentó aún más por haber arruinado el plan del intercambio. Ya no podría cumplir con su parte, pero se propuso llegar a tiempo para advertir a Eros sobre el inconveniente.

Se levantó con dificultad, y, aguantando el dolor de las heridas, retomó el camino a pie. Sus ropas estaban rasgadas y sucias, pero, al menos, ya no tendría que preocuparse por pasar inadvertida: su aspecto era lo opuesto a una princesa.

A trote lento pero firme, Agatha abordó el Camino del Guerrero. Eros rebosaba expectativa por su futuro, aunque traslucía cierta

incertidumbre. Esperanzado, aguardaba por la presencia de Elena para efectuar el intercambio de caballos, pero la espera lo mantenía en vilo.

El recorrido apenas había iniciado y el largo trayecto hasta el Lago de los Dioses le propiciaba una ocasión ideal para reflexionar acerca de sus objetivos y la responsabilidad que asumiría. A su vez, le ofrecía una última oportunidad para que apareciera la princesa y encausara su destino definitivamente.

El camino era llano y de fácil acceso, se notaba que había sido acondicionado ese mismo día, aún flotaba en el ambiente el aroma a tierra removida entreverándose con el perfume de la vegetación. A ambas orillas del sendero, se destacaba la presencia de los árboles uña de dragón, una especie autóctona de la región, reconocida por

sus hojas rojas y puntiagudas que daban origen a su nombre.

Eros avanzó por la senda durante varios minutos y su mente estaba cada vez más embebida en el mismo pensamiento: llevar a cabo el intercambio. Se lamentaba de que esta instancia trascendental de su vida se viera opacada por lo que le exigían que hiciera, había soñado por años con este momento, y nunca imaginó que se desarrollaría de esta manera.

A mitad del recorrido, frustrado, se resignó a la posibilidad de que Elena no se haría presente y comenzó a pensar formas de hallar una salida distinta. Mientras consideraba alternativas, empezó a sentir un intenso mareo como jamás había experimentado antes. Fue entonces cuando recordó el extraño brebaje que había ingerido en el altar y las palabras del anciano,

carentes de sentido en ese entonces: «Bebe *Corazón de Guerrero* para liberar la mente y fortificar el corazón».

El malestar le provocó inestabilidad, por lo que detuvo la marcha de la yegua y prefirió permanecer de pie. Dio algunos pasos y se quedó inmóvil, agobiado por la incómoda sensación. Posó la vista perdida al frente, observando el sendero hasta esfumarse en el horizonte, en donde las copas de los árboles parecían unirse.

Inmerso en ese trance inesperado, la situación se complicó aún más cuando el terreno comenzó a temblar. El suelo se agrietó por delante y la vibración hizo brincar las piedras sueltas en la tierra. Eros no supo qué hacer, tan solo atinó a observar a Agatha, que se alimentaba de la hierba a un costado del camino sin darse por aludida de lo que estaba sucediendo.

Giró la vista nuevamente, y se sorprendió al ver cómo dos cúpulas de piedra, perfectamente pulidas, quebraban el terreno y se proyectaban verticalmente. El estruendo fue abrumador y el suelo comenzó a moverse con mayor intensidad. Al cabo de algunos segundos, los domos emergentes se convirtieron en torres colosales que se pararon imponentes frente a él. El extraordinario suceso culminó cuando surgió de la tierra la estructura completa. Las torres encerraban una escalinata que conducía a un portal formidable, compuesto por columnas de plata y oro, tan relucientes como el mismo sol, pero poco se podía apreciar más allá de aquel portal, dado que flotaba en su interior una bruma blanca y espesa. Sin dudas, aquello representaba el Umbral de los Dioses, tal como Eros lo hubiera imaginado, parecía una réplica exacta extraída de

su mente. La escena era fantástica y el joven se preguntó si estaría perdiendo la cordura.

Eros se mantuvo sin reacción, tan solo expectante, hasta que advirtió la presencia de una silueta descender por las escalinatas. Se trataba de su padre, quien lucía rejuvenecido y con la misma impronta de sus años de auge, cuando recién se había asentado en el territorio de Tibur. Se acercó a la posición de Eros y se dirigió a él.

—¡Hola, hijo! Esta es la despedida que no pudimos tener —anunció, y Eros trató de responder, pero solo podía balbucear.

—La muerte me llevó cuando aún eras muy joven, pero ahora veo un hombre frente a mí —afirmó, y posó su mano sobre el hombro de Eros.

—¿Qué es esto? ¿Es real? —logró preguntar al fin, sin entender nada.

—Será real si tú puedes creerlo —dijo, e hizo una pausa. Clavó su mirada en los ojos de su hijo y se quedó unos segundos en silencio, mientras su rostro emanaba paz. Luego continuó—. Me gustaría estar a tu lado, acompañándote en este momento especial. Ambos sabemos que eso no podrá suceder, pero, al menos, quiero que sepas que estaré apoyándote, más allá del camino que tomes. Debes escuchar a tu corazón, no te dejes llevar por la razón. Si haces lo que realmente sientes, seguro tomarás las decisiones correctas —concluyó, sus palabras transmitían tranquilidad.

—Estoy a punto de convertirme en guerrero de la Guardia Real, pero, al mismo tiempo, debó decidir entre la vida de Agatha o cumplir mi sueño, ¿qué debo hacer? —preguntó, aún sorprendido por su presencia.

—Yo no puedo darte esa respuesta, deberás encontrarla tú mismo. Lo único que puedo decirte es que busques en tu interior, tal como siempre haces y por eso siempre estaré orgulloso de ti. Lamento no habértelo dicho en vida —dijo, emocionado. Luego apartó la mirada y se alejó unos pasos.

—¡Espera, no te vayas!

—Ya no pertenezco aquí, solo necesitaba decirte estas palabras. Vive tu vida con gracia, algún día nos encontraremos en el Umbral de los Dioses —concluyó y, dando media vuelta, enfiló hacia las escaleras y comenzó a ascender con serenidad. Eros quiso perseguirlo para evitar que se alejara, pero el cuerpo de su padre comenzó a irradiar una fuerte luz que lo hizo retroceder. A los pocos segundos, su padre junto a la estructura majestuosa que había emergido de la tierra,

empezaron a desvanecerse. De un momento a otro, todo había desaparecido, permaneciendo lo sucedido solo en la mente de Eros.

El joven quedó estremecido. Sabía que la presencia de su padre era producto de su imaginación, estimulada por el brebaje que le habían suministrado los ancianos sabios. Más allá de eso, consideró también que se trataba de un mensaje, que había algo más detrás de esa extraña aparición. No podía ser una simple alucinación o, al menos, quería creer que aquello se trataba de una revelación para clarificar su destino.

Sintió paz en las palabras de su padre. Pero ahora tenía que tomar una difícil decisión. Sabía que las chances de que la princesa lo ayudara eran remotas y que iba a tener que seguir adelante por su cuenta. Por lo que, considerando el consejo de

su padre, se dispuso a avanzar y dejarse llevar por lo que dictara su corazón.

Montó a Agatha y continuó el camino rumbo al Lago de los Dioses. Durante el recorrido, aún perduraba el efecto alucinógeno del brebaje y, si bien no volvió a tener visiones, sentía una profunda conexión con la naturaleza que lo rodeaba. Una extrema sensibilidad le permitía abrir sus sentidos y percibir la energía de la vegetación. Ese estado de éxtasis lo alejaba, por el momento, de sus preocupaciones.

Al aproximarse al final del Camino del Guerrero, pudo observar un arco formado por las mismas ramas de los árboles demarcando la salida del sendero y el acceso a la ribera del Lago de los Dioses. Desde lejos se podía apreciar mucha actividad y, mientras tanto, Eros

continuó su marcha hasta abandonar el camino definitivamente.

Frente a la orilla, pudo tener un mejor panorama de lo que estaba pasando. Era una noche despejada y cálida, la luna estaba llena y su claridad se reflejaba en el lago. En las aguas calmas resplandecía la luz de numerosas velas encendidas que reposaban sobre pequeñas boyas esparcidas libremente, una vieja costumbre empleada para recordar a las almas caídas en la batalla. Un corral se adentraba en el agua justo en dirección a la posición de Eros, pero otros tantos, similares, se extendían hacia los costados. Sobre la orilla, donde comenzaba cada cerco, aguardaba un integrante de la Guardia Real para asistir en los sacrificios. Vestían atuendos pensados para intimidar, con capuchas negras que les cubría parcialmente el rostro y, en ese escenario de

inmolación, los hacían parecer sirvientes de la misma muerte.

Uno de los hombres advirtió la presencia de Eros. Le hizo señas para que descendiera del caballo y procediera con el ritual. El joven comprendió que, definitivamente, ya no había manera de cumplir con la tercera prueba sin que Agatha se viera afectada. Había llegado la hora de tomar una dura decisión.

Obedeció al colaborador y, al desmontar, tomó las riendas de la yegua y la ubicó a su lado. A paso resignado, se dirigió en dirección al corral, atravesando la playa. Mientras caminaba, aún padecía los efectos del brebaje, lo que provocaba que los pensamientos se le entremezclaran. Recordó las palabras de su padre, diciéndole que escuchara a su corazón. También, pensó en todo el esfuerzo invertido para alcanzar esa

oportunidad, sin olvidar las palabras de Klaus, quien les había advertido que el incumplimiento de la prueba sería considerado una insubordinación grave.

Observó a Agatha y volaron a su mente recuerdos de su niñez, imágenes de la potra jugando con él en los establos. Recordó los últimos tiempos, donde ambos habían superado las exigencias de los entrenamientos, donde nada hubiera logrado sin ella ya que juntos eran un equipo.

El trayecto se hacía interminable, y se convertía en un suplicio para Eros. No estaba dispuesto a entregar a Agatha en ese ritual, sin embargo, seguía avanzando con impotencia, sin saber qué hacer. En ese instante de desasosiego, oyó el gemido de un animal a su alrededor. Sorprendido, giró la cabeza en todas direcciones

hasta identificar el origen, y pudo divisar a escasos metros cómo se desplomaba un caballo sobre la orilla, en uno de los puestos destinados a los sacrificios. Allí, un aspirante sostenía su espada ensangrentada en la mano, la misma con la que habría desgarrado el cuello del animal. La fatídica e inquietante escena despertó en Eros una oleada de adrenalina que le tensó los músculos. El impacto lo sacudió de tal manera que, de un momento a otro, anuló el efecto residual del brebaje. Tras recuperar la cordura, se estremeció ante la situación en la que estaba inmerso. Detuvo su marcha y permaneció perplejo, vacilante.

El colaborador de la Guardia Real le hizo señas con ímpetu para que continuara, demostrando impaciencia. Por su parte, Agatha golpeó con el hocico el pecho de Eros y ambos se observaron.

El animal se encontraba alterado, y denotaba horror en su mirada. Ya no había más tiempo para especulaciones, tenía que tomar una decisión: sacrificar a Agatha y convertirse en un Guerrero Real, o huir junto a ella hacia un destino incierto.

Por última vez, pensó en el consejo de su padre, y optó por elegir lo que su corazón le demandaba. Sin pensárselo dos veces, montó a Agatha nuevamente, y dijo convencido «Somos un equipo», para luego tirar de las riendas con firmeza. El animal se inclinó hacia un costado y comenzó a galopar con todas sus energías. Ambos huyeron sin mirar atrás, los gritos exacerbados del colaborador, se desvanecieron a sus espaldas. Ya nada podría evitar que Eros abandonara la tercera prueba.

Agatha avanzó sin tregua por la ribera del Lago de los Dioses. El paisaje era espeluznante: las aguas estaban teñidas de sangre y los restos de los caballos se encontraban esparcidos sobre la tierra o flotando en la orilla. Aquel lugar parecía un campo de batalla.

Eros se sentía aterrado y libre al mismo tiempo. No tenía un rumbo claro, pero, al menos, sabía que su única oportunidad estaría en las Tierras Altas del Oeste. No podía permanecer más en el Sur, ya que sería condenado como un desertor.

Finalmente evitó el sacrificio, aunque a un precio muy alto. No cumplió con la prueba que le exigía la Guardia Real, pero sí pudo demostrar su lealtad a Agatha, impidiendo su muerte.

Después de la ardua caminata que precedió a su huida, Elena arribó al recinto ceremonial. Su imagen era deplorable, jamás había lucido tan demacrada. El tabardo estaba sucio por la tierra y con restos de pastos secos enganchados en la tela. El pañuelo que cubría su cabeza tenía un par de agujeros del tamaño de una nuez. Sus zapatos estaban embarrados y en mal estado. En esas condiciones le costaba caminar, el cansancio y los golpes hacían de cada paso un suplicio.

A pesar de todo, al menos, había llegado al destino previsto. Preocupada, tan solo pensaba en dar aviso a su amigo acerca del incidente sufrido mientras rogaba a los dioses que no fuera demasiado tarde.

Una vez en el lugar, se topó con un ambiente enrarecido. Si bien, existía un clima de júbilo por la promoción de los nuevos guerreros, donde

nobles y plebeyos compartían risas y tragos por doquier, también se percibía nerviosismo en varias personas. Algunos caballeros reales se mostraban inquietos, iban de una punta a otra con sus caballos, alterados, como si estuvieran alertas.

Cruzó la vista con un campesino, que apenas podía sostenerse de pie a causa de la ebriedad, quien, a pesar de su poco juicio, se vio sorprendido ante el estado de la princesa. El hombre se dirigió a ella, intrigado.

—¡Muchacha! ¿Qué te ocurrió? ¿Acaso te peleaste con un dragón? —preguntó con dificultad, mientras que de su boca emanaba el mismo olor que un establo sin mantenimiento.

—No se preocupe por mí, mejor preocúpese por usted —respondió, molesta por haber despertado lástima, incluso, en alguien que

realmente daba lástima. Pero, al menos, se alegró de no haber sido reconocida como la hija del rey.

—Cómo usted diga, señorita, pero prepárese para una noche larga —lanzó, e hizo una pausa para beber un sorbo más del que seguramente sería el enésimo vaso que sostenía en su mano. Tras un suspiro satisfecho, continuó hablando mientras parte del líquido se le derramaba de la boca, entre palabra y palabra—. Esto es una locura, ¿a quién se le ocurriría hacer una cosa así? —comentó, apoyando un brazo sobre el tirante de una carpa.

—¿De qué locura está hablando? ¿Qué sucedió? —preguntó, interesada.

—El desertor, el desertor —dijo, y emitió algunas carcajadas roncas—, huyó cómo un cobarde. Ya lo van a encontrar y tendrá su merecido —concluyó, con gran esfuerzo. Luego

se le zafó el brazo del tirante y cayó sentado en el piso. Sin intentar volver a incorporarse, balbuceó algunas palabras incoherentes, y se quedó dormido.

Un súbito escalofrío recorrió el cuerpo de la princesa, intuía que algo malo sucedía con Eros. Nerviosa y ansiosa, trató de buscar información en manos de alguien un poco más cuerdo que su último interlocutor. Sin necesidad de rondar demasiado, presencié un diálogo entre Klaus y un subordinado en uno de los puestos. La charla denotaba preocupación en ambos militares. Se acercó a ellos con cautela para no ser advertida, pero lo suficiente como para oír la conversación. —Esto es una ofensa a la Guardia Real, no podemos quedarnos de brazos cruzados —dijo Klaus, enfurecido. El otro hombre, tan solo asentía con la cabeza —. Antes de comunicárselo

al rey, necesitamos encontrarlo —afirmó, impaciente. Se mantuvo pensativo un momento para reanudar después con vos más filosa—. ¿Cómo pudo huir cuando estaba a punto de convertirse en Guerrero Real? Sería espía del Norte, estaría borracho, o simplemente es un idiota —sopesó, intentando comprender.

Elena se quedó pasmada. Lo que en principio era un mero presentimiento, ahora se convertía en un hecho prácticamente confirmado. Ella sabía que Eros consideraría la idea de huir en caso de que no pudiera salvar a Agatha. Prefirió no escuchar más, dando por sentado que esa era la razón del desconcierto generalizado. Sintió culpa por no haber podido asistirlo y tristeza al imaginar a su amigo señalado como un desertor.

Tomó distancia para ganar privacidad, e ingresó a una carpa que se encontraba vacía. Se

sentó sobre un banco para poder dejar reposar su cuerpo agotado y dolorido, y, tapándose el rostro con las manos, no pudo evitar que las lágrimas lo humedecieran. Angustiada, dejó salir parte de la bronca, pero no tardó en recomponerse. Su espíritu impulsivo no le permitía continuar sentada por más tiempo, necesitaba hacer algo al respecto. Recordó entonces la charla que había tenido con Eros en la biblioteca real, donde él le confesó que partiría hacia el Oeste en caso de que tuviera que huir. No sabía si estaría a tiempo de detenerlo, pero consideró que sería mejor intentarlo antes que quedarse a lamentarlo.

Advirtió un palenque con varios caballos amarrados ubicado en un sector bastante alejado del gentío, y pensó que podría tomar uno de ellos sin que nadie lo notara. Con cuidado, se arrimó a los animales y escogió una yegua joven. En

cuestión de segundos, se encontraba tirando de las riendas y alejándose del recinto ceremonial.

Abordó el Camino del Lago de los Dioses y atravesó el trayecto hasta el final, esta vez, sin contratiempos. Durante el recorrido, identificó la presencia de varios caballeros custodiando la zona, tratando de hallar el rastro del desertor. Elena sabía que estaban buscando en el lugar equivocado, nunca encontrarían a Eros porque nadie pensaría que enfilaría hacia el Oeste. Nadie excepto ella.

Finalmente, llegó al Camino de los Miedos y se dirigió rumbo al Bosque Encantado.

La yegua estaba en buen estado, era veloz y obediente. En cuestión de minutos, le permitió arribar a las inmediaciones del bosque. No era la primera vez que la princesa visitaba el lugar, pero la sensación de intranquilidad era la misma.

Aminoró la marcha y, lentamente, recorrió los últimos metros del camino antes de que comenzar la vegetación. Al llegar a las puertas del Bosque Encantado, le llamó la atención la presencia de un bulto arrumbado a un costado. Desmontó y se aproximó al objeto. Al examinarlo, descubrió que se trataba de prendas de la Guardia Real, tanto del jinete como del caballo. No quedaban dudas, Eros las había desechado, para emprender su viaje hacia el Oeste.

La desazón invadió su corazón. Definitivamente, su amigo se había marchado. Sintió pena por su ausencia, pero aún más por lo que le depararía el destino, ese lugar era una verdadera tumba. Las chances de supervivencia eran remotas y ya no se trataba de una mera prueba de iniciación. Si pretendía llegar a las

Tierras Altas, tendría que atravesar el bosque completo.

Volvió al camino y permaneció inmóvil con la mirada hundida en las profundidades del Bosque Encantado. Sentía que aquello era una despedida, suplicó a los dioses por Eros y luego se marchó. Durante el retorno al castillo, se recriminó una y mil veces no haber podido cumplir con su parte del intercambio.

CAPÍTULO V

— El exilio —

19

La mañana había asomado en el sur de Tibur, y atrás había quedado la ceremonia de iniciación de guerreros. El evento había dejado algunos remanentes, tales como ebrios deambulando por los caminos, tratando de conquistar un último trago, y restos de sacrificios esparcidos en la orilla del Lago de los Dioses.

El cielo se mostraba pálido y cubierto por nubarrones que amenazaban con un frente de tormenta proveniente desde la cordillera este. El aire húmedo se hacía cada vez más denso en el ambiente haciendo que el despertar de aquel día ofreciera un panorama sombrío. De igual modo, el clima en el castillo tampoco era el mejor.

Aunque, en ese caso, la pesadumbre se debía a cuestiones más críticas. La escasez de recursos y la amenaza del Norte propiciaban un estado de alerta permanente que, inevitablemente, preocupaban a la realeza.

Era costumbre del rey, al comienzo de cada ciclo lunar, convocar a sus ministros para tratar los asuntos más prioritarios. Los ancianos sabios aconsejaban que decisiones tomar durante los días de luna nueva, que era cuando la protección de los dioses fluía con mayor presencia.

Durante aquellas horas matutinas, se daba lugar a una reunión crucial en el salón principal de la Torre del Homenaje. El rey y sus hombres de confianza se esforzaban por hallar soluciones a una crisis que cada vez se encarnaba más en el reino.

—Hans, ¿cómo fue la recaudación del tributo?

—Preguntó el rey. Sabía que las arcas del reino estaban en rojo, pero necesitaba oírlo en boca de su ministro del tesoro.

—Su Majestad, lamento informarle malas noticias, pero los resultados son aún peor de lo que esperábamos. La mayoría de los habitantes se rehúsan a pagar el tributo y atribuyen la negativa a la crisis —respondió, cautelosamente. Temía una reacción violenta del rey, conocido por tener un carácter fuerte e impredecible.

Muchas veces, las respuestas de Gregor estaban sujetas a su estado de ánimo. Sin embargo, tomó la noticia con cierta serenidad, o más bien, resignación.

—Sé que es preocupante, y no hace más que empeorar —se lamentó, para luego añadir— Pero necesitamos revertir esto cuanto antes.

—Creo que tendríamos que ser más rigurosos, el pago del tributo no debería ser una contribución, sino una obligación —declaró el ministro, esta vez con mayor confianza.

—Que fácil decirlo —refutó el viejo Harald. El anciano llevaba muchos años viviendo en el reino y había sido testigo de la decadencia del bienestar del pueblo. A pesar de encontrarse en una posición de privilegio, empatizaba con los sectores más humildes.

—El reino está atravesando un momento que no tiene precedentes, la crisis no es responsabilidad de la realeza exclusivamente, el pueblo también debe sacrificarse —acotó el ministro, enérgico.

—No puedes hablar de sacrificios cuando disfrutas de grandes festines y vas de juerga en juerga todas las noches —increpó el anciano

nuevamente, exaltado. No reparaba en cuidar sus modos, la vejez le concedía ciertas licencias.

—¡Suficiente! No debemos pelearnos entre nosotros —intervino el rey. Se sentía abatido, los problemas lo superaban y su equipo no le brindaba soluciones. Tras la interrupción se generó un silencio incómodo y, antes de que se agudizara el malestar, retomó la palabra—. Sé que el pueblo está sufriendo, por eso no podemos exigirle más. Pensé que el evento de los reclutas les daría un respiro, una distracción, y que eso favorecería el pago del tributo.

—El evento fue una gran idea, fue todo un éxito, el pueblo lo disfrutó enormemente —agregó Einar, tratando de animar al rey. Su lugar en la realeza se sostenía fortaleciendo la autoestima de Gregor, por lo que sus comentarios resultaban una caricia permanente.

En el entorno lo habían apodado *el lustra botas del rey*.

—Fue maravilloso, pero no generó recursos y la recaudación continua en baja. No sé lo que haremos, pero hay que actuar de inmediato. Discúlpeme Su Majestad, pero ya no tenemos de dónde obtener riqueza —concluyó el ministro del tesoro, contundente.

—Conozco perfectamente la situación y estoy ocupándome de eso. Pienso que todos los caminos me llevan a tomar la decisión que venimos postergando hace años, ¡enfrentar al Norte! —exclamó el monarca con ímpetu, golpeando la mesa con el puño.

—Su Majestad, los estamos enfrentando día a día, la Guardia Real está haciendo un gran esfuerzo por custodiar las orillas del Lago de los Dioses —señaló Jensen, uno de los caballeros de

confianza de Klaus, a quien reemplazaba en aquella jornada.

—Cuando pienso en enfrentarlos me refiero a enfrentarlos de verdad, no a simplemente responder a sus ataques. Parecemos roedores que reaccionan solo al sentirse acorralados. Tenemos que tomar la iniciativa, debemos golpear primero. Es tiempo de volver a las grandes campañas —concluyó, inflando el pecho y dejándose llevar por sus sueños de grandeza.

—Su Majestad, ¿cómo lograremos tal hazaña? Deberíamos atravesar el Bosque Encantado para hacerlo —insistió el militar, confundido.

—No sé por qué estoy discutiendo esto contigo, ¿eres lo mejor que tenían para enviar esta mañana? ¿Dónde está Klaus? —regañó, perdiendo un poco la paciencia. Gregor no

toleraba que lo contradijeran, y mucho menos alguien que consideraba de tan poca talla.

—El capitán Klaus está comandando una misión, pronto tendrá noticias de él —excusó el caballero, dubitativo.

—Si existe una misión tan importante como para que el capitán falte a esta reunión, no entiendo por qué no estoy al tanto. ¿Cuál es esa misión? —interrogó el rey, clavando su mirada como una daga en el rostro de Jensen.

El caballero lamentó no haber mantenido la boca cerrada. Se encontraba en una encrucijada, sabía que Klaus no quería informar la situación antes de tener noticias de Eros, pero, a su vez, era el rey quien estaba increpándolo. Vaciló un momento, pero antes de que Gregor estallara, trató de conformarlo.

—Es información confidencial, yo no sé mucho al respecto —comenzó a explicar, eligiendo sus palabras con cuidado—. Hubo un inconveniente durante la ceremonia de iniciación y el capitán está trabajando en eso. Pero no debe preocuparse, para cuando le informe las novedades, seguramente, ya estará todo bajo control.

—Muy bien, haremos de cuenta que no me dijiste nada, y espero que pronto Klaus me dé una buena razón para justificar su ausencia —dijo, restando importancia al hecho. Luego continuó—. Volviendo a lo importante, en cuanto al Bosque Encantado les anuncio que tomé la decisión de que debemos ingresar y llegar al otro lado. Llevaremos a cabo una misión de exploración para comprender a los demonios que habitan ahí dentro. Tal vez, deberíamos

incluir al recluta que sobrevivió a la prueba de ingreso, ¿cómo se llama ese muchacho? — preguntó, mientras fingía revolver en su memoria. Eros estaba ganando popularidad, pero quería restarle la mayor trascendencia posible.

—Eros —respondió Jensen, tímidamente. El rey lo miró, y le hizo un gesto para que alzara la voz—. ¡Eros! —exclamó, y comenzó a transpirar tan solo con imaginar el rostro de Gregor en cuanto se enterase de su desaparición.

—¡Ese mismo! Si el novato sobrevivió, podrá hacerlo cualquier integrante de la Guardia Real. Después de todo, no parece tan peligroso ese lugar, así que vamos a cruzarlo y tomar por las pelotas a los del Norte.

—¡Sería magnífico! Estoy seguro que los dioses estarán de nuestro lado —lanzó Harald, celebrando la decisión del rey.

—Entiendo la necesidad, pero para eso se precisan recursos —intervino el ministro del tesoro, con preocupación—. Tendríamos que hacer mayores recortes y ya no sabemos de dónde reducir gastos.

—Podríamos reducir el costo de las fiestas de la nobleza. También, si quitamos los gastos reservados de los ministros, podríamos reclutar un batallón de nuevos guerreros —declaró el anciano, empeinado en contrariar a Hans.

—Los ancianos también tiene varios gastos inútiles. El mantenimiento de la biblioteca, por ejemplo, la cual ya nadie visita —retrucó este, bastante enojado.

—Deberías tener más respeto, cuando aún te limpiaban el culo yo ya estaba aconsejando al rey —replicó el anciano, rabioso.

Aquella reunión era un verdadero fiasco, las discusiones y la falta de ideas se adueñaban de la sala. El rey se levantó de la mesa y se alejó, dejando a los demás enredados en esa discusión. Le hizo un gesto a Einar para que se acercara, y cambió de tema.

—Llevo varios días sin entregar medallas, ¿estuviste pensando a quienes podemos condecorar? —preguntó, tratando de distenderse un poco.

—Su Majestad, tenemos varios candidatos —anunció el consejero, entusiasmado.

—Adelante, vamos a ver qué tienes esta vez.

—Existe un pescador que capturó más de una docena de peces dorados en una sola noche. Es

una hazaña obtener esa cantidad en el Lago de los Dioses sin ser advertido por los del Norte — propuso Einar, inseguro.

—¿Te estás burlando? La última vez entregamos una medalla a un hombre que se atrevió a ingresar al Bosque Encantado, ¿y ahora premiaremos a un sujeto por tener una noche de suerte en la pesca? —reprobó el rey, decepcionado—. Dime de alguien que haya hecho algo más arriesgado.

—¡Sí, señor! El hijo del cantinero es muy temerario. Se atrevió a beber cinco vueltas de dragón rojo y aún mantenía la compostura. Usted sabe que nadie alcanza la cuarta vuelta sin perder el equilibrio o vomitar sobre su propia ropa —dijo, en un nuevo intento por sorprender al rey.

—¡Eso no es arriesgado, es estúpido! —repudió nuevamente, esta vez fastidiado—. No puede ser que, en todo el reino, no haya nadie que hiciera algo destacable.

—El viejo herrero casó a la última de sus siete hijas y dio con un buen partido, un caballero de la Guardia Real. Hizo un esfuerzo enorme para lograrlo.

—¿Dónde está la hazaña?

—La chica es muy fea. En épocas de celebraciones, solía danzar el Rito de los Demonios y no le hacía falta utilizar máscara. Todos pensaban que se convertiría en una solterona, pero, de alguna manera, el viejo pudo casarla.

—Yo no consigo candidato para la princesa y el viejo casó a sus siete hijas. Reconozco el logro, pero no es lo que estoy buscando —cerró,

pensativo—. Esfuérzate un poco más, Einar, hablaremos en otro momento.

—Como usted desee, Su Majestad —dijo el consejero, y regresó a la mesa tras una reverencia.

El rey permaneció meditabundo. Volvió a posar la vista sobre sus colaboradores y se indignó al verlos discutir sin resolver nada. En medio de su decepción, se abrió la puerta y la figura de Klaus se hizo presente en el salón.

—Su Majestad, tengo novedades importantes, ¿podríamos hablar en privado? —solicitó sorpresivamente.

Gregor lo observó durante unos segundos sin emitir palabra. El capitán se mostraba nervioso y preocupado, y el rey, dándose cuenta de que se trataba de algo serio, le hizo un gesto para que lo

siguiera. Ambos atravesaron la puerta y caminaron en silencio por el hall principal.

Ascendieron por las escaleras hacia el siguiente piso de la gran torre, en donde pudieron contar con un ambiente mucho más reservado. Klaus no pudo evitar mirar a su alrededor con disimulo, no solía acceder al sector sin el acompañamiento de un miembro de la realeza. Un largo pasillo rodeaba los laterales de la torre, donde se establecían los aposentos de varios integrantes de la nobleza, la princesa y el mismo rey. En el centro se alzaban extensas columnas y un arreglo floral muy elegante, en honor a la reina, la difunta esposa del rey, cuya ausencia ya sumaba más de cinco inviernos.

Mientras Gregor y Klaus se dirigían a una de las habitaciones, Elena apareció en el recinto. La hija del rey acababa de arribar al castillo, luego de una

noche más que agitada. Su apariencia desalineada daba testimonio de las penurias que había sufrido. Se sorprendió al ver a su padre, y trató de evitar ser advertida, de ningún modo quería que la viera en ese estado. Se ocultó rápidamente detrás de una de las columnas del hall y se mantuvo inmóvil. Los hombres se dirigían con prisas y poco contemplaban del entorno, sus caras de preocupación delataban la urgencia. Elena, que era una mujer perceptiva, a simple vista se percató del detalle. Sabía que su padre no estaría acompañado de un militar en los aposentos reales a menos que fuera por algo inusual.

La princesa temía ser descubierta, pero la curiosidad por saber qué estaba sucediendo era más fuerte. Sigilosamente se movió a la siguiente columna, aún escondida, más próxima a la

posición de los hombres. Ambos se detuvieron frente a una de las habitaciones, donde el rey solía mantener reuniones privadas. Antes de ingresar, soltó un comentario.

—Aquí estaremos solos, es mucho más reservado. Espero que sea algo importante, recuerda que acabó de abandonar una reunión clave. A la cual tú no asististe, por cierto —lanzó, irónico, dejando en claro su malestar.

—Su Majestad, jamás me hubiera ausentado si no tuviera un motivo que lo justificara, necesito que me escuche —se excusó el militar, algo nervioso.

—Eso haré, ya me estás preocupando —dijo, y abrió la puerta.

La sala se encontraba al lado de uno de los vestíbulos principales. La princesa lo conocía ya que solía utilizarlo con frecuencia, sobre todo

cuando la peinaban para los grandes eventos. Poseía las llaves así que, tras el ingreso de los dos hombres a la habitación, hizo lo propio en la lindera. Las paredes eran gruesas, pero aun así no aislaban el sonido del todo. Elena se apoyó sobre la pared y, en silencio, se dedicó a escuchar la conversación que mantenían del otro lado.

—Su Majestad, lamento decirle que tuvimos un inconveniente crítico en la ceremonia de iniciación —comenzó a explicar Klaus, aún sin saber cómo darle la noticia al monarca.

—No des más vueltas y ve directo al grano, ¿qué sucedió? —exigió sin rodeos.

—Uno de los reclutas se arrepintió de realizar la prueba y se reusó a sacrificar a su auxiliar de entrenamiento.

—Siempre hay cobardes, los hay en todas partes, no me parece tan relevante.

Interrumpiste mi reunión... —increpó el rey, alzando la voz, pero el militar se atrevió a interrumpirlo.

—Su Majestad, ese no es el problema. El novato se llevó al caballo, no sé qué se le pasó por la cabeza.

—¿Dónde se encuentra el idiota? —preguntó, más contenido, pero también intranquilo. El rey comenzaba a comprender la gravedad de la situación.

—No sabemos dónde está, lo buscamos por todo el reino y nadie sabe de él. Seguramente se esconderá, a fin de cuentas, es un desertor y su delito lo llevará a prisión. De todos modos, mis hombres persistirán hasta encontrarlo.

—¿Qué tan viejo era el espécimen? —soltó Gregor, y se produjo un silencio incómodo.

—Lo suficiente —confesó el militar, al fin—, era una yegua que ya había cumplido su ciclo. Si el novato se oculta junto al animal, ya sabemos a lo que nos exponemos —concluyó con seriedad.

El rey tardó en reaccionar, balbuceó algunas palabras y finalmente hizo una nueva pregunta.

—¿Cómo es el nombre del desertor?

—Eros, Su Majestad. Era el recluta más prometedor del grupo, es una pena que haya tomado ese camino.

—¡Eros! ¡Ese muchacho solo me trae problemas! —retrucó Gregor, disgustado—. Quiero que lo encuentren cuanto antes y me informen de cada paso que tomen, no aceptaré errores —ordenó, amenazante.

—Lo mantendré informado —aceptó el militar.

El diálogo se fue diluyendo y ambos se retiraron de la habitación en cuestión de minutos.

Por su parte, Elena estaba confundida. Sabía que la falta de su amigo era grave, pero no entendía por qué generaba tanta conmoción su desaparición junto con Agatha. Eros era especial para ella, pero para el resto era tan solo una promesa de guerrero. No comprendía la preocupación de la Guardia Real y la de su propio padre. Había algo más detrás de su desaparición y no descansaría hasta averiguarlo.

20

El silencio era abrumador, tan solo el crujir de las hojas secas se atrevía a desafiar la quietud del bosque. Eros había cabalgado a su yegua por un largo tramo atravesando el Camino de los Miedos. La marcha había sido lenta pero continua, hasta que se detuvieron a los pies de un inmenso árbol, en donde desmontó.

Agatha se mostraba nerviosa, el ambiente la estremecía. Eros le apoyó la palma sobre el hocico y logró apaciguar un poco su malestar. Inmediatamente, lo invadió el recuerdo de las noches en que la había cobijado de recién nacida, luego de que vendieran a la yegua que la había dado a luz. Era una potra muy joven y no estaba lista para abandonar el calor materno, pero la necesidad de aquellos días había sido apremiante. Apenas siendo un niño, Eros también había perdido a su madre, por lo que sentía reflejado su dolor. En aquella ocasión, la había protegido con su compañía y había encontrado el modo de transmitirle paz acariciándole el hocico con su pequeña mano. Desde entonces, se había convertido en un hábito que volvía a surgir cada vez que Agatha necesitaba un poco de calma.

El paisaje era siniestro, incluso amenazante, sin embargo, Eros se sentía seguro. Ya había recorrido ese camino antes y, aunque no guardaba los mejores recuerdos, esta vez su perspectiva era diferente. En su primera incursión, había ingresado envalentonado por un presente inmejorable, con una posición creciente dentro de la Guardia Real, y a punto de convertirse en guerrero. Además, su relación con la princesa se volvía cada vez más cercana. Pero su mente se había nublado cuando había visto la ilusión de Agatha ingresar al bosque y fue tras ella con desesperación por encontrarla.

En esta nueva oportunidad, todo parecía antagónico. Su carrera en la milicia se había visto truncada en un intento frustrado que, a falta de más males, le contrajo el delito de deserción. La princesa le había fallado en un momento crucial

de su vida y la posterior huida lo había arrastrado a un destino incierto. A pesar de todo, contaba con la presencia de Agatha y la experiencia de haber conocido ese sitio antes. Resultaba extrañamente alentador y, por algún motivo, se sentía más a gusto con esta nueva realidad.

Con la mente más relajada, esta vez, se permitió percibir con mayor atención el entorno. Su paso ya no era el de un joven desorientado, sino el de un hombre buscando su destino, con la firmeza y el aplomo de saber que no debía rendir cuentas a nadie más que a sí mismo. Se tomó un momento para contemplar aquel ambiente silvestre y peligroso, pero, a la vez, libre y cautivador.

La luz apenas penetraba entre el robusto follaje. Los árboles entreveraban sus copas y ocultaban el cielo con sus hojas, las cuales brillaban al retener la luz solar que abrazaba aquella coraza.

Ese manto verde parecía convertirse en una enorme bóveda natural. Por otro lado, entre las raíces de los árboles, crecían arbustos y plantas de todo tipo, de manera abundante. Allí, el clima húmedo favorecía un intenso crecimiento de la vegetación. Eros no había apreciado esos detalles en su primera visita, y ahora que los advertía le resultaban hermosos y encantadores.

Volvió a montar a Agatha con placidez y juntos retornaron al camino. Avanzaron un nuevo tramo sin sufrir sobresaltos. El joven había superado sus miedos en la primera visita y no temía confrontarlos nuevamente. A su vez, el bosque parecía reconocer su valentía y lo eximía de tener que afrontar las mismas amenazas. Sin embargo, un vestigio de duda se apoderó de Eros y se preguntó si no lo volvería a poner a prueba de otra forma.

Un suceso inesperado rompió la monotonía. Un poco más adelante, Eros advirtió un sendero de aspecto irregular entre la maleza que se desprendía del camino principal, y su aspecto era irregular. Se notaba que había sido despejado intencionalmente. Para ese entonces, ya había superado la zona inspeccionada en su anterior expedición, cuando había hallado el búnker abandonado. A pesar del peligro, la curiosidad fue más fuerte: necesitaba saber qué había detrás de esa senda. Sin pensarlo más, se internó en el camino.

La vía estaba en muy mal estado, por lo que prefirió avanzar a pie. Con una mano sostuvo las riendas de Agatha y con la otra la espada para desmalezar el acceso. Al cabo de unos minutos, se topó con las cenizas aún ardientes de una fogata, lo que confirmaba la presencia de otra

persona en el lugar. Antes de que pudiera hacer conjeturas, una voz nerviosa y amenazante exclamó a sus espaldas.

—¡Detente! Arroja tu arma y date la vuelta — demandó el desconocido.

Eros arrojó su espada. Lentamente, se volteó hasta quedar frente al individuo. Al levantar la vista, lo pudo observar y la sorpresa lo invadió por completo: se trataba de Aron.

—¡Aron, estás vivo! —gritó Eros, sin poder creerlo.

—¡Eros! ¿Qué haces aquí? Pensé que jamás volvería a ver a otra persona —dijo, y sus ojos se humedecieron de emoción.

—No lo puedo creer, pensé que el dragón del pantano te había devorado. ¿Cómo sobreviviste?

—Mordió mi espalda, pero trabo la mandíbula en la armadura. Sentí la presión de sus dientes,

pero no me hizo daño. Al sumergirme en el agua, me revolcó y salí despedido. Apenas pude nadar hacia la orilla, quedé exhausto —narró Aron, relatando con dramatismo las escenas.

—¿Qué pasó después? ¿Por qué no volviste al pueblo? —preguntó Eros, extrañado.

—Tras la sacudida, quedé tumbado varias horas. Para cuando recuperé algo de energías, tan solo pensé en alejarme del pantano. Pero estaba tan aterrado que cometí un grave error: perdí mi posición. Un guerrero nunca debería perder el sentido de la ubicación —expresó con amargura. Se tomó un instante y continuó—. Traté de retomar el rumbo, pero me fue imposible, esto es un laberinto. Desde entonces, sobrevivo como puedo en este sitio.

—Tranquilo, yo puedo mostrarte el camino de regreso.

—¡Gracias, te enviaron los dioses! Me devolviste la esperanza, pensé que ya no volvería a recuperar mi vida. Este lugar es un infierno, si permanezco aquí más tiempo, terminaré siendo atacado por un dragón o enloqueciendo. Los sonidos por las noches son aterradores, en lo profundo del bosque aún se oyen los gritos de los guerreros caídos.

—Fuiste muy valiente para mantenerte vivo todo este tiempo —respondió Eros, con sincera admiración—. Cuando regreses serás un héroe, los juglares escribirán historias sobre tu aventura.

—Tal vez —asintió su amigo, y emitió una leve sonrisa—. Pero lo único que me importa es salir de aquí.

—No esperemos más, te mostraré el camino — dijo, tomó su espada que aún yacía en el piso, y le hizo un gesto para que lo siguiera.

Ambos montaron a la yegua y enfilaron hacia el sendero descubierto por Eros. Durante el retorno al camino principal, continuaron la charla.

—¿Qué pasó contigo luego de separarnos? ¿Encontraste a tu caballo?

—Tenías razón, todo había sido una alucinación, nunca había perdido a mi yegua — admitió Eros—. Estuvo afuera y a salvo en todo momento.

—Entonces, si pudiste salir de aquí, ¿por qué volviste? —preguntó Aron, confundido.

—Es una larga historia. Pude salir, pero no fue nada fácil y además casi me mata un dragón rojo —contó, y su amigo abrió los ojos de par en par.

—¿Un dragón rojo? —atinó a preguntar Aron, quien pensaba que los dragones rojos eran solo una leyenda

—Fue una lucha muy dura, le hundí mi espada en uno de sus ojos y el casi me prende fuego. Pero pude escapar y salir del bosque.

—¿Qué pasó afuera?

—Fui el único en volver y superar la primera prueba. Me condecoraron, el mismo rey me entregó una medalla por mi valentía —explicó con simpleza.

Aron se sintió incómodo. Una oleada de rabia, extrañamente, lo dominó. Sentía bronca de que a Eros le saliera todo bien, deseaba estar en su lugar y le costaba disimularlo.

—¡Que suerte la tuya! Mientras tanto yo apenas pude sobrevivir.

—No creas que todo fue bueno. En la última prueba, nos pidieron que sacrificásemos a nuestros auxiliares de entrenamiento y yo no pude hacerlo —expresó Eros, con dolor. Aron se sintió confundido, por un lado, empatizaba con la pena de su amigo, pero, a su vez, disfrutaba al saber que él también podía fallar. Eros continuó—. Mi insubordinación fue grave, pero no quise ser condenado, así que decidí huir con Agatha. Me convertí en un desertor, por eso estoy aquí otra vez. Lo perdí todo, salvo a ella —dijo, y le dio unas palmadas cariñosas en el lomo a la yegua.

Aron no podía ocultar su satisfacción, por primera vez, se sentía en una mejor posición que Eros. Sin pensarlo, se le escapó un comentario poco apropiado.

—¡Me alegra saber que no eres perfecto! —exclamo con sinceridad.

—¿Te alegras de mi desgracia? —increpó, sorprendido.

—Claro que no, pero es bueno que los dioses no piensen en ti todo el tiempo. Tal vez podrían ocuparse un poco del resto —respondió, tajante.

—Obviaré ese comentario, piensa que si no fuera por mi error seguirías aquí perdido —retrucó Eros, molesto.

—Sí, ya lo sé. Discúlpame, fue descortés de mi parte —expresó, esta vez, con mayor diplomacia. Luego el silencio se adueñó de ellos hasta que alcanzaron la posición del Camino de los Miedos.

Aron se estremeció al reconocer la senda que lo devolvería a la civilización. Tras varios días de vivir entre bestias, palpitaba el retorno a su

anterior vida. Dejando atrás el cruce que habían tenido, el joven se abalanzó sobre Eros y lo abrazó fuertemente.

—Muchas gracias amigo, jamás olvidaré lo que hiciste por mí —exclamó, conmovido.

—Espero que estés bien. No sé si te volveré a ver, pero te pediré un favor —le dijo, y Aron lo miró sorprendido.

—Lo que tú quieras, ¿qué puedo hacer por ti?

—Busca a la princesa y dile que estoy vivo. Que algún día regresaré, pero que mientras tanto no se preocupe por mí, porque voy a estar bien.

—Se lo diré, dalo por hecho, es lo menos que puedo hacer por ti —aceptó, y le dio un fuerte apretón de manos.

Se despidieron cordialmente y cada uno continuó con su destino. Aron enfiló por la

senda principal en dirección sur, y Eros hizo lo propio rumbo al oeste.

21

El sol había pasado el cenit, y sus rayos descendían entre los huecos de las nubes espesas. La luz ingresaba por un gran ventanal y se esparcía por toda la alcoba de la princesa, ubicada sobre el ala oeste de la Torre del Homenaje. Era el momento del día de mayor luminosidad en la habitación, y la dama Engla aprovechaba la claridad para tomar las medidas del próximo atuendo de la princesa.

Elena posaba erguida con los brazos extendidos, tan solo vestida con la camisola de seda que solía usar para dormir. Mientras tanto, la veterana mujer rodeaba su cintura con una cinta de medición, como las que usaban las

damas costureras de la nobleza. La princesa había perdido algo de peso y su talla había variado ligeramente. La exposición de la realeza era constante y demandante, lo que exigía la mayor perfección en el calce de las prendas.

La dama Engla siempre se había ocupado de satisfacer las necesidades de la princesa y sus cuidados, siempre muy dedicados, incluso se habían intensificado tras el fallecimiento de la reina. Gregor depositaba toda su confianza en ella. La mujer había acompañado a Elena en las distintas etapas de su crianza, habiendo sido también su nodriza. En la actualidad, era una de las pocas personas de las que Elena aceptaría un consejo.

El clima era distendido, pero Engla no tardó en darse cuenta de las lesiones de la princesa. Las heridas en sus piernas, en ese momento al

descubierto, eran vestigios del tormento que había sufrido la noche anterior. Incontables moretones y raspaduras resaltaban en la finura de su piel.

—¿Qué son estas marcas? —preguntó la mujer sorprendida.

—No es nada importante —respondió la princesa con suficiencia, pero la dama no se conformó con la respuesta. Alarmada, pensó que tal vez alguien habría abusado de ella y su cara reflejaba preocupación.

—¿Qué fue lo que pasó? —insistió nuevamente.

—Es solo un golpe, me caí del caballo, pero no es nada grave —justificó, y Engla le respondió frunciendo el entrecejo.

Elena tenía un espíritu aventurero que desconocía la mayoría de las personas de su entorno, salvo Engla, quien atesoraba muchos de

sus secretos. Esta vez la situación era más delicada y la princesa no tenía ganas de entrar en confesiones, pero no pudo evitar la presión de la dama, por lo que se decidió a contarle parte de la historia.

—Bien, esto deberá quedar entre nosotras —dijo con severidad, y aguardó a que la mujer asintiera antes de continuar—. Intenté ayudar a Eros en su prueba final, él no podía sacrificar a su yegua, así que le ofrecí intercambiarla por otro caballo. Busqué un espécimen desahuciado en los establos, pero, cuando quise llevarlo a la ceremonia, me atacaron unos ladrones —relató, mientras se le entrecortaba la voz, entre bronca y tristeza.

—¡Pero, niña! ¿Cómo hiciste una cosa así? ¿Por qué corriste ese riesgo? —indagó, se llenaba de

horror de tan solo pensar lo que podría haberle ocurrido.

—Sabía que era peligroso, pero debía intentarlo.

—Fue una locura, el muchacho se podía arreglar solo. Tú eres una princesa, no puedes exponerte de esa manera. ¿Qué te hicieron? —preguntó, cada vez más angustiada.

Elena se acercó a la buena mujer, la tomó por los hombros con ambas manos y la miró fijo a los ojos tratando de trasmitirle tranquilidad.

—No me hicieron daño, logré escapar. Pero perdí al caballo y al saltar me hice las heridas. Eso es todo, estoy bien, no quiero que te preocupes. Sé que fue estúpido lo que hice, pero no volverá a suceder, te lo prometo —aseguró, logrando calmar un poco a la dama, quien se quedó callada.

El silencio se adueñó de la sala. Engla terminó de tomar las medidas y se despidió dándole un apretón en las manos. Intentaba ser cálida, pero se había quedado sin palabras. Finalmente se retiró de la alcoba.

Engla era la confidente de la princesa, se había ganado su confianza y jamás había dejado escapar una palabra de las pronunciadas en esas charlas íntimas, pero esta vez el contexto era diferente. La dama consideraba que la situación se le había ido de las manos a la joven, y que su propia integridad estaba en juego. A pesar de que no quería romper el secreto, creyó conveniente alertar al rey sobre lo acontecido. Sin dudarlo, le transmitió su inquietud al monarca, quien no tardó en dirigirse a la habitación de su hija para hablar sobre el tema.

El rey golpeó a la puerta de la alcoba de Elena y, al ingresar, abrió el diálogo yendo directo al grano, como era su costumbre.

—¡Cómo pudiste hacer una cosa así! No eres una campesina, eres la princesa de este reino — lanzó, y Elena hizo un gesto de fastidio: ya sabía cómo seguiría esa charla.

—Ya te fueron con el cuento. ¡No puedo confiar en nadie! —exclamó, se sentía decepcionada.

—No culpes a Engla, tan solo quiere protegerte. Lo que hiciste fue muy peligroso, me hubieras pedido ayuda.

—¿Ayuda? Te fastidia mi relación con Eros, nunca me hubieras ayudado —justificó, masticando bronca.

—Es verdad, no te hubiera ayudado porque es una locura. Pero tampoco tendrías que haber

hecho una cosa así, era su problema, no tenías que exponerte de la manera en que lo hiciste.

—Ya lo sé, fui imprudente. Te pido disculpas, padre —dijo, compungida.

—Claro que te disculpo, pero debes tener más cuidado de aquí en más —respondió él con suavidad, sentándose junto a ella.

La rodeó con los brazos, y la princesa hizo lo mismo. A los pocos segundos, la joven se quebró dejando caer algunas lágrimas. El rey acarició su cabeza y trató de consolarla. Permanecieron así algunos minutos, hasta que Elena se reincorporó y retomó el diálogo.

—¿Por qué son tan rigurosos? Si la prueba no hubiera sido tan exigente nada de esto hubiera sucedido.

—Esto ya lo discutimos, el joven no se postulaba como herrero, pretendía ser un Guerrero Real.

Solo los hombres más valientes pueden aspirar a eso —respondió el rey, tratando de conservar la calma. Cada vez que hablaban sobre Eros, la charla derivaba en discusión y no quería ese desenlace nuevamente.

Elena lo miró confundida, sentía mucha bronca por lo que había ocurrido con su amigo, pero, por otro lado, sabía que las palabras de su padre no estaban completamente erradas. Gregor continuó explicándose mientras se esforzaba por mantener la templanza.

—Eros debía estar preparado para poder realizar esa prueba, si no pudo llevarla a cabo es porque no tiene las cualidades para ser un verdadero guerrero. En la batalla se enfrentaría a situaciones mucho más difíciles. Lamentablemente, no lo comprendió antes y ahora deberá pagar las consecuencias —concluyó

—Pero podrías hacer una excepción para que no fuesen tan duros con él —arremetió nuevamente, afectada, aunque sabía que las chances de éxito eran escasas.

—¡Excepción! Soy un rey, no hago excepciones. No sabes lo difícil que es ser justo con todos. Eros cometió un delito y debe pagarlo como cualquier otro.

—Pero nunca hubiera huido del reino sino fuera por la exigencia de la Guardia Real. ¡De haberse quedado estaría en prisión ahora mismo! —lanzó, enojada, y el rey se sorprendió ante el comentario. Advirtió que su hija ocultaba información.

—¿Eros huyó? Nadie dijo que hubiera huido, debe estar escondido en alguna granja —replicó, con mirada suspicaz—. ¿Sabes algo más que yo no sepa de él?

—Yo no sé nada más, dije que huyó pues es lo más lógico —respondió, mirando hacia el suelo, la voz se le enredaba.

—No creo que sea lo más lógico. Además, ¿a dónde podría huir? No es fácil alejarse de este reino, hay que tener agallas para eso y él es un cobarde

—¡No es un cobarde! —retrucó, rabiosa.

—Claro que lo es, no irá a ninguna parte, ya lo encontraremos —insistió Gregor. Quería presionar a su hija, intuía que podría sacarle algo más a la charla.

—No creo que lo encuentren —dijo con una sonrisa burlona.

—¿Cómo estás tan segura? ¿Acaso tú sabes dónde está? —indagó, punzante.

—¡No! No lo sé, cómo lo sabría... —respondió, dubitativa, pero el rey la interrumpió, enérgico.

—Elena, si sabes algo más me lo tienes que decir. Tenemos medio ejército de guerreros buscándolo, estamos gastando muchos recursos en esto. No lo cubras, no seas cómplice, ¿qué sabes? —preguntó nuevamente, y clavó su mirada incisiva.

Elena ya no podía sostener más el secreto. No quería delatarlo, pero también sabía que, si lo encontraban, estaría a salvo de los peligros del bosque.

—Sé dónde está, te lo diré si me prometes que no le harán daño —cedió al fin, con resignación.

—No le haremos daño, pero sabes que deberá pagar una condena. Adelante, dime, ¿dónde está?

—Huyó hacia el Oeste, a través del Bosque Encantado —respondió, descomprimiendo la presión, pero llenándose de culpa por haber delatado a su amigo.

—¡Perfecto! —exclamó espontáneamente, quien no pudo disimular un gesto de alivio.

—¿Perfecto? ¿Te alegras por eso? —indagó, extrañada. Ahora la princesa era la que se volvía más suspicaz.

—No me alegro, pero me acabas de resolver el problema. El muchacho ya está muerto.

—¡No digas eso! —exclamó, furiosa.

—No hace falta que lo diga, es un hecho.

—Deberían ir a buscarlo ahora que sabes dónde está —demandó, cada vez más preocupada.

—No vamos a ingresar al bosque, nadie asumirá ese riesgo por un desertor.

—Corre peligro su vida, tienen que ayudarlo. ¡No puedes quedarte de brazos cruzados! —dijo, alzando la voz.

—¡No puedes hablarme así! Soy tu padre y también tu rey, me debes respeto. Yo hago lo

mejor para este reino. Si el joven juega con su vida, es su problema, no es asunto nuestro — concluyó Gregor, molesto por la actitud de su hija.

Una vez más, terminaban discutiendo por Eros. El rey estaba contrariado y ya no quería continuar con el tema, así que prefirió retirarse de la habitación. Especuló con la idea de que pronto se le pasaría la bronca a su hija, por lo que se centró en la información que acababa de recibir, considerándolo una buena noticia.

Elena se quedó estupefacta ante el giro que tomó aquella charla inconclusa. Sentía enojo por las diferencias con su padre, pero le incomodaba aún más no comprender la reacción que había tenido. Advirtió en él una sensación de alivio ante la noticia, una postura que no tenía sentido

para ella, salvo que hubiese algo más que desconocía al respecto.

22

Elena recorría los pasillos de los pisos altos de la Torre del Homenaje, donde el acceso estaba restringido solo a miembros de la realeza. Su rostro exhibía un gesto recio, producto de la amarga charla que había tenido con su padre horas atrás. Estaba insatisfecha, disgustada, no quería conformarse con la escasa información que disponía en cuanto la situación que había desatado la desaparición de Eros.

No sabía en quién confiar ni a quién interrogar sobre los acontecimientos. Estaba claro que, en el castillo, todos le serían leales al rey. Sus pensamientos eran confusos, pero, en medio del desconcierto, se presentó una oportunidad. Uno

de los ancianos sabios acababa de abandonar su alcoba. El hombre se llamaba Olaf y era tal vez uno de los ancianos más reservados, aunque no de los más discretos. A pesar de mostrar una apariencia muy ortodoxa, atesoraba un oscuro secreto que nadie conocía en el reino. Nadie, a excepción de la princesa.

Cuando Elena era pequeña, había accedido por error a la habitación de un caballero de la Guardia Real. Allí, sorprendió al militar en una situación poco apropiada junto a Olaf, quien acariciaba el torso desnudo del musculoso guerrero. La niña apenas observó la escena, comprendió que había ingresado al sitio equivocado y se mantuvo inmóvil, sin saber qué hacer. De inmediato, los hombres advirtieron su presencia y disimularon el hecho acomodándose las ropas. El veterano, con mucha vergüenza, se

acercó a ella y le suplicó que no contara una palabra de lo que había visto. A los pocos segundos, inesperadamente, otro caballero ingresó a la habitación y Olaf se estremeció al pensar lo que hubiera pasado si este se hubiera presentado antes que la niña.

Aquel suceso, confuso en su momento, había quedado en el pasado. Pero, con el tiempo, la princesa maduró y comprendió mucho mejor lo que había sucedido en aquella alcoba. Sabía que el anciano se encontraba en una situación delicada, ese acto era denominado *pecado de hombría*, y era motivo suficiente para destituir a cualquier miembro de un puesto importante en la cúpula del reino. Elena nunca había juzgado aquel hombre por su aventura, sin embargo, el veterano quiso asegurarse de preservar ese secreto ofreciéndole a cambio el privilegio de

acceder a la biblioteca de los ancianos sabios. Desde entonces, compartió su llave personal con la princesa y le abrió las puertas a un universo de lectura restringido a casi todas las personas del reino.

Elena sabía que no tenía otra opción. Especulaba con el temor que sentía el anciano y, si bien no la enorgullecía utilizar ese recurso en su contra, sabía que el hombre no podría ocultarle la verdad. Sin dudarlo más, se acercó a Olaf y lo increpó directamente.

—Necesito que me ayude con algo —la ansiedad hacía que su voz sonara más demandante de lo normal.

—Lo que usted desee, princesa —respondió preocupado, sabía que el pedido de la joven no sería algo sencillo.

—Necesito saber qué está ocurriendo con la desaparición del recluta. A nadie parece realmente importarle su huida, sino más bien otra cosa —dijo, con el ceño fruncido.

—No sé qué información espera que pueda suministrarle, pero me temo que no hay nada oculto. El muchacho es un desertor, es lógico que haya preocupación... —el anciano fue interrumpido abruptamente.

—No me dé vueltas, sé que hay algo más y necesito respuestas —exigió, con vehemencia.

—Señorita, entienda que se está excediendo en su pedido.

—¿Excediendo? Tal vez me estaría excediendo si contara su secreto —replicó, con filo. Y esperó.

El anciano se quedó inmóvil, habían pasado muchos años de aquel incidente, y durante todo este tiempo se preguntaba si la princesa retendría

ese hecho en su memoria. Sus palabras le confirmaban que sí, y lo dejaban arrinconado frente a su pedido. Entendiendo que no tenía opción, cambió su postura.

—Bien, la ayudaré —respondió e hizo una pausa—. Pero me tiene que dar su palabra que no le dirá nada a nadie sobre la información que le suministraré, y mucho menos revelar que yo lo hice. ¿Está de acuerdo? —preguntó, nervioso.

—Por supuesto, seré una tumba.

—Vayamos a un sitio más discreto —propuso, e inició la marcha seguido de cerca por la princesa.

Se dirigieron hacia el punto más alto de la Torre del Homenaje, donde estaban montados los puestos de vigías, en los que alguna vez la princesa se había encontrado con Eros en su primer servicio. No había vuelto al lugar desde ese día, lo que la llenó de cierta melancolía. Una

vez en la cima del torreón, obtuvieron privacidad, allí el silencio se escurría entre las fuertes ráfagas de viento. La ansiedad de la princesa por oír lo que tenía por decir el anciano, la carcomía por dentro. Finalmente, Olaf soltó parte del misterio.

—En primer lugar, deberás comprender el significado de la metamorfosis del dragón —comenzó, y la intriga se instaló en la mente de Elena.

—No sé qué es eso, pero, si es importante para comprender lo que está ocurriendo, lo escucho —respondió ella, expectante.

—Se conocen muchas historias acerca del Día del Juicio, existen tantos cuentos como juglares en esta tierra, pero lo cierto es que muy pocos conocemos los enigmas de aquel maleficio. Los relatos de los sobrevivientes afirman que el

bosque está infestado de dragones de todo tipo, tú misma pudiste leerlo en los libros que conservamos en la biblioteca. Pero hay información que ha sido guardada en secreto durante años, transmitida de boca en boca entre miembros de la cúpula real, y que ni siquiera se ha volcado en los textos para evitar que cayera en manos equivocadas.

—No entiendo por qué se oculta la información, la verdad es de todos y no tienen derecho a guardársela —interrumpió con rebeldía.

—No es tan sencillo, niña —el tono descalificador no le hacía ninguna gracia a la princesa—. Hay que preservar el orden en el reino, ya tenemos bastante con los ataques del Norte. No queremos tener una revuelta interna también. No todos están preparados para

conocer la realidad de las cosas, incluso su actitud impaciente e irreverente me hace dudar en continuar mi relato. ¿Acaso usted es una persona de confiar? Porque lo que tengo para decirle podría cambiar su manera de interpretar la vida. Así que me pregunto, ¿debería continuar mi explicación? —retrucó, molesto.

Elena bajo la mirada un momento y no pronuncio palabra, intentando mostrar una postura más dócil. El gesto fue elocuente, y el anciano continuó.

—Nadie sabe el verdadero origen de los dragones, apenas se conoce su existencia a raíz de los comentarios de algunos guerreros, e incluso así muchos los consideran solo mitos. El punto es que el origen de estas bestias es tan aterrador como la presencia de ellas mismas. Estas criaturas no surgieron de las profundidades, ni

cayeron del cielo, sino que fueron concebidas en nuestra propia tierra y hasta han convivido con nosotros —Elena no comprendía a qué quería llegar el hombre, no deseaba volver a ser grosera con él, pero comenzaba a fastidiarse nuevamente.

»La maldición del bosque no creo a las criaturas, sino que las convirtió en lo que son. Tras el hechizo, los caballos de los guerreros que estuvieron en la batalla fueron transformados en temibles dragones que no respondieron a ningún bando, devorando tanto hombres del Norte como del Sur, sin distinción de banderas. Una horrible transformación mutó sus cuerpos en lagartos gigantes, convirtiendo no solo la apariencia física sino también las almas de aquellos animales, si es que aún las conservaban. Pero eso no fue todo, desde entonces, la

maldición se extendió a todos los caballos de Tibur y ni los más bellos corceles escapan al maleficio. Al alcanzar su vejez comienzan un lento y espeluznante proceso de metamorfosis que los conduce al mismo destino que los ejemplares esparcidos en el Bosque Encantado.

—¡Eso es horrible! —exclamó Elena, espantada. Su rostro se llenó de confusión y sus ojos se enrojecieron.

—Lamento tener que contarte todo esto, pero es la verdad. Es realmente inquietante, pero eso no es todo —prosiguió, y la princesa se puso aún más impaciente. El anciano tenía su atención en un puño y, en algún punto, había comenzado a disfrutarlo—. La metamorfosis del dragón es un proceso lento, lo que nos permite controlar el fenómeno. Ni bien se presentan los primeros síntomas, se apartan a los especímenes y se los

utilizan en rituales o son sacrificados directamente. Esto se hace mucho antes de que la transformación se convierta en una amenaza, e incluso antes de que levante sospechas en la población, lo que sería aún peor —explicó, e hizo una pausa, como si dudara continuar. La princesa estallaba de los nervios, y estaba a punto de explotar.

—No de más vueltas, vaya al grano, ¿qué más hay? —preguntó, tajante como su padre.

—Comprendo tu urgencia, pero debes comprender que esta información es muy delicada. Quiero ser preciso en mi explicación para que no haya falsas interpretaciones —aclaró, pero solo consiguió que Elena estuviera al borde de perder la paciencia. Entendió que estaba jugando con fuego, por lo que fue directo e incisivo—. La metamorfosis del dragón adopta

un comportamiento diferente dentro del Bosque Encantado. No admite preámbulo, el proceso se acelera y en cuestión de horas la transformación se hace efectiva. Nadie sabe por qué es así, solo sabemos que ocurre.

—Esto es muy grave, ahora entiendo la preocupación y por qué nadie se atrevería a buscar a Eros en el Bosque Encantado. También comprendo la reacción de mi padre —dijo, mientras se atropellaban las palabras en su boca—. ¡Ya lo da por muerto!

—Lamento decirte que pienso lo mismo, no hay posibilidad de que sobreviva. Eros desconoce el proceso, nunca tomará las medidas adecuadas. En cuanto se inicie la metamorfosis no tendrá manera de sobrevivir —afirmó, y dejó transcurrir un instante de silencio para que la princesa pudiera digerir las palabras—. El mejor

consejo que te puedo dar es que te olvides de ese chico, pensar en él solo te dañará, su destino ya está escrito —concluyó, y se retiró a paso lento.

Elena quedó perpleja con el relato de Olaf, sentía que ya no podía hacer nada al respecto. Con la mente perturbada, se mantuvo inmóvil por un buen rato observando a lo lejos el Bosque Encantado. Desde aquella posición, podía apreciar la dimensión de la espesura, que era casi tan impactante como la noticia que acababa de recibir.

CAPÍTULO VI

— La metamorfosis —

23

La luz solar desvanecía, y con el atardecer aquel mundo silvestre comenzaba a enrarecerse. Los sonidos del bosque eran extraños e inquietantes en todo momento, pero con la oscuridad parecían intensificarse.

Eros montaba a su yegua, que avanzaba a paso cansino pero constante, por el Camino de los Miedos rumbo al Oeste. No tenía prisas y deseaba pasar inadvertido, no quería llamar la atención de ninguna criatura. Así, con la guardia alta, avanzaba por el sendero.

Su meta consistía en alcanzar las Tierras Altas, pero sus objetivos a corto plazo a duras penas se vislumbraban a cada instante, en cada nuevo

desafío. El devenir del anochecer era una amenaza y, más temprano que tarde, debería hallar un refugio para afrontar la oscuridad del bosque. Estaba claro que debía explorar la senda durante el día, donde aquel infierno parecía apaciguarse. La noche era solo una cuestión de supervivencia, donde permanecer oculto y a salvo era lo más conveniente.

Aún sin desesperar, intentaba advertir entre la espesura vestigios que lo condujeran a su próximo refugio. Durante un buen rato nada escapaba de lo ordinario, hasta que el ruido de un torrente, lejano pero continuo, apareció para romper la monotonía. Parecía ser la señal que estaba aguardando, y rápidamente se convirtió en su guía.

A medida que avanzaba el sonido era más nítido, y Eros presentía que algo afortunado

sucedería. Sabía que, de existir algún refugio, debería establecerse cerca de una fuente de agua, regla esencial para la subsistencia. El bosque estaba desolado, pero en épocas de campañas había sido explorado en profundidad. Así que la esperanza de hallar algún puesto abandonado alimentaba sus energías.

A un costado de la senda advirtió huellas de pisadas. Detuvo la marcha y se arrimó para observar detenidamente. Aquel rastro era reciente y, por tamaño y profundidad, concordaba con el de una persona robusta. Al alzar la vista, descubrió que se extendía hacia el interior del bosque, apartándose del camino. Aquello lo sorprendió, no estaba en sus planes toparse con alguien más en ese punto avanzado del recorrido, ya había sido suficiente como para que fuera posible.

No lo pensó dos veces y comenzó a seguir ese rastro. Tomó las riendas de la yegua, pero continuó a pie para concentrarse mejor. Las pisadas se dirigían hacia donde el follaje se volvía más tupido y difícil de transitar. Por momentos, la pista se volvía borrosa, pero se las ingeniaba para no perderla de vista. A su vez, el sonido del agua se hacía cada vez más fuerte, como la promesa de un buen augurio.

Mientras tanto, la noche seguía abriéndose paso dando lugar a la oscuridad, que se presentaba como una vieja conocida. De esta manera siguió caminando, expectante y alerta, hasta que finalmente dio con lo que buscaba. Entre la espesura pudo divisar un techo de paja construido a dos aguas. El corazón le latió con fuerzas, el hallazgo era muy alentador. Aceleró el paso y rápidamente tuvo un mejor panorama. Se

trataba de una cabaña rústica, pero en buen estado, probablemente habitada. Sin perder tiempo, se aproximó.

Sobre un costado había un corral de troncos, en donde resguardó y ató a Agatha, para luego acercarse a la entrada. La puerta, bastante precaria, estaba construida en madera y apenas encajaba en la abertura. Las paredes eran ordinarias pero resistentes, compuestas por piedras perfectamente encastradas. Estaba claro que la entrada había sido improvisada y no pertenecía a la estructura original ya que desentonaba bastante con el resto de la construcción.

Eros llamó a la puerta con algunos golpes y esta se tambaleó un poco, haciendo que el joven temiera por un instante que esta cayera. Aguardó un momento, pero no hubo respuesta. Se inclinó

para observar a través de una pequeña rendija que se formaba entre la puerta y un lateral del marco de adoquines. El interior estaba sumido en sombras y no pudo vislumbrar nada.

Sin advertirlo, recibió un fuerte golpe en la nuca mientras se incorporaba. Dolorido y aturdido, tuvo el impulso de girar para interpretar lo que ocurría, pero su vista se nubló y su cuerpo se derrumbó sobre el suelo. Tras un puñado de segundos se desvaneció por completo.

Al recuperar el conocimiento, el marco había cambiado. Estaba desarmado y maniatado, y sentía una punzada fuerte en la cabeza. Se encontraba dentro de la cabaña, acostado sobre el piso en una de las esquinas. Esta vez, el interior estaba iluminado gracias al fulgor que irradiaba una añeja hoguera. Varios troncos ardían en ella

y propiciaban un calor sofocante. Antes de que terminara de recuperar la claridad y se hiciera preguntas, una voz irrumpió el ambiente.

—¿Por qué estabas merodeando en mi cabaña? ¿Qué estás buscando? —Oyó que le preguntaba una voz, y una persona se hizo presente frente a Eros. Era un hombre alto y corpulento, sus músculos parecían tallados con un cincel, y las venas que los rodeaban sobresalían de la piel como una enredadera. La fortaleza física del individuo era realmente sorprendente. Lucía un gesto recio detrás de una barba blanca y grotesca que se extendía hasta la cintura. La parte descubierta del rostro exponía profundas arrugas, se trataba de un veterano más allá de su preservado estado. Sus ropas demacradas y percutidas por la tierra y el paso del tiempo, ya habían perdido su verdadero color.

Eros no supo qué responder, balbuceó algunas palabras sin sentido y su captor comenzó a perder la paciencia.

—No me gusta repetir las cosas, ¿qué hacías allá afuera? ¿Intentabas robarme? —insistió, más incisivo y hostil. Mientras fijaba la vista en el rostro del joven, hacía chasquidos con los nudillos.

—¡No intentaba robar nada! —respondió saliendo de su estupor—. Tan solo estaba buscando ayuda.

—¡Ayuda! ¡Ja! —rió irónicamente—. Quien decide ingresar a este infierno no necesita ayuda. Hay que ser un guerrero para sobrevivir aquí y tú no aparentas serlo. Pareces un novato, bien podrías ser el almuerzo de la bestia más estúpida del bosque. ¿Cómo llegaste hasta aquí vivo? —indagó nuevamente. Su tono de burla, de alguna

manera extraña, lo hacía un poco menos intimidante.

—Créeme que es una larga historia —lanzó un largo suspiro y continuó—. Pertenecía al Reinado del Sur, pero fui considerado un desertor y no tuve más alternativa que escapar. Preferiría ser devorado por un dragón a estar encerrado en un calabozo —confesó con crudeza. Por algún motivo, sus palabras ahondaron profundo en el hombre.

—¿Cómo te llamas, desertor? —preguntó, esta vez con algo de empatía, haciendo menguar un poco el tono áspero de la conversación.

—Me llamo Eros y, hasta hace poco, era un servidor de la Guardia Real —hizo una pausa, y se animó a preguntar—. ¿Y tú cómo te llamas?

—¡Igor! —dijo con orgullo. Alguna vez su nombre había sido sinónimo de héroe, aunque estaba lejos de eso en el presente.

Eros abrió los ojos de par en par, no pudo disimular el asombro, ya que recordó de inmediato el relato de Bjorn acerca de la masacre que había hecho el guerrero Igor tras su regreso del bosque. La persona que tenía frente a él encajaba perfecto con la descripción. De ser así, y si era verdad lo que se contaba de él, la situación podría tornarse aún más peligrosa.

—Tal vez hayas escuchado sobre mí —prosiguió el viejo héroe—. Ya pasó mucho tiempo desde que tuve que huir del reino, pero las grandes historias nunca mueren, ¿verdad? —acotó, esta vez con más templanza. El guerrero se sentía reflejado en Eros ya que, si bien no conocía su historia, veía en el joven su propia frustración, la

misma que aún pesaba sobre sus hombros: el exilio. Inesperadamente, aquella coincidencia estaba provocando un giro.

El muchacho tan solo asintió con un gesto leve, nervioso y sin saber cómo comportarse. En ese momento, consideró menos arriesgado estar deambulando en la penumbra del bosque, algo impensado hasta escasos minutos atrás.

Por su parte Igor, sintiendo culpa por haberse excedido, decidió desatar al joven. Empuñó su cuchillo para comenzar a liberarlo, pero Eros, alarmado ante la visión del filo acercándose a él, reaccionó elevando una de sus piernas para evitar el contacto.

—¡No me mates! ¡Tengo una misión importante por cumplir! —gritó, desesperado y temiendo por su vida. Pocas veces se había sentido tan vulnerable e impotente como en ese momento.

—¡Tranquilo! Relájate muchacho, no quiero hacerte daño, solo voy a desatar tus manos. No hagas nada estúpido —advirtió, abriendo entera la palma de la mano en señal de tregua.

Eros bajó la guardia y el guerrero ejerció presión con el puñal sobre las cuerdas que amarraban las muñecas. El filo se enterró en el material, y este cedió devolviéndole la movilidad de los brazos.

—Tuvimos un mal comienzo, así que empecemos de cero —propuso, mientras arrastraba un taburete improvisado con el corte de un grueso tronco. Lo dejó cerca de Eros indicándole que tomara asiento, y él hizo lo propio con otro semejante—. ¿Un poco más cómodo? —acotó, para reanudar el diálogo sin esperar una respuesta— Cuéntame acerca de esa

misión tan importante —se cruzó de abrazos, y aguardó expectante.

—Poseo información crucial acerca del Reinado del Oeste, y debo llegar a las Tierras Altas para transmitírsela al rey —comenzó a explicar, pero el relato fue interrumpido por una carcajada espontánea del grandulón, la cual casi le cortó la respiración.

Mientras el robusto hombre se tomaba el abdomen y reía, Eros, avergonzado, se quedó callado con la mirada en el suelo. Puso el foco en sus botas, las que se veían muy dañadas y sucias de barro. Recordó entonces un momento previo a la ceremonia de la última prueba: estaba en su casa frente al espejo luciendo el nuevo uniforme, y sus botas relucían, casi tanto como sus expectativas. Se mantuvo unos segundos reflexionando sobre el giro inesperado que había

tomado de su destino, hasta que Igor recuperó su atención con un grito.

—¡Desertor! ¿Dónde estás? —reclamó, al ver que Eros estaba sumergido en sus pensamientos—. Tu comentario fue muy gracioso. Así que tienes información crucial para el Oeste, ¿no? —Volvió a soltar una última carcajada y reanudó rápidamente—. Tu optimismo me asombra, nunca lograrás llegar a las Tierras Altas, te comerán las bestias en medio del intento. Y, si pudieras llegar al castillo, te matarían los caballeros ni bien abrieras la boca. ¿Qué tan importante es lo que tienes para contar? —remató, por fin cediendo la palabra.

—Sé que el Reinado del Oeste recibirá un ataque sorpresa del Norte, justo el día del aniversario —respondió, y se quedó observando los gestos del hombre, quien hacía esfuerzos para

no ser presa de las risas otra vez. Antes de que la conversación cayera en las burlas, pensó en darle mayor sustento a sus comentarios —. Lo sé de primera mano porque fue el mismo Kol fue quien me lo dijo —lanzó. Esta vez sus palabras fueron contundentes y pudo ver cómo el rostro de Igor se transformó en piedra.

—¿El comandante Kol? ¿Del ejercito del Norte?
—preguntó, con suspicacia.

—Sí, ese mismo, lo derroté en una de mis pruebas. Era un prisionero de guerra —enfaticó, y se quedó pensando en el guerrero enemigo, quien se había quitado la vida para llevarse sus secretos a la tumba.

—¿Sabes que enfrentamos a ese desgraciado en el Lago de los Dioses? Matamos casi todos sus soldados, pero huyó como un cobarde. Me alegra que finalmente lo hayan atrapado —agregó, está

vez otorgando mayor credibilidad al relato del joven.

—Kol intentó conseguir su libertad a cambio de esa información, pero no tuvo lugar. Terminó revelándome el secreto cuando lo derroté, como intercambio para que le perdonara la vida. Ahora lo sabes tú también, nadie más está al tanto de esto —aseveró, y retomó más confiado—. Ahora entiendes por qué es vital mi viaje a las Tierras Altas. Tal vez muera en el camino, pero debo intentarlo, no tengo mucho que perder de todos modos.

Igor se quedó pensando. Entendió que el joven era más valiente de lo que parecía, y además tenía un propósito importante. Se lamentó haber sido tan rudo con él.

—Siento haberte tratado mal —se disculpó con sinceridad—, creo que lo que estás haciendo es

por una buena causa. Puedes pasar la noche aquí si lo deseas, afuera es peligroso. Te daré alimento y agua para beber, mañana podrás continuar con tu camino.

Tras esto, le entregó un pocillo con agua y una cesta con frutas frescas. Eros se alimentó toscamente, casi como un animal salvaje, llevaba demasiadas horas en ayunas y ya le dolía el estómago vacío. A pesar de un comienzo tempestuoso, el trato del veterano había terminado siendo amable, y Eros había logrado conseguir un refugio para pasar la noche.

Bajo un clima de camaradería, pasaron horas charlando acerca de batallas y proezas, donde la mayoría de las historias lo ubicaban a Igor en el centro de la escena. Eros también contó las suyas, en especial su deserción en la prueba de lealtad. Entre memorias y anécdotas, la conversación

había resultado amena, pero el joven quería conocer la versión de Igor acerca su huida y, aunque abordar el tema era arriesgado, no pudo evitarlo y fue directo al grano.

—¿Por qué decidiste huir? ¿Qué fue lo que pasó?

—Creo que ya tienes una versión al respecto, supongo que en el Sur hablan pestes de mí, si es que aún me recuerdan —respondió, un poco a la defensiva.

—Es verdad que la historia que escuché no es buena, pero eso no importa, quiero saber la tuya —la franqueza del muchacho hizo que el corpulento hombre se quedara meditabundo unos segundos. Luego respondió con honestidad.

—Sé que hice mucho daño, y entiendo la reacción de la Guardia Real. Pero ellos jamás valoraron todo lo que di por el Reinado del Sur.

Nadie venció más enemigos que yo, los nortños nos temían gracias a mí. Pero eso no es todo, cuando pocos se atrevían a ingresar al bosque, yo fui el más valiente —afirmó con orgullo—. No dude en hacerlo pues no tenía debilidades ni fantasmas que me detuvieran.

»Los rumores decían que el bosque te enfrentaba a tus miedos, que tus propias bajezas te harían flaquear dejándote indefenso y a merced de las bestias. Aquello era real —la seriedad es su voz era reflejo de los recuerdos de aquella época—, muchos compañeros perdieron la vida de esa manera. Pero yo era diferente, no le temía a nada, sabía que podía enfrentarme a cualquier criatura con total lucidez. Y así fue —dijo, y se mostró conmovido por su propio relato. Por primera vez en la noche, había abandonado su apariencia implacable—. Al

principio, la expedición había sido exitosa, además estaba bien equipado y tenía una gran armadura. Me enfrenté a criaturas espeluznantes, pero cayeron ante el filo de mi espada como lo haría cualquier otro ser. A fin de cuentas, todos vivimos, sangramos y morimos por igual —expresó con suficiencia.

—Muchos dijeron que ya no eras el mismo —intervino Eros, interrumpiendo el relato—, que el bosque te había cambiado. ¿Es verdad? —preguntó dubitativo, con temor de que la pregunta lo incomodara.

—Sí, es verdad —admitió, sin vestigio de enojo—. Pero no fueron mis miedos lo que me afectaron, había algo que nadie me había contado acerca del Bosque Encantado. Supongo, porque tampoco lo sabían —respondió, enigmático, y la intriga se apoderó de Eros—. En el interior de las

personas acecha un demonio aún más aterrador que el miedo, y es el pecado. Cuando tu alma se mancha con él, no puedes escapar del destino. Todo vuelve, y esa deuda solo se paga con dolor.

—No entiendo, ¿qué tiene que ver el bosque y los pecados?

—Si logras superar tus miedos, el siguiente desafío es mucho más aterrador. El bosque intensificará tus peores bajezas, sentirás tu parte oscura a flor de piel y todo lo malo que hayas hecho se volverá en tu contra —las sombras en su voz eran tan densas como lo que narraba—. Te enfrentarás a ti mismo en un duelo interno que te llevará a la locura. Yo fui sometido a eso y nadie estuvo para ayudarme. Tuve que huir de mi reino antes de ser ejecutado —lamentó, sin mucha voluntad de continuar.

—¿Cuál fue tu pecado? —No quería ser irrespetuoso, pero necesitaba entender la historia completa. Igor se mantuvo callado un momento, y el joven respeto aquella pausa.

—Mi pecado fue matar, yo era un asesino —dijo al fin, con amargura—. En la batalla resultaba útil, defendí como nadie las costas del Lago de los Dioses. Lo hacía por honor, pero también por placer. Al ver brotar la sangre de mis enemigos, solo quería más. Pero lo que pasó aquí dentro fue muy extraño. Ese deseo de matar se volvió imparable, me sentía una bestia más entre las que ya habitaban este lugar. Cuando volví al pueblo, ese impulso no se detuvo, solo quería más sangre, podía olerla, palparla, no pensaba en otra cosa y provoqué nada más que caos. Pero ese no era yo, el bosque había nublado mi juicio, y finalmente el héroe se convirtió en villano.

—Lamento que hayas pasado eso, debe haber sido aterrador. ¿Crees que ya lo superaste? —No quería convertirse en su próxima víctima y su interlocutor había vuelto a provocarle algo de alarma tras su relato.

—Eso pasó hace mucho tiempo, es cosa del pasado. Ya no siento esa ira, ni el deseo de matar, solo cazo para sobrevivir. Hoy me siento en paz y el bosque es mi lugar. Es una vida solitaria, pero en armonía.

—Me alegra que lo veas así —las palabras del antiguo guerrero lo habían calmado— Yo pude superar mis miedos y, aunque no fue fácil, pude lograrlo. ¿Crees que deba enfrentarme a mis pecados también?

—Supongo que sí, pero al menos tú estás advertido. Yo no tuve esa ventaja —expresó. Y

con esas últimas palabras, se levantó y dio por concluida la charla.

24

El alba apenas acariciaba el valle de Tibur, y los incipientes rayos solares atravesaban los cristales de la alcoba de Elena. La princesa reposaba despierta en su cama, no había podido pegar un ojo en toda la noche. Su mente revuelta giraba en torno a las palabras del viejo Olaf.

Ofuscada por la noticia, su preocupación por Eros le resultaba insoportable. Era consciente del peligro al que estaba expuesto, pero no sabía cómo ayudarlo. En el reino nadie movería un dedo para salvar su pellejo. Estaba claro que, si quería hacer algo al respecto, sería por cuenta propia. Elena era intrépida y valiente, odiaba quedarse de brazos cruzados ante la adversidad,

pero esta vez era diferente, estaba a punto de tomar la decisión más audaz de su vida: pasar la página y dejar atrás a Eros o arriesgarlo todo por él.

Desvelada e inmersa en sus pensamientos, revivía un sinfín de recuerdos junto a su amigo. Ambos habían alternado buenos y malos momentos, pero lo más valioso había sido la manera en que ella había logrado abrir su confianza. El interior de la princesa era un laberinto de enigmas y sorpresas, donde solo Eros había podido conocer sus virtudes y flaquezas. Ese trato especial e íntimo había dejado una huella imborrable y profunda, el mismo sentimiento que hoy la estremecía por dentro.

Elena no podría continuar con tal contradicción, no volvería a ser la misma

persona sin antes haber hecho todo lo posible. Como un volcán a punto de estallar, su corazón la impulsaba a tomar cartas en el asunto.

En el preámbulo de aquel día, se aferró a lo que sentía y tomó la decisión de ingresar al Bosque Encantado para salvar a su amigo. Sabía el riesgo que correría, pero el intento le valía la pena.

Tomó una daga que le había obsequiado su madre y la escondió debajo de su tabardo. Con sigilo, se dirigió al establo y retiró un corcel bayo como si fuera a dar un paseo. Solía montar a caballo por las mañanas, aquello no despertaría sospechas. Eran habituales sus salidas matutinas ya que le encantaba recorrer el Camino Real y disfrutar del aroma del rocío y las hojas húmedas de los árboles emperatriz. Pero esta vez, no se trataba de esparcimiento, el motivo era mucho más trascendental.

Sin dar tregua, cabalgó hacia el Camino de los Miedos. Mientras transitaba esa ruta, retrotrajo a su mente la escena en que Eros había regresado de su primera prueba, de la cual apenas había sobrevivido. No pudo evitar ser presa del miedo. Más allá de su preocupación por él, ahora también su propia vida estaría en juego, y esa realidad comenzaba a inquietarla.

Finalmente, el momento crucial había llegado. Se encontraba frente al sendero más temido de todo Tibur y, al igual que los guerreros que lo habían incursionado antes que ella, sentía terror de ingresar y de lo que le depararía el destino.

Prefirió prescindir del caballo, no quería exponerlo a los efectos de la metamorfosis, tal como lo había revelado el anciano. Por lo que decidió continuar sola, y dio el primer paso a pie. Una vez dentro, avanzó tratando de pasar

inadvertida. Los minutos iniciales transcurrieron sin contratiempos, lo que hizo que ganara algo de confianza. Esa tranquilidad le permitió enfocarse nuevamente en su objetivo, y comenzó a preguntarse cómo podría hallar la pista del joven. No tenía instrucción de la misma manera que los caballeros, y su sentido de orientación fuera del castillo era poco fiable.

Siguió caminando a paso firme por el Camino de los Miedos ya que, como no disponía de alternativas, resultaba lo más sensato. Desconocía el lugar en absoluto, ni tampoco tenía claro que esa senda la conduciría al Oeste, destino al que ya sabía que se dirigiría su amigo. El mismo lo había dejado entrever en la última charla.

El bosque había estado sereno hasta que, a un costado del camino, se oyó quebrantarse las

ramas de un árbol. La princesa miró a su alrededor con nerviosismo, se percibía una presencia en el ambiente. Por varios segundos todo se mantuvo en suspenso, la joven se mantuvo inmóvil, apenas respiraba sutilmente y ponía todo su esfuerzo en no llamar la atención. Pronto, crujieron más ramas y una bandada de aves huyó espantada, volando asustadas en todas direcciones. Elena se sobresaltó y retrocedió unos metros. Captó algo aproximarse entre la espesura, una ola parecía emerger del mismo follaje. La escena era intimidante, quiso evitar el desenlace, y se lanzó a la carrera por el sendero.

Al principio, escuchó un movimiento brusco, como si algo hubiera reaccionado ante su huida, pero no fue más que eso. Tras un instante, advirtió que el ruido de sus pisadas y la respiración agitada era lo único que prevalecía.

Aminoró la marcha y dio un vistazo hacia atrás para inspeccionar el panorama. No había amenaza alguna. Trató de relajarse, aunque no tanto, aquello había sido una advertencia.

Al volver la vista al frente, se topó con dos hombres montados a caballo. La aparición había sido extraña y repentina, ya que no había advertido esa presencia hasta no estar casi sobre ellos. Al prestar mayor atención pudo identificarlos, se trataban de los campesinos que la habían atacado durante la noche de la ceremonia.

Retrocedió, desempuñó la daga y se puso en guardia. El miedo y el desasosiego la abordaron en un segundo. Hubiera esperado encontrarse cualquier cosa ahí dentro, menos ese par de malnacidos. Con recelo, levantó su mirada y la enfocó en uno de los hombres, especialmente en

quien la había hostigado más aquella noche. Su expresión volvía a ser la misma, con una sonrisa perversa y burlona grabada en el rostro, como un bufón bizarro y grotesco. Ambos bajaron de sus monturas, pero él se adelantó. Avanzó con paso lento y cauteloso: la princesa estaba armada, y cualquier gesto podía costarle caro. Finalmente, le habló.

—No harás mucho con eso —señaló, mirando el puñal—, tampoco intentes salir corriendo, aquí no tienes dónde huir y tu papá no está para salvarte el culo —amenazó, confiado e intimidante.

—Te escapaste una vez, pero ahora terminaremos lo que empezamos —intervino el otro hombre, balbuceando un poco. Esta vez parecía desear mayor protagonismo. Su aspecto

era tan repugnante como su compañero, pero se notaba que no era él quien llevaba las riendas.

—Ahora te atreves a desafiarme, se ve que tu amo te dio permiso —se burló la princesa—. Quisiera ver qué haces si te lanza un hueso, seguro vas tras él moviendo el rabo —continuó, tajante. La situación le ponía los pelos de punta, y su rebeldía no hacía más que complicar las cosas.

—Eres una yegua mal criada, así que tendremos que domarte, verás quién verdaderamente manda —retrucó el más dominante de los hombres.

Elena respondió lanzándole el cuchillo, pero el hombre lo esquivó con facilidad. Luego ambos se abalanzaron sobre ella y, antes de que pudieran alcanzarla, Elena pateó el suelo removiendo la tierra, y la polvareda afectó la vista de los

atacantes. El arrebato dio resultado y consiguió algunos segundos de ventaja. Sin demorar, se lanzó a la carrera hacia la dirección desde donde había venido. De inmediato, comenzaron a perseguirla, apenas una decena de metros separándolos.

Elena se esforzaba por mantener la distancia. Desesperada, no podía pensar con claridad mientras el miedo le imponía las reglas. Cuando parecía que nada podía ser peor, un gemido agudo y profundo irrumpió el ambiente, tan aterrador como inaudito. Volteó su cabeza y vio una imagen descomunal. Los malhechores también hicieron lo propio, y se espantaron de igual manera. Los caballos que habían dejado atrás ya no lucían como tales. Los cuerpos tenían forma de grandes reptiles, con garras y mandíbulas prominentes, y un verde intenso

teñía sus escamas. Se trataba de dragones y de un tipo que Elena conocía muy bien, aunque solo de los textos que había leído de la biblioteca real. Las bestias pronto reaccionaron y atacaron a los bandidos con brutalidad, la cacería fue atroz. Las cabezas de los monstruos se sacudían de un lado a otro, destrozando a sus víctimas y reduciéndolas a trozos de carne en cuestión de segundos. Lo sucedido había sido tan súbito como fulminante. Sus perseguidores ya no existían, y una nueva amenaza emergía, tan feroz como desconocida.

Uno de los dragones cargó parte de los restos y los arrastró hacia la espesura, el botín parecía haberlo satisfecho. Pero el otro, que aún no estaba conforme con la matanza, emitió un rugido de rabia que salía desde sus entrañas. Advirtió entonces la presencia de la princesa y

cambió de postura. Contrajo sus patas traseras, agazapándose, como a punto de iniciar una nueva embestida. Durante el ataque previo, la princesa se había quedado petrificada con la escena más escalofriante que jamás había presenciado en su vida, pero en ese momento se lamentaba por no haber aprovechado la distracción. Ahora ella era el blanco y la situación se tornaba mucho más peligrosa. Sintió que, inevitablemente, había llegado su final.

Sin rendirse, comenzó a huir una vez más. Intentaba escapar a pesar de sus escasas chances de sobrevivir. Sentía las fuertes pisadas tras ella y supo que no quedaba mucho por hacer, solo continuar corriendo y esperar lo peor. Percibía la presencia de la bestia aproximarse, su gemido infernal y aterrador sonaba cada vez más cerca. Fue entonces que, cuando el aliento del animal

ya le rozaba la nuca, oyó un descomunal chillido de dolor cortando el aire, tan intenso como inesperado. Volteó la cabeza y observó la criatura desplomada en el suelo.

Interrumpió la carrera de inmediato, exhausta y agotada, apoyó las manos sobre sus rodillas para mantenerse en pie. No entendía absolutamente nada, parecía estar fuera de peligro, pero el terror aún circulaba por sus venas. Mientras recuperaba la compostura, se quedó mirando al inmenso lagarto. Yacía inmóvil, sin vida, y rodeado por un extenso charco de sangre. Tras recobrar las fuerzas, se aproximó para intentar de comprender lo que había sucedido. Debeló parte del misterio tras identificar la punta de una flecha expuesta entre las costillas. Esta había atravesado el torso del animal de lado a lado, ingresando por un costado

hasta romper la carne por el pecho, impartiendo una muerte rápida y certera.

Atónita por lo que acababa de descubrir, se apartó a los tumbos, trastabilló y cayó sentada sobre la tierra. Comenzó a mirar en todas direcciones, enajenada e indefensa, necesitando identificar cuanto antes el origen de aquella flecha misteriosa. Alguien la había salvado, pero transcurrían los segundos y no se daba a conocer. Fuera de sí, comenzó a gritar sin importarle exponer su posición.

—¿Quién está ahí?! ¿Eros, eres tú?! —preguntó, la voz se le entrecortaba de los nervios.

Pero solo el silencio le respondió.

Un fuerte sacudón hizo tambalear la cama colgante donde descansaba Eros. La tela se

retorció y el joven cayó al piso bruscamente. Sin entender lo que pasaba, intentó incorporarse, aún aturdido por el golpe y el sueño interrumpido. Igor se encontraba frente a él con cara de pocos amigos y un enorme y temible mazo en una de sus manos.

—¡Eres un fraude! —gritó el grandulón, envuelto en ira.

—¡Detente! ¿Por qué me estás atacando? —exclamó el muchacho, cada vez más desconcertado.

—Tú te crees un héroe, yo pienso que eres un idiota. Para ser héroe debes tener victorias y sangre enemiga en las manos. Tú no tienes ni callos —escupió, rabioso.

La furia que mostraba era irracional, Eros comprendió que se trataba de un estado enajenado inducido por el mismo bosque, tal

como lo habían hablado la noche previa. Lo que estaba claro era que Igor se encontraba fuera de sí, y sus intenciones eran peligrosas.

El musculoso hombre giró la cintura para tomar impulso, y lanzó un violento ataque con su brazo armado. El joven rodó instintivamente, y el pesado objeto impactó contra el piso de madera, haciendo un enorme agujero. De no haber sido por sus reflejos, el golpe lo hubiera herido seriamente. Ya no había lugar para el diálogo, aquello se trataba de vida o muerte.

Eros se reincorporó y, desesperado, corrió hacia un costado de la cabaña, trastabillando con todo tipo de utensilios esparcidos en medio del desorden. Igor no paraba de embestir con su enorme martillo, sin mucha precisión y haciendo destrozos a su paso. El joven estaba desarmado, pero era más ágil y eso le permitía estar un paso

por delante. Aunque no resistiría así mucho tiempo, tenía que hacer algo pronto para responder a tal agresión.

En el cuerpo a cuerpo, sin dudas, perdería, por lo que debía ser más astuto. En ese momento observó el brasero que contenía la hoguera. Se acercó al artefacto, esperó a que el veterano se aproximara y, cuando lo hizo, pateó el objeto dejando caer los leños ardientes sobre el suelo. A pesar de su fiereza, el viejo guerrero retrocedió algunos pasos, esta vez, fue él quien se sintió acorralado. El piso comenzó a arder en algunos sectores, e Igor miró el fuego, perplejo. En ese instante, Eros pensó en buscar su espada, pero no la encontró a simple vista, por lo que consideró que era mejor prescindir de ella y escapar. Corrió hasta la puerta y quitó una barra de hierro que

bloqueaba la entrada, accediendo, al fin, al exterior.

Una vez fuera, volteó la mirada hacia el interior de la cabaña, atento a la reacción del grandulón, pero este estaba más preocupado por el fuego. Sin perder el tiempo, se dirigió hacia el corral donde descansaba Agatha, desató las correas y la montó con prisas. En cuestión de segundos, el animal se alejó del peligro velozmente.

El frenesí del solitario hombre había sido abrumador. Lo sucedido había demostrado que aún era cautivo de la maldición del bosque, y su pecado lo seguía carcomiendo por dentro. El aislamiento, definitivamente, era lo que mejor para él y, sobre todo, para los demás.

Con el corazón aún alterado, Eros se obligó a dar vuelta la página y retomar el Camino de los

Miedos. Una vez en el sendero se sintió más aliviado. La cabaña no había sido el refugio ideal, pero, al menos, le había servido para superar la noche vivo. Tenía por delante un nuevo día con varias horas de sol que le permitirían avanzar en su recorrido antes de tener una nueva cita con la oscuridad.

A estas alturas, no tenía idea en qué punto del trayecto se encontraba, pero estimaba que ya habría superado la mitad de la distancia. Lo cierto es que aún restaba un buen tramo y, como siempre, la atención y la paciencia serían sus mejores compañeras.

Durante largo rato, marchó a buen ritmo inmerso en el paisaje sereno y monótono. Mientras tanto, sus pensamientos divagaban entorno a un gran interrogante. Había conocido la trastienda del embrujo que había acosado la

mente de Igor, y temía correr la misma suerte. En ese sentido, se preguntaba una y otra vez: ¿cuál sería su pecado? Y también, ¿cómo pagaría esa culpa?

Sin quererlo, comenzó a hacer un repaso por los momentos más trascendentes de su vida, y no halló deudas pendientes en su conciencia. Desde pequeño, había sido un buen hijo, obediente y afectuoso con sus padres. Durante su carrera en la Guardia Real, había sido aplicado en los entrenamientos, incluso había sido considerado el aspirante más prometedor. Gracias a sus valores y lealtad había conservado grandes amistades, y no conocía en el reino quien lo hubiera odiado. En última instancia, su único estigma habría sido la huida en la tercera prueba. Donde el mayor afectado había sido él mismo, y, de alguna manera, ese pecado lo había saldado

con el exilio. Se sentía al día con el destino y eso lo reconfortaba, pero, de todos modos, sabía que no debía confiarse, y menos en un lugar tan impredecible.

Interrumpió su reflexión cuando, a un lado de la senda, advirtió un pequeño arroyo con aguas claras. Inmediatamente pensó en darle un descanso a Agatha, y decidió hacer una pausa.

El animal se aproximó a la orilla y comenzó a beber con ansiedad, confirmando que la parada había sido oportuna. Eros también aprovechó para relajarse y se sentó sobre la hierba apoyando la espalda en el tronco de un árbol.

El joven, alerta, vigilaba la densa vegetación, no quería ser tomado por sorpresa. Todo parecía estar bien hasta que empezó a notar conductas extrañas en la yegua. No dejaba de tomar, como si estuviera completamente deshidratada,

aunque no era el caso ya que hacía tan solo unas horas que había abandonado la casa de Igor y allí había procurado alimentarla y saciar su sed.

Preocupado, se aproximó al animal y le acarició el cuello.

—Tranquila, ya es suficiente. Deberías parar — le dijo en un susurro calmo, pero Agatha no atendía a sus palabras—. Agatha, es suficiente — insistió, con la voz mucho más firme. Pero el animal seguía sin responder. Eros estaba intranquilo, la yegua era obediente, y ambos tenían buena conexión, le sorprendía que no mostrara, al menos, un gesto de rebeldía.

No conforme, practicó un leve empujón sobre el lomo. Era pesada y poco pudo moverla, otra vez no hubo reacción, la yegua solo se enfocaba en seguir bebiendo. El muchacho se sentía

contrariado, mezclaba preocupación con algo de enojo, prácticamente lo había ignorado.

Decidido, tomó las riendas que colgaban de su quijada, las cuales estaban sumergidas parcialmente. Enrolló la cuerda en una de sus manos y dio un tirón con fuerzas para torcer la postura de su mandíbula. Esta vez el intento dio resultado, y pudo romper con el trance de su compañera. La cabeza de Agatha giró hacia él y, mientras chorreaba agua de su boca, lo observó con una mirada cansina y confusa.

La situación era inaudita, nunca antes había percibido esa sensación en sus ojos. Se trataba de un animal curtido, había atravesado situaciones extremas en campos de batalla, tanto reales como de entrenamiento. Había superado todo tipo de adversidades, entre ellas la lesión que casi la había llevado al sacrificio. Desde siempre, la

vitalidad y la entereza habían definido su impronta. Sin embargo, algo andaba mal y el joven lo intuía. Antes de que pudiera hilvanar conjeturas, Agatha volteó el cuello con vehemencia y las riendas, enredadas en las manos de Eros, fueron agitadas como un látigo. Sin quererlo, el cuerpo del joven fue impulsado y voló hasta la mitad del arroyo.

La imagen era tragicómica, había quedado sentado en medio del charco, con el agua cubriéndole hasta la cintura y las ropas empapadas. Algunas plantas colgaban de su cabeza como un grotesco adorno floral en un peinado exótico.

Ambos cruzaron una mirada profunda y fugaz. Un instante después, Agatha dio media vuelta y se retiró al trote, retomando el Camino de los Miedos.

Eros quedó desconcertado, la reacción de Agatha hacía que sus planes se vinieran abajo. Inmediatamente, se reincorporó, salió a los tumbos del arroyo y echó a correr tras ella. Al abordar el camino, observó a la yegua demasiado lejos, al menos un centenar de metros los separaban. Si bien no podría igualar su velocidad, ni mucho menos alcanzarla, continuó la marcha sin detenerse. A pesar del esfuerzo, el animal se alejaba cada vez más, y un sudor frío se esparció por el cuerpo del joven. El suceso había sido tan repentino como insólito y, de un momento a otro, el destino volvía a desafiarlo.

Cuando todo parecía irreversible y la incertidumbre ganaba la pulseada, se dio un nuevo quiebre. La imagen lejana de la yegua era apenas visible, pero lo suficiente como para distinguir que se había detenido. Aquello fue una

bocanada de oxígeno, y Eros intensificó la marcha quemando las últimas energías.

Corrió sin tregua el tramo que los separaba hasta que finalmente pudo alcanzar la posición del animal. Tomó las riendas una vez más y le dio varias vueltas a la muñeca, no quería volver a perderla. Satisfecho, descansó un breve instante para recuperar el aire, estaba realmente agotado.

Una vez repuesto, puso la atención en la yegua nuevamente. Apoyó la palma en el pecho del animal, pero se sorprendió ante la aspereza del pelaje. Al inspeccionar desde cerca, pudo apreciar cómo el pelo se desprendía fácilmente. Los mechones se quedaban en sus dedos, y el cuero al descubierto se mostraba agrietado. Eros poseía un gran conocimiento acerca de caballos, su experiencia en los establos lo habían convertido casi en un experto, por lo que

comprendió rápidamente lo que estaba sucediendo: Agatha había contraído el mal del dragón.

Aquella enfermedad, habitual en especímenes viejos, era una sentencia de muerte. Había visto varios sacrificios de caballos a causa de esa penosa afección. Pero nunca le había tocado tan de cerca. Los ancianos decían que el sacrificio era una decisión piadosa para evitarle un proceso degradante y doloroso al animal que, de todos modos, lo conduciría a una muerte inevitable. La comprensión de esto lo golpeó de tal manera que sintió su pecho contraerse de dolor.

La abrazó con fuerzas, angustiado, pero la yegua lo rechazó con un sacudón de su cuerpo, dejando claro que no quería ese contacto. Eros se fastidió, aunque la comprendía. Lo mismo le había pasado con sus reacciones previas, las

cuales cobraban sentido. Prefirió darle espacio y permaneció a un costado, sin saber qué hacer.

De pronto, Agatha hizo un movimiento brusco. Eros se aproximó y trató de conectar con su mirada, pero quedó pasmado ante la sorpresa. Sus ojos habían mutado súbitamente de manera inquietante: las pupilas estaban contraídas y verticales, y el iris, mucho más predominante, lucía una extraña pigmentación. El color combinaba un celeste profundo con hendiduras turquesas que brillaban intensamente, parecía una exótica gema adornando su rostro. Estaba claro que aquello no se trataba del mal del dragón.

La yegua dejó escapar un gemido escalofriante, muy diferente a su relincho habitual. Era un sonido cargado de dolor y estremecimiento. Pronto, el carrillo comenzó a deformarse

aumentando su volumen. A medida que su mandíbula crecía, las riendas se tensionaban más y más. El animal abrió la boca y masticó con fiereza el cuero de las cuerdas y, en pocos segundos, las destruyó con facilidad. Su potente dentadura estaba totalmente transformada: la quijada contenía una fila de dientes filosos perfectamente alineados, con agudos colmillos que recientemente habían emergido de sus ensangrentadas encías.

Las riendas se soltaron y solo quedaron los jirones colgando de las manos de Eros quien, aturdido, aún no podía procesar lo que sus ojos estaban viendo.

La cabeza de Agatha tenía el aspecto de una criatura verdaderamente salvaje y, para ese entonces, el pelaje de su cuerpo se había terminado de caer por completo. El cuero al

descubierto ya no asemejaba al de un caballo, sino que estaba cubierto por un manto de escamas blanquecinas y brillantes que reflejaban la luz solar en cada movimiento. El proceso había avanzado a gran velocidad dejando todo tipo de alteraciones. Había desarrollado una prolongada cola fibrosa, y sus extremidades habían adquirido mayor musculatura. Las pezuñas se habían desgarrado dando lugar a fuertes garras con uñas puntiagudas. Por último, la espina dorsal se había pronunciado sobre el lomo exponiendo púas de gran tamaño, y dos voluminosas protuberancias se habían proyectado desde sus hombros hasta convertirse en un par de excepcionales alas membranosas.

La metamorfosis finalmente concluyó, trasformando por completo el cuerpo de la yegua en el de una formidable dragona blanca, vigorosa

y de gran porte, que ni las descripciones más sofisticadas de los textos mitológicos hubieran podido representar.

Eros, atónito, desconocía cómo manejar la situación. Se encontraba a merced de la voluntad de un imponente espécimen de dragón, pero, a su vez, sabía que se trataba de Agatha. En medio de la confusión, se alegraba de que no estuviese enferma, aunque, al mismo tiempo, la criatura que tenía frente a él poco conservaba de su antigua compañera.

Con cuidado, se acercó a ella. Apoyó su mano tímidamente sobre la quijada y pudo sentir la aspereza de su renovada contextura, pero, antes de intentar otra cosa, la dragona se irritó y lanzó un brusco resoplido por la nariz. El aire emergió con presión y extendió una pared de vapor ardiente entre ambos. La elevada temperatura

hizo que el joven retirará el brazo con rapidez, pero el reflejo no fue suficiente para evitar el roce y el calor le produjo quemaduras en la piel.

La nube entorpecía la visión del muchacho, quien apenas podía distinguir la silueta de la dragona, aunque sus penetrantes ojos brillaban entre la bruma. No lograba descifrar que había detrás de esa mirada turbia y difusa. Se preguntaba si aún permanecería Agatha dentro de ese ser ya que primer contacto había sido realmente desalentador.

Antes de que Eros pudiera hacer más conjeturas, Agatha se volteó abruptamente e, ignorando su presencia, abrió las flamantes alas y comenzó a agitarlas. Un remolino de viento se desató dispersando la densa niebla que flotaba en el aire. Bajo un ambiente enrarecido, intensificó el aleteo y su cuerpo comenzó a gravitar. La

criatura tomó impulso y avanzó por el Camino de los Miedos en un vuelo rasante, alejándose a gran velocidad de Eros. El joven no podía hacer otra cosa más que observar como la imagen de Agatha se esfumaba, al igual que el vínculo que habían mantenido desde hacía tanto tiempo.

Finalmente, la dragona elevó su fornido cuello desviando el rumbo y su figura se perdió entre las copas de los árboles. Eros estaba abatido, pero, inmerso en su desasosiego, consideró la posibilidad de que lo vivido fuera el preludio de un nuevo reto, otro desafío del Bosque Encantado.

Recordó el frenesí de Igor en torno a su pecado y concluyó que, tal vez, todo eso formaba parte del suyo. En tal caso, su deserción por salvar a Agatha aparentaba ser la deuda que debería saldar. La teoría daba lugar a una nueva

incógnita: ¿la metamorfosis habría sido una extraña alucinación para ponerlo a prueba o simplemente un hecho fortuito?

26

Corrían los segundos, y la princesa se ponía cada vez más nerviosa e impaciente. Necesitaba respuestas, y, antes de entrar en pánico, alguien irrumpió el ambiente.

—Hola, no temas, no te haré daño —dijo una voz anónima.

Elena se sorprendió, y comenzó a mirar en todas direcciones. Pronto, oyó ruidos entre la maleza y un hombre luciendo el uniforme de la Guardia Real se hizo presente.

—Tranquila, puedes confiar en mí Elena, fui yo quien te salvó. Además, creo que me conoces —

afirmó, con una sonrisa risueña. Ella lo observó, pero no pudo reconocerlo.

—No sé quién eres, pero te agradezco lo que hiciste por mí —respondió, con más calma. El soldado se acercó hasta su posición, hizo una reverencia y retomó el discurso.

—Soy Aron, mi padre pertenece a la nobleza, nos hemos visto muchas veces en reuniones y ceremonias —le sonrió, quería resultarle familiar.

La princesa lo miró desconcertada, seguía sin identificarlo y la situación empezaba a ser incómoda.

—Discúlpame, pero no te recuerdo, igual me alegra que estés aquí sino ya estaría muerta —admitió, y ambos rieron un poco. Poco a poco, la tensión comenzó a abandonar el ambiente.

—Con mi mayor respeto, permíteme decirte que lo que acabas de hacer fue muy arriesgado — hizo una pausa y retomó, temeroso—, y un poco estúpido —agregó, sabiendo que su comentario era osado para dirigirse a la hija del rey.

—Ya lo sé, tendría que haber huido. Sin embargo, perdí tiempo viendo cómo los dragones destrozaban a esos dos hombres, en lugar de... —asintió contando su versión, pero fue interrumpida por el muchacho.

—Disculpa, ¿dijiste que había dos hombres? — reaccionó el joven, extrañado.

—¡Sí, hombres! No fue la única vez que me crucé con ese par de idiotas —respondió, confundida.

—Las criaturas no estaban devorando hombres. Habían cazado venados y tú te quedaste estupefacta observando la situación por un buen

rato, demasiado tiempo de hecho —explicó, con mirada extraña—. Era lógico que en algún momento fueran por ti también. ¿Estás segura de que eran hombres lo que viste?

—Sí, hombres —repitió, completamente desorientada pero aun así segura de lo que había visto—. ¡Hasta había hablado con ellos!

—Tranquila, es común que sucedan estas cosas en el bosque. De eso se trata, este lugar juega con tu mente —afirmó con seguridad, y al ver que Elena seguía en un mar de dudas, trató de ser aún más específico.

»La maldición del bosque provoca confusión y alucinaciones. Nos hace ver cosas que no existen físicamente, pero que nos atormentan y expone a nuestros peores miedos para dejarnos vulnerables. Las criaturas que deambulan por aquí se aprovechan de eso. Nos pasó a todos, no

fuiste la única. Ahora entiendo por qué te detuviste ante los dragones —concluyó con suficiencia—. No se trataba de algo estúpido, espero puedas disculparme, mi juicio fue un poco apresurado —añadió, recordando ser respetuoso.

—No hay problemas, no tienes que disculparte —respondió Elena, cada vez se sentía más afectada con lo sucedido—. Entonces nunca estuvieron presentes esas dos personas, fue todo producto de mi imaginación —dijo casi para sí—. Esos dos ladronzuelos me hicieron pasar un mal momento algunos días atrás, y quedé afligida al respecto. Tiene sentido que el bosque lo haya aprovechado a su favor. Me siento una estúpida por haber caído en la trampa —expresó, esta vez con bronca. Pasaba de un estado de ánimo a otro en cuestión de segundos.

—No te castigues, es inevitable caer en la trampa. Yo tuve que lidiar con las exigencias de la alucinación de mi padre y, mientras tanto, casi me mata un dragón. De no haber sido por Eros, no hubiese sobrevivido —relató, y, al escuchar que nombraba a su amigo, la princesa abrió los ojos de par en par.

—¿Estuviste con Eros? ¿Está vivo? ¿Dónde lo viste? —preguntó, ansiosa y expectante.

—Sí, lo vi. Me salvó la vida durante la prueba de valentía y avanzamos un buen tramo juntos, pero nos separamos —respondió.

Elena entendió rápidamente que ese encuentro se había dado la primera vez que Eros había ingresado al bosque, el hecho no coincidía temporalmente con el segundo ingreso, que había sido el motivo de su huida. La euforia que había sentido se derrumbó como un castillo de

naipes. Elena era un torbellino de emociones, estaba sobrepasada por los acontecimientos y el muchacho advertía su estado.

—Tranquila, ya viviste demasiadas cosas, y este no es un buen lugar para que estés. No estamos lejos de la salida, deberíamos irnos. Además, si regresamos juntos, podremos estar más seguros —recomendó, tratando de persuadirla.

La joven sabía que, de regresar, renunciaría a la posibilidad de salvar a Eros. Pero, por otro lado, se sentía completamente abatida y sin fuerzas. Nunca había estado tan cerca de la muerte y la opción que le ofrecía el soldado era su mejor carta de supervivencia. El cansancio no la dejaba pensar con claridad, por lo que se mostraba indecisa. Aron aprovechó para ser más insistente. No le gustaba verla expuesta al peligro, pero mucho menos por la causa que la

movilizaba. Odiaba el sentimiento que Eros había despertado en la princesa, y era el momento perfecto para interferir.

—Lamentablemente, la suerte de Eros ya está echada. Su destino no está a nuestro alcance y no podemos hacer nada al respecto. Pero sí podemos tratar de sobrevivir —le dijo, tratando de sonar lo más convincente posible—. Eres la única hija del rey, tienes una gran responsabilidad por delante y no deberías arriesgar tu vida por una causa perdida.

—Sé que tienes razón, pero debo hacerlo de todos modos. Hay cosas que tú no sabes, pero yo no pude ayudarlo cuando me necesitó y él se vio obligado a huir. Ahora es el momento para que repare mi error —explicó amargamente, recriminándose.

Aron percibía que el amor de Elena por Eros era demasiado fuerte como para torcer su decisión con un simple discurso, y decidió apostar mucho más fuerte.

—Hay algo que debes saber. No quería decirlo en este momento, pero no tengo alternativa — lanzó un suspiro dramático para enfatizar sus palabras, captando toda la atención de la princesa.

—¿Qué debo saber? —preguntó, dubitativa y con temor a lo que se escondía detrás de sus dichos.

—Vi a Eros hace algunas noches, antes de poder salir del bosque —anunció, y agachó la cabeza. Le costaba sostener la mirada.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? ¡Vayamos a buscarlo! —propuso, muy estremecida.

—No, no podemos... —comenzó a negarse, pero se interrumpió a mitad de la frase, sin saber qué decir.

La princesa, exasperada, lo tomó del cuello del uniforme con firmeza y lo sacudió.

—¿Por qué no puedes? ¡Dilo ya! —ordenó con vehemencia.

—¡Eros está muerto! —lanzó, y las palabras se clavaron en el pecho de Elena como una flecha envenenada.

Sin poder emitir palabras, se quedó balbuceando sonidos sin sentido, con la mirada totalmente perdida. Se quedó así un instante, hasta que se quebró en un grito desgarrador. Se tomó el pecho con ambas manos y dejó caer sus rodillas en el suelo. Mientras las lágrimas inundaban su rostro, se esforzó para mirar al joven. Aron se sentía afligido, no esperaba tal

reacción, pero las cartas estaban echadas, y era el momento de reafirmar el camino que había elegido.

—Estaba acorralado por un dragón, traté de acercarme a él para auxiliarlo, pero no llegué a tiempo y la bestia lo atacó violentamente. No pude hacer nada, fue todo muy rápido — se esmeraba por ser dramático, e incluso logró que su voz sonara entrecortada y derramar algunas lágrimas.

»Ni siquiera pude despedirme de él —continuó, envalentonado por su propio éxito—. Tras la embestida, vi su cuerpo, ya sin vida, entre las garras del animal, que se fue arrastrando sus restos —finalizó su relato, dando una destacada catedra teatral.

—Es mi culpa, no pude ayudarlo —dijo Elena, tras recuperar un poco el aliento.

—No es así, el eligió su propio destino, nadie lo obligó a tomar sus decisiones. Incluso ingresaste aquí para ayudarlo, eso es demasiado. Nadie entraría a este lugar para ayudar a otra persona, y tú lo hiciste —expresó con admiración genuina, directo—. No tienes nada que reprocharte, pero aún tu vida está en juego, lo que debes hacer es salir de aquí y continuar con tu camino. ¡Qué más quisiera Eros! Él odiaría que murieras en vano. Salgamos de aquí, hazlo por él —insistió, convincente, sabiendo que tenía en su puño lo que quedaba del ánimo de la princesa.

Aron le tendió la mano para que pudiera reincorporarse. Ella se levantó en silencio y, con resignación, le hizo un gesto aprobando su sugerencia. Aron extendió el brazo por encima de los hombros para ayudarla a dar los primeros

pasos, y ambos continuaron la marcha por el Camino de los Miedos rumbo al Reinado del Sur.

CAPÍTULO VII

— El vínculo —

27

Eros se había alejado de Agatha tras aquel suceso extraordinario. No tenía certeza de si la metamorfosis había sido real o una mera ilusión. Pero una cosa era segura: estaba solo y debía continuar sin ella la travesía por el Camino de los Miedos. En medio de la confusión, al menos lo reconfortaba pensar que sus acciones no habían sido en vano, de lo contrario su compañera estaría sin vida.

Las últimas horas habían sido extenuantes. Con la guardia en alto, había centrado su atención en sobrevivir. Pero, tras superar cada suceso, había notado un gran progreso en el trayecto y en su objetivo primordial: alcanzar las Tierras Altas.

Sin darse cuenta, el paisaje había cambiado significativamente. La vegetación ofrecía un escenario favorable, donde los arbustos y matorrales habían comenzado a disminuir y el follaje era menos abrumador. Predominaban árboles poco frondosos, de mayor altura y permeables a la luz del sol. La espesura salvaje había sido reemplazada por un manto de hierba verde, que se mezclaba con los matices de las hojas esparcidas. En general, el entorno lucía más apacible y luminoso, y, a lo lejos, se vislumbraba una claridad esperanzadora.

El contexto era alentador, resultaba más seguro y predecible. Sin perder la cautela, pero con mayor sosiego, su andar se volvió más animado a cada paso. Al mediar la tarde, había alcanzado el punto del bosque que, desde lejos, había

notado más despejado, y se encontró con un paisaje maravilloso.

A un lado del camino, permanecía el muro de árboles que delimitaba el bosque, pero, del otro lado de la senda, un vasto valle se extendía hasta la cordillera. La silueta incipiente de las montañas se recortaba contra el punto donde la tierra y el cielo se fundían. La distancia aún era desafiante, pero los picos lejanos se convertían en un buen augurio, una guía incondicional que orientaban el rumbo.

El sol abrazaba el valle cálidamente, y su luz bañaba la hierba con un gran resplandor. La oscuridad se había desvanecido y la claridad se hacía presente. Lo peor del infierno había quedado atrás, y por delante, el sendero se veía más armonioso y liberado. Eros había arribado al otro extremo del bosque, donde el camino lo

bordeaba hasta alcanzar la zona de montañas, y los confines de la maldición.

El escenario que se presentaba ante sus ojos era acogedor. Eros había logrado cierta conexión con la naturaleza, y esa sintonía lo impulsaba a continuar el trayecto pendiente. Tras un extenso recorrido, el paisaje comenzó a transformarse. A su alrededor, el terreno comenzó a volverse más irregular a medida que se acercaba a las sierras. Las alzadas se internaban a ambos lados del camino. El bosque mostraba una vista excepcional de sus árboles alineados escalonadamente, cuyas copas se fundían en una sábana verde que cubría las lomas. Poco a poco, los vestigios de las montañas ganaban presencia y dejaban de ser una vaga sombra en el horizonte. El relieve de la cordillera exhibía una

ladera frondosa que se mezclaba con el manto blanquecino de las cumbres nevadas.

Detrás de una colina, a un costado del camino, se hundía una aguda pendiente. Cuesta abajo, la arboleda se entrelazaba con enormes rocas, conformando una gran olla natural. En su interior, yacía una laguna de aguas cristalinas abastecida por un torrente de deshielo. El reguero se abría paso entre piedras y raíces, desembocando en forma de cascada. El paisaje era encantador y Eros se detuvo a contemplarlo, cautivado por su belleza.

Antes de retomar el curso, advirtió un movimiento inusual sobre la superficie del agua, serena e inmóvil hasta entonces. Una vibración provocaba finas ondas que se extendían en círculos las que, poco después, se convirtieron en el centro de un remolino que giraba

aceleradamente. La transparencia permitía vislumbrar cómo una enorme sombra ascendía desde las profundidades. Al cabo de unos segundos, un fuerte caudal estalló en todas direcciones, como una erupción de agua potente y repentina. Del seno del torbellino emergió una imponente criatura, que se elevó varios metros por encima del nivel del camino. Permaneció suspendida en el aire, desplegando sus voluminosas alas en una exhibición de fortaleza y vitalidad. Se trataba de Agatha, vigorosa y colosal como jamás antes había lucido. Su cuerpo esbelto y rutilante brillaba como una estrella plateada.

Comenzó a descender lentamente y se posó al borde de la pendiente, a pocos metros del joven. Eros estaba embelesado ante la nueva apariencia de Agatha. La escena era tan real como

cautivante, y desechó toda conjetura acerca de quimeras y alucinaciones. Al mismo tiempo, agradecía la oportunidad de estar frente a ella una vez más. El destino le había dado un guiño y ahora tocaba su turno, pero debía actuar con mayor convicción.

Decidido, se acercó a la dragona y la miró directo a los ojos, los que lucían tan radiantes y profundos como el Lago de los Dioses. Antes de hacer contacto, se retrotrajo a una memoria recurrente, un recuerdo de su niñez que lo ubicaba junto a la potrilla, donde sus caricias tenían el poder de serenarla. Pensó en repetir el gesto. Apoyó la mano sobre el robusto hocico y deslizó su palma tímidamente. La aspereza de las escamas era perceptible al tacto, diferente a su antiguo pelaje, pero, a pesar de eso, experimentó una grata conexión. La criatura se mantenía

inmóvil, sin dar señales de lo que pasaba por su interior, lo que volvía incierto el desenlace.

Eros repetía el roce una y otra vez, recorriendo con los dedos la textura de la potente mandíbula. La dragona emitió un leve bufido, y el aire se tornó denso y caliente. El joven recordó el incidente que había tenido en su primer contacto, pero no se detuvo. Poco después, Agatha hizo un lento parpadeo, cerró sus ojos y permanecieron entreabiertos por unos segundos. La expresión era característica en ella, propia del goce de las caricias, un gesto familiar que despertó en el joven una sonrisa esperanzadora. En ese instante, reconoció que, efectivamente, su compañera aún estaba dentro de esa criatura. Sin darse cuenta, relajó su postura rígida. La dragona percibió el cambio de conducta y abrió sus ojos repentinamente,

sintiéndose amenazada. Alzó la cabeza por encima de Eros y adoptó una posición más distante. Luego le mostró los dientes afilados, y soltó un jadeo nervioso que derivó en un potente rugido. El sonido retumbó como un trueno, esparciendo su eco a través del valle.

Eros estaba aturdido e inmóvil. Desconcertado, tan solo la observó envolverse en esa actitud sumamente agresiva, y temió lo peor. Tras un giro inesperado, había quedado expuesto a ser devorado o incinerado por el animal. Fue entonces cuando Agatha abandonó la embestida con la misma rapidez con que la había iniciado. Se la notaba contrariada y fastidiosa. Sin más, extendió sus alas y, raudamente, se echó a volar por encima de los árboles.

Eros enfrentaba sentimientos antagónicos, había descubierto que parte de su antigua

compañera aún estaba vigente, pero, a su vez, la osadía lo había llevado al extremo del peligro. Desestimando todo riesgo, se internó en el bosque persiguiendo la silueta del animal que sobrevolaba las copas de los árboles. A pesar del esfuerzo, fue perdiendo el rastro hasta que no tuvo más alternativa que resignarse. Se sentía decepcionado, creía haber logrado cierta conexión con la dragona, pero una tonta distracción lo había echado todo a perder.

De regreso al camino, se preguntaba cómo continuar. Resultaba lógico retomar el viaje a las Tierras Altas, pero, a su vez, esa decisión implicaría dejar a Agatha atrás. Al llegar a la laguna, hizo una pausa para reflexionar acerca de su destino. Aprovechó para refrescarse un poco, y mojó sus brazos y cabello. Mientras las gotas

heladas se escurrían entre sus ropas, cerró los ojos y se permitió un momento para relajarse.

El descanso se extendió hasta que una brisa, suave y repentina, recorrió su rostro húmedo. El roce le congeló la piel, interrumpiendo de inmediato su meditación. Segundos después, la brisa se convirtió en una ráfaga más intensa, que provenía desde el corazón del bosque. Las hojas revoloteaban y un zumbido lóbrego e intermitente cortaba el aire. El ambiente estaba poseído por una energía turbia. El exótico sonido se intensificó durante un breve instante, y luego se extinguió súbitamente. Reinaba una calma inquietante, y Eros presentía algún tipo de amenaza a su alrededor. Miró hacia el interior del bosque y no vio nada inusual, volteó hacia el valle, y lo mismo. Permaneció atento y

expectante un poco más, pero se relajó ante la falta de señales.

Agotado, posó la mirada sobre el agua cristalina, y se distrajo ante la proyección del cielo y las nubes sobre la superficie espejada. Fue entonces cuando advirtió la silueta de una criatura atravesando el reflejo, sus alas extendidas y onduladas ilustraban la fisonomía de un dragón. Una oleada de euforia lo invadió, y pensó en Agatha. Alzó la cabeza, e identificó al enorme espécimen volando en dirección a las montañas. Los rayos solares le cegaban la vista, y poco podía distinguir. Trató de proteger sus ojos llevando las manos a la altura de las cejas. Con una mejor visión, pudo apreciar cómo el dragón realizaba un giro repentino para enfilar hacia su posición, estaba claro que el muchacho no le había pasado inadvertido. La emoción lo

invitaba a creer en un rencuentro, pero sus expectativas se derrumbaron pronto. No era Agatha quien se dirigía hacia él, sino un temible dragón rojo que, desde las entrañas del bosque, había emergido para recordarle que aún no estaba completamente a salvo.

La bestia se acercaba a gran velocidad, con las garras extendidas y una postura desafiante. Al aproximarse, pudo apreciar la ira en su rostro, y una lacerante herida en uno de sus ojos. Un horrible *déjà vu* invadió al joven, sin dudas, se trataba del mismo dragón rojo que lo había atacado en su primera expedición en el bosque.

Eros se arrojó a la laguna de un salto, y su cuerpo se sumergió. La bestia cortó el agua con sus garras y dejó grabada una estela en la zona del impacto. La embestida había sido brutal, pero sin efecto, y Eros había salvado el pellejo por muy

poco. El dragón se elevó con el mismo impulso y golpeó torpemente algunos árboles. Dio un giro abrupto y regresó para propiciar un nuevo ataque. El joven resistió bajo el agua el mayor tiempo posible, mientras la bestia aguardaba sobrevolando por encima de él.

Cuando el oxígeno comenzó a apremiar, se vio obligado a asomar a la superficie y fue advertido por el dragón de inmediato. Apenas cambió el aire, se sumergió otra vez con prisas, y la bestia reaccionó con vehemencia. Voló al punto de inmersión, y lanzó una potente llamarada. La bocanada de fuego convirtió a la laguna en un verdadero infierno ardiente. El calor había incrementado la temperatura del agua considerablemente, sofocando al muchacho.

En un esfuerzo desmedido, Eros soportó el calor y la respiración, hasta que las llamas

cedieron. Asomó la cabeza, y vio al dragón a corta distancia, exponiendo su perfil herido y menos perceptivo. Aprovechó la ventaja para nadar hacia el borde, pero, poco antes de lograr la hazaña, la criatura giró el cuello y pudo identificarlo.

A esas alturas, una nueva ráfaga de fuego sería letal para Eros, incluso sumergido. El escape era la única alternativa, por lo que continuó nadando. La bestia, mucho más ágil, se dirigió a él y lo tuvo a disposición antes de que pudiera lograr el objetivo. Eros presintió la amenaza a sus espaldas, y consideró que, si debía morir, lo haría de frente como un guerrero. Volteó su cuerpo a escasos metros de la orilla y, acorralado, se puso de cara al dragón rojo. El desenlace estaba sentenciado y solo faltaba la estocada final. Antes de la ejecución, lanzó un rugido más en señal de

dominio, un estruendo avasallante que esparció el terror en el aire. Infló su abdomen y, cuando estaba listo para lanzar una nueva llamarada, un nuevo bramido quebró la escena. El sonido fue como un grito de guerra, una voz sedienta de victoria que no provenía del dragón rojo.

En una embestida heroica, Agatha se hizo presente atropellando a la criatura con un impacto temerario. Ambos dragones cayeron a tierra y rodaron varios metros, arrastrando piedras y restos de follaje, provocando una enorme polvareda a su alrededor. Por su parte, Eros pudo al fin abandonar el agua, y se mantuvo resguardado y expectante de un enfrentamiento sin precedentes.

Tras el cruce, los dragones volaron hacia el valle ganando altura. Poco después, comenzaron a asecharse listos para el ataque. Desafiantes, se

cernían en círculos, enfrentados entre sí, ante el sol menguante que, desde el horizonte, los abrazaba con los últimos rayos de aquella tarde.

Un súbito silencio flotó en el espacio, hasta que ambos dragones rugieron con más fuerza que mil tambores de guerra. El sonido fue ensordecedor, y estremeció hasta el último ser del valle. Era el preludio de un duelo épico entre un dragón blanco y uno rojo. Eros recordó los relatos de Elena, historias acerca del enfrentamiento entre el bien y el mal, polos opuestos, representados por seres tan parecidos y diferentes al mismo tiempo. Pero ya no se trataba de mitología, el combate era real y estaba a punto de desatarse.

El dragón rojo, dominado por la ira, se lanzó en un ataque directo. Sin dudar, trató de apresar con su mandíbula cualquier parte de su adversario, pero Agatha, en un movimiento

preciso, eludió con facilidad la embestida. Mientras la criatura pasaba frente a ella e intentaba frenar su impulso, le asestó tantos zarpazos como pudo. Sus potentes garras se encarnaron en una de sus alas, dejando una profunda marca que se exponía en cada aleteo. El dragón rojo giró enfurecido, lucía como un demonio herido que solo entendía de matar o morir. Sin cautela ni control, se precipitó nuevamente al choque. Al aproximarse, expulsó una fuerte bocanada de fuego, agotando hasta el último aliento. La dragona reaccionó con rapidez, y lanzó otra semejante para contratacar. La colisión derivó en un gran estallido de energía y calor. Un imponente rayo de fuego ascendió varios metros provocando un resplandor enceguecedor, del cual el mismo sol quedó deslumbrado.

Agatha aprovechó la distracción para realizar un giro vertical de medio círculo, y el dragón rojo la perdió de vista unos segundos. Para cuando pudo localizarla, sintió sus dientes afilados enterrándose en una de sus patas traseras, desgarrando escamas y parte de la carne. La mordida había sido brutal, y la criatura se retorció de dolor. Pero, cegada por su instinto maléfico, arremetió una vez más. Agatha se alejó, cediendo la iniciativa a la bestia, que la perseguía sin medir consecuencias. La dragona volaba de manera irregular y zigzagueante para dificultar los movimientos de su oponente, que sentía el desgaste del esfuerzo y sus heridas. Su actitud era estratégica, y estaba utilizando la conducta irracional de su atacante a su favor.

Eros contemplaba una verdadera exhibición de combate, reconocía en la dragona conceptos

aprendidos durante la instrucción en los campos de entrenamiento. Al advertir tal destreza, volvía a confirmar que la esencia de su compañera aún residía en ese cuerpo. Sentía admiración y orgullo ante el despliegue de habilidad que estaba desarrollando, pero la ansiedad lo consumía: aún no estaba todo dicho.

Cuando el dragón rojo comenzó a exhibir flaquezas, Agatha abandonó la prudencia y avanzó con un ataque directo. Las criaturas se toparon con fiereza, las mordidas y zarpazos arremetían en todas direcciones. El cuerpo a cuerpo derivó en un cruce brutal, donde la bestia de escamas rojas recibió la peor parte. Finalmente, Agatha atenazó con los dientes el cuello de su oponente y lo convirtió en su presa. Fue violenta y tenaz, sin piedad sacudió el pescuezo agudizando aún más las heridas. La

criatura se encontraba sometida y muy debilitada como para continuar la pelea, por lo que la dragona soltó su cuerpo, sin provocarle más daño. El dragón rojo cayó desplomado hasta impactar en el suelo, donde quedó inmóvil y vencido.

Agatha descendió hasta su posición y, al notar que no reaccionaba, decidió abandonar la escena. Sin más, se alejó lentamente, con un vuelo suave y rasante, en dirección a las montañas. Había logrado la victoria, pero no quiso ejecutarlo, se había conformado con propiciarle una buena lección.

Eros había celebrado el desenlace, pero hubiera preferido un final definitivo a la amenaza del dragón. De todos modos, había sobrevivido y, esa vez, había sido gracias a su compañera, en un gesto de enorme fidelidad. El joven estaba

convencido de que la conexión entre ambos se mantenía intacta. Aunque todavía no lograba despertar la confianza de la dragona, que evitaba el contacto y escapaba de él en cada oportunidad.

Disconforme y decidido a romper esa barrera, salió del refugio y corrió en dirección a la dragona, gritándole para captar su atención.

—¡Agatha, detente! —la llamó con fuerzas, pero la dragona no respondió al llamado, y continuó alejándose. Eros avanzó, sin rendirse— ¡Por favor ven aquí! —suplicó, con desesperación.

Para ese entonces, se encontraba próximo al dragón rojo, el cual seguía abatido en el suelo en el mismo lugar que había caído. Cuando el joven alcanzó la posición, la bestia reaccionó repentinamente y, con las últimas energías, lanzó un latigazo con su cola. El golpe alcanzó las piernas de Eros, quien cayó estrepitosamente

sobre la tierra. A pesar del golpe, se reincorporó rápidamente. Mientras se alejaba, observó cómo el dragón se arrastraba a los tumbos, utilizando para desplazarse sus alas quebradas y una única extremidad sana. Se encontraba maltrecho, pero lo suficientemente fuerte como para representar una amenaza. Eros, aterrado, echó a correr con desesperación: aquello se había convertido en una nueva cacería.

—¡Agatha! —gritó una vez más, sin mejor reacción. La distancia era suficiente como para que lo oyera, aun así, ella elegía no responder a su nombre.

—¡Agatha, somos un equipo! —clamó, tratando de despertar su lado emocional, aquella frase poseía un significado especial entre ambos.

El efecto fue inmediato, y se internó como un rayo de luz removiendo los recuerdos más

íntimos de la dragona. Agatha detuvo su vuelo y volteó su torso. Al darse cuenta de la situación peligrosa en la que el joven se hallaba, regresó inmediatamente para auxiliarlo. Cuando la distancia entre Eros y Agatha se redujo lo suficiente, el joven se abrió hacia un costado para liberarle la tarea a su compañera. La dragona embistió al dragón rojo en un ataque fulminante, enredó el cuerpo de su contrincante entre sus garras y cola y, tras inmovilizarlo, lo mordió de manera precisa y letal en el pecho. Con ferocidad, clavó sus colmillos y puso fin a la bestia más temible del bosque.

Sin más amenazas, quedaron frente a frente una vez más, y Eros apostó todo a ese momento.

—Sé que sigues siendo Agatha, mi compañera. No me importa si hoy eres diferente, no deberíamos separarnos —dijo con firmeza y,

emocionado, arremetió nuevamente—. Si quieres alejarte, ya no te detendré, eres libre. Pero estoy seguro que aún podemos seguir siendo un equipo —concluyó. Y se quedó esperando la reacción de la dragona, de quien ahora dependía el destino de ambos.

Agatha se mantuvo rígida un instante, pero luego empujó sutilmente su espalda con el hocico, atrayéndolo hacia sí, replicando el mismo gesto que solía hacer cuando era una yegua. Eros sonrió y ella emitió un extraño bufido, tosco y grave, pero bastante parecido a un relincho.

Elena anidaba su pena en el regazo de su alcoba. Aquellas paredes le propiciaban un espacio íntimo para meditar y transitar su dolor. En su

alma aún albergaba heridas del pasado, y ahora debía superar un nuevo duelo. Su espíritu estaba abatido, sin embargo, en su entorno se respiraba desahogo y alegría.

Apenas habían pasado algunas horas desde su arribo al castillo, y el alboroto aún estaba en vigencia. La incertidumbre tras su ausencia había generado gran conmoción en todo el reino, pero la noticia de su reaparición había cambiado los ánimos.

La realeza estaba organizando un banquete para celebrar su regreso y agasajar a Aron por su gran hazaña. El joven era considerado un héroe por haber salvado la vida de Elena. El contexto era festivo y todos estaban felices, todos menos ella, quien tenía el corazón roto.

Cuando la princesa se sentía afligida, solía aislarse del mundo, salvo de Engla. El rey conocía

el vínculo y sabía cómo usarlo a su favor. Esta vez, como tantas otras, le había ordenado a la dama que interviniese para animarla y persuadirla de que asistiera a la reunión. Fielmente, la mujer se puso manos a la obra. Una vez en la entrada de la alcoba, dio algunos golpes a la puerta, acompañando con su voz.

—Elena, quisiera hablar contigo. Soy Engla, déjame pasar por favor —suplicó, y aguardo pacientemente. Poco después, la princesa abrió la puerta y la invitó a entrar.

La dama ingresó en silencio y se mantuvo observando a la joven, quien evitó su mirada y optó por recostarse en la cama. Engla se acercó a ella y retiró el cabello que le cubría parcialmente el rostro, exponiendo su mirada pálida y perdida. Posó la mano en su mejilla y le inclinó el rostro con delicadeza. La muchacha levantó la vista y

Engla pudo interceptarla. Mientras hacían contacto, pudo sentir su desazón e intentó darle consuelo.

—Sé que eres más fuerte que muchos guerreros, conozco tu coraje y es único. Deberás encontrar la manera de seguir adelante —susurró.

—Eros está muerto, y no pude hacer nada para ayudarlo, tú sabes lo que significaba para mí —expresó con angustia, y sus ojos se enrojecieron un poco más.

—Debe ser difícil, pero no puedes cargar con esa culpa, tú no lo obligaste a tomar sus decisiones. Si los dioses eligieron ese camino para él, nosotros no podemos interferir. Así que debes continuar con tu vida y no volver a hacer estas locuras, eres una princesa con un futuro prometedor —concluyó, y la abrazó cálidamente.

—Gracias por estar siempre a mi lado —dijo, y se aferró al abrazo de la dama.

Abrazadas, Elena lloró sin reprimirse y pudo liberar parte de la angustia acumulada. Cuando se mostró un poco más estable, la mujer aprovechó para cumplir con el pedido de Gregor.

—Respeto tu dolor y sé que mereces tu espacio para sobrellevarlo, pero hay momentos en que debemos estar de pie. Tu padre es el rey y organizó una gran reunión para celebrar que estás sana y salva. Aquí todos pasamos momentos muy duros mientras no estabas, deberías retribuirle con tu presencia —sugirió, firme y directa.

Elena se tomó un momento para pensar y pudo responder más relajada.

—Tienes razón. Asistiré —asintió, y enderezó su postura cansina—. ¿Me ayudas a buscar un vestido acorde? —pidió, y ambas sonrieron.

Minutos más tarde, la princesa atravesó la rutilante entrada del salón principal, y todos los presentes aplaudieron hasta que les ardieron las manos. La mesa estaba completa, además del rey y su consejero Einar, quien no se despegaba ni un segundo de su lado, habían asistido Klaus, Aron y su padre, Viggo, un miembro destacado de la nobleza e íntimo amigo de Gregor. También había otros invitados allegados a la realeza, y, finalmente, Engla, quien se había sumado a último momento dado que el rey le había confiado la contención de su hija.

Elena hizo una reverencia en agradecimiento y se sentó a la mesa, al lado de la dama. Gregor, como de costumbre, tomó la iniciativa.

—Quiero contarles que me siento emocionado y feliz, mi hija está aquí con nosotros y eso es lo más importante —dijo, observando a su hija, e hizo una pausa. No reanudó hasta que la joven le devolvió la mirada.

»Lo que hiciste fue inaudito y casi me matas del susto —la regañó, riendo a la vez—, pero no quiero ahondar en reproches esta tarde. Lo más valioso es que estás aquí con vida, y eso es suficiente para celebrar. Quiero hacer un brindis porque estamos vivos. ¡Viva! —gritó con energía.

—¡Viva! —gritaron los demás.

—¡Viva el rey! —alentó Einar.

—También quisiera brindar por los que ya no están entre nosotros, por la reina —expresó Elena, emocionada al recordar a su madre—... y por Eros —agregó, con la voz temblorosa, una mezcla de dolor y nervios.

Gregor se puso rojo de ira, no soportaba oír ese nombre, pero hizo esfuerzos para no emitir comentario al respecto. Prefirió tragar la bronca y continuar con el discurso planeado.

—Les anunció que tenemos otro motivo importante para celebrar —lanzó, sembrando un poco de intriga, y retomó haciendo un gesto para que Viggo y Aron se pusieran de pie—. Quiero que alcemos las copas para honrar la valentía de Aron, el hombre que rescató a nuestra princesa —anunció, y todos acompañaron el gesto.

»Tuviste la valentía de enfrentar a un dragón, arriesgando tu propia vida por salvar la de mi hija. Te estaré eternamente agradecido por lo que hiciste —expresó con tono dramático. Luego retomó un poco más jocoso—. Vamos, cuéntenos sobre tu hazaña.

—Cuando vi a Elena en apuros, una oleada de valentía me invadió, ya no importaba mi vida, solo pensaba en rescatar a la princesa y en defender a mi reino. Sabía que los dioses estaban de mi lado, y me hubiera enfrentado a cien dragones de haber sido necesario —describió su historia, con ciertos matices exagerados. La princesa se quedó observando la escena contrariada, si bien estaba agradecida del muchacho, le sorprendía que sacara provecho de la situación que había vivido.

—Eres un verdadero héroe, y por eso te daremos una distinción como miembro honorable de la Guardia Real —aseveró, observando a Einar para que tomara nota de su deseo. Pero Klaus se opuso a la iniciativa.

—Lamento decirle, Su Majestad, que Aron no es un guerrero, no ha cumplido todas las pruebas

exigidas por la Guardia Real —protestó, dubitativo. No le gustaba contradecir al rey, pero todavía menos a las reglas.

—Entonces primero lo declararemos Guerrero Real y luego miembro honorable —dictaminó el monarca, y dio un golpe en la mesa. Klaus asintió levemente y se mantuvo callado, aunque no le gustaban esas decisiones arbitrarias.

»Ahora sí, ¡basta de charla y a comer! —concluyó el rey entre carcajadas, y dio inicio al veredero festín.

El clima era alegre y distendido, todos comían y bebían en abundancia. Las risas retumbaban en el salón, las expresiones eran de júbilo, con excepción de la princesa, quien se sentía incómoda con la situación. Su presente era sombrío y la celebración no ayudaba. Engla notaba el fastidio de la joven y no sabía qué hacer

al respecto, solo se limitaba a tomarle la mano cada tanto y brindarle alguna frase de aliento.

Al mediar la celebración, Gregor tomó la palabra nuevamente y se preparó para dar la mayor noticia de la noche.

—Mi gran amigo Viggo, por la amistad que nos une, por la hazaña de tu hijo y por el respeto que te tengo, quiero hacerte una gran propuesta —anunció, y todos quedaron expectantes, en especial el padre de Aron, quien rebosaba de emoción e intriga—. Quisiera que la princesa y tu hijo se unieran en matrimonio, y que seamos una gran familia real —anunció con autoridad. Todos se miraron las caras sorprendidos, y explotaron en risas alegres y aplausos. Aron tenía una sonrisa que no le cabía en el rostro, y su padre no terminaba de asimilar la noticia, al igual que el alcohol que había ingerido hasta entonces. Por su

parte, Elena estallaba de rabia, no podía creer lo que su padre acababa de hacer y no tardó en mostrar su disconformidad.

—¡Ya está todo decidido! ¿Mi palabra no cuenta? —gritó, furiosa—. Padre, deberías haberlo consultado conmigo primero —reprochó, desencajada.

—Ya lo sé hija, es que como siempre no estarías de acuerdo con mis decisiones. Pero verás que es lo mejor para ustedes y para el reino —argumentó, descartando el reclamo de su hija como si de un mero capricho se tratara.

—No aceptaré esto de ninguna manera —respondió, categórica.

—No te precipites, tomate un tiempo para considerarlo. Aron es un buen hombre, y tú tienes que pensar en tu futuro.

—No puedo pensar en nada en este momento, estoy superando un duelo, que apreciarías que respetaras, por cierto —acotó, bajando el tono de su voz.

—¿Duelo? ¿De qué duelo estás hablando? —preguntó, haciéndose el desentendido.

—¡Eros está muerto! El problema es que solo a mí me importa... —exclamó, pero fue interrumpida por Gregor abruptamente.

—¡Eros fue un simple plebeyo! ¿Quién era él para los dioses? —el rey empezaba a perder la paciencia una vez más.

—Era el hombre que amé —admitió sin pensarlo. Por primera vez en su vida se había atrevido a decirlo, incluso sin haberlo aceptado ella misma del todo. Pero era evidente que se trataba de un sentimiento que ya no podía reprimir más, aunque fuese demasiado tarde.

Tras la confesión, todos en el salón quedaron enmudecidos, e incluso el rey, extrañamente, no tuvo reacción. El ambiente era denso, y Elena no aguantó más. Se levantó de la mesa y, corriendo, cruzó la puerta y se dirigió hacia las escaleras. Aron también se levantó a toda prisa y fue tras ella.

Elena no paró hasta abandonar la Torre del Homenaje y dirigirse a los jardines reales. Allí, se detuvo a llorar en un banco frente a un pintoresco y exuberante arreglo floral que la ocultaba un poco, dándole intimidad a sus lágrimas. El joven nunca la había perdido de vista, y, sin dudarlo, se dirigió hacia ella tomándose el atrevimiento de sentarse a su lado.

—No te sientas mal por lo sucedido, yo estoy igual de sorprendido que tú —expresó, quería consolarla y controlar la situación rápidamente—

. No habrá una boda si tú no quieres, jamás aceptaría en esas condiciones, así que no tienes de que preocuparte —agregó, esparciendo un manto de calma.

—Tú no conoces a mi padre, si ya lo decidió así será —respondió, desanimada, con la mirada puesta en el suelo—. Si no aceptas la propuesta, te meterá en un calabozo.

—No me importa, prefiero terminar en prisión antes de hacer algo que te dañe —expresó, decidido y convincente. Sus palabras reanimaron un poco a la princesa, quien lo miró a los ojos, esta vez, con un poco más de gratitud.

—Eres muy gentil —reconoció, el gesto la había conmovido.

—Te aseguro que no pasará nada que tú no quieras, te doy mi palabra —aseguró el joven. Sus palabras sonaban sinceras y Elena las tomó así.

El joven se arrimó un poco más a ella y la abrazó, tal como lo había hecho aquella vez en el bosque. La princesa, se apoyó en su pecho. Entre tantas desgracias, se sintió contenida por un momento.

—Fuiste la última persona que vio con vida a Eros, ¿cómo lucía antes de su muerte? —preguntó, no podía pensar en otra cosa.

—¿Eso importa? Debes mirar hacia adelante, en eso sí tiene razón tu padre —replicó, forzando un tono sereno para ocultar la molestia, ya no sabía cómo hacer para quitarle a Eros de la cabeza.

—Ya lo sé, pero necesito saber un poco más acerca de su muerte. No hubo un funeral, ni siquiera pude despedirme, ¿entiendes? Y solo tú sabes qué paso ese día. Por favor cuéntame algo, ¿cuáles fueron sus últimas palabras? —insistió, cegada por el dolor.

—Fue todo muy rápido y no recuerdo bien los hechos, pero estoy seguro de que se trataba de él. Tras su muerte, el monstruo salió volando y se lo llevó —respondió, escueto, no quería improvisar demasiados detalles.

—¿Volando? Me habías dicho que lo había arrastrado —señaló, advirtiéndome una inconsistencia en el relato.

—No, se lo llevó volando, no quise decir que lo arrastró literalmente. Lo vi con mis propios ojos, aún me atormentan las imágenes —corrigió, sin vacilar. También él había notado la equivocación, pero sabía que debía responder rápido y de forma convincente.

—¿De qué color era? —preguntó, con la mirada perdida.

—¿Qué cosa? —repreguntó, un poco fastidioso.

—El dragón, ¿de qué color? —insistió Elena.

—Supongo que gris, estaba todo muy oscuro — lanzó ya que no recordaba si lo había mencionado anteriormente y las preguntas de Elena comenzaban a ponerlo incómodo. Antes de que empeorara la situación, intentó desviar el tema.

»Hablemos de otra cosa. ¿Sabías que siempre me gustaron los paseos por los jardines reales? La sección de los rosales es mi favorita —señaló con su dedo índice en dirección al lugar, mostrándose conocedor del tema.

—No hubiera imaginado que te gustaban las flores, me sorprende ese lado sensible en un guerrero —se burló, siguiéndole la corriente.

—Lo tengo permitido, pues no soy un guerrero, ya lo dijo Klaus —ironizó, y rió. Elena se sumó a las risas, y el clima se relajó un poco—. Si me acompañas puedo contarte más acerca de ellas, te

sorprenderé —insinuó, y le tendió la mano a la princesa en una invitación para que se levantara.

Elena accedió y juntos fueron a recorrer la siguiente sección del jardín. Allí se encontraba la rosaleda, el mismo espacio al que había hecho mención el joven. Estaba compuesto por más de cien especies diferentes de rosas, y Aron poseía gran conocimiento al respecto. Se dedicó a explicar detalles y curiosidades de cada una de las variedades con las que se iban encontrando, y logró sorprender a la princesa, esta vez, con algo verídico. Había conseguido mejorar el ánimo de Elena y que se olvidara de Eros por un rato, eso lo reconfortaba bastante.

—Aquella de allí es mi preferida —anunció, haciendo referencia a una rosa de grandes pétalos rojos, que tenía unas manchas blancas

muy llamativas. Ambos se acercaron a la flor, y él añadió—. Sabes, me recuerda mucho a ti.

—¿Por qué a mí? —dijo, sorprendida.

—Es muy hermosa y elegante, única entre las demás, tal como tú —expresó, como si fuera un poeta.

—Las rosas también tienen espinas —retrucó, irónica, no le gustaba el giro que estaba tomando la conversación.

—Es verdad, otro punto en común. Por eso es importante el trato suave y cuidadoso —agregó, sus respuestas la estaban acorralando.

—Se nota que sabes cómo cuidar a las rosas —respondió, sin saber que decir.

—Sí, y también cómo cuidar a una mujer —agregó, y se puso un poco más serio, luego la observó con una mirada profunda, que sostuvo varios segundos.

Elena se quedó en silencio, y bajó la mirada. Aron le apoyó la mano en el mentón e hizo fuerza levemente para que volviera a mirarlo. Cuando conectaron nuevamente, no dudó y se acercó para besarla. La princesa reaccionó girando la cara hacia un costado, y el beso del muchacho quedó trunco y flotando en el aire. Decidido, intentó llevar su mano al rostro de la joven para acariciarla, y Elena perdió la paciencia. Le dio una fuerte cachetada en la mejilla, y la cabeza del joven giró bruscamente hacia un costado. El chasquido fue estrepitoso y su eco se propagó por el jardín. Aron quedó aturdido y dolorido; por su falta de tacto, había perdido la flor y se había quedado con las espinas.

Elena aprovechó el momento para abandonar la escena definitivamente. Se retiró, sin rumbo, caminando en dirección a la entrada principal del

castillo, muy enojada con todo lo que había sucedido esa tarde. Mientras su mente divagaba en un mar de pensamientos antagónicos, una insólita reflexión asomó desde la confusión: «Los dragones grises no vuelan».

29

Agatha sobrevolaba el valle al pie de las montañas. En su lomo, Eros se aferraba a ella con la misma fuerza con la que se aferraba a la libertad. No había riendas ni monturas, simplemente cruzaba sus brazos alrededor de su cuello y, como si estuvieran cabalgando, se atrevía a surcar los cielos en un vuelo extraordinario. Jamás hubiera imaginado montar un dragón, pero la aventura que estaban

viviendo ya le había demostrado que la frontera entre lo fantástico y real se construía a cada paso.

Las alas de la dragona se acoplaban al viento, y el impulso los dirigía rumbo a las altas cumbres. La vista era extraordinariamente bella y al aproximarse a las sierras se volvía aún más majestuosa. Habían alcanzado el final del valle, donde la cordillera del oeste se imponía en el paisaje. Allí, el Bosque Encantado se internaba en la ladera hasta perderse en ella, dando lugar a un nuevo terreno, mucho más árido y rocoso. En ese mismo límite, el alcance de la maldición se extinguía y nacía la frontera con el Reinado del Oeste. Inexorablemente, la pesadilla del Camino de los Miedos había quedado atrás, y nuevos desafíos se vislumbraban en el horizonte.

Ambos habían recuperado la conexión y volvían a compartir la misma comunicación que

habían desarrollado durante los entrenamientos. Tal es así que simples gestos eran suficientes para que Agatha comprendiera su voluntad y le cediera el control. Eros conducía eufórico, trazaba su propio camino en las alturas, sobrevolando picos montañosos y acariciando las pendientes con movimientos audaces. En medio del éxtasis, recordó a Elena y a aquel sueño sublime donde, montada a un dragón blanco, recorría las montañas. No pudo evitar que la nostalgia lo abrazara con un dejo de tristeza, no sabía si volvería a verla y moría de ganas de compartir esta experiencia con ella.

Desde el cielo se podía apreciar la inmensidad de los cerros, esplendidos e imponentes. Sus cimas nevadas formaban una sábana blanquecina que se extendía indefinidamente. Las laderas aun reflejaban el brillo de un ocaso agonizante. El

escenario era bello y rotundo al mismo tiempo. El clima se volvía más hostil a medida que se internaban en la cordillera. El frío se encarnaba en la piel con crudeza, aunque representaba un buen augurio ya que señalaba que iban por el camino correcto. Eros sabía que la fortaleza de Reinado del Oeste se establecía en el corazón de las montañas, donde las heladas y el clima adverso eran una amenaza. Mientras asimilaba la magnitud del paisaje, tomaba conciencia de la odisea que hubiera significado el recorrido terrestre. Comprendía que Agatha y su nueva condición habían sido un regalo de los dioses.

Tras un largo viaje, la noche se insinuaba de a poco. Cuando la claridad parecía diluirse, desafiando la travesía, el suceso más esperado rompió la monotonía. Detrás de una muralla rocosa, comenzó a vislumbrarse un territorio de

gigantescos cordones montañosos, apostados como guardianes implacables custodiando la antesala del castillo del Oeste. La fortificación, que hasta entonces solo conocía por textos y relatos de ancianos, cobraba sentido bajo la mirada de Eros, quien, probablemente, fuera el único sureño de esa época que había podido verla en persona.

El castillo era colosal y majestuoso y, cimentado en una cumbre, lucía aún más descomunal e imponente. Era un verdadero fuerte, de aspecto rústico y arquitectura resistente. La parte más destacable estaba en su frente, precedido por un extenso camino que ascendía la montaña, y una inmensa e impenetrable puerta de dos hojas reforzada con flejes de hierro. Las dos torres frontales eran circulares y de al menos el doble de grosor que las del castillo del Reinado del Sur,

una auténtica muralla. Por detrás asomaba la Torre del Homenaje, de menor porte, pero particularmente alta.

Eros había superado una difícil odisea, pero había llegado el momento más importante de su propósito, dándole sentido a todo lo acontecido. Los ancianos sabios habían sembrado una conciencia de hermandad entre los pueblos del Sur y del Oeste, pero lo cierto es que durante mucho tiempo no habían tenido noticias el uno del otro, y aquella tan nombrada hermandad estaba por comprobarse. Eros, fiel a sus convicciones, había decidido entregar su mensaje de alerta, asumiendo el riesgo, si bien lo más duro había quedado atrás, su próximo paso no parecía estar libre de peligros.

El joven guerrero se encaminó hacia la base de la montaña que albergaba el castillo. Con un

vuelo suave, Agatha descendió lentamente hasta tocar tierra firme. El terreno era principalmente desértico, aunque predominaban algunos arbustos y otras malezas que sobrevivían a las duras condiciones que impartían el frío y la nieve.

La helada y las alturas sometían al joven, quien vestía tan solo una parte del uniforme de la Guardia Real, la cual apenas lo protegía del viento. Dadas las circunstancias, se lamentaba por la rabieta que lo había llevado a desechar el resto del atuendo en las puertas del Bosque Encantado, durante su huida.

Le urgía llegar a las puertas del castillo, e, implorando un cordial recibimiento, obtener algo de cobijo y alimento. Con las últimas energías se dispuso cumplir su objetivo.

Necesitaba resguardar a Agatha y continuar solo, no quería exaltar a los guardias exponiendo a la dragona. Se lamentó tener que separarse de ella una vez más, pero era lo que demandaba la misión. Le hizo un gesto para que no lo siguiera. Tenía claro que un forastero con un dragón de compañero difícilmente sería bien recibido.

Agatha lo observó confundida, y el joven repitió el gesto, haciendo referencia a que se refugiara entre las montañas. El relieve de los cerros era irregular y cambiante, propiciando un espacio ideal para mantenerla oculta. Intentó explicarle que regresaría, pero no sabía hasta qué punto lo habría entendido. Para su sorpresa, no necesitó repetir la orden. La dragona giró y se echó a volar en sentido opuesto al castillo.

Eros se quedó perplejo mientras la miraba alejarse, y no pudo evitar pensar en si estaría

esperándolo a su vuelta o reaccionaría como en ocasiones anteriores. El vínculo ya se había restablecido, y eso lo tranquilizaba, pero no lo suficiente. De todos modos, no había alternativa, debía afrontar el último trayecto por cuenta propia.

En la base de la montaña se unían dos caminos. A un lado se desprendía la ruta que provenía desde el sur, la única vía terrestre que conectaba con el fuerte. Ese camino estaba poco demarcado y, por lo que podía apreciar, solía obstruirse por la nevada con frecuencia. Por otro lado, nacía el Camino Real hacia la entrada del castillo. La senda estaba compuesta por adoquines encastrados, era una buena construcción capaz de resistir las duras condiciones climáticas. De manera zigzagueante, ascendía hasta la robusta puerta.

La noche ya estaba plenamente instalada y, desde el cielo, una luna completa y redonda hacía brillar los sectores nevados, lo que favorecía la visibilidad, que de por sí era escasa. Eros no disponía de antorchas, ni de otros elementos que pudieran ser de ayuda, aunque, en contraste a las noches en el bosque, ese camino le resultaba menos inquietante.

La caminata se prolongó durante un buen rato, y socavó en lo que le quedaba de energías. Al encontrarse frente a la fortaleza, se sintió un tanto intimidado. De cerca, las torres frontales se veían todavía más imponentes e incluso de mayor porte que las del castillo del Sur. En lo alto, había torretas de vigía, donde se distinguía luz dentro de algunas de ellas. Eros suponía que, para ese entonces, ya habría sido identificado y suplicaba a los dioses por no ser atacado. De

momento, sus plegarias habían dado resultado y pudo seguir avanzando sin sobresaltos los metros restantes.

Al llegar al acceso, se encontró con un rastrillo reforzado, que compensaba la defensa que podría propiciar un puente levadizo u otro tipo de protección propia de un castillo construido en un terreno llano. Antes de que tuviera que llamar la atención para ser atendido, oyó crujir uno de los batientes. La inmensa columna giró apenas un metro y el rastrillo se elevó lo suficiente como para que cupiese una persona. Nadie esperaba al otro lado, y la oscuridad era profunda y escalofriante, parecía un salto al vacío. Sin más opción, dio un paso al frente, la puerta se cerró, y quedó encerrado en un gran habitáculo. Una segunda puerta de similar envergadura se alzaba a unos veinte metros por delante. El joven estaba

atrapado: a los costados se extendían dos murallas de roca maciza y, de frente y reverso, completaban la trampa ambos portones.

Tuvo que soportar segundos de gran incertidumbre, hasta que un soldado se asomó por una de las almenas. Lucía una armadura ordinaria que le cubría parte del cuerpo. Con tonó recio se dirigió al joven.

—¿Quién eres forastero? Aquí no damos limosna —preguntó, su tono no mostraba intención de hacer nuevos amigos.

—Mi nombre es Eros, y pertenezco al Reinado del Sur. Hice un largo camino para traerle información importante a Su Majestad —respondió, con nerviosismo.

—Mi Majestad tiene tareas mucho más importantes que escuchar a un vagabundo como

tú —retrucó, tajante, al mismo tiempo que otro soldado se asomaba por detrás.

—Tuve que cruzar el Camino de los Miedos para llegar hasta aquí, arriesgando mi propia vida. Es importante que me dejen pasar —suplicó, la tensión se acrecentaba. El recado parecía más complejo de lo esperado.

—¡Tú cruzaste el Bosque Encantado! —exclamó con burla, y ambos soldados rieron con desdén—. Tienes suerte de que no te lancemos una flecha en el pecho, lárgate antes de que perdamos la paciencia.

Tras la amenaza, la puerta de ingreso volvió a crujir dejando la entrada liberada y la luz del exterior irrumpió la penumbra. La sensatez lo invitaba a resignar su objetivo y preservar su vida, pero no quería olvidar su propósito tan fácilmente. Después de todo, había vencido todo

tipo de adversidades para llegar hasta allí. Se mantuvo en silencio y en la misma posición, demostrando que no tenía intención de irse. Los soldados empezaron a irritarse.

—¡Vamos, idiota! Ya lárgate, no te lo diré otra vez —reprendió uno de ellos, y asomó un arco con el cuál apuntó hacia su posición. El hombre estaba enojado y parecía decidido a cumplir su amenaza.

—No es la primera vez que enfrento a la muerte. Mi deber es alertar al rey del Oeste acerca de un peligro inminente. Mis intenciones son buenas, no represento un riesgo, y no me iré sin intentarlo —exclamó, tratando de ser convincente—. ¿Quieres hacerlo? ¡Adelante! —arremetió, directo y punzante.

El soldado no respondió, y Eros, resignado, cerró los ojos esperando el impacto fatal.

Finalmente, no fue ejecutado, pero, desde gran altura, cayó una robusta red sobre su cuerpo. El armazón era pesado y bastante grueso, y la fuerza del choque le aflojó las piernas. El joven cayó al piso sin poder reincorporarse, la densa malla lo había reducido. Mientras tanto, la puerta externa volvía a cerrarse, al momento en que se abría la compuerta interna. Varios guardias ingresaron y tomaron la red con brusquedad. Eros fue arrastrado hacia el interior del castillo, como si fuera una presa cazada furtivamente.

Amarraron la red a dos pilotes que sobresalían de un carro. El joven había quedado enredado en la tela, suspendido en el aire. Un hombre fornido, con el torso desnudo desafiando al frío, había tomado el carro y lo conducía hacia el centro del fuerte, siguiendo los pasos de los soldados.

Poco después, arribaron al ingreso de la Torre del Homenaje, lo quitaron de la red y lo maniataron, Eros rogaba para que lo liberaran, pero sus súplicas no fueron escuchadas. Sin rodeos, lo tomaron un guardia de cada brazo y lo llevaron casi a la rastra a través de unas escaleras dentro de la torre. Tras subir cientos de escalones, cruzaron una puerta secundaria. El acceso los depositó en una amplia galería, muy bien acondicionada. El ambiente había cambiado por completo, allí la temperatura era agradable y los candelabros iluminaban un salón con poco lujo, pero buen estilo. Uno de los guardias empatizó con él, tal vez, por ser el más joven e inexperto, y le ofreció agua de un jarro de hierro. Eros lo tomó con las manos atadas y bebió con ansiedad.

Permanecieron un momento en el recinto. La situación era confusa, pero estaba claro que aguardaban por algún tipo de instrucción. Tras consumirse la espera, un guardia hizo un gesto, y lo llevaron hacia una sala contigua. Una vez dentro, había una mesa de piedra muy rústica y un par de sillas de hierro amuradas al suelo, lo sentaron en una de ellas y le cruzaron varios cintos de cuero para inmovilizarlo. Eros se sentía humillado, lo estaban tratando como a un rufián, sin embargo, no tenía fuerzas ni oportunidad de revelarse, tan solo se limitaba a seguir las órdenes.

A los pocos segundos, se abrió la puerta nuevamente y todos los presentes, salvo Eros, dieron un saludo formal. A continuación, ingresó el rey y se sentó en una de las sillas del

otro lado de la mesa. Le clavó una fría mirada que sostuvo un instante hasta romper el mutismo.

—Soy Kalevi, el rey del Oeste. Este reino me pertenece, todas estas montañas me pertenecen, incluso tú me perteneces. Nadie es más poderoso que yo en todo Tibur —expresó, dando una presentación implacable—. Tú te atreves a decir que estoy en peligro, ¿acaso tú conoces mis propias amenazas más que yo? —emitió una suave carcajada, y los demás acompañaron con muecas alegres. Luego se puso serio, y reanudó—. Espero que tengas algo importante para decir, algo que justifique mi tiempo aquí. Bien, ahora, dime lo que sabes.

—Soy Eros, un guerrero del Sur. Recorrí el Camino de los Miedos para venir hasta aquí, para decirle que su reino corre peligro —alertó, y

todos rieron grotescamente, aunque lo dejaron continuar.

»Un prisionero del Norte me reveló que su ejército planea atacar al Oeste en el día del aniversario. Hizo su confesión para que le perdonara la vida en un combate a muerte. Confío en que es verdad, deberían considerarlo —argumentó, y esperó la reacción de Kalevi quien, esta vez, retomó la palabra sin burlarse.

—¿Qué garantías tengo de que eso vaya a suceder? ¿Te ha enviado tu rey? ¿Tienes una carta certificada con el código real? —preguntó, y Eros se sintió verdaderamente incómodo, había desestimado ese detalle. La comunicación entre ambos reinos solía hacerse mediante la certificación que otorgaba el código real, un mecanismo imposible de falsificar. Consistía en la inclusión de una clave al pie de la carta,

compuesta por un código de único uso. La secuencia de claves era secreta y compartida entre las cúpulas de ambos reinos. Habían pasado tantos años del último uso, que prácticamente se había convertido en un mito. Eros tenía conocimiento de su existencia, gracias a su instrucción en la Guardia Real, pero había subestimado su importancia.

—No, él no está al tanto de esto, no quiso escuchar al prisionero en su primer encuentro, y luego el hombre se quitó la vida. Solo yo conozco la información —admitió amargamente, y su comentario se convirtió en una sentencia. La falta de garantía de sus palabras fue la invitación a una burla generalizada que llenó la sala de carcajadas.

—No perderé más tiempo con el forastero. ¡Ejecútenlo! —ordenó sin vacilar, y se levantó del

asiento. Eros abrió los ojos de par en par, no entendía la facilidad con la que Kalevi pensaba deshacerse de él. De inmediato reaccionó, debía persuadir su voluntad de algún modo.

—¡Un momento! He venido hasta aquí para ayudarlos. Tal vez no tenga pruebas, pero mis intenciones son buenas —lanzó, sin saber bien que decir. El rey se detuvo y lo miró, demorando su respuesta para jugar con el suspenso.

—No tienes fundamentos, ¿cómo sabría que no eres un espía y estás colaborando con el Norte? —increpó, manteniendo su postura.

—No me ejecute, podría encerrarme hasta el día del aniversario, no falta mucho para eso, y entonces sabrá si estoy mintiendo o no —suplicó, apostando su última carta, lo que logró que el rey se mostrara un poco más flexible.

—Tienes razón, faltan solo días. Pero si no se cumplen tus predicciones, tendrás una muerte mucho más dolorosa que la que te proporcionaría hoy mismo, desearías haber muerto antes. ¿Prefieres esperar en el calabozo?

—preguntó, con sarcasmo. Sin dudarlo, Eros se aferró a esa oportunidad.

—¡Sí! Por supuesto —aceptó, sin titubear.

Finalmente, Kalevi accedió al pedido del joven y ordenó su arresto. Luego los soldados lo levantaron de la silla y lo llevaron a los calabozos que se encontraban en la parte superior de la Torre del Homenaje.

Una vez recluido en su celda, el mismo soldado que le había cedido el pocillo de agua, se ocupó de cerrar la puerta con una gruesa cadena de hierro. Antes de retirarse, cruzó un par de veces la mirada con él sin emitir palabra, pero su rostro

transmitía cierta preocupación. Eros advirtió el gesto compasivo y aprovechó para abrir el diálogo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, rompiendo el silencio.

—Rolf —dijo, y luego de una breve pausa continuó—. No creo que te sirva de mucho conocer mi nombre.

Rolf, no soy un loco ni un vagabundo. Hice esto por una razón importante, y creo que tú lo sabes.

—No pareces un hombre vulgar, pero lo que hiciste fue muy estúpido. ¿Por qué dijiste lo del Norte? —preguntó, tratando de comprender al muchacho.

—Durante la ceremonia estarán más desprotegidos que nunca, y serán atacados, no estoy mintiendo —insistió.

—No creo que mientas, pero no tienes pruebas de lo que dices, fue un suicido lo que hiciste. Además, ¿quién le creería a un forastero? — agregó el joven carcelero, sin entenderlo.

—No imaginaba ser tratado como un forastero. Pensé que el Sur y el Oeste eran un mismo pueblo —expresó, lamentándose.

—Eso fue hace mucho tiempo, hoy somos pueblos desconocidos.

CAPÍTULO VIII

— El guerrero —

30

La soledad rodeaba a Eros en la penumbra del calabozo. Llevaba varios minutos inmóvil, aferrado con sus manos a la reja que lo privaban de la libertad. No había cambiado su postura desde que el guardia se había retirado, y su mente había quedado perturbada por la reacción inesperada de Kalevi. Había imaginado ser reconocido por la información que poseía, sin embargo, su imprudencia casi le había costado la vida.

Dejó su reflexión cuando una fría ráfaga rozó una de sus mejillas. Se sorprendió ante la intensidad con la que el viento circulaba dentro

de la celda. Fue entonces cuando abandonó su pasividad para inspeccionar el recinto.

Un jarrón de barro cargado de agua era el único objeto allí dentro. Las paredes de piedra estaban en ruinas. El piso parecía de tierra, ya que el sedimento acumulado escondía su verdadera consistencia. La oscuridad casi absoluta impedía distinguir el techo, el cual era extrañamente alto, como si el recinto hubiera tenido un destino diferente en el pasado. Las condiciones generales eran deplorables, pero el rasgo más inverosímil se concentraba en el fondo de la mazmorra. Allí, una pared casi destruida conducía al exterior. El agujero era inesperado tratándose de una prisión. La abertura medía al menos tres veces el tamaño del joven y era la causa de las fuertes ventiscas que azotaban el espacio.

Se acercó a la grieta atraído por lo que, en primera instancia, parecía un escape asegurado. Apoyó sus manos sobre los restos del muro y asomó la cabeza a través del hueco. Se estremeció ante la profundidad del precipicio que se extendía más allá de las sombras. La perfecta salida no era más que una trampa mortal para quien intentase huir. La pendiente era tan abrupta e intimidante que resultaba imposible de afrontar.

Antes de quitar la vista del abismo, uno de los adoquines sobre los que estaba apoyado se desprendió y descendió en caída libre. Eros trastabilló y se aferró con desesperación a la estructura, paralizado por el miedo. Atónito, permaneció observando como la roca se alejaba dando golpes contra la inmensa torre hasta esfumarse en la penumbra. Pocos segundos

después, se oyó el estruendo del objeto al impactar en el suelo.

La escena había sido abrumadora, dando el cierre a una pésima jornada. Extenuado física y mentalmente, se apartó del precipicio y se recostó sobre el suelo. La incomodidad y el frío no fueron obstáculos para que conciliara el sueño rápidamente, sus energías habían claudicado.

Tras aquella noche trágica, los días siguientes no amanecieron con mejor suerte. Había perdido contacto con todo individuo, y el olvido había sido más verdugo que el propio encierro en aquella torre. Tras aceptar que lo habían abandonado en aquel lugar a su suerte, había comenzado a racionalizar la provisión de agua y a alimentarse de insectos para engañar la hambruna. Durante el día, la grieta propiciaba una vista imponente de las montañas y de la

Torre del Homenaje. La claridad le había permitido observar la inmensidad del abismo, que recorría la parte trasera del castillo y continuaba sobre la ladera de la montaña hasta su lecho.

El aislamiento se convirtió en un pasaje a la locura. Desesperado, había intentado derribar la reja una y otra vez, pero la firmeza de los barrotes truncaba su esfuerzo. También había considerado descender por el abismo, pero su instinto de supervivencia lo convencía de evitar la osadía. Prevalecía latente, en cada instante, el llamado de auxilio a Agatha, pero no quería exponerla ante los guardias. Por momentos, pensaba que habría sido un error haber evitado la ejecución ordenada por Kalevi. Su única opción consistía en esperar al día del aniversario y aguardar atento a lo que le deparara el destino.

Había perdido la noción del tiempo y los días de encierro. La pesadumbre se había adueñado del espacio y se tornaba insostenible, hasta que una mañana, algo rompió la monotonía. Eros abrió los ojos aturdido por el estruendo de tambores, el sonido era abrumador y retumbaba aún más fuerte al enredarse con el eco de las escaleras. El ritmo era alegre y festivo, lejos de un trasfondo militar.

Sorprendido, logró recuperar la atención escapando del letargo de los últimos días. Poco después, se incorporó el sonido de trompetas, cientos de ellas en una sintonía perfecta y verdaderamente bella que, en contraste a las sombras que lo gobernaban, se presentaba como un guiño de esperanza.

Poco después, el ambiente se quebró con el griterío ensordecedor de una muchedumbre

alborozada. Había una sola razón que lo justificaba: el día del aniversario había llegado y sus festejos acababan de comenzar.

La mañana lucía esplendida, y el tenor del ambiente parecía anunciar que el pueblo entero se había reunido en el castillo esperando la gran ceremonia que seguramente se desarrollaría más tarde.

Por su parte, Eros permanecía expectante recordando las predicciones del comandante. Había llegado la hora de la verdad, y el desenlace de aquella jornada definiría el curso de su destino y, eventualmente, el del reino también.

Dada su posición poco podía apreciar del avance del evento, pero el abanico de sonidos que acaparaba el espacio le permitía volar con la imaginación. Recordaba las celebraciones del Sur y gratos momentos festivos. La melancolía

flotaba en el ambiente y lo invitaba a recrear en su mente lo que estaría aconteciendo allá afuera, hasta el punto de sentir que lo compartía.

De esta manera pasaron las horas, viviendo una experiencia de júbilo efímera de la que se había aferrado, aunque no le pertenecía. Finalmente, la tregua se diluyó con el primer rayo de luz que se coló por el hueco de la pared. La grieta de la mazmorra ofrecía una vista inmejorable del atardecer de Tibur, probablemente, lo único valioso durante su reclusión. Pero aquella tarde era distinta, ya que el ocaso se llevaría los últimos festejos y la posibilidad de demostrar la verdad de sus palabras ante el rey Kalevi. Eros tenía sentimientos antagónicos, no quería que el pueblo del Oeste fuera azotado, pero tampoco perder la vida a causa de lo que podría ser una falsa alarma.

El sol comenzó a descender entre las montañas y, como en los días previos, la claridad comenzaba a disminuir raudamente. El jolgorio se había apaciguado dando indicios de que la ceremonia había culminado. El tiempo se agotaba y el corazón le latía con fuerzas. Su sentencia de muerte empezaba a susurrarle una lúgubre melodía a los oídos. No dejaba de recriminarse el fracaso que había resultado su misión. Decepcionado, sentía que había arriesgado la vida para perderla de la manera más ingenua y absurda.

Abatido y resignado, se asomó por la abertura y, por primera vez, consideró la idea de arrojarse al vacío. Había llegado a la conclusión de que preferiría tomar esa decisión extrema antes de ser ejecutado o deshidratado en prisión.

Inevitablemente, sus esperanzas se habían derrumbado.

Cuando el final parecía estar definido, el destino jugó una última carta. Eros levantó la vista y advirtió extraños movimientos sobre la ladera de la montaña. Luego, con mayor atención, identificó a un hombre portando una sofisticada armadura, quien se arrastró hasta esconderse detrás de una roca. A los pocos segundos, una decena de soldados aparecieron en escena colocándose en posiciones similares. Asombrado, Eros se ocultó y asomó lo suficiente del torso como para continuar visualizando lo que acontecía.

De inmediato, supo que los hombres eran enemigos, las corazas que utilizaban eran inconfundibles, se trataba del ejército del Norte. Lo que le había dicho Kol dejaban de ser meras

palabras y se materializaban en un peligro inminente.

La tarde agonizaba y aumentaba más y más el número de guerreros que fortalecía la formación. Sigilosamente, los soldados estaban preparando un ataque implacable para abordar el castillo. En lo alto, Eros se inquietaba ante las filas de guerreros que rodeaban el fuerte, pero su mayor preocupación radicaba en que aún no había oído los cuernos o las trompas alertando la amenaza. La encrucijada dejaba en claro que la distracción de los festejos había sido determinante en el descuido de los puestos de vigía.

La situación era muy crítica, y el joven decidió dar aviso de inmediato. Corrió hacia la reja y llamó enérgicamente a los guardias. Desde su posición, sus gritos eran inútiles, sin

oportunidad de ser escuchados, pero lo intentó de todos modos. Continuó clamando con vehemencia y desesperación, pero los segundos corrieron y no recibió respuesta alguna. En un acto de impotencia, tomó el jarrón y lo estrelló contra los barrotes. El impacto no ayudó en nada y derramó las últimas gotas de agua que disponía.

Con resignación, volvió a la grieta. Mientras caminaba, advirtió un gran resplandor que provenía del exterior. Al observar el panorama, quedó petrificado. La masa de soldados había aumentado significativamente y ya no tenían reparo en esconderse. Muchos de ellos habían desenfundado sus arcos apuntando en dirección al castillo. Las flechas tenían puntas ardientes, conformando un cordón de fuego a punto de impartir un ataque feroz.

En ese instante de máxima tensión, se oyó resonar la alerta de peligro desde lo alto de la torre. El estruendo del cuerno retumbó en el castillo y sus alrededores. Luego se sumaron los tambores, esta vez no entonaban un ritmo festivo, sino una agresiva e intimidante secuencia de golpes, un grito de guerra.

En respuesta, el espacio se iluminó con el fulgor de las flechas nortañas. Volaban incandescentes cortando el aire con silbidos terroríficos, dejando estelas de fuego flotando en el cielo como bocanadas de dragones. En cuestión de segundos, se instaló un bullicio estremecedor que provenía desde el interior del castillo. Emergían los gritos de terror de sus habitantes, quienes comenzaban a padecer las consecuencias y a caer en el asedio de los atacantes.

El joven se ocultó detrás de los restos de la pared para protegerse. Una vez más, el destino lo enfrentaba ante una situación desesperante, pero en esta ocasión no tenía oportunidad de defensa. No podía hacer otra cosa más que implorar a los dioses por sobrevivir.

Una segunda oleada de flechas acaparó la noche con sus llamas, y luego explotó el grito desaforado del enemigo. El sonido había sido claro y decisivo. La formación del Norte habría roto filas para desatar la batalla, la misma que Eros había intentado advertirle al rey Kalevi.

La guerra siempre tuvo dos caras, tal como una moneda. La táctica y la estrategia en su lado más mental y creativo. Y la ejecución en el otro,

teñida con sangre de victoria o derrota, aunque sangre al fin.

Eros dominaba la guerra en su teoría como pocos, sus aptitudes habían sido excelentes y prometedoras, pero lejos de un campo de batalla real. Por primera vez, la moneda había caído del lado opuesto y, sin haberlo previsto, su aprendizaje se enfrentaba a un escenario tan real como inesperado.

El sonido que provenía desde el exterior era tan avasallador como escalofriante. El bullicio de la multitud exaltada se mezclaba con los estruendos de las estructuras que colapsaban. Eros tan solo podía aguardar por el desenlace, sometido al encierro en lo alto de la torre.

La situación era compleja, pero se volvió más crítica cuando la presencia de un humo turbio ascendió desde el corazón del recinto. La

preocupación del joven iba en aumento al mismo tiempo en que el vapor se volvía más espeso. El olor era nauseabundo, y delataba que el ataque había provocado daños en la propia torre. La densa niebla fue acaparando el espacio hasta convertirse en una amenaza. Eros respiraba con dificultad y tuvo que asomarse por la grieta para renovar el aire. Mientras se esforzaba por respirar, logró distinguir el exterior. El panorama se volvía cada vez más alarmante. Decenas de soldados del Norte trepaban los muros del fuerte con intención de adentrarse. Los guardias luchaban por replegarlos, pero la resistencia no era suficiente. Las filas del Norte continuaban sumando guerreros y comprometían seriamente la defensa.

Eros se propuso escapar del lugar a cualquier precio. Se llenó de valor y abordó la abertura.

Volcó parte de su cuerpo hacia el abismo y se preparó para el descenso. A fin de cuentas, había postergado esa decisión durante días.

Inevitablemente, miró hacia abajo y percibió la profundidad de la pendiente, la altura lo estremeció por completo. Cerró los ojos y se tomó un instante para tranquilizarse. Tenía que seguir adelante, a pesar de que sus posibilidades de supervivencia eran escasas. Sabía que, de resistir el descenso, habría un ejército enemigo esperándolo ahí abajo. Aun así, hasta el momento, la única salida era intentarlo.

Antes de que retomara el curso, oyó una voz que provenía desde el interior de la prisión.

—¿Eros, estás ahí? —escuchó que lo llamaban.

Sorprendido, se quedó inmóvil, tratando de interpretar la escena. Segundos después, tras el muro de humo, pudo divisar la figura de Rolf

manipulando la cadena que bloqueaba la puerta de la celda. Una bocanada de esperanza lo invadió y revitalizó su estado cansino. Se incorporó y corrió hasta la reja, mientras la adrenalina le brotaba por la piel. El carcelero terminó de liberar la salida, y ambos cruzaron una mirada intensa que duró algunos segundos.

—Tenías razón, están aquí. Me disculpo en nombre del rey Kalevi —admitió, e hizo una breve reverencia.

—No importa eso ahora, ¿qué tan grave es la situación? —preguntó el joven, preocupado.

—Mucho, no sé cuánto tiempo resistiremos, no estábamos preparados para esto. Si logran ingresar estaremos en serios problemas —dijo, con desesperación—. Ahora salgamos de aquí.

Rolf le hizo un gesto para que lo siguiera y ambos descendieron por las escaleras. El guardia

llevaba un retazo de tela en la mano con el que se cubría la nariz para protegerse del humo y Eros hizo lo propio rompiendo parte de su uniforme maltrecho. Tan rápido como pudieron, bajaron decenas de escalones. Durante el recorrido, oyeron voces alborotadas en uno de los descansos y, al aproximarse, se encontraron con guardias escoltando varios nobles, entre ellos al rey Kalevi. El monarca estaba desencajado, no paraba de dar órdenes a los gritos hasta que cruzó la mirada con Eros. Enmudeció al instante, denotando vergüenza en el rostro.

Los soldados advirtieron la presencia del joven y se pusieron en guardia, considerándolo una posible amenaza. Antes de que pudieran moverse, se adelantó Rolf y les hizo un gesto para que se detuvieran. Intentó explicar que él mismo lo había liberado y no representaba un peligro,

pero los guardias no estaban muy conformes con los argumentos. Cuando la situación estaba a punto de quebrarse, intervino Kalevi con la voz en alto. Los guerreros se detuvieron de inmediato, como si un hechizo los hubiera paralizado, la fidelidad a su rey era más potente que cualquier embrujo. El monarca dio algunos pasos al frente y, sin mostrar temor, se dirigió a Eros, esta vez mucho más amigable que en su primer encuentro.

—No suelo pedir disculpas, pero haré una excepción —dijo con humildad, lo que era poco común en él—. Te pido disculpas, sé que estoy en deuda contigo muchacho. Tú viniste a alertarnos acerca de este peligro, y a cambio fui cruel. De haberte escuchado habiéramos estado más preparados, espero que los dioses perdonen mi soberbia.

—Agradezco sus palabras, pero no necesita disculparse —respondió Eros, orgulloso, sentía que había recuperado su honor. A pesar de estar debilitado físicamente, la energía volvía a fluir en su cuerpo y lo impulsaba a hacer algo por la causa.

—El enemigo incendió uno de los salones principales en la base de la torre. Ahora estamos yendo a un lugar más seguro y quisiera que vinieras conmigo. Permíteme ofrecerte protección en compensación por el error que cometí —expresó, cordialmente. Eros se tomó unos segundos antes de responder y, cuando lo hizo, su voz sonó firme.

—Valoro el gesto, pero preferiría en su lugar, que me recompensara con una armadura y una buena espada. Soy un guerrero y pelearé por su reino —afirmó categóricamente. La sorpresa que

estas palabras le provocaron a Kalevi se dejó traslucir en su rostro. De inmediato, le ordenó a uno de sus guardias que le diera sus protecciones y armas al joven. Luego le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza, y siguió su camino.

Eros se calzó la malla y el yelmo, enfundó la gruesa espada, y los jóvenes guerreros retomaron el descenso por las escaleras. El humo y la penumbra invadían el espacio, pero Rolf avanzaba de memoria por el lugar. Por su parte, Eros se limitaba a seguir sus pasos.

Pronto alcanzaron un nuevo descanso. Allí, el calor se tornaba sofocante y, entre las imperfecciones de las paredes, se colaban pequeños haces de luz, producto de las llamas que ardían en la sala contigua. Rolf, en un acto imprudente, abrió la puerta que conectaba al

otro lado, y una fuerte ráfaga de fuego lo hizo retroceder abruptamente varios metros hasta trastabillar y caer al suelo. La entrada había quedado abierta exponiendo el infierno que se desataba dentro. Con ayuda de Eros, logró reincorporarse y se alejaron rápidamente de allí.

A los tumbos, continuaron bajando hasta el final de las escaleras donde, finalmente, pudieron acceder a la salida. Una vez fuera, se tomaron algunos minutos para recuperar la compostura. Extenuados y agobiados por el calor y el humo, daban profundas bocanadas para oxigenarse con el aire puro y frío del ambiente exterior.

Al estabilizarse, pusieron el foco en lo que acontecía alrededor. El griterío era infernal y el miedo se esparcía en cada rincón. Resultaba evidente que el reino no estaba preparado para recibir un asedio de tal envergadura. Los talleres

y establos estaban abarrotados de mujeres, niños y hombres de oficios ajenos a las armas quienes, aterrados, buscaban refugio. Todos los guerreros se encontraban apostados en las almenas y puestos de defensa, intentando replegar la invasión enemiga. Muchos soldados yacían abatidos al pie de los muros, donde sus cuerpos, agonizantes o sin vida, denotaban la crudeza de la embestida enemiga.

Diversas estructuras estaban dañadas por los incendios. La armería había perdido el techo, el cual había colapsado tras quemarse. Al mismo tiempo, un pequeño santuario ardía en llamas, ubicado a pocos metros de la Torre del Homenaje. A lo lejos, vio cómo un grupo de soldados hacía esfuerzos para contener el fuego y evitar que se propagara a otros sectores.

Eros y Rolf corrieron atravesando el patio de armas en dirección al frente del castillo. Al mediar el recorrido, una nueva oleada de flechas invadió el cielo como una lluvia de fuego. Desesperados, se ocultaron dentro de un carro que contenía rollos de heno. Pronto se oyeron los impactos de las saetas impartiendo el terror por doquier. Cuando parecía que el ataque había culminado, la punta de una flecha atravesó la madera de la carreta y se incrustó en el brazo de Rolf. El muchacho gritó por el dolor de la herida y, con pánico, pudieron comprobar que había quedado atrapado en la madera por culpa de la flecha. Poco después, el pasto seco comenzó a liberar humo comprometiéndolos aún más. Mientras los jóvenes vacilaban sin saber qué hacer, el fuego ganó terreno y se convirtió en una verdadera amenaza. Eros tomó la punta de la

flecha con una mano, y con la otra desenfundó su espada. Rolf lo miró extrañado y aguardó con nerviosismo lo que estaba a punto de hacer. En un movimiento limpio, el filo de la espada quebró la saeta desde la base que sobresalía de la madera. Rolf quedó liberado, pero el objeto aún atravesaba el musculo de su brazo. Sin dudarlo, Eros tomó la punta de la flecha y, de un tirón, la arrancó de cuajo. El joven se encorvó por el dolor y la sangre brotó de la herida por algunos segundos. Sin perder tiempo, corrieron con prisas escapando de la amenaza del fuego y retomando el curso hacia una de las torres principales con la idea de sumarse a la defensa.

Una vez en la base de la torre, accedieron rápidamente a las escaleras internas, les urgía sumarse a la batalla cuanto antes. Las paredes emanaban un calor intenso, inesperado por

tratarse de granito ya que solían ser frías y húmedas, sobre todo por las noches. Pero al asomar a la superficie, encontraron una explicación tan reveladora como escalofriante. Desde la altura de las almenas, se alarmaron ante los focos de incendio que rodeaban el exterior del fuerte, un cerco de humo y calor sofocaba las murallas. El objetivo principal estaba puesto sobre las torres frontales, donde se concentraba la mayor defensa. Los soldados del Norte buscaban neutralizarlas para poder concentrar sus energías en el ascenso a los muros a través de los flancos, donde los puestos de guardia eran mucho más débiles y rudimentarios.

A raíz de la poca visibilidad, la permanencia en las garitas de la torre resultaba una clara desventaja. Por lo que los jóvenes guerreros decidieron abordar el adarve que conectaba con

el siguiente puesto de vigía, el cual se hallaba a mitad del ala izquierda del castillo. El camino solía utilizarse durante las rondas de guardia, pero no era muy conveniente para apostarse puesto que los exponía demasiado.

Antes de arribar al mirador, los sorprendió un soldado del Norte asomando el torso por entremedio de las almenas, quien se detuvo al observarlos. Rolf desenfundó la espada con su brazo sano y se abalanzó contra el guerrero a pura furia. El soldado hizo lo propio con su arma y, a pesar de su posición desfavorable, se las ingenió para bloquear la embestida. El joven repitió la maniobra con más ímpetu que destreza y, esta vez, su adversario, un veterano bastante más fornido, supo contrarrestar la ofensiva. Soportó el ataque con un nuevo bloqueo, y replegó su robusto brazo amortiguando el

impulso hasta quedar cara a cara, luego lo extendió con rudeza y el joven salió despedido. Rolf trastabilló algunos pasos y resbaló sobre el límite interno del adarve. Antes de caer por el precipicio, soltó el arma y pudo sujetarse del borde. Con uno de sus brazos herido, apenas lograba sostenerse y no podía reincorporarse. Mientras tanto, el soldado del Norte había completado el ascenso y Eros observaba la situación paralizado. Era la primera vez que se encontraba en un enfrentamiento real, fuera del ámbito controlado de un entrenamiento.

La situación era apremiante: su compañero a punto de caer al vacío, y el hombre frente a él dispuesto a acabar con la vida de ambos. Debía reaccionar y poner en juego todo lo aprendido, y así destrabar la encrucijada como un verdadero guerrero. Miró a su contrincante fijamente a los

ojos, y la malicia que percibió en su mirada le recordó las razones por las cuales había llegado hasta allí. La opresión del Norte, el sufrimiento de su pueblo y las batallas innecesarias que habían despertado la furia de los dioses, fueron algunos de los motivos que desfilaron por su mente en ese segundo, y su orgullo y valor emergieron desde su interior llenándolo de fuerza y valentía. Con dientes apretados se repitió a sí mismo: «Soy un guerrero, soy un guerrero».

Con la confianza como aliada, Eros se aproximó al soldado del Norte tomando la iniciativa. Simuló un ataque vehemente y desordenado, tal como lo había hecho su compañero, pero al alcanzar la línea de contacto, retrocedió un par de pasos. El veterano, sin dudar, lanzó una embestida con su espada,

pero la trayectoria de su arma atravesó solo el vacío. Mientras la inercia aún retenía el cuerpo del grandulón, el joven aprovechó para aplicar un ataque simple y directo en línea recta hacia el hombro de su oponente. El metal se enterró varios centímetros en la carne y provocó que el guerrero soltara su arma, la cual cayó hacia el interior de la fortaleza.

Eros se impresionó ante la facilidad con la que había vencido a su enemigo, y su confianza se acrecentó. El veterano se arrodilló y le suplicó clemencia. La situación era inesperada, ya no se trataba de una práctica y aquel sujeto lo hubiera despedazado de haber tenido la posibilidad. Eros vaciló un momento, jamás le había quitado la vida a nadie, aunque sabía que era parte de la batalla. La sensación que sentía era tan inédita como contradictoria.

Por detrás, Rolf le gritaba para que lo acabara de una vez y volviera para auxiliarlo. Eros no pudo asesinar al guerrero a sangre fría y decidió retroceder hacia la posición de su compañero. Le tendió la mano para que se aferrara a él y, antes de que pudiera sostenerlo, el joven guardia lo alertó desesperadamente para que se volteara. De inmediato, Eros giró y se topó con el soldado del Norte sosteniendo un puñal en su mano, a punto de atacarlo. Consiguió bloquear el brazo con una patada, pero el cuchillo le rozó la pierna abriéndole una herida. El dolor le recordó lo ingenuo que había sido al perdonarle la vida. Se incorporó con rabia y, al encontrarse cuerpo a cuerpo, le atravesó el abdomen con la espada. El grotesco hombre se dobló sobre sí mismo, y comenzó a brotarle sangre por la boca. En su último aliento, tan solo atinó a mirarlo a los ojos

hasta derrumbarse, cayendo al vacío. Eros no perdió tiempo y volvió para ayudar a Rolf. Mientras lo rescataba, no podía olvidarse de la escena previa, la mirada agonizante del norteño se había grabado en su mente. En ese instante comprendió la trastienda de la guerra, y la diferencia entre ser un aprendiz y un guerrero.

—¿Debo agradecerte o insultarte? —gruñó Rolf, molesto por lo que había ocurrido.

—No sé qué me pasó, lo lamento —excusó Eros, se sentía avergonzado.

—Tienes buena técnica, pero te comportaste como un novato, parecía como si fuera el primer hombre al que ejecutabas —dijo con ironía, sin saber la verdad. Eros tenía la técnica de un experimentado luchador, pero no dejaba de ser nuevo en la batalla.

Finalmente, alcanzaron el puesto de vigía. Allí, había una docena de soldados del Oeste resistiendo los ataques. El puesto estaba abastecido de insumos de defensa, especialmente lanzas y flechas, además de algunas redes, similares a la que habían utilizado para reducir al joven en su ingreso al castillo.

Eros tomó un arco y flechas y trató de apoyar las maniobras de sus camaradas, quienes intentaban romper las cuerdas de escalar utilizadas por los enemigos. La mayoría de los disparos eran fallidos, requerían gran precisión para que fueran certeros. El desarrollo del enfrentamiento era desfavorable, el ejército del Norte tenía cada vez mayor peso sobre el frente y varios de los soldados comenzaban a dominar las almenas. El asedio era agobiante, Eros consideraba que era cuestión de tiempo para que

claudicaran las defensas y el desenlace fuera el peor. Concluyó que debían hacer algo diferente si querían torcer el rumbo de la batalla. Fue entonces cuando pensó en Agatha y su poderío. No había querido exponerla cuando solo su vida estaba en juego, pero ahora se trataba de un pueblo entero.

Se dirigió hacia el puesto de Rolf, quien se encontraba colaborando con otros soldados, manipulando una pesada red, haciendo un gran esfuerzo a pesar de estar malherido. Eros lo tomó de la armadura y lo apartó algunos metros.

—Esto no está yendo bien —le dijo, tratando de acaparar su atención.

—¿En serio? ¿Y qué podemos hacer al respecto? —replicó, un poco molesto con el comentario que solo marcaba lo evidente— ¿Se te ocurre algo mejor?

—Sí, pero necesito de tu ayuda —afirmó, convencido.

—No perdamos tiempo, debemos ayudar —recriminó, y giró para continuar con lo que estaba haciendo, pero Eros insistió, esta vez más firme e incisivo.

—Puedo hacer algo para colaborar realmente, pero primero necesito que me ayudes a salir del castillo —explicó, y aguardó expectante por la reacción.

—Si quieres irte, adelante, puedes hacerlo, sé que no es tu batalla —reprochó, contrariado.

—¡Esta sí es mi batalla! —gritó, enérgico—. Si me hubieran creído la primera vez, ahora no estarían pasando por esto. ¿Vas a desconfiar de mí otra vez? —increpó con crudeza, y el rostro de Rolf se transformó.

—Está bien, tienes razón. ¿Cuál es tu idea? — preguntó, más sereno.

—Debes confiar en mí. Créeme, no lo comprenderías. Solo necesito que me ayudes a salir del castillo. ¿Hay alguna forma en que pueda hacerlo sin que me ataquen? —Sabía que lo que estaba pidiendo era casi imposible.

—Hay una manera —dijo, con una expresión esperanzadora—. Ven, sígueme.

Bajaron por una escalera de cuerdas que conectaba el puesto con una rudimentaria tienda montada sobre el patio de armas. Ambos corrieron varios metros, yendo de un extremo del castillo a otro. Eros, como en toda la noche, perseguía los pasos de Rolf sin saber lo que pensaba exactamente. Se detuvieron frente a una vieja carreta, que se ubicaba en la parte trasera del fuerte. Rolf corrió el trasto hacia un costado

y dejó a la vista una puerta de hierro incrustada en el piso. Allí nadie los observaba, y Rolf develó el misterio.

—Aquí hay un pasadizo secreto para escapar del castillo —dijo, señalando la puerta—, su uso es exclusivo de los nobles, nadie tiene que saber que te permití pasar, ¿entiendes? —recalcó, y Eros asintió con la cabeza—. Tienes que entrar por esta puerta y luego descender por las escaleras que te llevarán al interior de la montaña. Si sigues el sendero te conducirá hacia el exterior. En ese punto te hallarás en la mitad de la ladera, luego tendrás que completar el descenso por tu cuenta, hay sogas instaladas que te facilitarán la bajada. Supongo que no habrá soldados a esa distancia. No sé qué tienes en mente, pero espero que sea algo bueno —concluyó, nervioso.

—Gracias por confiar en mí, te prometo que regresaré para ayudarlos —respondió, con gratitud.

—Los dioses te enviaron desde el Sur por alguna razón, demuéstranos cuál es —enfaticó, y abrió la puerta. Una polvareda se esparció en el aire y el agujero quedó en penumbras, su ingreso parecía tan siniestro como la garganta de un dragón.

Rolf le indicó que, una vez dentro, podría encontrar una antorcha y material para encenderla. Ambos se despidieron con un ligero apretón de manos, y Eros emprendió la marcha.

Bajó las escaleras hasta llegar al primer descanso. La visibilidad era escasa, pero, tal como lo había indicado su compañero, había una antorcha en el suelo. A su lado, se encontraba una piedra. Al sujetarla, supo que era un

pedernal y le sería útil, pero no había pirita ni otro mineral como para generar la chispa. Trató de proceder golpeando la piedra contra su espada, el arma era de acero y ofrecía una buena alternativa para provocar la reacción. Los primeros intentos fueron nulos, entonces recordó su experiencia en el búnker, junto a Aron, donde no había sido sencillo, pero habían insistido hasta lograrlo. Continuó probando y las primeras chispas se hicieron presentes, la combinación daba resultado, así que acercó la antorcha y volvió a repetirlo. Finalmente, apareció el humo que deseaba, y al cabo de algunos segundos, el artefacto iluminó el espacio.

Sin perder tiempo, continuó el descenso por las escaleras. El acceso estaba en buenas condiciones, pero a medida que avanzaba, el

oxígeno se reducía afectando su respiración. La humedad en el pasadizo era insoportable, y el olor rancio lo hacía aún más tedioso. De todos modos, la incomodidad no representaba un obstáculo para Eros, y menos aún al compararlo con todo lo vivido en sus últimos días.

Tras cientos de escalones, finalmente, llegó a la base de la escalera, donde el túnel continuaba en un plano horizontal. Todo acontecía tal como le había explicado Rolf. Al completar el sendero, se topó con un portón bloqueado desde dentro por una cadena. Bastó algunos golpes con la espada, y el acceso quedó liberado. Abrió la puerta con cautela, y se encontró con el exterior de la montaña. Eros respiró hondo y pudo quitarse el ahogamiento del encierro. Una vez fuera, volvió a sentir la crudeza del frío y el ambiente hostil de la montaña. Para su sorpresa, el terreno no era

tan empinado como lo había imaginado, aunque todavía estaba a una distancia considerable de la base. Por fortuna, no había soldados del Norte que amenazaran la misión y pudo continuar la marcha sin inconvenientes.

El primer tramo resultó accesible, la pendiente era leve y había arbustos para sujetarse, pero cuesta abajo el panorama se iría dificultando. Cuando apenas restaba una decena de metros para alcanzar el pie de la montaña, el terreno cambió abruptamente, no había de qué aferrarse y la caída era muy vertical. Buscó a su alrededor las sogas de las que le había hablado Rolf, pero no pudo encontrar nada. Se sentía frustrado, el objetivo estaba cerca, pero los últimos pasos eran los más peligrosos.

El tiempo apremiaba y decidió tomar riesgos. Apoyó el cuerpo completo sobre la roca para

aumentar la superficie de contacto y probó avanzar con suma cautela. Al principio, aplicaba movimientos cortos y precisos para no cometer errores. La técnica le estaba dando resultado, lo que hizo que fuera ganando confianza, pero al relajarse un poco apareció el primer fallo. Uno de sus pies se zafó del relieve y su cuerpo se abalanzó. Hizo esfuerzos por recuperar el equilibrio, pero la suerte no estuvo de su lado. Descendió algunos metros en caída libre e impactó contra una roca. Aturdido, rodó los metros restantes hasta llegar al fondo. Quedó tumbado en el suelo, boca arriba e inmóvil. Le dolía todo el cuerpo y la cabeza le daba vueltas, pronto sintió que comenzaba a desvanecerse. Apenas podía percibir el frío y oír el sonido del viento retorciendo las ramas. Vulnerable y

confundido, permaneció en la misma posición por varios minutos.

El tiempo pareció detenerse, hasta que una sombra, grande y repentina, irrumpió en el ambiente. Eros aún padecía las secuelas de la caída, y su visión era demasiado borrosa como para entender lo que sucedía. Trató de enfocar la mirada, pero no lograba conseguirlo. A pesar de su estado, sentía que esa presencia seguía estando ahí, lo que le resultaba sumamente inquietante. Se esforzó por volver en sí y, al recuperar algo de energías, se impulsó para erguir su cuerpo. El envión le alcanzó para levantar el torso, y se quedó sentado en el piso, sostenido con sus brazos por detrás. Al levantar la cabeza, logró vislumbrar un enorme hocico blanquecino. El calor que emanaba lo trasladó a una sensación extrañamente familiar. Antes de entender lo que

pasaba, sintió una caricia bestial, húmeda y fibrosa, cruzarle el rostro.

El contacto había sido inesperado y desagradable, lo suficiente como para hacerlo reaccionar. Mientras se secaba las mejillas con las manos, abrió los ojos, ya mucho más despejados, y observó a Agatha frente a él. La dragona lucía igual de deslumbrante, pero con una actitud mucho más dócil y amistosa. Parecía eufórica por volver a verlo. Intentó lamer su rostro nuevamente, pero Eros la apartó con el brazo entre risas, aunque le reconfortaba el gesto.

El reencuentro con su compañera fue una inyección de energía que, a pesar de los machucones, le permitió reincorporarse. No parecía acarrear heridas graves, pero una de sus piernas estaba afectada por una fuerte contusión, lo que le impedía pararse con normalidad.

Agatha intuyó su dificultad y se inclinó para que subiera a su lomo. La conexión entre ambos parecía estar más sincronizada que nunca.

Eros montó a la dragona y rápidamente levantaron vuelo. En cuestión de segundos, alcanzaron gran altura. La perspectiva aérea les ofrecía un panorama completo de la situación en el castillo del Oeste. El estado era preocupante, los focos de incendio se habían intensificado y los enfrentamientos sobre los muros eran más numerosos.

El joven estaba abrumado por el cansancio y las heridas, sin embargo, junto a Agatha, había recuperado el sentimiento de seguridad y protección. Después de días sombríos, finalmente se sentía a salvo. Paradójicamente, su posición era mucho más favorable que la de los hombres del Oeste, quienes lo habían

maltratado, y ahora eran ellos quienes estaban en serios apuros. Debía tomar una decisión difícil entre resguardar su vida y transitar un nuevo camino, o ser fiel a su palabra y regresar con ayuda como le había prometido a Rolf.

Su cuerpo le exigía una tregua, un poco de paz, pero su corazón lo llevaba a la batalla, y en cada latido lo impulsaba a convertirse en el guerrero que siempre había añorado. Sentía que, probablemente, tenía en sus manos la última esperanza del pueblo del Oeste y, a su vez, una gran oportunidad para demostrarle a todo Tibur de que estaba hecho. No tuvo que pensarlo más y le indicó a Agatha que volara hacia el fuerte. Sintiendo la fuerza de su decisión, la dragona enfiló hacia el castillo como un vendaval de poder y energía.

A gran velocidad, se dirigieron al punto de conflicto y, a medida que se aproximaban, la situación se notaba más compleja e irreversible. El Oeste perdía terreno y sus defensas estaban a punto de claudicar. El objetivo del Norte era un misterio, pero algo era seguro: se estaba haciendo realidad.

Antes de sumarse a la batalla, sobrevolaron la fortaleza dando giros a una distancia prudencial. El sonido estremecedor de la muchedumbre se silenció por un momento, y las embestidas tanto del Norte como del Oeste se interrumpieron. La presencia del dragón blanco, imponente y desafiante, había acaparado la atención de todos los hombres, sin importar su bandera. Pocos guerreros habían podido observar un espécimen como ese, y quienes habían tenido la oportunidad difícilmente habían sobrevivido

para contarlos. Pero jamás había sucedido algo semejante fuera los límites del Bosque Encantado. Aquel suceso era tan novedoso como amenazante, y dejó a todos los presentes paralizados.

Eros entendió que ese era el momento preciso para atacar, antes de que reaccionara el ejército del Norte, o que los guerreros del Oeste dudaran de qué lado estaba. Una simple orden del joven desató la furia en el dragón. Agatha se lanzó como una flecha contra el flanco más comprometido del castillo. Se deslizó con un vuelo rasante por encima de los muros, de punta a punta, y lanzó tantas llamaradas como le fue posible. Los soldados del Norte, quienes trepaban la muralla o estaban a punto de hacerlo, fueron envueltos en un fuego abrasador que los reprimió de inmediato. Había bastado un mero

ataque de Agatha para reducir el primer frente de batalla del Norte. Varios hombres cayeron desde las alturas obteniendo serias consecuencias y, quienes aún permanecían de pie, corrían envueltos en llamas tratando de apaciguar el daño con los remanentes de nieve que yacía en los alrededores.

Agatha ascendió a gran altura para evitar cualquier tipo de contraataque. Repitió las maniobras de sobrevuelo, apreciando cómo cambiaba el panorama. El Norte estaba abandonando su posición dominante y mostraba una actitud mucho más conservadora. Los soldados se habían replegado varios metros de la fortaleza, y quienes habían logrado ingresar quedaron en desventaja numérica ante los guardias del castillo, cayendo uno por uno.

Aún restaba consolidar la supremacía, por lo que un nuevo ataque se volvía necesario. Pronto, Agatha se reincorporó a la batalla, esta vez dando un giro completo sobre el exterior del castillo. A su paso, eliminó todo tipo de amenaza que hubiera al acecho, y el perímetro de las murallas quedó ardiendo en llamas, imposibilitando que el Norte retomara su objetivo.

Tras el ataque, repitieron el mismo procedimiento, y volvieron a ascender. Desde lo alto, pudieron advertir el punto de concentración del ejército adversario. La invasión se había cimentado en el valle encerrado entre las montañas en dirección norte. Allí, tenían base varios puestos de guerra donde, aparentemente, estaban abasteciendo de armas y provisiones a los soldados. Se podía especular

con la idea de que habrían accedido a la región por ese sector, organizándose para la batalla.

Sin ánimo de provocar mayor daño del necesario, Eros optó por dar una fuerte advertencia, y dejar que la reacción del enemigo determinara el siguiente paso. Fue así, que impulsó a su dragona contra los puestos de abastecimientos y, con bocanadas de fuego, se ocuparon de incendiar los blancos designados. Los daños materiales habían sido importantes, y un gran golpe para la misión de los norteros. Luego de esto, fueron hacia la cima de una de las montañas que rodeaban el valle, y aguardaron por el accionar del enemigo.

Al poco tiempo, las tropas del Norte emprendieron una rauda retirada. Con importantes daños materiales y bajas sustanciales, habían quedado tan debilitados que

abandonaron su propósito, al menos, por aquella noche. Había sido un golpe directo e implacable, pero solo era una batalla. La guerra apenas había empezado.

Eros sentía enorme satisfacción por lo que había logrado, pero sabía que de nada serviría sin tomar medidas a futuro. Pensó que la unión entre el Sur y el Oeste era el único camino hacia la victoria definitiva. Antes de emprender el regreso, consideró importante acercarse a Kalevi, esta vez desde una posición mucho más firme.

Partieron de la cima y se acercaron lentamente al castillo del Oeste. Con cautela, la dragona realizó un descenso sobre el fuerte, donde la situación lucía mucho más calma que antes. Los guardias se hallaban apostados con normalidad, mientras otros colaboradores se encontraban

reduciendo los últimos focos de incendio. No había reacción ofensiva contra ellos, aunque la expectativa era absoluta. Agatha aterrizó sobre el patio de armas, bajo un ambiente de máxima tensión e incertidumbre. Sin embargo, el comportamiento de los presentes era completamente pacífico, estaba claro de qué lado había estado la dragona.

Mientras solo el murmullo se destacaba en la quietud, Eros descendió del lomo del animal y se paró frente a la muchedumbre, a escasos metros de distancia. Entre el gentío, apareció Rolf, quien dio varios pasos por delante del resto.

—La razón por la que los dioses te trajeron al Oeste fue para salvarnos, este pueblo te estará eternamente agradecido —dijo, emocionado, rompiendo el letargo de la muchedumbre.

Detrás de él ingresó Kalevi. Sin emitir palabras, avanzó con un aplauso que se fue intensificando a medida que el resto de los presentes se sumaban al gesto. En cuestión de segundos, un batir de palmas enérgico y generalizado acaparó todo el espacio. Eros se llenó de emoción y una sonrisa plena se instaló en su rostro. El corazón le rebozaba de orgullo y alegría, jamás se hubiera imaginado una escena semejante. La victoria y el reconocimiento lo abrazaban, y lo elevaban a ese lugar singular dónde solo los grandes guerreros logran arribar: la gloria.

El aire aún olía a ceniza y madera quemada. Las escenas del brutal combate entre guerreros del Oeste y del Norte permanecían grabadas en las

retinas de los sobrevivientes. El enfrentamiento había dejado graves secuelas, físicas y materiales. Se habían vivido horas de extrema incertidumbre y terror en el castillo de las Tierras Altas, pero el final hubiera sido devastador de no haber sido por la providencial aparición de Eros y su dragona.

A pesar de las pérdidas, prevalecía un estado de euforia y optimismo entre los nobles y el mismo rey. El potencial bélico que había demostrado Agatha despertaba gran interés y esperanza. La última noche no había sido una más, se trataba de un hecho trascendental que, sin dudas, se perpetuaría en la mente y relatos de muchos, una de esas historias que jamás dejaría de contarse a través del tiempo.

Kalevi sabía que Eros era un alma libre, alguien que, sin pertenecer a su pueblo, había combatido

por ellos. Pero nada lo ataba a su reino. Por el contrario, el Oeste era quien estaba en deuda con él, por la ayuda recibida y por el mal trato que se le había dado en su llegada al castillo en primera instancia. Era así que el rey deseaba enmendar y fortalecer su vínculo con el joven guerrero. Tras la dura jornada, le había ofrecido a Eros descansar en una de sus mejores alcobas, con un trato preferencial, el mismo que le hubiera ofrecido al invitado más destacable. Además, le había entregado el establo más grande para que albergara a su dragona, la verdadera heroína.

A la mañana siguiente, el rey había organizado un banquete especial para agasajar al joven sureño y, sobre todo, definir algunas cuestiones cruciales pensando en el futuro. En el salón principal de la Torre del Homenaje, estaban reunidos varios nobles y militares de alto rango,

además del rey Kalevi y, por supuesto, el invitado de honor: Eros.

—Estamos muy agradecidos por lo que hiciste la última noche. Siempre serás reconocido por nuestro pueblo —elogió el rey, por enésima vez. Se mantuvo en silencio un instante, tratando de encontrar las palabras adecuadas para continuar—. ¡Eres extraordinario! ¡Domaste a un dragón! —exclamó al fin, sin poder contenerse, y miró a los presentes con un gesto de asombro, un poco sobreactuado. Lentamente, comenzaba a dirigirse al punto de interés.

—Discúlpeme, Su Majestad, pero no se trata de domar a un dragón —respondió, un poco molesto por las palabras de Kalevi. La conexión que tenía con Agatha nunca había sido forzada, sino generada por el vínculo que ambos habían forjado desde que el animal era una simple

potrilla, y que supo sostenerse, incluso, tras convertirse en dragona. En ese instante, en medio de esa charla, el joven se dejó llevar por una reflexión, y, sin querer, se abstrajo un momento de la reunión.

Eros comprendió que el poderío del dragón sería revolucionario en las batallas y que, tras la demostración de Agatha, no habría rey en Tibur que no deseara contar con uno en sus filas. Sin embargo, lo cierto era que nadie sabía aún cómo lograrlo. Solo él había generado aquel vínculo, y eso, sin duda, implicaba una gran responsabilidad. Pensó que debía manejar el asunto con extrema cautela y, por ahora, preservar en secreto el modo en que lo había conseguido.

Con la mente más clara, volvió a involucrarse en la reunión.

—Disculpa, muchacho, ¿te sientes bien? — preguntó uno de los colaboradores de Kalevi, al ver la dispersión del joven.

—¡Sí! Perdón, me distraje un momento — agregó, e intentó recuperar el hilo de la conversación—. Creo que, en realidad, el dragón me dominó a mí —expresó, con tonó de broma, y los presentes acompañaron con risas el comentario.

—Tú valentía y destreza nos tiene sorprendidos, eres un verdadero guerrero — afirmó el rey, insistiendo con los halagos. Sabía la importancia de contar con Eros en el futuro, y quería retenerlo, necesitaba seducirlo de algún modo—. Quiero que alcemos las copas en reconocimiento al gran *domador de dragones* — expresó, y bautizando en ese momento al joven con un ingenioso apodo. Todos brindaron y

celebraban alborozados el acontecimiento. Mientras la mayoría de los presentes vivían con júbilo el éxito de la victoria, Kalevi se sentía intranquilo. Si bien reconocía el logro, le inquietaba perder el poder de Eros.

»El verdadero reconocimiento se demuestra con acciones —declaró, y se preparó para abordar el punto coyuntural de la reunión—. Queremos que te quedes en nuestro reino, que te conviertas un Guerrero Real, un noble caballero del Oeste. El lugar que no supieron darte en el Sur, aquí lo tienes ganado. ¿Quieres unirse a nuestro pueblo? —preguntó finalmente, y esperó ansioso la respuesta del muchacho, quien estaba sorprendido y orgulloso al mismo tiempo. Sin embargo, sus planes eran mucho más loables que convertirse en un hombre acomodado.

—Su ofrecimiento me halaga, pero me temo que no podré aceptar su propuesta —respondió con temor, no quería ser provocativo. Aun flotaban los malos recuerdos de su primera estadía en el castillo.

—Destaco tu humildad, y entiendo que no sea fácil aceptar una propuesta tan importante. Pero te estoy ofreciendo una posición inmejorable, que nadie te dará en la vida. Tendrás comodidades y placeres que jamás hubieras imaginado. Ya no deberás preocuparte por la manera de sobrevivir cada día —aseveró, cayendo en demagogia—. Te daré todo lo que necesites, todo lo que has soñado, solo una cosa te pediré a cambio: tu secreto —concluyó, y aguardó más expectante que nunca.

—¿Qué secreto? —balbuceó, haciéndose el desentendido, se sentía acorralado. Mientras,

uno de los nobles, el más veterano, se sumó al diálogo.

—Eres joven y fuerte, a tu edad todos tuvimos sueños de grandeza, pero créeme, el tiempo pasa y llegamos a un punto de la vida dónde necesitamos asegurar nuestro bienestar. Tú tienes la posibilidad de resolverlo en este momento. Eres un aventurero, pero también una persona inteligente, toma la decisión correcta —enfaticó, dejando clara su opinión.

—¿Cómo domaste al dragón? —preguntó el rey, directo, ya sin vueltas.

—Su Majestad, llegué hasta aquí con ánimo de ayudar, y vaya si lo he hecho. Ahora debo continuar mi camino hacia el Sur, ellos también corren peligro. Me enorgullece todo lo que me ofrecen, pero me alcanza con el reconocimiento que he recibido en el patio de armas. Ser

aceptado por este pueblo es suficiente para mí — argumentó, preparando el terreno para su respuesta—. Mis experiencias más recientes me enseñaron que el dragón es el ser más excepcional que haya existido. Es un ser majestuoso, pero también peligroso, su poderío no tiene comparación. Lo que sucedió en el combate también fue novedoso para mí. Es una gran responsabilidad, un poder semejante podría ser devastador si cae en las manos equivocadas — explicó, asumiendo los riesgos de su postura.

El rey observó a sus colaboradores con un gesto de desconcierto. Sabía que lo que atesoraba el joven era valioso y debía manejarlo con diplomacia, de lo contrario hubiera sido más visceral. No acostumbraba ocupar un rol débil dentro de una negociación, pero debía aceptarlo, había mucho en juego. Al ver que Eros era un

hombre idealista, y que difícilmente podría persuadirlo, optó por un camino menos apremiante.

—Me parece muy coherente tu postura. Es algo muy delicado el control de un dragón, espero que sepas llevar ese don —respondió fingiendo resignación. Dejó pasar algunos segundos para que el joven se relajase un poco y arremeter con una estrategia más conveniente—. Nuestra oferta quedará en pie por si cambias de opinión. Pero, más allá de eso, considero que deberíamos unir fuerzas entre el Sur y el Oeste. Es algo que hemos abandonado en el tiempo y, con la amenaza latente del Norte, deberíamos recuperar. Tú llegada es un claro mensaje de los dioses y no debemos dejarlo pasar —aseveró, esta vez, utilizando un discurso mucho más cercano a las convicciones de Eros. Kalevi estaba dispuesto a

cualquier cosa, con tal de mantener contacto con el joven guerrero.

—Sí, es lo que deberíamos hacer. Nuestros antepasados forjaron un gran imperio distribuido en dos reinos, pero, en definitiva, un único pueblo —reafirmó, compartiendo la postura del rey. Eros se sentía mucho más a gusto con el giro que daba la conversación, estaba logrando lo que había añorado desde un principio: volver a unir el Sur con el Oeste.

—Entonces, sigue tu camino muchacho, confiamos en ti para unir fuerzas con el Sur. Será cuestión de tiempo para que la amenaza del Norte asome nuevamente, y debemos estar preparados y juntos para la siguiente batalla —afirmó como un verdadero rey.

Kalevi no había podido obtener el método para domar a un dragón, y materializar el deseo de

crear su propio escuadrón de dragones, idea con la que había fantaseado la noche previa. Pero, al menos, había conseguido definir un compromiso con Eros en vistas al futuro. Para asegurarse la continuidad de la relación del joven con su reino, le ofreció una carta certificada con el código real dirigida al rey del Sur. El gesto fue bien recibido por Eros, quien ya había entendido el sentido de tal formalismo al sufrirlo en carne propia.

*Al venerable y noble soberano,
Gregor, Rey del Sur.*

Por medio de mi pluma y con el sello inviolable del código real, dirijo a usted estas palabras en virtud de Mi Majestad, y con el peso de mi voluntad.

Se avecinan tiempos difíciles y hoy, como en el pasado, debemos unir fuerzas entre nuestros reinos para enfrentar las sombras del Norte.

Es imperioso formar un frente común para evitar la destrucción de nuestros pueblos. Hemos sido atacados recientemente por nuestro enemigo, y solo hemos sido capaces de replegar a sus tropas gracias a la ayuda fundamental del joven guerrero Eros.

Confío plenamente en el muchacho, cuya valentía y honor destaco, y le encargo llevar este mensaje trascendental para el futuro de todo Tibur, esperando una pronta y favorable respuesta.

¡Por la hermandad de nuestros reinos!

Kalevi, Rey del Oeste.

Código Real: |||||

CAPÍTULO IX

— El renacer —

33

Montado a su dragona, Eros volaba sobre el frondoso Bosque Encantado. El sol se posaba en su rostro, y el viento ya no era hostil como en los cielos de las Tierras Altas. Habían brillado varias lunas tras la partida del invierno, y el clima de media estación revitalizaba las zonas bajas de la región de Tibur.

La perspectiva desde las alturas había sido una experiencia extraordinaria para el joven. Las montañas nevadas lo habían estremecido con su inmensidad y grandeza, pero el paisaje del bosque no era menos impactante. La abundancia y colorido de su vegetación le llenaban la vista de belleza. Jamás hubiera imaginado tener la

oportunidad de montar un dragón y apreciar el territorio desde una óptica tan especial y privilegiada. La conexión con la naturaleza era absoluta, y su estado de ánimo se había fortalecido.

En el horizonte, se vislumbraba la estepa del sur, anunciando el final del bosque. El camino que alguna vez había sido un desafío de supervivencia, se convertía en una dichosa aventura desde lo alto. Su vínculo con la dragona le había ofrecido un poder fantástico, difícil de custodiar, pero único y superlativo.

Tras superar el Camino de los Miedos, arribaron finalmente a las tierras del sur. Atrás habían quedado los avatares de una gran travesía que, inexorablemente, había cambiado las reglas del juego para siempre.

Agatha disminuyó la velocidad y rodeó con su vuelo la rotonda principal, donde se conectaban las distintas vías. Eros había transitado esas rutas decenas de veces, pero desde las alturas todo lucía mucho más espectacular. El Camino Real se extendía bajo el resplandeciente follaje de los árboles emperatriz, que estaban plenamente florecidos. Las diminutas y abundantes flores teñían de morado el túnel natural que escoltaba la senda hasta su desembocadura, justo a los pies del castillo del Sur. Embelesado ante tanta hermosura, Eros prefirió continuar el viaje inmerso en el paisaje, una decisión bastante temeraria considerando que montaba un dragón.

Agatha se internó en la ruta como una saeta. Las alas se acoplaban al viento suave de la pradera y propiciaban un vuelo armonioso y rasante. Eros abrazaba a la dragona con firmeza

mientras atravesaban el aire espeso y cálido del pasaje.

Un sinfín de emociones se abrían paso en su interior. El regreso a su tierra lo estremecía, era el lugar que lo vio crecer, pero también huir. El Camino Real se convertía en una galería de memorias y recuerdos potenciados por la inspiración que provocaba su encanto singular. Las copas tornasoladas filtraban la luz solar en tonos violetas y rosados. Las hojas vibraban al compás de la brisa, y al caer a las aceras del sendero desprendían un perfume fresco y dulce, característico de los árboles emperatriz.

El paseo había sido mágico y sublime, y había sembrado un dejo de nostalgia en el joven. Al finalizar el trayecto, Agatha detuvo su vuelo y permaneció reposando sobre los pastos tiernos de la inmensa estepa. A lo lejos se apreciaba el

castillo del Sur, rodeado y protegido por el foso y su enorme puente levadizo.

El joven se paró en tierra firme, y observó con melancolía el fuerte a la distancia. El destino lo llamaba, debía presentarse y transmitir su visión altruista sobre el futuro de los reinos, esta vez desde una posición experimentada. Ya no era un joven novato haciendo sus primeros pasos como guerrero, su recorrido lo colocaba en un lugar de conocimiento. A pesar de eso, aquí nadie sabía de su evolución, y no era más que un desertor.

Embebido en su reflexión, se hizo también de un momento para pensar en Elena, y un sentimiento de incertidumbre lo invadió. La última vez que había visto su rostro, habían acordado un plan para salvar a Agatha, pero luego su ausencia dejó un mar de dudas. Se

preguntaba qué pensaría al recordarlo o, incluso si lo seguiría haciendo.

Todas sus ideas convergían en la necesidad de enfrentar las consecuencias que su huida había dejado en el Sur. Ya no era el mismo hombre, y tenía argumentos para demostrarlo. Solo debía actuar.

Sin previo aviso, oyó crujir las cadenas del puente levadizo, y su meditación se interrumpió. Al abrirse las compuertas, una formación de soldados montados a caballo surgió del interior. La mayoría de los jinetes, quienes lucían armaduras de la Guardia Real, enfilaron hacia el camino. En ese instante, comprendió que su presencia era el punto de interés, algo esperable si se tenía en cuenta que tenía un dragón blanco a sus espaldas. Todo se estaba dando antes de lo previsto.

En cuestión de segundos, los caballeros lo rodearon en un medio círculo, con sus armaduras gélidas y amenazantes. En el centro se ubicaba Sigurd, quien no portaba yelmo, pero su rostro implacable lucía como uno. No tardó en hablar, aunque su atención estaba puesta en el animal.

—Camaradas, si no fuera porque permanezco sobrio en servicio, diría que beber *Corazón de Guerrero* es cada vez más nocivo —dijo irónicamente, haciendo referencia a una de las bebidas más alucinógenas del reino. El tono en que lo había dicho fue cargado de un humor extraño, y ninguno de los caballeros dio calce a la broma, perplejos ante la figura del dragón—. No dejas de sorprenderme muchacho, ¿cómo conseguiste a tu mascota? —preguntó, mirando con recelo y confusión a la dragona.

—Es una larga historia que me gustaría compartir, pero sería mejor que estuviera el rey presente —respondió, intentando imponer condiciones, pero el maestro guerrero no se sintió a gusto con las formas.

—Tal vez podrías compartirlo con el rey, mientras le imploras piedad por tu delito de deserción —arremetió, sin vueltas—. ¿A caso piensas que este reino olvidó lo que hiciste?

—Las cosas han cambiado —dijo el joven con firmeza, pero fue increpado por el veterano una vez más.

—¡Yo digo cuando las cosas cambian! Y aquí lo único que ha cambiado es la presencia de esta bestia alada, para eso sí tendrás que explicarnos —aseveró, e hizo un gesto para que los guardias lo redujeran.

Dos de los soldados desmontaron y se aproximaron a Eros. Cuando estaban a pasos del joven, Agatha reaccionó violentamente con una gigantesca bocanada de fuego que expulsó hacia el cielo. El mensaje fue contundente, aunque no daño a nadie. Los hombres retrocedieron y aguardaron expectantes en sus posiciones. Sigurd desistió del arresto.

—Insisto en que las cosas han cambiado —replicó, y mostró la carta certificada del rey Kalevi, la cual se la entregó a Sigurd, quien se sorprendió al ver el sello del Oeste.

El maestro guerrero se mantuvo en silencio unos segundos, observándola, y luego levantó la vista, y lo miró con suspicacia, indicando que le costaba creer que fuera cierto.

—¡Es verdadera! —exclamó con bronca el joven, mientras comenzaba a perder la

paciencia—. Tiene el código real, sería conveniente que lo verifiquen primero y luego continuamos con la charla —concluyó, categóricamente. Eros había aprendido muy bien el valor que tenía ese elemento en un mensaje.

Sigurd le ordenó a uno de sus discípulos que fuera hasta el castillo a corroborar la autenticidad del manuscrito. Mientras tanto, optó por callar: la situación era extraña y nadie quería dar un paso en falso. Eros también prefirió aguardar en silencio. Sabía que, tras la verificación de la carta, sus palabras cobrarían mayor sentido. Por su parte, Sigurd se encontraba contrariado, le sorprendía la firmeza del joven, sentía herido su orgullo ante el arresto frustrado y, aunque no lo dejaba traslucir, temor por la amenaza que representaba la dragona. Mientras esperaba, no

podía quitarle la mirada de encima, jamás había visto un ejemplar como ese.

Sin buscarlo, su atención derivó en una cicatriz que tenía el animal en una de sus patas. La extensa marca cubría casi todo el largo del muslo. Estaba formada por una línea gruesa irregular y otras dos más finas que la atravesaban, idénticas y alineadas. La herida era similar a las que poseían los caballos tras graves lesiones. En esos casos, la mayoría de los animales eran sacrificados, pero otros tenían una segunda oportunidad. El procedimiento consistía en entablillar el miembro con una estructura de hierro para inmovilizar la zona hasta su recuperación. Al quitar el artefacto, el caballo continuaba su vida con cierta normalidad, aunque excluido de trabajos forzosos. El amarre provocaba un par de cicatrices extra debido a la

presión que ejercía en la piel. Marcas como las que el dragón presentaba como un estigma del pasado, ya que nadie aplicaría esa técnica en una bestia de tal porte. No había dudas para Sigurd: el animal habría sufrido la metamorfosis del dragón. Pocos en el reino disponían del conocimiento para arribar a esas conclusiones. El hallazgo le aportaba tantas respuestas como nuevos interrogantes.

Mientras hilvanaba conjeturas, el soldado regresó con el resultado de la verificación y se lo susurró al oído. El maestro guerrero se tomó unos segundos para volver a leer la carta detenidamente, y se despojó de todo prejuicio hacia el joven.

—La carta es legítima, es un mensaje verdadero del rey Kalevi. Tal vez debemos continuar esta charla en el salón principal. Te llevaré con

Gregor, pero dile a tu nuevo amigo que espere aquí afuera —exigió, aunque lo hizo en un tono gracioso, relajando un poco el ambiente. Eros respondió con una leve sonrisa. Después se arrió a la dragona y le indicó que debía alejarse por el momento. Agatha acató la orden, abrió sus enormes alas y las agitó con potencia. Un remolino de tierra y hojas secas giró por un instante, ante la mirada atónita de los soldados. El animal no tardó en alcanzar gran altura y se esfumó entre las nubes. Acto seguido, el joven guerrero fue escoltado hacia el interior del castillo.

Minutos más tarde, Eros volvía a ingresar al gran salón, el mismo donde habían celebrado su éxito en la prueba de valentía. Había pasado un tiempo de ese día, y su actual visita aparejaba circunstancias diferentes.

Una vez dentro, se dirigió a la mesa principal a la par de Sigurd. Allí ya se encontraba el rey Gregor compartiendo unos tragos con su amigo Viggo, el clima parecía ameno. A un lado estaba Aron sentado, callado y adormilado. Al advertir la presencia de su antiguo amigo, se despabiló como si le hubieran tirado un balde de agua fría. Su primera reacción fue de espanto, como si hubiera visto a un fantasma. En ese lapso se llenó de temor y vergüenza, todo lo que había expuesto y argumentado sobre Eros, se le volvía en contra. Al intersectar su mirada, cambió el gesto raudamente, poniendo una falsa sonrisa. No tuvieron tiempo de cruzar palabras, dado que el rey explotó apenas pudo advertirlo.

—¡Desertor! —gritó enérgicamente mientras señalaba con su dedo al joven guerrero, suponiendo que había sido capturado y traído

ante su presencia para decidir su castigo. Pero antes de que el rey pudiera continuar, irrumpió Sigurd tratando de aclarar la situación.

—Discúlpeme, Su Majestad, no debería precipitarse, Existen hechos que debe conocer antes de tomar cualquier acción —y le entregó la carta certificada. El rey leyó atentamente las líneas, y luego observó al militar con cierto recelo, buscando alguna confirmación del contenido. Sigurd asintió con la cabeza, dando a entender que el mensaje era legítimo. Ambos se conocían desde hacía muchos años, y la confianza era plena. El rey se dirigió nuevamente al joven, esta vez más tranquilo, aunque confundido por la noticia.

—Huiste como un cobarde de nuestro reino, pero te convertiste en héroe en el Oeste —dijo con lentitud, cada palabra destilando ironía

mientras soltaba una risa sarcástica—. ¿Cómo puedes explicarlo? —indagó, confundido, pero despojado de la ira que lo había abordado en un primer momento.

—Lamento el modo en el que me fui del reino, creo que tuve los motivos y, aunque sé que no justifica mi error, puedo asegurarle que valió la pena. Sé que voy a sonar pretensioso al decir esto, pero mi ayuda fue vital para que el Oeste pudiera replegar el ataque del Norte —argumentó, hizo una breve pausa y arremetió más enérgico—. Las formas no fueron las mejores y lo reconozco, pero los resultados fueron muy favorables y no me arrepiento de mis decisiones.

—Está claro que tienes al Reino del Oeste en un puño, pero yo no soy Kalevi, dime qué hay de valor en ti para que te tenga la misma

consideración. ¿Acaso tan rápido te convertiste en un gran guerrero, si ni siquiera pudiste sacrificar a un caballo? ¿Qué tienes de especial? — preguntó, aún distante.

El joven balbuceó un poco, no queriendo realmente revelar la existencia y nueva forma de Agatha ante el monarca, pero Sigurd respondió en su lugar.

—¡Un dragón! El muchacho tiene un dragón, ¡eso lo hace diferente! —lanzó, y los ojos del rey se abrieron de par en par—. No sé cómo lo hizo, pero domó un dragón.

—¡Es un potencial inigualable! Pero también una gran responsabilidad —respondió rápidamente Eros, atajándose. Sabía que el rey podía reaccionar de cualquier manera.

—Tú... ¡tú tienes un dragón! —dijo, y explotó en carcajadas.

—No es broma, el muchacho estaba montando un dragón, lo vi con mis propios ojos —aseveró Sigurd nuevamente.

Al rey se le transformó el rostro. Se mantuvo mudo un momento hasta caer en la realidad. La palabra del militar era irrefutable para él. Bebió lo que quedaba de un jarro y, esforzándose por aceptar lo que oía, le hizo un gesto al joven para que prosiguiera con su relato. Eros continuó narrando sus historias más recientes. Reveló la información que había obtenido de Kol, y se excusó de no haber tenido oportunidad de comunicarlo, pero que había sido el motivo principal por el que inició su travesía hacia el Oeste. Relató los hechos acerca del ataque del Norte, y cómo habían podido replegarlo con la ayuda del dragón. Destacaba detalles que lograban deslumbrar a Gregor, pero sin ahondar

en la manera en que había dominado a la dragona, y Sigurd no tardó en señalarlo.

—¿Cómo lograste dominar al dragón? —dijo tajante, advirtiendo las evasivas de Eros.

El muchacho sintió que un sudor frío le recorría la nuca. No era la primera vez que lo ponían en ese apuro. De igual manera, como había sucedido con Kalevi, Eros sintió la responsabilidad de ser cauto con su explicación.

—Tuve que sobrevivir varias noches en el Bosque Encantado. Fueron momentos muy difíciles y no sé bien cómo ocurrió, simplemente pasó —respondió, nervioso y muy poco convincente.

—Es la yegua, ¿verdad? —lanzó Sigurd. Su comentario fue una estocada certera. Eros se quedó pasmado, boquiabierto, sin palabras. El maestro guerrero, lo siguió acorralando— ¡Lo sé!

Su cicatriz es inconfundible, escapaste de la prueba de lealtad para no sacrificarla y volviste con ella. Eso sí, un poco cambiada —agregó con suficiencia. Aunque internamente estaba feliz de ver vivo y bien al que había sido su aprendiz más brillante, gozaba como un verdugo la incomodidad del joven quien, arrinconado, ya no tenía más opción que exponer la verdad.

—¡Sí, es Agatha, mi auxiliar de entrenamiento! Se convirtió en dragona en el Bosque Encantado, eso es lo que sucedió —confesó, y aguardó expectante la reacción de los presentes. El rey fue el primero en hablar.

—¡Es asombroso! En lugar de sacrificar a la yegua, dejaste que se convirtiera en dragón y nos trajiste el arma más poderosa de todo Tibur —dijo, orgulloso de lo que había hecho el joven guerrero, y cambió su perspectiva

definitivamente—. Esto sí es una gran muestra de lealtad. El joven es un verdadero guerrero —concluyó, enérgico y determinante.

—Siempre seré leal a mi reino, aunque, de todos modos, hay que ser cautos. Si bien mantengo un vínculo con ella, deberíamos... —comenzó a explicar, pero no pudo proceder ante el corte del rey.

—No seas modesto, tienes un dragón, eso es increíble. Te daremos por aprobadas las pruebas, y te unirás a la Guardia Real con honores. Muero por ver ese dragón —expresó, ansioso como un niño.

—Entiendo la importancia del caso, pero eso no debería revertir lo que sucedió en la última prueba, el joven... —Sigurd, quien siempre se había mantenido fiel a las normas, intentó

exponer su desacuerdo, pero también fue interrumpido por el monarca.

—No importa lo que sucedió en el pasado. Eros es un guerrero y será aceptado en la Guardia Real, quiero al muchacho en mi ejército —dictaminó, y dio por concluido el diálogo. Sigurd estaba contrariado, sabía que era importante contar con Eros, pero su metodología ortodoxa chocaba una vez más con las decisiones impulsivas de Gregor.

El rey se acercó al muchacho y le dio un apretón de manos, ambos cruzaron una mirada de gratitud. El rey se despidió del joven y se retiró junto a sus colaboradores. En el salón quedaron a solas Eros y Aron.

—Me alegra que hayas sobrevivido —expresó Aron, forzando una sonrisa y alivio en sus palabras.

—Gracias. Fue... difícil, pero aquí estoy. También me alegra saber que pudiste volver ileso del Camino de los Miedos —respondió con sinceridad.

—Sí, no tuve inconvenientes gracias a tu ayuda —expresó, sintiéndose cada vez más incómodo con la charla. Sabía que sus mentiras le traerían consecuencias tarde o temprano. Estaba tenso y, cuando creía que no podía ser peor, fue entonces cuando Elena abrió las puertas del salón e ingreso sobresaltada.

—¡Eros, estás vivo! —gritó, alborozada. Avanzó corriendo hasta la posición del joven y lo atrapó en un abrazo, que por poco los tira a ambos al suelo. Se aferró a él con fuerzas, y se quebró en llanto. Sentía que su corazón roto volvía a unir las piezas.

Ambos permanecieron abrazados y emocionados. Por su parte, Aron jamás había sentido tanto fastidio. Con disimulo, enfiló hacia la puerta de salida, e intentó pasar inadvertido. Antes de alejarse lo suficiente de ellos, Elena levantó la mirada por detrás de Eros, aún aferrada a su espalda. Aron no pudo evitar cruzar la mirada con ella, y percibió en la hija del rey un gesto de furia, había mutado de felicidad a enojo en un instante. Y ese sentimiento cargado de ira se fundió en una mirada fulminante. El joven agachó la cabeza y continuó hacia la salida resignado. Su sueño incipiente de conquistar a la princesa se había hecho añicos por completo.

Eros y Elena caminaban por la orilla del Lago de los Dioses. La tarde era espléndida y apacible.

Las aguas reposaban en calma, apenas mecidas por una suave brisa nacida de las montañas. Se habían reunido como tantas veces en el lugar, pero este encuentro no era uno más. Las circunstancias los habían separado y, cada uno a su modo, había sentido ese peso como el de una despedida definitiva. El destino, sin embargo, les ofrecía una segunda oportunidad, una carta con sabor a revancha, y no querían dejarla pasar. Habían comprendido, al fin, el valor del vínculo que los unía.

Eros disponía de mil historias para contar, durante su tiempo ausente había vivido más que en el resto de su vida. La princesa, feliz de escucharlo nuevamente, apreciaba sus relatos con devoción. Ella también había sumado experiencias en ese lapso, donde se destacaba el incidente sufrido de camino a la ceremonia de

iniciación. Sin dudas, ese desencuentro aún era una espina encarnada en la relación. Eros, como buen caballero, no pretendía incomodarla con heridas del pasado, e incluso prefería aprovechar el tiempo para disfrutar de la compañía. A pesar de eso, la charla pendiente flotaba en el ambiente, y Elena entendió que debía limar esa aspereza a fin de que ambos pudieran tener nuevamente la relación de plena confianza de antes. No quiso demorar más el mal trago, y decidió abordar el tema.

—Lamento mucho lo que sucedió en la ceremonia, nunca fue mi intención que tuvieras que pasar por todo eso —lamentó, la voz se le entrecortaba, pero logró romper el hielo.

—No tienes nada que lamentar, eso es parte del pasado. Además, si no fuera por lo que pasó, no hubiera vivido esta aventura de la que no me

arrepiento —señaló, con sinceridad, a pesar de que su principal intención era quitarle presión a la joven.

—Lo sé. El final, tal vez, lo justifica. Pero no es el punto, yo te fallé y lo lamento. Necesito pedirte disculpas por eso —enfaticó, y le hizo un gesto para que la dejase continuar—. De todos modos, necesito que sepas que no fue mi intención que sucediera, yo estaba dispuesta a llegar a tiempo para el intercambio que pactamos. Pero en el camino fui sorprendida por dos ladrones, esos malandras me atacaron —enfaticó, y la bronca la invadió como lo hizo aquella noche.

—Odio que te haya pasado eso, soy yo quien te tiene que pedir disculpas. Fui egoísta, pensé en mis problemas y te terminé exponiendo al peligro —lamentó, y una oleada de culpabilidad

lo azotó. Hasta el momento había sentido recelo por su ausencia, pero al conocer el verdadero motivo, su perspectiva daba un giro—. ¿Te dañaron? ¿Qué sucedió luego? —indagó, preocupado y sorprendido.

—¡Tranquilo! Fueron solo rasguños y una reprimenda de Engla al día siguiente —dijo entre risas para distender un poco el ambiente, necesitaba aclarar el tema, pero tampoco quería empañar el encuentro—. El verdadero problema fue que se llevaron mi caballo, tuve que resignarlo para poder esconderme. Corrí hacia el lago, pero, para cuando llegué, era demasiado tarde. La ceremonia había terminado, y el clima estaba extraño. Cuando oí que un joven había huido, enseguida supe lo que habría pasado, se me rompió el corazón en pedazos —terminó, y los ojos se le enrojecieron. Rápidamente bajó la

cabeza, no le gustaba mostrarse vulnerable. Eros la tomó suavemente del mentón para interceptar su mirada, y algunas lágrimas se derramaron. Mientras le secaba las mejillas con sus manos, intentó reanimarla.

—No llores, no vale la pena, al final todo salió bien. Insisto, la culpa fue mía, tú quisiste ayudar en todo momento y siempre voy a estar agradecido por eso —la sinceridad de su voz y sus comentarios provocaron una sonrisa tímida en la muchacha—. Saber que lo intentaste me honra y me enorgullece. Eres una mujer muy valiente y la única persona en la que puedo confiar realmente —afirmó, y la mirada de Elena volvió a humedecerse, pero, esta vez, de emoción.

La declaración de Eros había sido una caricia para su alma, y la liberación del peso de la culpa que la azotaba desde aquel día. En el aire se

respiraba un sentimiento hermoso e inquebrantable, estaba claro que el vínculo se encontraba intacto. La unión era la misma de antes, pero mucho más libre y despojada de prejuicios. Quería expresarle todo lo que sentía por él, que estaba lista, y que ya no había nada que la reprimiera. La emoción la enmudeció repentinamente, trató de encontrar las palabras justas, pero perdió segundos balbuceando frases inconclusas. Sin pensarlo más, entendió que estaba todo dicho, y decidió ser más impulsiva, más a su estilo. Se abalanzó sobre Eros y, sin más preámbulos ni tabúes, lo sorprendió con un beso temerario, lleno de pasión y frescura. Ambos se besaron como jamás lo habían hecho, y como sí lo habían soñado. Sus almas se fusionaron en ese instante, y algo cambió para siempre.

Entre euforia y risas, recorrieron los metros restantes hasta llegar al faro del Sur. Allí, subieron las escaleras hasta el mirador e ingresaron a la sala de la vidriera. Se acercaron a los cristales para abrazarse en silencio y contemplar el bello atardecer que agonizaba en Tibur. La ubicación ofrecía una vista excepcional del Lago de los Dioses y la cordillera del este. La imagen de los picos nevados retrotrajo a su mente los vuelos con la dragona, y lo fascinante que había resultado aquella experiencia. Consideró que ese era el momento ideal para hablarle acerca de lo que había sucedido con Agatha.

—Aún no te conté lo más importante de mi aventura —comenzó, directo, pero también jugando con la curiosidad de la princesa.

—¿Qué tienes para contar? Vamos, dilo por favor —exigió, espontánea y ansiosa.

—Se trata de Agatha —respondió, dejando correr la información a cuenta gotas.

—¿Qué sucedió con ella? —preguntó, cautelosa. Hasta el momento había evitado tocar ese punto. Aún desconocía los detalles de la charla que Eros había mantenido con su padre y los presentes en esa mesa chica. Intuía que algo malo pudiera haber ocurrido con la yegua, y las palabras del viejo Olaf resonaban en su mente. Sabía que la metamorfosis, posiblemente, había sido inevitable y no sabía las consecuencias que había tenido. Todo había sucedido muy rápido, y ni los rumores acerca del nuevo domador de dragones habían llegado a sus oídos. Eros lo sabía y quería aprovecharlo, así que pensó en darle una gran sorpresa.

—Agatha está viva —afirmó, y Elena se sorprendió gratamente.

—¡Es una excelente noticia! —exclamó, alborozada. Luego, más relajada, se permitió indagar libremente—. ¿Volviste con ella? ¿Dónde está? —preguntó, mientras la duda la carcomía.

—¡Sí! Deberías conocerla.

—¿Conocerla? Si ya la conozco —replicó, e hizo una breve pausa—. ¿Por qué dices eso? —insistió, confundida. Eros no respondió, y le devolvió una sonrisa risueña. Algo en su mirada, hizo que comenzara a atar cabos.

El joven le hizo un gesto para que lo acompañara, abrió la puerta de acceso a la galería y la invitó a salir al balcón del faro. Una vez afuera, comenzó a gritar el nombre de Agatha con vehemencia. Su voz resonaba desde lo alto de la torre y su eco se propagaba en el aire. Elena

lo miraba expectante, con el corazón latiéndole cada vez más fuerte. La situación era un tanto extraña, pero todo indicaba que iba a tomar el desenlace que ella estaba esperando.

Desde la cordillera, surgió la silueta lejana de la dragona. Al principio, apenas era distinguible a la distancia, pero igual acaparó la atención de ambos. Expectantes, aguardaron que la figura fuera ganando definición en el cielo. Pronto, la imagen se volvió mucho más nítida, y Agatha avanzó hacia el faro a gran velocidad. Un puñado de segundos bastó para que se hiciera presente, y con un vuelo elegante, como si ella también quisiera lucirse ante la princesa, rodeó la cúpula del faro con su porte inigualable.

Elena no podía creer lo que apreciaban sus ojos, a pesar de que ya lo había anticipado en su mente. El gran dragón blanco, sublime y poderoso,

danzaba frente a ella en el aire, tal como lo había soñado hasta despierta. La emoción corría por su cuerpo y, en ese momento de exaltación, su propia voz la hizo volver a reaccionar.

—¿Agatha? —murmuró, conmovida y anonadada, aún temía estar diciendo algo absurdo.

—Ella misma, renacida. Te presento a la nueva Agatha —expresó Eros, y rió ante el asombro de la princesa—. Alguna vez me hablaste acerca de los dragones blancos, y que todos tenemos uno predestinado. Me pareció una locura al oírlo, pero... ¿cómo lo sabías?

—No lo sabía, los libros no hablaban de eso, pero por algún motivo lo presentía —admitió, sin apartar los ojos de la fabulosa bestia—. Es maravilloso que hayas generado este vínculo con una dragona —enfaticó, saliendo de su estado de

fascinación inicial, para conectar al máximo con lo que acontecía.

—No fue algo nuevo, la esencia fue siempre la misma, el vínculo se generó cuando era una potrilla, ese es el secreto —dijo con orgullo, revelando la clave de su gran hallazgo.

Elena lo miró con admiración, estaba orgullosa del joven, de sus logros y su resiliencia. Aquel día se volvía cada vez más especial para la princesa. Solo una sola cosa podía convertirlo en el mejor de su vida, y Eros estaba a punto de hacerlo.

—Observa la cordillera, ¿ves el pico más alto? —indicó, señalando una de las montañas, ella tan solo asentía intuyendo lo que estaba a punto de suceder, y el corazón le explotaba de emoción—. Alguna vez, una bella princesa me dijo que soñaba con montar un dragón, un dragón blanco como el de los cuentos legendarios, y, desde las

alturas, contemplar todo el territorio de Tibur — expresó, mirándola a los ojos, y agregó—. Lo mejor de un sueño, es poder hacerlo realidad —y la tomó de la mano. Se arrimaron al borde del balcón, donde Agatha se aproximó lentamente, y dejó su cuerpo a un paso de los jóvenes. Ambos ascendieron a su lomo para montarla. Elena la acarició tímidamente y, de inmediato, sintió una conexión increíble con la dragona, aferrándose a ella con firmeza. Eros se sentó detrás de la princesa y deslizó sus brazos a través de su cintura. Tras asegurar su posición, le dio la orden a la dragona para comenzar la aventura.

Agatha voló plácidamente surcando los cielos de Tibur. Apenas moviendo las alas se deslizaba en dirección a la cordillera del este. La paz era inmensa, el vuelo ofrecía una sintonía perfecta

entre el bello paisaje y el silencio inspirador de las alturas.

Pronto, arribaron a los primeros picos montañosos, donde el relieve se volvía majestuoso. Las montañas de la región estaban inmersas en un clima menos crudo en relación al oeste. La nieve solía asentarse en las cumbres, pero no cubría las laderas, las cuales presentaban un follaje abundante. Amplias extensiones de pinares y otras especies crecían, formando verdaderos bosques sobre las faldas.

A medida que se internaban en la cordillera, los cerros eran más esplendorosos e imponentes. La sensación de volar era maravillosa, la princesa vivía la experiencia por primera vez, y Eros lo disfrutaba más que nunca por la compañía. Finalmente, la gran cima se hizo presente, la misma que Elena había contemplado en

innumerables tardes desde la vista lejana de la Torre del Homenaje. Al aproximarse, la cumbre quedó expuesta ante ellos. Pertenecía a una enorme y solitaria montaña, erguida en el centro de los cordones montañosos que la rodeaban sin llegar a rozarla.

La dragona dirigió su vuelo hacia la gran montaña y se detuvo justo en la cresta. Se posó sobre una roca vasta y llana, adecuada para que los jóvenes pudieran descender. Con los pies hundiéndose en la nieve, Elena dio varios pasos hasta el borde de la cima. Desde la cúspide, podía contemplar la inmensidad de la cordillera y, más allá, los confines de Tibur. Eros la abrazó por detrás, y juntos compartieron la vista más majestuosa que jamás habían presenciado.

—Gracias por este regalo, es algo único —expresó la princesa, completamente relajada y en

estado de contemplación. Había asimilado el torbellino de emociones que la habían conmovido a lo largo de todo ese increíble día y alcanzado, al fin, una profunda conexión con el ambiente que la rodeaba.

—¿Pude cumplir tu sueño? —preguntó, creyendo conocer la respuesta y satisfecho de poder complacerla.

—No, en realidad no era exactamente así...

Eros se sintió confundido, sin entender qué le podía faltar al momento. Elena quitó la vista del paisaje y posó su mirada embelesada en Eros. Antes de continuar, dejó correr unos segundos, jugando ahora ella con el suspenso.

—¡Esto es superior! En el sueño faltabas tú. Contigo todo es mucho más mágico. ¡Te amo! —dijo, al fin, abriéndole su corazón y su confianza. Se trataba de un camino sin retorno, estaba

dispuesta a entregarse a él, más allá de los prejuicios y la solemnidad de la realeza.

35

El escenario nocturno ganaba presencia en los alrededores del Lago de los Dioses. La noche exigía redoblar la custodia de las aguas, y la Guardia Real cumplía un rol fundamental. Los enemigos del Norte eran una amenaza permanente, el Reino del Sur sentía el calor de su aliento a toda hora, pero lo cierto era que la mayoría de los ataques se habían registrado en la penumbra. Los hombres de mar solían denominar a los nortños como *los caballeros de la oscuridad*.

Apenas se había ocultado el sol y, como en cada jornada, los pescadores se preparaban para internarse en las aguas del lago, llevando a cabo

una de las actividades más sustanciales y arriesgadas del reino. Junto a ellos, viajaban embarcaciones de la Guardia Real custodiando sus labores.

Aron llevaba poco tiempo como Guerrero Real, y era enviado a menudo a cubrir este tipo de asignaciones, por lo general, menospreciadas por otros soldados de mayor rango. El joven debía cumplir su servicio durante esa noche y ya se encontraba remolcando un bote desde la orilla.

Su mente estaba atormentada, la ira lo carcomía por dentro, y se lamentaba por los últimos acontecimientos. Lo había tenido todo a su merced, su posición en la realeza y a la princesa, especialmente. Pero la llegada de Eros había derrumbado sus aspiraciones como un castillo de naipes. El joven y su fama de domador de

dragones había opacado ante el rey su acto heroico de haber rescatado a la princesa y, peor aún, Elena lo odiaba por haber mentido acerca de la muerte de su amigo. No había vuelto a cruzarse con ella, pero le crispaba el estómago pensar en enfrentar la situación, no sabría cómo mirarla. La vergüenza y el fracaso lo condicionaban, y el recelo le cegaba el pensamiento. En medio de su pesadumbre, un deseo emergente y siniestro lo dominaba: la venganza.

Había navegado un largo trecho, y ya se encontraba aguas adentro, a punto de alcanzar el límite permitido. No había embarcaciones cercanas a su alrededor y tomó una decisión temeraria y trascendental, la cual venía asimilando desde que había partido de la orilla. Tras asegurarse de que nadie lo estaba mirando,

se quitó el uniforme de la Guardia Real y lo arrojó al agua. Luego se colocó una pechera impermeable, simulando ser un pescador más. Observó las costas lejanas del sur con un dejo de nostalgia y amargura.

Pronto, la ira volvió a someterlo. Bajó la cabeza y comenzó a remar con fuerzas. Sin mirar atrás, cruzó la línea de la frontera segura y marchó hacia el norte, decidido a apaciguar su fuego lejos de la princesa. Y, sobre todo, lejos de Eros.

FIN